This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

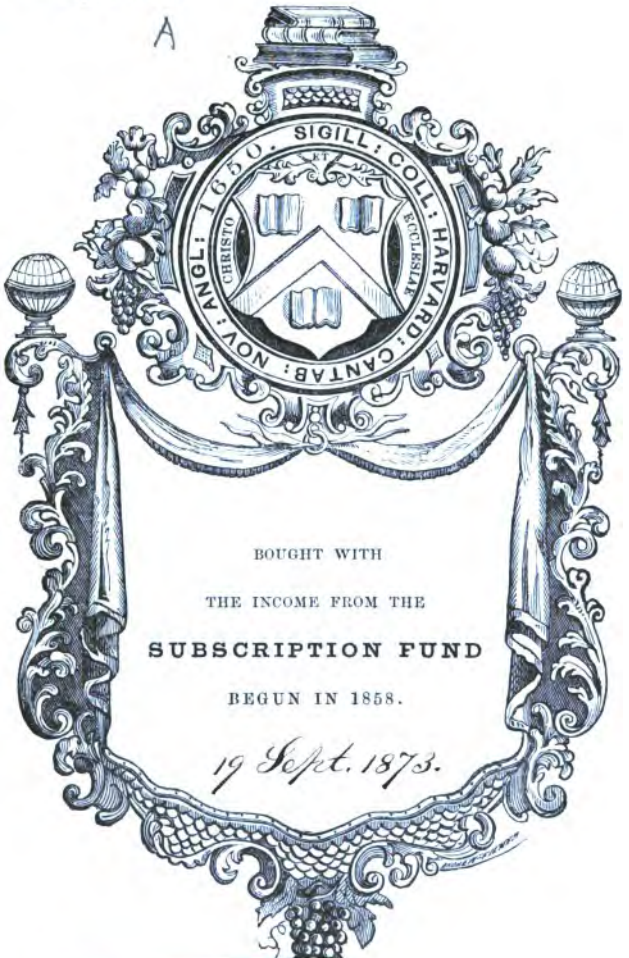
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

an.5977.8
A



BOUGHT WITH

THE INCOME FROM THE

SUBSCRIPTION FUND

BEGUN IN 1858.

19 Sept. 1873.

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XXVI.

CUENTOS

DE COLOR DE ROSA

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA. y la Quintana

LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.

1869.

Span. 5977.8
A

1873, Sept. 19.
Subscription Fund.

Á TERESA.

Estos cuentos te dedico, esposa mia, porque son lo mas honrado que ha salido de mi pluma, y porque tu alma angelical y enamorada me ha hecho sentir mucho de lo hermoso y puro y santo que he pretendido trasladar á ellos.

Llámoles Cuentos de color de rosa, porque son el reverso de la medalla de esa literatura pesimista que se complace en presentar el mundo como un infinito desierto en que no brota una flor, y la vida como una perpetua noche en que no brilla una estrella.

Yo, pobre hijo de Adan, en quien la maldicion del Señor á nuestros primeros padres no ha dejado de cumplirse un solo dia desde que, niño aun, abandoné mis queridos valles de las Encartaciones; yo tendré amor á la vida, y no me creeré desterrado en el mundo mientras en él existan Dios, la amistad, el amor, la familia, el sol que me sonríe cada mañana, la luna que me alumbra cada noche, y las flores y los pájaros que me visitan cada primavera.

En el momento en que esto te digo, á ambos nos sonríe la esperanza mas hermosa de la vida: ántes que el sol canicular marchite las flores que están brotando, refrescarán nuestra frente las auras de las Encartaciones. El noble anciano que ya se honra y te honra dándote el nombre de hija,

recorre alborozado la aldea, y con el rostro bañado en lágrimas de regocijo, dice á los compañeros de mi infancia:

«¡Mis hijos vienen! ¡Mi hijo vuelve á saludar estos valles con el ardiente amor que les tenia al darles la despedida mas de veinte años há!»

Y los compañeros de mi infancia que, como yo, siguen la jornada de la vida glorificando á Dios, que les da aliento para no desmayar en ella, participan del regocijo de nuestro padre.

Y nuestro padre y nuestros hermanos piensan á todas horas en nosotros, y echan mano de todos las galas de la pobreza para embellecer la morada que han de ofrecernos, y cada vez que asoman á la ventana, esperan vernos aparecer por aquella colina, por donde me vieron desaparecer mas de veinte años há.

Si hasta el alcance de los que son tan infortunados como nosotros pone Dios en el mundo esta felicidad que tú y yo sentimos, ¿qué es lo que quieren del mundo esos insensatos que se juzgan desterrados en él? Si esperaban hallar en la tierra el cielo, ¿qué es lo que esperaban hallar despues de la vida?

Aceptemos, amor mio, el camino tal como Dios nos le ofrece, que esperándonos al fin de la jornada un eterno paraíso, bastante ha hecho Dios con poner á nuestro paso un manantial y un árbol donde puedan refrigerarse el alma y descansar el cuerpo: la religion y la familia.

Al escribir los CUENTOS DE COLOR DE ROSA, cuyo mérito consiste para mí en ir unida á ellos tu memoria y la de mis valles nativos, esto pensaba y esto sentia tu

ANTONIO.

Madrid, Abril de 1859.

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICION.

Cuando un libro tiene la desgracia de hallar al público indiferente, su autor no contrae mas obligacion que la de respetar la indiferencia del público; pero cuando un libro tiene la dicha de que á los dos años de haber salido á luz por primera vez se haya agotado una copiosísima edicion; de que la prensa de todas las localidades le haya reproducido; de que haya sido vertido al frances, al aleman, al portugues, al inglés y hasta al ruso; de que se hayan hecho de él varias ediciones castellanas en Alemania y América, y de que doctísimas plumas nacionales y estranjeras se hayan ocupado en exámen; cuando un libro ha tenido esta dicha con que Dios ha recompensado, no el mérito sino la buena intencion del presente, el autor tiene el deber de mejorarle y de dar una satisfaccion al público, respondiendo con sinceridad á las objeciones de la crítica.

La crítica ha tenido muchos elogios para este libro; pero tambien ha tenido censuras, que por lo mismo que han sido benévolas y sinceras, me obligan mas y mas á tomarlas en cuenta, tanto para enmendar unas cosas, como lo he hecho, como para justificar otras, como lo voy á hacer.

Estas censuras són principalmente dos: una de ellas se refiere generalmente al libro, y la otra particularmente á uno de los cuentos que en él figuran.

El Sr. D. Juan Mañé y Flaquer, á quien de las muchas pruebas de leal amistad que me ha dado, ninguna agradezco tanto como lo que consiste en decirme siempre la verdad, por mas que esta verdad pueda mortificar mi amor propio, ha dicho que los CUENTOS DE COLOR DE ROSA pertenecen á la escuela literaria llamado neo-católica, cuyos principios, segun él, son los siguientes:

«Todo lo antiguo es bueno, inmejorable; todo lo moderno es malo, detestable; lo que mas se acerca á lo pasado, es lo mejor: lo que mas se acerca á lo presente, es lo peor.« [1])

Si esta definicion de la escuela literaria neo-católica es exacta, puedo asegurar que ni por mis obras ni por mis sentimientos, que son una misma cosa, pertenezco á esa escuela.

Hace diez años estampé en *El libro de los cantares* los siguientes versos, con cuyo contenido estoy cada vez mas conforme:

«Porque los hombres no nacen
para atravesar el mundo
sin impelerle adelante.»

Lo que hay de cierto, es que las almas del temple de la mia, simpatizan profundamente con todo lo lejano, con todo lo que se va, con todo lo que muere, con todo lo que es triste, con el sol que declina, con la flor que se agosta y con la hoja que se desprende del árbol. Lo que hay de cierto, es que en mi alma se conserva aun la fe que atesoraba cuando hace veinticinco años volví los ojos llorando hácia mi aldea, y solo vi el campanario que enviaba la consoladora voz del Señor al hogar de mis padres. Lo que hay de cierto, es que se está abusando lastimosamente de la palabra neo-cató-

1) Cartas al autor, publicadas en el *Diario de Barcelona*, al aparecer la primera edicion de los *Cuentos campesinos*.

lico, aplicándola lo mismo á los que tienen á Dios en el corazon y en los labios, que á los que tienen en los labios á Dios y al diablo en el corazon.

Cuando escribo esto, se prepara mi padre, pobre anciano de setenta y cinco años, á abandonar sus tranquilas y queridas montañas de Vizcaya para pasar algunas semanas á mi lado. En las hermosas mañanas de primavera recorreremos juntos las arboledas de la Florida, y mi padre, al pasar por delante de la ermita de san Antonio, descubrirá piadosamente la venerable cabeza, como ha hecho por especio de setenta años al pasar por delante de la iglesia de nuestra aldea. Tal vez oirá á su espalda una voz que le dirá: — Neo-católico! — y volviéndose á mí, me preguntará qué es lo que quieren decirle, y yo le contestaré: — Lo que quieren decir es, que es usted católico nuevo, católico de ayer, católico improvisado.

¡Oh padre, qué profunda estrañeza y qué santa indignacion sentirás al saber que hay quien te llama católico nuevo, á tí, que hace setenta y cinco años llevas á Dios en el corazon!

El autor de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA no ha dado mas motivo que su padre para que le califiquen de neo-católico: se descubre la cabeza ante el templo, invoca á Dios en sus tribulaciones, simpatiza con todo lo débil y triste, glorifica todo lo noble y santo, y aconseja al pobre y dolorido pueblo que no arroje á Dios de su corazon ni á la familia de su hogar, porque Dios y la familia son la única esperanza y el único refugio del pueblo en las tempestades de la vida. Si por obrar así es mal católico, llámenle mal católico y no le llamen católico nuevo, que lo que ahora es, ya lo era cuando asido de la mano le llevaba su madre á la escuela donde le enseñaban el alfabeto.

El autor de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA no está afiliado, al ménos á sabiendas, en ninguna escuela filosófica ni política ni literaria, y hasta no está muy seguro de lo que significa en filosofía, ni en política ni en literatura el neo-

logismo que se ha aplicado á este libro. Estudia en el libro de la naturaleza y cuenta, del mejor modo que puede, lo que piensa, lo que siente y lo que ve, cuando lo juzga digno de ser contado. A esto se reducen todo su sistema y toda su ciencia.

El Sr. D. José de Castro y Serrano, crítico no ménos profundo, y amigo no ménos leal que el Sr. Mañé, ha censurado acerbamente el cuento *Desde la patria, al cielo*, que forma parte de este libro. No voy á rebelarme contra su censura, que voy solo á esponer las razones que tuve para escribir el cuento en cuestion del modo que le escribí.

Acúsame en primer lugar el Sr. Castro de que he aconsejado la inmovilidad de la ostra, que vive y muere adherida á la roca donde nació, al parafrasear estos cuatro versos del inolvidable Lista:

«Feliz el que nunca ha visto
mas rio que el de su patria,
y duerme anciano á la sombra
do pequeñuelo jugaba!»

Lista no quiso decir que el hombre debe vivir inmóvil como la ostra allí donde nació, ni eso quiere decir el cuento *Desde la patria, al cielo*, que es sencillamente la paráfrasis de los versos. Lo mismo este docto literato que el autor del cuento, hombres incapaces de escribir una cosa y hacer otra, salieron de su patria, y amaron y bendijeron campos que no eran los nativos, y gentes que habian nacido léjos de donde ellos nacieron. Lo que quisieron decir ambos fué: que el hombre no debe abandonar su patria deslumbrado por mentidos sueños de felicidad, y que en el caso de abandonarla con fundado motivo, debe pensar siempre en ella, procurar su dicha y preferirla en igualdad de circunstancias para pasar el resto de sus dias. La teoría de Lista y su glosador, léjos de ser la teoría de la inmovilidad, es la teoría del patriotismo que no existiera de ser esa teoría falsa.

En segundo lugar, me acusa Sr. Castro de que al hacer viajar á Pedro, el protagonista del cuento, he ridiculizado á países tan dignos de respeo y admiracion como Francia, Inglaterra y Alemania.

Esta censura me parece cuando ménos tan infundada como la anterior. A Pedro le parecia todo horrible mirado desde cerca, y hermosísimo mirado desde léjos. Si cuando estaba en Vizcaya, su patria, todo lo de ella le parecia feo, y hermoso todo lo del estranjero; lo lógico era que cuando estaba en el estranjero, todo lo de él le pareciese feo, y hermoso todo lo de Vizcaya, y si al tornar á esta le pareció y siguió pareciéndole ya hermosa, fué porque la esperiencia y las amarguras de la expatriacion habian corregido el estravíc de su entendimiento.

Reproducida la crítica del Sr. Mañé por muchos periódicos é incluida la del Sr. Castro en la escelente traduccion alemana de este libro, impresa en Ausburgo, y suscritas ambas por nombres estimadísimos en la república literaria, han sido y serán muy leidas. Esta es la principal razon que me ha movido mas bien que á refutarlas, á rendir un tributo de respeto á sus autores y al público, esplicando el por qué de mi conducta.

INDICE.

	Pág.
A Teresa	V
Prólogo de la segunda edicion	VII
La resurreccion del alma	1
La madrastra	49
Desde la patria, al cielo	76
El Judas de la casa	135
Juan Palomo	185
Creo en Dios	241
Glosario	275

LA RESURRECCION DEL ALMA.

LA RESURRECCION DEL ALMA.

I.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, demos principio al cuento de *La resurreccion del alma*.....

Qué, manojito de azucenas y rosas de Alejandría, númen inspirador de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA, ¿no te gusta el título de este cuento, que al oirle haces un desdeñoso mohin?

— No, no me gusta, porque el alma es inmortal, y allí donde no puede haber muerte, no puede haber resurreccion.

— ¿Y en eso nada mas se fundan tus escrúpulos?

— En eso nada mas.

— Pues tranquilízate, que el autor de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA, tan rico de fe como pobre de inteligencia y dinero, no va á manchar la pureza de estas páginas con una impía negacion. Ya sé que el alma, el soplo divino que anima nuestra frágil naturaleza, se remonta al cielo, en virtud de su inmortalidad, cuando la materia muere; pero si el alma no muere para el cielo, muere para la tierra, ausentándose de ella, y esta es la muerte de que se trata aquí. ¿Estás ya tranquila, rosa de abril y mayo?

— Lo estoy en cuanto al título de tu cuento; pero ahora me inquieta el temor de que te des á la metafísica.....

— Desecha, desecha ese temor tambien, pues jamas olvidaré que escribo para que me entienda el público español.

El público español es un buen hombre que sabe leer y escribir medianamente, y.....pare usted de contar.

— ¿Y cómo has averiguado eso?

— Muy fácilmente. En la escala de la sabiduría española he tomado un hombre de cada escalon; los he mezclado y reducido á polvo en mi mortero intelectual; de este polvo he formado barro; con el barro me he puesto á modelar una figura humana, y me ha resultado un hombre, bellísimo sujeto, eso sí, pero que solo sabe leer y escribir medianamente. Pero calla, calla, que si te eriges en catedráticos reparos, será mi cuento el de nunca acabar.

A principios del presente siglo, el Concejo de G....., uno de los quince que componen las Encartaciones del muy noble y muy leal señorío de Vizcaya, tenia treinta casas ménos que en la actualidad.

Cuéntase allí que en tiempo de los gentiles (tiempo que allí tiene en boca del pueblo una significacion muy parecida á la que tiene en otras provincias de España el tiempo de los moros), las altas montañas que componen la jurisdiccion de G.... apénas estaban separadas por valle alguno; pero un dia, por cierto muy triste y nebuloso, asomó por el Sur un rio esclamando: — «Dejadme pasar, que voy á buscar la mar salada.» — Y las montañas le abrieron cortésmente un ancho paso diciéndole: — «Pase usted, señor mio, que en esta tierra no acostumbramos á poner impedimento al viajero, mándelo ó no lo mande su carta de seguridad.»

El rio sigue pasando, y las montañas siguen dejándole libre el paso en cambio de los ricos dones que en forma de truchas, grano, hortalizas y flores, deposita agradecido á sus piés.

A principios del presente siglo, habia, como hoy, en el fondo del valle que corta el Concejo, una iglesia rodeada de nogales y fresnos, una ferrería y varios molinos rio abajo, y como unas treinta ó cuarenta casas agrupadas en torno de la iglesia, pero separadas unas de otras por huertas y campillos poblados de cerezos, manzanos y perales.

Las caserías dispersas en las montañas constituian la poblacion mas numerosa del Concejo. En una de aquellas

montañas se ven ahora unas treinta casas reunidas en torno de una iglesia; pero entónces rara vez se veian cuatro juntas: una blanqueaba vagamente en la espesura de un castañar, otra en un rebollar [1]), otra en la linde de una seve, otra en la cumbre de un cerro, otra á la orilla de un torrente, que se despeñaba por una cañada corriendo á ver pasar el rio, como niño indómito que corre á ver pasar el viajero por mas que su madre diga desde la ventana: — «¡Se va á estrellar! ¡se va á estrellar! ¡Ese enemigo malo me ha de quitar la vida!» Por supuesto, cada casería tenia en sus inmediaciones una llosa de diez y seis á veinte fanegas de sembradura, cuidadosamente cercada de seto, cárcaba ó pared seca.

La mayor parte de estas caserías estaban habitadas por inquilinos, y las restantes por caseros, ó lo que allí es lo mismo, por sus dueños.

A estas últimas pertenecia una muy hermosa que se alzaba en una ancha plataforma rodeada de seves y bosques incultos, que se estendian á distancia de media legua.

Vamos á describir en pocas líneas aquella casería, y..... ¿qué va á que por poco que sea nuestro ingenio, recuerdan haberla visto los que han viajado por las Encartaciones?

La casería de Ipenza era blanca y cuadrilonga, alta por la fachada principal y baja por la opuesta. Se componia de tres pisos: el bajo, en que estaban la cuadra (bodega se llama allí muy impropiamente), la rocha y la cubera; el principal, que servia de cómoda habitacion á los moradores de casería, y el alto, que era un hermoso payo con dos ventanales. He dicho que la casería era blanca, y no he sido completamente exacto, pues por una de sus fachadas laterales era verde, gracias á una gran yedra que cubria toda la pared, y que respetaba el casero por tres razones: la primera, porque cuando así abrazaba á la casa, señal de que la queria; la segunda, porque era anciana, y por consiguiente habia conocido á sus antepasados; y la tercera, porque el

1) Al fin de este libro hay un glosario, en el cual se hallarán esplicadas todas las palabras ó frases provinciales que se emplean en los CUENTOS DE COLOR DE ROSA.

ganado de la casería gustaba mucho de una racioncita de hojas de yedra cuando el mal tiempo no le permitia pacer la yerba de las campas. En la fachada principal de la casería habia un patin, por el cual se entraba al piso principal, y en cuyo pretil crecian entre las junturas de las piedras una verde mata de perejil que decia: «Aquí estoy yo» cuando olia cabrito ó liebre en la cocina, y una cenicienta mata de ruda, que cuando los caseros se quejaban de que mamase aun el becerrillo, á pesar de sus tres meses, esclamaba hecha una hiel: «Dejen ustedes por mi cuenta á ese mamon, que yo le amargaré el gusto.» A un lado del patin estaba un higar, que en otoño jugaba al *higuí* con las gallinas y el perro Navarro, que le rondaba á todas horas haciéndosele los dientes agua. Al otro lado del patin se abria la puerta que daba entrada al piso bajo. Un poco mas allá estaba el horno, con una gran tejavana, bajo la cual se guardaba el carro, la leña, el arado y otras herramientas de labranza. Delante de la casería habia un hermoso campo poblado de nogales, cerezos y otros árboles frutales.

Por último, en medio de este campo estaba una gran poza, cuya utilidad se reconocerá sabiendo que en ella se daba de beber al ganado, que se la limpiaba dos veces al año para abonar las heredades con la terrada que en ella depositaban las aguas llovedizas, y que en una ancha piedra areniza, que estaba medio sumergida en ella en sentido casi horizontal, se afilaban las hachas y otras herramientas.

El que me salga ahora con que á pesar de haber viajado por las Encartaciones no ha visto la casería de Ipenza, me permitirá decirle que es muy corto de vista, ó no ha bajado de peñas abajo.

II.

Mañanita de San Juan
cuando la gente madruga,

salieron de Ipenza Catalina y Santiago, y bajaron á misa primera al valle cantando y saltando por los rebollares.

Catalina era una niña de doce años, rubia como lo eras tú, amor mio, cuando tenias su edad, y con unos ojos azules como la flor del lino.

Santiago era un muchacho de quince, de cara trigueña y ojos negros como la endrina.

Catalina era la dulce vírgen del Septentrion, rica de pureza y mansedumbre.

Y Santiago el mancebo del Mediodía, lleno de energía y pasiones ardientes é inquietas.

Catalina no conocia padre ni madre. Una mañana de invierno, Quica, la casera de Ipenza, es decir, la madre de Santiago, oyó hácia el horno vagidos como de una criatura recien nacida, y se apresuró á averiguar quién los daba. Dentro del horno estaba una niña recien nacida, colocadita en una cofa y envuelta en unos pobres pañales.

El asombro de Quica fué inmenso ante aquel hallazgo.

— ¡Pobre alma mia! esclamó la buena aldeana tomando en sus brazos la criatura, y cubriéndola de lágrimas y besos. ¡Pobre alma mia, en qué entrañas de fiera has sido engendrada!

Y viendo que la niña tenia un papel sujeto con la faja, se apresuró á leerle.

El papel decia:

«Esta niña no está bautizada. Su desconsolada madre pide por amor de Dios á los vecinos de Ipenza que amparen á esta pobre criatura. Se la coloca aquí para que no la hagan daño los animales, para que no se muera de frio, pues el horno que se calentó ayer, estará tibio aun, y porque Quica, la de Ipenza, es caritativa y buena.»

Quica, que ántes de leer este papel empezaba ya á desatarse en improperios contra las madres que abandonan el fruto de sus entrañas, no se atrevió, así que le hubo leido, á maldecir á la madre de aquella niña.

Corrió á dar cuenta á su marido de aquel inesperado hallazgo; en breves instantes sustituyó con una buena envoltura que habia servido á su hijo la miserable de la niña, y mandó á buscar á una mujer, que vivia en una casería inmediata para que diera de mamar á la hambrienta criatura.

Ramon, que así se llamaba el casero de Ipenza, tenia tan buen corazon como su mujer.

— ¿Y qué haremos con este pobre ángel de Dios? le preguntó Quica, mirándole á la cara con atencion tal, que cualquiera hubiera dicho que le importaba mucho su contestacion.

— ¿Qué hemos de hacer? contestó Ramon. Dar parte á la justicia para que envíe la niña á la Diputacion de Bilbao.

— ¡Válgame Dios, esclamó la aldeana entristeciéndose, á dónde irá á parar esta criaturita! ¡Tal vez tropezará con alguna aña que la deje morir en cuatro dias!

Y besando á la niña, con los ojos arrasados en lágrimas, añadió:

— ¡Qué hermosa eres, prenda del alma!

— ¡Sí que lo es! asintió Ramon, contemplando tambien enternecido á la niña.

— Hijo, bien dicen que no está la suerte para quien la busca. Yo que siempre he pedido al Señor una hija, no la he tenido, y á las descastadas que las abandonan, se las da su Divina Majestad como serafines del cielo.

— Mujer, y ¡qué hemos de hacer mas que conformarnos con la voluntad de Dios!

— Pero, Ramon, ¿no ves qué alhaja es esta criatura?....

— Sí, sí, hermosa es, ¡Dios la bendiga!

— Y decir que tal vez irá á parar á alguna picaronaza que solo tendrá cariño á las mesadas de la Diputacion.....

— ¡Tienes razon, mujer, es un dolor!

Quica se desesperaba viendo que su marido no adivinaba, ó no queria adivinar sus deseos.

Iba ya á formular estos terminantemente, cuando el alguacil del Concejo, asomando por un altito que daba vista á la casería de Ipenza, gritó:

— Ramon, de parte del señor alcalde que el domingo á las doce hay Concejo.

— Está muy bien, contestó Ramon; pero oye, haz el favor de llegarte acá, que tengo que darte un encargo para el señor alcalde.

— Allá voy, contestó el alguacil, siguiendo hácia la casería.

— ¿Qué encargo le vas á dar? preguntó Quica á su marido, sumamente inquieta y alarmada.

— ¿Qué encargo ha de ser? contestó Ramon, el de que se lleve la niña y la entregue á la justicia.

— ¡Hija de mi alma! esclamó Quica hecha un mar de lágrimas, estrechando á la niña contra su pecho y abrumándola de caricias.

Ramon comprendió entónces lo que su mujer queria; pero guardó silencio hasta que llegó el alguacil.

La ansiedad de la aldeana era inmensa.

— Te he llamado, dijo Ramon al alguacil, para que hagas presente al señor alcalde que esta mañana hemos encontrado en el horno de casa esta pobre niña.

— Y es una joya, dijo el alguacil reparando en la inocente espósita. Es un dolor que no tenga madre.....

— No la tenia esta mañana, pero la tiene ya, repuso Ramon.

— ¿Y quién es su madre?

— La madre de mi hijo.....

Quica exhaló un grito de infinita alegría, y enlazó el cuello de su marido con el brazo que le dejaba libre la niña.

— Con que cuenta al señor alcalde lo que pasa, y díle que nosotros prohijamos esta niña.

— Así lo haré, respondió el alguacil, y volvió á tomar el camino del valle.

— ¿Estás ya contenta, madre de los afligidos? preguntó Ramon á su mujer, sonriendo.

— Sí, sí, ¡que Dios te bendiga!....contestó Quica, desahogando su gozo en abundantes lágrimas.

— Anda, anda, dijo Ramon en tono benévolamente chancero, que eres la mas chiquillera que ha nacido de madre. Tú te debias haber casado con san Vicente de Paül, que llevaba chiquillos hasta en el baul.

Aquel mismo dia formó parte de los moradores de Ipenza,

en calidad de aña de la espósita, la vecina que habia venido á dar á esta de mamar algunas horas ántes.

Pero volvamos á Santiago y la Jariega, que así llamaban á Catalina, y Jariegos llaman á los hijos naturales en las Encartaciones.

— ¿Y por qué les dan ese nombre?.....

— Solo puedo decirte, casta flor de mis amores, que en las Encartaciones se llama jaros á los matorrales.

— ¿Y qué relacion hay entre el hijo natural y lo que allí llaman jaro, para que el nombre del primero parezca derivacion del segundo?.....

— Permíteme que no te lo diga, porque no eres bastante *ilustrada* para comprenderlo.

— ¡Qué gracioso!.....

— ¡Malhaya el que pospone la decencia á la gracia!..... Pero escucha, y no me espongas á que algun lector me diga que estas divagaciones son mucho cuento.

Santiago y Catalina volvieron de misa primera poco despues de salir el sol, y dos horas despues quedaron esclusivos dueños de Ipenza, pues los demas moradores bajaron á misa mayor encargando al partir á los motiles que cuidaran, Catalina de la olla y las gallinas, y Santiago de las llosas, contínuamente espuestas á las invasiones de las saltarinas cabras, á pesar de sus buenas cárcabas y sus buenos setos.

Catalina desempeñaba sus funciones culinarias como una mujercita de provecho; pero Santiago se contentó con encomendar las suyas al zángano de Navarro, que fué puesto de centinela en un altillo que dominaba las llosas; pero que apénas se retiró el cabo, se escurrió á dormir como un liron á la sombra de un parral inmediato.

Santiago, cuya naturaleza era opuesta á la de Navarro; Santiago, que no podia estarse nunca quieto, que, como decia su madre, parecia que tenia azogue, se entretenia en el campo frente á la casería en tirar piedras á los tordos y los picazos que acudian á los cerezos.

De repente sonó el tamboril allá en las montañas del otro lado del valle, donde habia una ermita de san Juan, y donde habia fiesta aquel dia.

Santiago al oirle empezó á bailar como un desesperado, escogiendo por pareja, á falta de otra, el robusto tronco de un cerezo.....

— ¿Te sonríes? ¿dudas? ¿crees que no hay quien lleve tan allá como mi héroe su aficion al baile? Pues oye.

Por espacio de cuarenta años ha gozado de gran celebridad en las Encartaciones un hombre, llamado con mucha propiedad, el Chato. El Chato estaba siempre donde quiera que estaba un hombre con un tamboril colgado del brazo izquierdo, un palillo en la mano derecha y un silbo apoyado en la boca y pulsado con la mano izquierda; pero cuando el cuidado de su casa, que estaba situada en un alto, no le dejaba asistir á la romería, pasaba la tarde bailando con un rebollo que aun existe cerca del ilso de Otañes, en el límite occidental del señorío.

Pero Santiago no sufria con tanta resignacion como el Chato la inaccion de su pareja: así que bailó el primer corro y oyó el preludio del segundo, corrió bajo la ventana de la cocina y empezó á gritar:

— ¡Jariega! ¡Jariega! baja que suena el tamboril en san Juan, y vamos á echar un corro que se hunda la tierra!

Catalina se asomó á la ventana.

— ¿No ves, dijo, que señora madre me va á reñir si no cuido la comida, y que el Morroño anda toda la mañana por ver si puede meter mano á los estiques que están á la lumbre?

— ¡Que se lleve la trampa la comida!

— ¡Pues! ¡y por divertirse!

— ¿Y te parece poco divertirse? Por divertirme una hora doy yo veinte años de vida.

— No, ¡si tú fueras rico!.....

— Chica, si yo fuera rico me habia de dar una prisa á divertirme, que por ligera que viniese la muerte á estorbarlo, habia de llegar tarde. Baja, Jariega, baja, que ya empieza otro corro.

Catalina, que llevaba la docilidad hasta el esceso, y particularmente con Santiago, tomó las posibles precauciones para

que el Morroño no hiciese una de las suyas con los estiques, y bajó en efecto al nocedal.

Por complacer al que consideraba su hermano, se puso á bailar con el jóven; pero aun no habian terminado el corro, cuando dijo que se cansaba, y Santiago, á pesar de que estaba en sus glorias bailando, se apresuró á dejar el baile para que Catalina descansase.

El tamboril volvió á sonar á corto rato.

El baile es antipático á las almas delicadas y puras. Si David, que era un gran poeta, bailó ante el Arca santa, bailó movido por el sentimiento que inspiró sus inmortales salmos, y no por el que le hizo codiciar á Betsabé; pero este último sentimiento, el sentimiento carnal, es el que con *ligeras* escepciones, hace mover los piés desde que pasaron los tiempos bíblicos. En los tiempos modernos, una alma de poeta en un cuerpo de bailarin seria un fenómeno con que uno se podria hacer rico enseñándole á cuatro cuartos.

El tamboril volvió á sonar, y Catalina, que no queria bailar, porque el baile era antipático á su alma delicada y pura, trató de distraer la atencion de Santiago: lo primero que le ocurrió fué alzar la vista al cerezo y esclamar:

— ¡Ay qué cerezas tan hermosas!

Santiago, ¡que ya iba á decir, «ea, vamos con otro corrito,» se calló la boquita, adivinando una cosa: que Catalina no queria bailar, y suponiendo otra: que Catalina queria cerezas.

— ¿Quieres, preguntó á la niña, que suba y te las coja ó te apurra la quima?

— No, que está escachado el cerezo, dijo Catalina.

— ¡Bastante me importan á mí los escachos! dijo Santiago trepando al cerezo, como si realmente sus carnes fueran invulnerables.

Y adelantándose á una rama de las mas bajas, que en efecto estaba cargada de hermosas cerezas ampollares, la inclinó con el peso de su cuerpo hasta ponerla al alcance de la mano de Catalina.

Esta cogió algunas cerezas, mas por no desairar la buena voluntad de Santiago, que porque tuviese gana de ellas.

—

Santiago bajó del cerezo de un salto, trayendo en la boca dos pares de hermosísimas cerezas unidas por los rabillos.

— Verás, dijo á la niña, qué par de arracadas te voy á regalar.

Y le colgó de cada oreja un par de cerezas, operacion en que Catalina consintió, sonriendo de placer y agradecimiento.

— Ahora, añadió, te las regalo de mentirigillas; pero verás como no sucede así cuando yo sea rico.

— Sí, como no me ponga otras hasta que lo seas.....

— Ya verás si lo seré cuando vaya á las Indias, que no tardaré mucho, pues tio, el que está allá, prometió enviarme á buscar cuando yo tuviese quince años, y por Santiago los cumplo.

Catalina bajó tristemente la cabeza.

— ¿Por qué te entristeces, chica?

— Toma, porque dices que te vas á ir á las Indias.

— ¡Qué tonta! Pues así fuera mañana.

— ¿Y para qué quieres irte?

— ¡Buena pregunta! Para hacerme rico y darme una vida.....¿No quisieras tú ser rica?

— Sí que quisiera.

— ¿Y qué ibas á hacer entónces?

— ¡Qué sé yo!

— Tú nunca deseas nada.

— ¡Cabalito, amen Jesus! ¿Con que no deseo nada? Verás si deseo: deseo mucho dinero para dar un duro á cada pobre que llegue á la puerta: deseo un jardin con muchas rosas, y claveles y azucenas, para hacer todas las mañanas dos ramos y ponerlos, el uno en el altar de la Vírgen de la Soledad, y el otro en mi cuarto; deseo que hagan otra casa en Ipenza, porque da miedo vivir en una casería sola: deseo estar cerca de la Iglesia, porque alegran las campanas, y se quita la tristeza rezando ante los altares, y deseo.....que no te vayas á las Indias. ¡Mira tú cómo deseo muchas cosas!.....

Burlábase Santiago de los inocentes deseos de la niña, cuando le gritaron desde una casería cercana que un rebaño de cabras estaba sacando la tripa de mal año en la pieza de

borona, cuya guarda habia confiado á Navarro. Corrió á enguisar el perro á las comunistas, y Catalina se fué tambien á ver si el Morroño opinaba en la cocina, como las cabras en la llosa, que la propiedad es un robo.

La gente salia ya de misa y tomaba las estradas que conducian á las caserías dispersas, como la de Ipenza, en las alturas.

III.

Desde el fondo del valle habia visto Ramon las cabras en la llosa, y ántes de llegar á casa, tomó de un seto una vara de avellano, con objeto de medir con ella las costillas á Santiago por su descuido.

— ¿Dónde está, dónde está ese pícaro, que le he de matar?.....preguntó á Catalina al llegar á casa.

— Señor padre, contestó la niña temblando, está en la llosa.

— Si hubiera estado allí, como se le mandó, no hubieran destrozado las cabras la borona.

— Se vino porque le llamé yo para que me cogiera unas cerezas ampollares.

— ¡Jariega habias tú de ser para ser buena! dijo Ramon, yendo á dar un pescozon á Catalina; pero Quica se interpuso, deteniendo el brazo de su marido y esclamando:

— Ramon, por el amor de Dios, no pegues á la niña, que harto trabajo tiene la pobrecita de mi alma con no conocer padre ni madre!.....

— Pues el bigardo de tu hijo que los conoce, será quien lleve la farda.

— Hombre, no seas terco, que todos hemos sido jóvenes y descuidados. Ademas, hoy debemos pasar el dia en paz y en gracia de Dios, ya que hemos tenido una buena noticia.

— Bien, lo que tú quieras, mujer, contestó Ramon, ya completamente aplacado. Siempre ha de ser lo que á vos-

otras se os antoja. Aquí lo del cuento que contaba el difunto mi padre.

— ¿Y qué cuento era ese? preguntó Quica muy alegre, viendo ya á su marido tan placentero como de costumbre.

— Cuando Cristo andaba por el mundo sanando enfermos y resucitando muertos, le salió al encuentro una mujer y le dijo, tirándole de la capa y llorando como una Magdalena:

— «Señor, haga usted el favor de venir á resucitar á mi marido, que se murió esta mañana.»

— «No me puedo detener, le contestó el Señor, porque voy á escape á hacer un milagro de padre y muy señor mio, que es encontrar una buena madre de familia entre las mujeres aficionadas á toros y novillos; pero todo se andará si la burra no se para. Lo que yo puedo hacer es que se te antoje resucitar á tu marido, y tu marido resucitará.»

Y en efecto, á la mujer se le antojó que su marido habia de resucitar, y su marido resucitó, que ni los muertos pueden resistirse á los antojos de las mujeres.

Quica y Catalina rieron grandemente el cuento de Ramon, que el cariño encuentra gracia hasta en cuentos tan desgraciados como el que contó Ramon y los que yo cuento.

Catalina se fué llena de alegría, al ver que al cabo se habia despejado el cielo, á poner la mesa en el patin, deliciosamente sombreado por el higar. Y entre tanto se preguntaba: — ¿Qué buena noticia será esa de que ha hablado señora madre?

Santiago y Navarro asomaron por el nocedal, ambos cabizbajos y recelosos, porque á ambos les remordia la conciencia.

— ¡Venga usted á comer, señorito! dijo Ramon á Santiago.

Navarro creyó que el amo hablaba con él, y refunfuñó para sí:

— ¡Malo, malo, cuando sin serlo le llaman á uno señorito!

Y fué á tumbarse tímidamente bajo la mesa, á la cual

acababa de sentarse Santiago con ménos remordimientos que el perro.

Ramon y Quica sabian el buen efecto que habia de causar en su hijo la buena noticia que habian recibido, y se apresuraron á desembucharla.

Esta noticia se encerraba en una carta de Méjico, que Ramon sacó del bolsillo, y empezaba de este modo:

«Querido hermano Ramon: si no estoy equivocado, el chico va á cumplir ya quince años, edad la mas á propósito para aclimatarse en este país y para emprender la carrera del comercio, que yo con tanta honra y provecho he seguido. Mandadme, pues, á mi sobrino y ahijado Santiago con el primer buque que salga de Bilbao, que de mi cuenta corre el hacer de él un hombre de provecho.»

Esta carta enloqueció de alegría á Santiago y entristeció profundamente á Catalina.

Llegó el 15 de Agosto, gran dia para el Concejo, pues en su iglesia parroquial se celebraba la fiesta de la Asuncion.

Apénas habia amanecido, y ya las blancas columnas de humo que se elevaban de los hogares, formaban sobre todo el valle una diáfana y azulada nubecilla, agitada mansamente por las vivificadoras auras cantábricas.

En las montañas vascongadas, ennoblecidas por la historia y fecundadas por el sudor de sus habitantes, armonizan tan santamente el templo y el hogar y la naturaleza, que al contemplar allí el viajero el hermoso símbolo compuesto de tres manos enlazadas y la leyenda *Irurac-bat,* duda si este símbolo es solo el de las tres provincias hermanas, ó á la vez el del templo y el hogar y la naturaleza. Llega la fiesta patronal del valle, y de esta consoladora trinidad surgen las alegrías mas puras del pueblo vascongado, que las busca en el templo cuando el sol empieza á dorar sus montañas, en el hogar cuando el sol llega al zenit, y en la arboleda cuando el sol se acerca al ocaso. Siempre, siempre se confunden allí armónicamente el toque de la campana, el nombre de ¡padre! ¡hijo! ¡hermano! y el canto del ruiseñor ó la malviz.

Ya allá abajo, en el fondo del valle, se mezclaban el son del tamboril y el repique de las campanas, y el amor de la familia salia alborozado de todas las caserías á recibir al pariente forastero que, atravesando sombríos castañares, ó verdes y bien cultivadas llosas, va una vez al año á rejuvenecer su corazon bajo aquel techo, en aquellas arboledas, en aquellos huertos, en aquel templo donde están los recuerdos mas dulces y santos de su infancia.

Todos los hogares elevaban al cielo blancas columnas de humo como nubes de incienso enviadas al Señor por la abundancia y las benditas alegrías que derramaba en ellos; pero el hogar de Ipenza parecia apagado aun. Sin embargo, sus moradores se habian levantado ántes que los pájaros entonasen en el nocedal y las seves el canto de la alborada.

Santiago se preparaba á tomar el camino de Bilbao, porque habia llegado la hora de embarcarse para ese nuevo hemisferio, á donde ¡oh noble patria mia! la flor de tu hidalga y hermosa juventud va á buscar un sepulcro tan triste, tan triste, Dios mio, que ni las lágrimas de una madre le santifican, ni las flores del valle nativo le adornan!

Ramon debia acompañar á su hijo hasta Bilbao.

Quica, que hasta aquel instante no habia derramado una lágrima, porque solo habia visto á su hijo en el camino de la felicidad, como visteis á los vuestros, vosotras desconsoladas madres, que ya solo veis un sepulcro en las regiones americanas; Quica lloraba ya sin consuelo.

La pobre Catalina habia llorado tanto por espacio de mes y medio, que no quedaban ya lágrimas en sus ojos: no lloraba, pero sentia el abatimiento y la tristeza que deben sentir los que se mueren.

Los ojos de Santiago se humedecian á veces; pero no tardaban en brillar de alegría.

— Vamos, vamos, que parecen ustedes niños llorones, esclamó Ramon, arrancando á su hijo de los brazos de Quica y Catalina. Cualquiera diria que el caso es para llorar..... ¿No me veis á mí? Pues yo tambien tengo mi alma en mi almario.....

Y en efecto, Ramon la tenia, pues de sus ojos se deslizaban lágrimas como avellanas.

Santiago y Ramon partieron.

Desconsoladas Quica y Catalina, los siguieron con la vista hasta que traspusieron un cerro cercano.

Entónces la niña hizo un esfuerzo casi sobrenatural para serenarse, y dijo:

— Señora madre, voy á llevar las ovejas al monte.

— Haz lo que quieras, hija, le contestó Quica maquinalmente.

Catalina tenia por costumbre abrir la puerta todas las mañanas á un rebañito de ovejas, y encaminarlo hasta un tiro de piedra de la casería, donde dejaba solas á las ovejas; pero aquel dia siguió con ellas hasta el cerro que acababan de trasponer Ramon y Santiago, y desde aquel cerro pasó á otro, y desde este al de mas allá, siempre clavando la vista en el camino de Bilbao, hasta que, rendida de fatiga y muerta de tristeza, inclinó la hermosa frente, y en lugar de dirigirse á la casería de Ipenza, se dirigió á la iglesia del valle y se arrodilló ante el altar de la Vírgen de la Soledad.

IV.

Muchos años hace que Santiago se ausentó de Ipenza.

— Cuéntame, cuéntame su vida durante ese largo tiempo.

— Son, amor mio, muy escasas y muy oscuras las noticias que de ella tengo. Así, pasaré como sobre ascuas por el volcánico suelo americano, para volver cuanto ántes al fresco y tranquilo y feliz y bendito suelo vascongado.

Santiago fué recibido en Méjico con grandes muestras de cariño. Su tio era uno de los comerciantes mas ricos de aquella ciudad. Rayaba ya en los cincuenta años, y no se habia casado ni pensaba casarse.

Durante el primer año, Santiago fué un modelo de aplicacion y juicio, por lo cual su tio le tomó un cariño entrañable, concentró en él todo ese caudal de amor que guardan sin saber qué hacer de él los que han llegado á los cincuenta

años sin familia y sin amigos del corazon; pero al año empezó á cerdear con mucho sentimiento de su tio. Los amores vergonzosos, el juego, los espectáculos sangrientos, el lujo, los banquetes, todas esas cosas que constituyen la dicha de las almas vulgares, tenian para él un encanto que no siempre podia resistir. La caridad, las letras y las artes, el amor puro, la hermosura de la naturaleza, las espansiones tranquilas é ingenuas de la amistad, el pensamiento ó el jazmin que nos envía dentro de una carta nuestra madre ó nuestra hermana, el recuerdo constante de nuestro hogar, el ánsia continua de tornar al valle nativo, todas esas cosas, que son la gloria de las almas delicadas, carecian de encanto para Santiago.

Un dia le llamó su tio á su despacho, y le dijo:

— Santiago, veo con dolor que te apartas del buen camino, del camino que yo he seguido para llegar á la estimacion de todo el mundo y al millon de pesos de que soy dueño en la actualidad. Tú te desvives por gozar del mundo, y vas por un camino enteramente opuesto al punto á que quieres llegar. Si trabajas sin descanso, un dia serás dueño de las riquezas de tu tio, y podrás satisfacer esa ambicion de goces materiales que te consume; pero si no trabajas ni te apartas de la vida que has emprendido, jamas se realizará tu sueño, porque no podrás disponer de riquezas propias ni heredarás las de tu tio. Medita bien lo que te digo, y escoge lo que mas te convenga.

En efecto, Santiago meditó las palabras de su tio, y al cabo se decidió á trabajar para ser rico y luego darse la vida que constituia su eterno sueño.

Su tio, que le queria mucho, solia decir cuando se trataba de Santiago:

— Ese muchacho se porta, gracias á que yo le canté la cartilla así que empezó á ladearse. Estoy resuelto á dejarle mi capital cuando yo cierre el ojo, porque á la verdad se lo merece; pero tiemblo al pensar lo que va á hacer cuando se encuentre rico: va á querer desquitarse en un año del hambre de goces que está sufriendo hace diez, y va á morir de una

indigestion ó un estallido. Ustedes verán, si viven, si mis temores son ó no fundados.

El dia de esta prueba llegó mas pronto de lo que el bueno del comerciante se figuraba. El tio de Santiago murió al cumplirse los diez años de la llegada del sobrino á Méjico.

Santiago se encontró, pues, á los veinticinco años dueño de veinticinco millones de reales y de veinticinco millones de deseos de goces materiales.

Recuerda lo que una mañanita de san Juan decia á Catalina en el nocedal de Ipenza:

— Chica, si yo fuera rico, me habia de dar una prisa á divertirme, que por ligera que viniese la muerte á estorbármelo, habia de llegar tarde.

— Ya que hablas de Catalina, ¿qué habia sido en todo ese tiempo de la pobre chica, y de Ramon, y Quica, y Navarro y el Morroño?

Catalina era una de las chicas mas lindas que paseaban las Encartaciones, tanto, que á pesar de ser jariega, de estar siempre mas triste que un entierro, y de saber todo el mundo que plantaba unas calabazas al lucero del alba, le salia cada dia un novio.

Ramon y Quica estaban ya hechos unos carcamales, sin duda por las pechadas de llorar que se daban cuando venia el correo de América y no traia carta del chico, lo cual sucedia casi siempre.

Por quien no pasaba dia era por Navarro; Navarro habia arreglado su modo de vivir, y con él le iba á las mil maravillas: dormir bajo los parrales en primavera y en verano, y en la cuadra en otoño y en invierno; comer para vivir y no vivir para comer; hacer cuatro carocas á sus amos cuando venia á pelo para no incurrir en la fea nota de impolítico y descastado; y no darse malos ratos por nada ni por nadie, y mucho ménos por una novia que tenia en una casería inmediata, tal era su método de vida, y de allí no le arrancaba una pareja de bueyes. Así era que, teniendo ya trece años, nadie le echaba arriba de siete.

En cuanto al Morroño, continuaba ahogando el grito de su conciencia con el siguiente silogismo:

«La propiedad es un robo: luego mi amo ha robado los chorizos que tiene en la despensa, y por consiguiente es un ladron.

«El que roba á un ladron gana cien dias de perdon: luego yo gano cien dias de perdon robando á mi amo.»

Pero volvamos á Méjico:

Santiago, en medio de sus malas cualidades, tenia algunas buenas, y entre ellas la de conservar alguna ley á su patria, bien que esta cualidad, mas que individual, es colectiva en la raza vascongada. ¿Sabes tú, flor de las flores, cuál es el mayor deleite de los hijos de las tres nobles hermanas, lo mismo en Madrid que en las Antillas, lo mismo en las repúblicas hispano-americanas que en los Estados-Unidos, donde quiera que los conducen su carácter emprendedor, su fama de hombres leales y honrados y su afan de enriquecerse para enriquecer á su familia y á su patria? Reunirse en sus horas de descanso con los que han nacido en sus patrios valles, y cualesquiera que sean los intereses y las afecciones que los liguen con el país en que residen, y por largo que sea el período de su espatriacion, delirar y soñar con la tierra natal y con el hogar de sus padres. ¡Ah! tú no puedes comprender como yo lo que pasa en el corazon de un vascongado cuando, aunque no sea mas que á sesenta leguas de sus montañas, llega á su oido el sonido de un tamboril, ó se ofrece á su vista el traje usual de su aldea, ú oye la rica y venerable lengua de los escaldunac!

— Quiero volver á mi país, se dijo Santiago, porque mis padres son ya viejos y desean verme, porque la pobre Jariega es una buena muchacha, aunque sus cartas demuestran que sigue tan llorona como siempre, y porque mi país es bueno para pasar una temporada en él; pero muy tonto seria yo si ántes no viera y gozara cuanto hay que ver y gozar en el nuevo mundo, que solo he visto por un agujero.

Esto se dijo Santiago, ó mas bien, el Sr. D. Santiago, porque ya da vergüenza nombrar con tanta llaneza á un

hombre que tiene tantos millones; esto se dijo, y al dia siguiente se echó á vivir.

¡Buenas, muy buenas las corrió el Sr. D. Santiago en la América central y en la del Sur!

Carruajes á docenas, caballos á centenas, criados á gruesas, queridas á millares, cada noche una orgía y lo demas que se calla; cada semana las emociones de un desafío; cada dia el berrinche de un par de horas de juego, y de cuando en cuando un costalazo en una apuesta á que reventaba un caballo en cinco minutos; esto fué lo que por espacio de medio año dió al Sr. D. Santiago una celebridad inmensa en la América española.

En Madrid, y no sé si en otras partes tambien, tienen los confiteros una táctica muy ingeniosa para evitar que sus dependientes figuren entre los primeros consumidores del dulce fruto de sus tareas. Reciben un muchacho *rocin venido de la tierra* (esta es la frase consagrada por el uso. ¡Qué chistes se oyen, Dios mio!) y lo primero que le dicen es:

— «A tí te gustan los dulces, ¿no es verdad? Pues tienes licencia para comer los que te dé la gana, con tal que seas hombre de bien.»

El muchacho, cuyo bello ideal habia sido siempre tener á su disposicion una confitería, ve el cielo abierto con esta advertencia, y se da un atracon de yemas como para él solo.

La consecuencia de este atracon es que el muchacho aborrece para siempre los dulces y á veces pierde el estómago.

Algo parecido á lo que sucede á los muchachos de las confiterías, empezaba á suceder al Sr. D. Santiago: los atracones de placer le iban haciendo aborrecer los placeres, le iban echando á perder el estómago, y lo que es mas doloroso aun, el corazon.

Pasó á los Estados-Unidos, y allí pasó otro medio año comiendo dulces, cada vez con ménos apetito.

Cuando el lobo se hartó de carne, se metió fraile: cuando el Sr. D. Santiago se encontró hastiado de aquellos placeres que tanto habia ansiado, pensó en su país, en sus padres y

hasta en la pobre Jariega, y se decidió á embarcarse para la madre patria.

Mañanita de san Juan
cuando la gente madruga,
el que borracho se acuesta
con agua se desayuna.

Pero hé aquí que un dia recibe nuestro hombre una carta con la triste noticia de que sus padres han muerto con el dolor de no volver á ver al hijo cuya ausencia lloraban hácia mas de diez años.

El Sr. D. Santiago no recibió con indiferencia aquella noticia; pero se asombró de que no le causase el pesar que en otros tiempos le hubiera causado: era que su alma se habia gastado en los placeres, estaba muerta para la tierra, ya que no pudiera estarlo para el cielo.

Y D. Santiago se dijo entonces:

— Si en esta tierra, rica de juventud y civilizacion no encuentro ya placer alguno, ¿cuáles puedo esperar en mi patria, vieja caduca, que como todos los viejos, ha tornado á la ignorancia y á la impotencia de la niñez? Además, mis padres han muerto, y si allí soy capaz de sentir algo, será el desconsuelo de no encontrarlos ya en torno del hogar donde los dejé. ¡No, no quiero volver á mi país! Recorreré todo el mundo á ver si con mis riquezas encuentro aun placeres; pero no volverán á darme su sombra los nogales y los cerezos de Ipenza.

Las orgías, el juego, el lujo, los amores venales, los placeres de todo género, le causaban profundo hastío. Sin embargo, hizo un esfuerzo supremo para volverse á sumergir en ellos, que los habia ansiado mucho para que renunciara á ellos fácilmente; pero le sucedia lo que al enfermo inapetente, que obstinándose en comer, exacerba la rebeldía de su estómago.

Y no era ya la muerte del alma, la muerte del corazon, la muerte del sentimiento, el único mal que sentia Santiago: su rostro estaba marchito, su cabello empezaba á encanecer,

sus miembros se entorpecian y su pecho respiraba con dificultad.

Consultó á los médicos mas famosos del nuevo continente, y todos opinaron que al restablecimiento de su salud convenian mucho los aires de su país nativo; pero Santiago opuso una resistencia tenaz á seguir el consejo de los médicos.

— ¡Soy, se decia, el mas desventurado de la tierra! Paso media vida trabajando sin descanso y lleno de privaciones para enriquecerme; me enriquezco al fin, y me encuentro con que mis riquezas son inútiles, con que soy mas desdichado que el último de los tres millones de esclavos que gimen en esta tierra de la libertad, pues solo conservo viva la inteligencia para contemplar el vacío del sentimiento! ¡Oh, Dios mio, yo diera todas mis riquezas por sentir un latido en mi corazon, ó una lágrima en mis ojos!

¿No te parece, luz de los mios, que en efecto Santiago era muy desventurado?

— ¡Ay! ¡sí que lo era, sí!

Que Dios, si así place á su Divina Majestad, abrume de dolencias nuestro cuerpo y de tribulaciones nuestra alma;

Que nos condene á llegar á la ancianidad ganando con el sudor de nuestra frente el sustento cotidiano;

Y que nos niegue la dicha de ver en torno de nuestro lecho mortuorio hijos que nos lloren y nos reverencien;

¡Pero que nos conserve el alma siempre lozana y jóven!.....

Cada vez se lamentaba Santiago mas de haber perdido esta juventud del alma que á tí y mí nos hace dichosos.

A la tísis moral sucedia ya la tísis física. Los médicos le declararon terminantemente que su única esperanza de salvacion estaba en la vuelta á la tierra natal, y Santiago aceptó esta esperanza, mas bien ya por indiferencia que por amor á la vida.

V.

La primavera engalanaba á las Encartaciones con un rico manto verde, sembrado de flores de guindo, de manzano, de melocoton, etc., y las obsequiaba todas las mañanas con un concierto de pájaros, que era lo que habia que oir, pues los músicos trabajaban á las mil maravillas engolosinados con el abundante almuerzo de cerezas que la primavera les prometia para despues de los conciertos.

Uno de aquellos pájaros, que se ha criado al calor de mi pecho, y aun tiene su nido como quien va hácia mi costado izquierdo, es quien me cuenta todas estas cosas.

Lo mismo en las llosas del fondo del valle, que en las que rodeaban las caserías dispersas en las alturas, reinaban la animacion y el contento, no tanto porque habian venido las hojas, y las flores, y los pájaros, y los dias claros y las noches serenas, como porque habian venido las esperanzas, doradas mariposas, cuyas crisálidas eran el piececito de maíz que asomaba ya su rubia cabeza en la heredad layada y sembrada quince dias ántes, la hebra de trigo que reventaba de orgullo al sentir la espiga en su seno, y la flor de los frutales, madre feliz que no muere hasta que están granditos sus hijos. Los niños hacian silbos con la corteza del nogal ó del castaño, ó buscaban nidos en los avellanales de los regatos, de paso que apacentaban los bueyes en las honderas de las piezas ó en las campas; y los hombres y las mujeres sallaban en las piezas adelantadas, ó batian terrones en las atrasadas, chupando su pipa los primeros, cantando ó riendo estrepitosamente las segundas, y todos, niños, y hombres y mujeres, sintiendo una alegría y una felicidad que nos está vedada á nosotros los que nos ahogamos en esta atmósfera deletérea de las ciudades.

Pero habia unas llosas en que reinaban la soledad y la tristeza, y eran las que rodeaban la casería de Ipenza: aquella vida, aquella alegría que la laboriosidad y el placentero carácter del difunto Ramon derramaban constantemente en ellas, habian desaparecido. ¡Harto habia hecho la pobre

Jariega arrojando en ellas á la ventura de Dios la semilla que empezaba á brotar lozanamente!

Medio año hacia que habian volado al seno del Señor los caseros de Ipenza, Quica primero y Ramon un mes despues, dejando á Catalina una buena dote y el usufructo de la casa y la hacienda, miéntras su natural heredero no le reclamase. Desde entónces la vida de Catalina se deslizaba en la tristeza y en las lágrimas, que solo conseguian detener por breves instantes su fe cristiana y el cariño de la buena mujer que la habia alimentado á sus pechos, y á quien habia llamado á Ipenza para que le sirviese en su soledad de madre y de compañera.

Santiago no venia, ni contestaba siquiera á las tiernas y tristes cartas en que la pobre muchacha le pintaba sus perpetuos recuerdos y su soledad y la de la casa paterna.

Era un domingo. El cielo amaneció azul y hermoso como los dulces ojos de la huérfana de Ipenza, y el sol apareció sobre los altos picos de oriente mas dorado y vivificador que nunca. Las campanas de la iglesia parroquial cantaban, repicando á misa, la dicha y la alegría que reinaban en el valle.

Catalina, vestida de luto, no tan negro y tan triste como el que llevaba en el corazon, bajó á la iglesia á encender las candelas y colocar las ofrendas de blanco pan sobre la sepultura de aquellos á quienes habia dado el dulce nombre de padres.

Rezó y lloró sobre aquella sepultura, y terminada la misa volvió á tomar la estrada de Ipenza.

Casi repentinamente apareció por la costa aquella tenue neblina que hace esclamar á los buenos habitantes de las Encartaciones:

— Ya limpian trigo en los montes de Somorrostro. No tardará en llegar aquí el tamo.

Aquella húmeda neblina fué avanzando, avanzando, y al llegar Catalina á Ipenza, ya cubria todas las Encartaciones, desde las cumbres de Soba á las de Oquendo, y desde el cónico pico volcánico de Serantes al de Colisa.

El sol se oscureció completamente, y á una mañana

espléndida del mediodía, sucedió una tarde nebulosa del septentrion. Sin embargo, el corazon de Catalina estaba alegre, y latia como si una dulce esperanza le agitase.

La noche avanzó cada vez mas lluviosa y oscura, y las moradoras de Ipenza, despues de rezar el rosario, se disponian á acostarse, cuando Navarro, que dormia en el horno, despertó refunfuñando, y comenzó á ladrar atravesando el nocedal en direccion á la estrada que bajaba al valle.

Catalina supuso que lo que sacaba á Navarro de sus casillas, ó mejor dicho, de su horno, seria alguna partida de contrabandistas pasiegos, y se asomó á una ventana que daba sobre la portalada de la casería.

En la estrada se oia ruido de caballerías, ruido que cada vez se acercaba mas, y Navarro habia dejado de ladrar.

— No serán pasiegos, dijo la jóven á la aña, que los pasiegos no confían á piernas ajenas sus personas ni su maco.

Las caballerías se acercaban á la portalada.

— ¡Abre, Jariega! dijo una voz fatigosa, que ni Catalina ni la aña conocieron, pero que resonó profundamente en el corazon de la primera.

Los desconocidos estaban ya en la portalada.

— ¿Quiénes son ustedes? preguntó la aña sacando el candil por la ventana.

— ¡Abra usted, aña ó demonio! dijo la misma voz en el tono peor humorado del mundo.

Al iluminar el candil la portalada, se ofrecieron á los atónitos ojos de la jóven y de la anciana:

Un arriero que conducia del ramal cuatro mulas reatadas y cargadas de cofres y maletas, y un viejo (tal parecia al ménos), montado en otra mula, al lado de la cual daba saltos y brincos Navarro queriendo acariciar al ginete.

Catalina y la aña, á quienes habia asaltado la dulce sospecha de que fuese Santiago el que tan familiar é imperiosamente les habia dirigido la palabra, á pesar de que aquella voz les era desconocida, perdieron toda esperanza al ver al que cabalgaba en la mula delantera: aquel hombre en nada se parecia á Santiago, aun teniendo en cuenta lo que á este

debian haber desfigurado los años. Su cabello comenzaba á blanquear, sus ojos estaban hundidos, amarillo y demacrado su rostro, afiladas sus manos y su espalda encorbada. Santiago que solo contaba veintiseis años y que ya al partir de Ipenza se las apostaba á tirar la barra y jugar la pelota á los mozos mas forzudos y ágiles del valle; Santiago, que ya á los quince años era por su gallardía y su hermosura el encanto de las muchachas del Concejo, Santiago no podia haberse trocado en once años en aquel hombre viejo y valetudinario.

— ¿Quiénes son ustedes? preguntó Catalina muerta de miedo y desaliento: y el desconocido esclamó cada vez mas irritado:

— Abre, Jariega, con un millar de demonios, ántes que vaya la puerta abajo. ¿Era este el recibimiento que me prometias al darme noticia de la muerte de mis padres?

— ¡El es!..... ¡él es!..... gritaron ambas mujeres, y se lanzaron á la puerta del patin.

Entre tanto Santiago echaba pié á tierra ayudado del arriero.

Navarro se acercó á él deshaciéndose en caricias; pero el indiano le arrimó un fuerte puntapié, acompañado de un taco del número uno, y el pobre viejo tomó la rauta hácia el horno, dando unos alaridos que indudablemente querian decir traducidos al castellano:

— ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡qué bruto vuelve mi amo! Pero mas bruto soy yo por haber quebrantado mi propósito de no incomodarme por nada ni por nadie. Bien dice el Morroño, que san Yo es el único santo á quien uno debe tener devocion. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡qué sabio es mi compañero el Morroño!

Miéntras así se lamentaba Navarro, D. Santiago murmuraba con desesperacion:

— ¡Muerta!... ¡muerta para siempre mi alma!... Nada, nada..... indiferencia, hastío, cansancio de la vida al desembarcar en Vizcaya..... al entrar en el valle donde nací.... al llamar á la puerta de mis padres..... al oir la voz de la compañera de mi niñez!.....

Catalina, seguida de la aña, se precipitó á la portalada,

é iba á lanzarse á los brazos de Santiago; pero este, léjos de abrírselos, se contentó con murmurar friamente:

— Hola, Jariega. Yo creí que no abrian ustedes en toda la noche.

Esta indiferencia hirió en el corazon á la pobre Catalina, y este nombre, recordó á la delicada huérfana, que era una miserable espósita que debia á la caridad la vida, el pan que la sustentaba y el techo que la guarecia. El *tú* que iba á pronunciar; el *tú*, dulcísimo pronombre del amor y de la amistad, como le llama el cantor de los *Mártires*, el *tú* se detuvo en los inmaculados labios de la vírgen de Ipenza, que le cambió per el ceremonioso *usted*, y acompañó con otro pronombre mas ceremonioso aun el nombre de Santiago, que tan dulce le habia parecido siempre sin anteposicion de alguna.

— ¿Cómo está usted, D. Santiago? preguntó al indiano con el corazon desgarrado.

— *¡Usted!* ¡Nunca has de dejar de ser necia! *¡Don!* Jamas se ha de ver libre esta..... cándida patria mia de sus estúpidas preocupaciones, de sus ridículas ínfulas nobiliarias!..... ¡Bien hayan los países donde todo el mundo desciende democráticamente de Adan!..... gruñó el indiano con hastío y despego, dando al olvido dos cosas:

Que el *usted* es bello y oportuno como noble espresion de respeto, y como modesta confesion de inferioridad;

Y que en nuestros tiempos el *Don* no es ínfula nobiliaria; que solo es indicacion de que aquel que le antepone á su nombre de bautismo, pobre ó rico, es persona decente, tiene dichos, por sus méritos, por su inteligencia, por su educacion, á que no se le confunda con los que por desgracia no poseen ninguna de estas nobles cualidades personales tan estimadas en toda sociedad delicada y culta. Por mas que mi hermano y yo seamos hijos de unos mismos padres, y allá nos andemos en punto á dinero, mi hermano solo tiene derecho á poner en los libros que *compra*: «Este libro es de *José de Tal,*» al paso que yo le tengo á poner en los libros que *escribo*: «Este libro es de *D. Antonio de Cual,*» por la sencilla razon de que mi hermano, aunque labrador honrado,

y bueno y laborioso, ha pasado las noches de su juventud durmiendo, y yo, aunque mal literato, he pasado las de la mia estudiando para ennoblecer mi espíritu, para comprender la hermosura de Dios, del arte y de la naturaleza, para apreciar en todo su valor los sentimientos elevados, para separar lo delicado de lo grosero, y para distinguir entre el mal y el bien, y entre lo justo y lo injusto.

Era tan profundo el dolor que sentia Catalina al encontrar á Santiago en aquel lastimoso estado, y al verse tratada de aquel modo por el amado compañero de su niñez, á quien su corazon habia llamado y esperado por espacio de once mortales años; era tan profundo el dolor que revelaba la dulce faz de Catalina, que Santiago no pudo ménos de arrepentirse de su frialdad y su dureza, y de alargar la mano y dirigir algunas palabras benévolas á la jóven, que se estremeció entónces de alegría.

— ¿Vienes enfermo, Santiago? le preguntó Catalina con infinita ternura.

— Sí, enfermo del alma y del cuerpo.

— ¿Qué sientes, hermano de mi corazon?

— No siento nada, y esa es mi mayor desdicha.

Catalina no comprendió el sentido de estas palabras.

— ¿Tienes frio?

— Tengo helado el corazon.

— Ven, ven á orilla del fuego, donde te calentarás miéntras te disponemos le cena.

Santiago se dirigió á la cocina, apoyado en el hombro de Catalina.

El Morroño, que era amigo de lo caliente, se habia apoderado de la silla en que pocos momentos ántes habia estado sentada su ama. Al ver que esta tornaba, se volvió del otro lado, y dió un bufido como diciendo: «El que fué á Sevilla perdió la silla.» En efecto, su ama le dejó en perfecta posesion de su conquista, que tambien respetó Santiago.

Aun conservaba este la esperanza de convencerse de que su alma estaba enervada y no muerta; aun esperaba que su corazon diese un latido, siquiera fuese débil, al acercarse á

aquel hogar que tanta dicha debia recordarle; pero no tardaron en desvanecerse estas esperanzas.

Santiago penetró en la cocina; se acercó al hogar, se sentó en el escaño donde se sentaba su padre, en el banco donde se sentaban él y Catalina, y hasta en el celemin donde se sentaba su madre; pero nada, su corazon continuaba paralizado, frio, indiferente á todo.

Entónces el mas profundo abatimiento se apoderó de Santiago, sin que toda la solicitud y toda la ternura de Catalina y la aña bastaran á sacarle de él por un instante.

Catalina, que recordaba muy bien cuáles eran los manjares que en otro tiempo gustaban mas á Santiago, improvisó una apetitosa cena, que esperaba fuese del agrado de su hermano.

— Vamos, dijo á este, verás que alegremente vamos á cenar juntos tú, y la aña y yo. Mira, para que nos recuerde esta cena las de otro tiempo, cenaremos en la misma mesita donde cenábamos entónces, y la colocaremos aquí, á la orilla del fuego, donde la colocaba señora madre, que esté en gloria, para que no nos separáramos del amor de la lumbre... Ea, ya está puesta la mesa... Ahora voy en un salto á la cubera á buscar un jarro de chacolí, que le tenemos muy bueno, rica negrera, todo de uva graciana de las andanas de la huerta..... Estoy segura de que todas estas cosas, por ser de casa, te saben á gloria.

Y diciendo y haciendo, Catalina puso con mil primores la mesa, ayudada del aña; y en efecto, bajó de un salto á la cubera y subió de otro, con un jarro de chispeante chacolí.

Catalina sentia al hacer todo esto la santa alegría que siente la tierna madre cuando por espacio de toda una mañana se ocupa en preparar un manjar delicado que cree ha de colmar de gozo al hijo de su alma; y cuando Santiago, que se habia sentado á la mesa esperando aun que su estómago no rechazase aquellos manjares y aquel vino de la casa de sus padres, cuando Santiago retiró de sus labios con repugnancia la vianda y el vaso que Catalina le habia servido, Catalina sintió un desconsuelo parecido al que siente aquella

misma madre cuando su hijo dice que no gusta ó no tiene gana del manjar que su madre con tanta solicitud le ha preparado.

Catalina comprendió al fin, mas por el instinto del cariño que por las palabras de Santiago, el mal que aquejaba á este. Un alma grosera y vulgar solo hubiera adivinado que Santiago habia perdido el estómago: pero el alma delicada de Catalina adivinó que Santiago habia pordido el estómago y el corazon.

— Catalina, ¿dónde han muerto nuestros padres? preguntó Santiago.

— En el cuarto de la sala, contestó llorando Catalina.

— Pues disponme allí la cama, que allí es donde quiero morir.

— ¡Hermano de mi vida!..... esclamó la jóven, sin poder completar la frase, porque la ahogaban los sollozos.

— Déjate de lamentaciones inútiles, dijo el indiano, volviendo á perder la paciencia: déjate de jeremiadas, y disponme la cama en el cuarto donde murieron mis padres.

Catalina le obedeció hecha un mar de lágrimas.

Santiago penetró poco despues en el cuarto donde habian muerto sus padres, con los ojos secos y el corazon inerte.

— ¡La última esperanza desvanecida! esclamó, y se dejó caer como muerto en el lecho.

VI.

Al amanecer el dia siguiente, una nieblecilla blanca y espesa envolvia las cimas del pico Cinto y la Alen; pero el sol apareció á poco rato por las alturas de Urállaga, derramando torrentes de viva y dorada luz, y la niebla abandonó deslumbrada aquellos últimos refugios. Jamas dia mas espléndido brilló en las Encartaciones, á no ser aquel en que sus indomables hijos despedazaron las soberbias legiones romanas, cuya pérdida habia de llorar Augusto, «suelta la barba y el cabello, dándose de cabezadas contra las puertas» como dice el bueno de Suetonio.

Sin embargo, Santiago ni aun quiso consentir en asomarse á la ventana á contemplar un diamante en cada hoja y cada flor en que habia depositado una lágrima la aurora.

Fueron pasando todos los dias de la semana, hermosos todos ellos, ménos para la pobre Catalina, y llegó por fin el domingo.

Las campanas de la iglesia parroquial del valle tocaban á misa primera.

— ¡Santiago! dijo amorosamente Catalina al indiano; si mi voz no ha conseguido arrancarte de este encierro donde agonizas, que lo consiga la voz de Dios. ¿Oyes, hermano, esas campanas? La voz del Señor es esa, que nos llama á rezar y llorar sobre la sepultura de nuestros padres.

— Catalina, oraciones sin lágrimas no pueden llegar á Dios, y las lágrimas están vedadas á mis ojos. Deja que se estinga aquí el débil soplo de vida que me queda!.....

— ¡No, por Dios, hermano mio! ¿Sabes cuáles fueron las últimas palabras que pronunció la madre que tanto te quiso, la madre que murió cuando murió su esperanza de volverte á ver? «¡Catalina, hija mia! me dijo, si vuelves á ver al hijo de mis entrañas, díle que el postrer deseo de su madre, es que viva y muera amando á Dios como sus padres han vivido y han muerto!»

Al oir estas palabras, Santiago se levantó del sillon en que estaba postrado.

— ¡Hermana! esclamó, ¡cúmplase la voluntad de mi madre y la de Dios!

Catalina juntó las manos y alzó al cielo, en accion de gracias, sus purísimos ojos inundados en llanto.

Pocos instantes despues, tomó Santiago la estrada que bajaba al valle, y llegó al campo de la iglesia cuando sonaba el segundo toque de misa.

Gran número de habitantes del Concejo estaban reunidos en el campo y en el pórtico de la iglesia, y todo se acercaron á saludar afectuosamente al indiano, doliéndose del triste estado en que volvian á ver á aquel muchacho, á quien tan hermoso y feliz vieron hacia once años.

Ni la gratitud, ni la alegría, ni la curiosidad, hicieron

tampoco en aquel instante al corazon de Santiago abandonar la glacial indiferencia que habia llegado á ser su estado normal. Aquellos rostros que anunciaban almas siempre tranquilas y jóvenes, nada decian al jóven-viejo de Ipenza.

Santiago penetró en la iglesia en el momento en que sonaba el último toque, y él parroco, que habia derramado sobre su frente el agua santa del bautismo, salia á celebrar el santo sacrificio.

Al atravesar el sagrado dintel, y al dirigir alternativamente la vista al sacerdote y á la losa que cubria el sepulcro de sus padres, sus ojos brillaron de alegría: Santiago acababa de convencerse de que su corazon no estaba aun completamente muerto para el sentimiento.

Dobló la rodilla sobre la sepultura de su madre, y empezó á rezar, sintiendo un bienestar inesplicable.

— ¡Madre! murmuraron sus labios, tú, que en la tierra fuiste para conmigo amorosa y compasiva, ve desde el cielo mi desventura, y pide al Señor que me cubra con el manto de su misericordia, por mas indigno que sea de ello. ¡Pídele, santa madre, que me dé ojos para llorar y corazon para sentir!.....

Al pronunciar estas palabras, Santiago no pudo contener un grito de inmensa alegría: su corazon latia, y una lágrima asomaba á sus ojos. Su alma empezaba á resucitar. ¡A la voz del Señor, el inerte corazon de Lázaro comenzaba á animarse!

Santiago apoyó su frente sobre la fria losa del sepulcro, y dos raudales de lágrimas brotaron de sus ojos.

Terminada la misa, salió del templo con el corazon inundado de alegría: entónces la gratitud y la curiosidad le hicieron detenerse para saludar á las gentes que encontraba á su paso, y para observar las alteraciones que el trascurso del tiempo habia obrado en aquellos hombres, á quienes al tiempo de espatriarse dejó niños, y en aquellos ancianos, á quienes dejó jóvenes aun.

Para tornar á Ipenza, tenia que subir una prolongada cuesta, que habia bajado con harto trabajo; pero no se acobardó: me sentaré, se dijo, cuando me canse; pero con gran

sorpresa se encontró á corto rato en el nocedal de Ipenza sin haber sentido fatiga alguna, á pesar de su suma debilidad. Es que las lágrimas de ternura dan vigor al alma agostada, como la da á las plantas la lluvia.

Catalina, que espiaba su vuelta desde la ventana con el corazon lleno de penosa incertidumbre, salió á su encuentro.

Las mejillas de Santiago, ántes pálidas como la cera, estaban entónces sonrosadas, como si la sangre hubiese vuelto de repente á darles calor y vida.

— ¡Catalina! esclamó Santiago balbuceando de gozo; ¡he llorado y he sentido! ¡Mi alma no está muerta aun!.....

Catalina exhaló un grito de inmensa alegría, y se precipitó en los brazos que le ofrecia su hermano.

Aquel dia se sentó Santiago á la mesa sin la invencible repugnancia que sentia hacia mucho tiempo, y encontró de gusto no del todo desagradable las viandas y el vino y las frutas del país, que hasta entónces no habia conseguido Catalina hacerle probar.

Tambien amaneció hermosísimo el dia siguiente; pero la tristeza y el silencio de la noche parecian haber vuelto á Santiago la indiferencia y el abatimiento que Catalina esperaba curar.

En vano se esforzaba la jóven por hacerle abandonar la habitacion en que habia vuelto á encerrarse. Viendo que sus reflexiones y sus súplicas eran inútiles, Catalina se retiró llorando del cuarto de Santiago; pero al ver este aquellas lágrimas, se sintió dominado por la compasion, y se decidió á enjugarlas, accediendo á los deseos de la que tanto se interesaba en su dicha.

— ¡Catalina! dijo á su hermana, no llores, que harto se ha llorado por mí en este mundo. ¿Qué es lo que deseas?

— Que abandones la oscuridad que te mata, y salgas á gozar del sol de Dios que te ha de dar la vida, contestó Catalina llorando aun, pero llorando de alegría.

Santiago salió al nocedal.

Los perales y los cerezos interpolados entre los nogales estaban cubiertos de flor, y exhalaban un suavísimo perfume.

Santiago estuvo largo rato embelesado en la contempla-

cion de aquellos árboles, y refrescando su alma con el recuerdo de la dicha que bajo su dulce sombra habia encontrado en otros tiempos.

Pasado el nocedal, en una fresca cañadita, sombreada por gigantescos castaños, estaba la fuente que surtia de agua á los moradores de Ipenza.

Santiago se detuvo al lado de aquella fuente; abismado en sus recuerdos, aplicó sus labios con deleite á la teja que servia de caño al caudaloso manantial, cogió una embueza de agua, y refrescó con ella su rostro, y hasta tuvo tentaciones de ponerse, como en otro tiempo, á hacer represas y molinos de junco en el arroyuelo que saltaba por la cañadita abajo.

Seguió adelante y se paró en un torco, desde el cual se dominaba una casería cercana, y las llosas que la rodeaban.

Oyendo á sus inmediaciones unas alegres vocecitas, se paró á escuchar atentamente: eran cuatro niños los que hablaban, *desjarretándose* la ropa en los jaros próximos al torco.

— Yo he *aprendido* un nido esta mañana.

¿De qué es?

— De malviz y está *plumido*.

— ¡Ay! ¿me le quieres enseñar?

— ¡Sí, cabalito!

— Pues no te enseño yo á tí un setal que aprendí ayer.

— Cuando vaya mi padre con vena me va á traer de Valmaseda unas alpargatas y una trompa.

— Y á mí mi padre un gorro colorado, en cuanto cueza la oya.

— ¿Chicos, vamos á hacer silbos, que ya sudan?

— Vamos.

— ¡Si yo pudiera sacar este!

Suda, suda,
cáscara ruda,
tira coces
una mula,
sal, sal
para la Pascua
yo silbar!....

Y al compas de este sonsonete, los niños daban con una navajita gallega, ó negra como allí dicen, en la corteza de un palito de castaño recien cortado, para desprenderla de la madera, escitando *el sudor* de la corteza á fuerza de percusiones.

Santiago oia estas *puerilidades* con gusto, ya que no con el embeleso con que las oyes tú, alma de mi alma, que tu corazon fresco y creyente y puro, es necesario tener para embelesarse con estas puerilidades.

Santiago dió un silbido, y los niños, atraidos por la curiosidad, subieron al torco. Cuando se encontraron con un caballero, se pararon un poco cortados.

— Chicos, dijo uno de ellos en voz baja á sus compañeros, es el indiano de Ipenza que, segun dice mi padre, no tiene alma, porque se le ha muerto.

— ¿Y eso qué es?

— ¿Qué, morirse el alma? Yo no sé; ello debe ser así, cosa de muertos.

— ¡Ay qué miedo!

— Venid acá, galopines, dijo Santiago en tono benévolo á los niños que, en efecto, se acercaron á él. ¿Hijos de quién sois?

— Yo de Juan.

— Yo de Pedro.

— Yo de Diego.

— A mi padre le llaman por mal nombre Benditoseas.

— Habeis hecho hoy el cuco, ¿no es verdad?

— No señor.

— ¿Y por qué no vais á la escuela?

— Yo, porque hoy no tenia mi madre cuartos que darme para un Caton.

— Y yo lo mismo.

— Yo, porque dice mi madre que no quiere que vaya hasta que pueda ponerme un poco decente.

— Y yo, porque lo mismo dice mi madre.

— Bueno. Pues decid á vuestras madres que vayan esta tarde con vosotros á Ipenza.

— Está muy bien.

Santiago con el corazon cada vez mas ensanchado, y la respiracion mas fácil, continuó su paseo, en direccion á la casería que se descubria desde el torco, y saltando con trabajo un seto, se metió por las llosas que la precedian.

Los inquilinos de la casería estaban sallando una pieza de borona. Al ver al indiano, los hombres se quitaron los sombreros, y todos le saludaron afectuosamente.

Santiago notó que estaban todos muy tristes, y les preguntó la causa.

— Qué ha de ser, Sr. D. Santiago, contestó Ignacio, el cabeza de familia, que era un anciano cuyo rostro respiraba bondad y honradez; que anoche se nos ha desnucado la pareja de bueyes, y hemos quedado perdidos, porque con ella nos bandeábamos regularmente, unas veces llevando nuestros carritos de vena á las ferrerías, y otras trabajando en la labranza, y ahora tendremos que hacerlo todo á fuerza de brazos como los gentiles.

— ¿Pero se la pagará á ustedes la concordia?

— ¡Qué, señor, si este año no se ha formado concordia!

— Pero por fin, si viene buena cosecha, ménos mal será.

— Por buena que venga, Sr. D. Santiago, tendremos que comprar el zurron la mitad del año, porque el amo se lleva el tercio de ella.

— ¿Y no hay ahora alguna buena pareja de venta?

— Parejas no faltan, Sr. D. Santiago, lo que falta es dinero. El señor alcalde da por cuatro onzas una, que mejor no se pasea en Vizcaya.

— Pues yo se la compro al señor alcalde, y se la regalo á ustedes.

— ¿Qué es lo que usted dice, Sr. D. Santiago?

— Que vaya usted á buscar su parejita.

Y Santiago estrechó la mano al anciano, dejando en ella cuatro onzas de oro como cuatro soles.

Contar las lágrimas de alegría que aquella honrada familia derramó, y las bendiciones que prodigó al indiano, es mas difícil que contar las estrellas que hay en el cielo.

Era ya medio dia. Santiago volvió á tomar el camino de Ipenza, porque..... ¡tenia ya gana de comer! y sobre todo,

porque deseaba hacer partícipe á alguien de la dicha que rebosaba su corazon.

Cuando llegó al nocedal, vió á Navarro descansando, á la sombra, de las glorias y fatigas que acababa de alcanzar, en una pieza asaltada por las cabras. Santiago le llamó, frotando la yema del dedo índice con la del pulgar; pero Navarro habia envejecido mucho desde la noche de márras, y á perro viejo no hay tús, tús.

Sin embargo, Navarro no era hombre, digo perro rencoroso, y viendo que su amo insistia en llamarle, dijo para sí: — Qué demonios, allá voy y salga el sol por Antequera. Convengo con mi compañero el Morroño, en que el que mas pone pierde mas; pero yo no tengo genio para estar de hocico con nadie.

Y lanzándose al encuentro de su amo, uno y otro hicieron tales estremos de alegría, que quedó justificada aquella copla que dice:

Cuando riñen dos amantes
y vuelven á hacer la paz,
ángeles y serafines
¡cuánta envidia les tendrán!

Santiago comió y bebió con apetito que rayaba en desordenado; pero Catalina no pudo comer de alegría.

A la caidita de la tarde llegaron á Ipenza, acompañados de sus madres, los niños con quienes habia hablado aquella mañana Santiago.

— ¡Hola, caporales! dijo este á los niños. Es necesario que desde mañana vayais á la escuela todos los dias; y cuidado con hacer el cuco, que yo tengo un pajarito que me lo cuenta todo.

Un mirlo daba la despedida al sol desde la copa del higar, y los chicos, que no lo habian echado en saco roto, conferenciaron en voz baja:

— Chicos, ¿si será ese el pájaro que dice?

— De juro, ese debe ser.

— ¡Mira tú el acuson!....

— Chicos, ¡si pudiéramos arrearle una pedrada!

— ¡Cabalito! para que luego se lo diga al indiano.....

El indiano continuó:

Todos los domingos, despues de misa mayor, me tendréis sentado en este patin con una cesta de fruta á un lado y un talego de cuartos al otro, para dar cuatro cuartos por cada parce, que vosotros ó vuestros compañeros me presenteis, y en seguida echar la fruta á la péscola. Para visitar á los ricos como yo, es preciso vestirse de toda gala, y vosotros os vestiréis, porque vuestras madres se encargan de haceros el uniforme. Para que el bolsillo no desdiga del uniforme, es necesario que esté forrado de cobre, y yo voy á daros con que forrar el vuestro.

Diciendo así, Santiago puso una onza de oro en la mano de cada una de las mujeres, y un puñado de cuartos en la de cada uno de los niños.

Las mujeres lloraban de alegría, y los niños saltaban y brincaban de lo mismo.

Apénas habia terminado esta audiencia, Santiago oyó á un hombre cantar en la estrada que desembocaba en el nocedal. Era Ignacio que subia ya con su pareja, é iba á ponerla á las órdenes del que le habia dado para comprarla.

— ¿Hola, Ignacio, parece que está la gente de buen humor? le dijo el indiano al verle aparecer en el nocedal.

— Calle usted Sr. D. Santiago, que no sé lo que me pasa. Si hubiera por ahí un tamboril ó una pandereta, habia de bailar un corro á pesar de mis años. Aquí tiene usted la parejita, que para que la vea usted, me he venido por aquí. Bueyes mas valientes no los hay en las Encartaciones. Miéntras echábamos la robra he apostado á que planto con ellos en Mena seis cargas de vena, y estoy seguro de ganar la apuesta.

— Cierto que la pareja es buena.

— Pues disponga usted de ella, Sr. D. Santiago, y de mi mujer, y de mis hijos, y de todos, que por usted nos echaremos de cabeza desde el campanario abajo, porque usted es nuestro padre.

— Gracias, Ignacio; pero no hay motivo para tanto. Con que, ea, no se descuide usted, que va anocheciendo, y esos caminos son malos.

— Es verdad. Con que, quede usted con Dios, Sr. D. Santiago, y muchas memorias á Catalina, que vale mas oro que pesa. Mejor pareja que harian usted y ella..... Perdone usted, Sr. D. Santiago, si he dicho una barbaridad, que hoy no sé hablar mas que de parejas, como estoy tan contento con la mia.

El buen anciano, á quien pareja y robra sacaban de sus casillas, siguió su camino continuando su canto.

Aquella noche sucedió á Santiago lo que no le sucedia hacia once años: pasó toda la noche en un sueño, y soñó que todos los habitantes del valle juraban y perjuraban que si él se lo mandaba, se arrojarian de cabeza desde el campanario abajo.

VII.

El alma de Santiago iba resucitando cien veces mas hermosa que cuando murió. En aquel milagro no cabia pequeña parte á Catalina.

Hacia dos meses que el indiano recorria diariamente el valle sembrando beneficios, y recogiendo bendiciones. Cada bendicion aumentaba un grado la hermosura de su alma, y otro grado la hermosura de su cuerpo. Así, pues, el alma y el cuerpo del indiano rebosaban salud y hermosura, y por carambola, sucedia dos cuartos de lo mismo al alma y al cuerpo de Catalina.

Una tarde de verano estaban Catalina y Santiago sentados tomando el fresco, bajo aquel mismo cerezo donde hace mas de once años los vimos bailar un corro. Santiago, que aquella mañana habia dado su ordinario paseo por los caseríos circunvecinos, contaba á Catalina la felicidad doméstica que habia contemplado en casa de veinte ó treinta pobres inquilinos.

— ¡Catalina! dijo de repente fijando sus vivos ojos en los dulcísimos de la jóven, ¿sabes que me voy á casar?

Catalina se puso de repente pálida como un cadáver, y tuvo que apoyarse en el tronco del cerezo para no caer, al paso que una insólita alegría brilló en el rostro de Santiago,

cuando este observó el efecto que habian producido sus palabras.

— ¿Con quién, hermano? preguntó Catalina con voz temblorosa.

— Con los pobres, contestó Santiago.

La vida pareció volver al demudado rostro de Catalina, que estrechó la mano de Santiago con inmensa efusion.

— Sí, me voy á casar con los pobres, continuó Santiago, proporcionándoles pan y trabajo, ya que soy rico. Verás cuánto amor y cuánta felicidad van á reinar en nuestro matrimonio. ¿No decias tú cuando eras niña, que deseabas, entre otras cosas, vivir cerca de la iglesia, tener un jardin y no vivir en una casería solitaria? Pues se van á cumplir tus deseos.

— ¿Y cómo, Santiago?

— Permíteme la reserva en estos asuntos: solo puedo decirte que en lo sucesivo Ipenza figurará en los diccionarios geográficos y estadísticos lo ménos con treinta y un vecinos, y una iglesia parroquial y un hermoso jardin.

Quince dias despues de esta conversacion entre Catalina y Santiago, ocurria en Ipenza, ó mejor dicho, en el Concejo de G., una gran novedad: el indiano de Ipenza habia comprado todos los montes que se estendian hasta media legua de distancia de la casería de Ipenza, y mas de trescientos jornaleros se ocupaban en cortar árboles y maleza, en arrancar peñas y nivelar barrancos, en dejar, en fin, todo aquel terreno llano y liso como la palma de la mano.

Otros quince dias despues, todos los canteros de Guriezo y muchos mas se ocupaban en cercar de pared aquella llosa que ya habia sido dividida en treinta suertes iguales, y cada cual con entrada por una ancha barrera que los canteros dejaban en la cerca.

Unos por curiosidad, otros por interes particular los habitantes del valle preguntaban al indiano si trataba de cultivar por su cuenta aquellas tierras, ó si, por el contrario, pensaba arrendarlas; pero el indiano evadia la contestacion diciendo que aun no habia decidido sobre el particular.

Apénas habia terminado aquella obra, dió principio otra

no ménos costosa, y á propósito para escitar la atencion pública: el indiano llamó á un arquitecto y le dijo:

— Quiero trasformar en un lindo jardin la huerta contigua á mi casa.

— No hay inconveniente, contestó el arquitecto.

— Quiero ademas construir una iglesia en el nocedal de Ipenza.

— Santo y muy bueno, dijo el arquitecto, y añadió para su capote: ¿estará loco este hombre?

— Quiero, finalmente, construir al lado de la iglesia y mi casa treinta casas compuestas de espaciosa cuadra, cómoda vivienda en el piso principal, y pajo ventilado y ancho.

— Pero, Sr. D. Santiago repuso el arquitecto, no sintiendo que el indiano gastase tanto dinero, sino sintiendo que todo fuese una broma y no tratase de gastarle, Sr. D. Santiago, usted sabe?.....

— Sé que tengo veinte millones de reales, y me sobra la mitad para hacer lo que he dicho á usted. Con que hágame usted los planos, y cuanto ántes mejor, que quiero acabar con todas estas obras para emprender otras mas agradables para mí y para otros.

— Será usted servido, Sr. D. Santiago, como usted desea y se merece.

Algunos meses despues el jardin, la iglesia y las treinta casas estaban hechas. Entónces, una mañana tempranito, bajó el indiano al valle y conferenció á solas con el escribano dejándole unas apuntaciones. Pero pasaban semanas y meses, y aquel nuevo lugar, dotado hasta de una linda iglesia, permanecia casi desierto, como que solo estaba habitada la casa de su misterioso fundador.

La curiosidad pública era inmensa, los comentarios sobre el propósito del indiano variaban desde los mas razonables á los mas absurdos. Los que ménos alcanzaban á esplicarse todo aquello eran Navarro y el Morroño.

Llegó el 15 de Agosto, justamente cumpleaños de la partida de Santiago para Méjico, y justamente dia en que se celebraba la fiesta patronal del valle.

El indiano. que asistia á todas las romerías, bajó tam-

bien á la de Nuestra Señora de la Asuncion, como casi todos los habitantes de las caserías.

El estenso nocedal que rodeaba la iglesia estaba animadísimo; fondas, tabernas, poncherías por todas partes, y por todas partes gentes bailando ó merendando «sobre manteles de flores.»

Tambien el indiano bailó y tambien bailó Catalina, que en las fraternales romerías vascongadas bailaban pobres y ricos, altos y bajos, chicos y grandes, gordos y flacos, el labrador con la marquesa, y el marqués con la labradora, y todos dicen al bailar como la urraca de la fábula:

— «¡A mucha honra! ¡á mucha honra!»

— Ya que hemos bailado, dijo Santiago á Catalina, justo es que merendemos.

Y en seguida mandó preparar la merienda, pero no una merienda de tres al cuarto, sino una merienda plagiada de la del rico Camacho.

— ¡Pero señor, esclamó Catalina, á dónde vos á parar con todo eso!.....

— Voy á parar..... ó mejor dicho va á parar todo esto al estómago de los pobres que no tienen para merendar esta tarde.

El indiano recorrió en seguida la romería convidando á merendar con él y su familia á veintitantos ó treinta pobres inquilinos de las caserías dispersas hácia los altos de Ipenza.

La merienda fué animadísima.

— ¡Ea! dijo el indiano, cuando se hubo terminado, ya es hora de que nosotros tomemos el camino de casa, que Ipenza está léjos, va á anochecer, y ni estas ni yo somos muy valientes.

— Sr. D. Santiago, dijo Ignacio, que figuraba entre los convidados, todos vamos á acompañar á ustedes.

— ¡Sí! esclamaron todos.

— No se molesten ustedes.

— ¡Cómo que molestarnos! Pues no faltaba más que fueran ustedes solos, cuando usted, Sr. D. Santiago, es el padre del Concejo!

El numeroso grupo de romeros tomó las cuestas de Ipenza.

Al llegar, los inquilinos se paraban embobados contemplando las hermosas casas nuevas y la iglesia.

— Ya que han venido ustedes hasta aquí, les dijo el indiano, voy á enseñarles los nidos en que me he gastado la mitad de los cuartos que traje de América. Empezaremos por la iglesia.

El indiano, acompañado de Catalina y la aña y Navarro, que tambien se habia agregado á la partida, fué enseñando la iglesia y las casas una por una á los atónitos aldeanos que las encontraron admirables.

Terminada esta operacion, dijo Santiago:

— Ahora suban ustedes un instante á casa á echar un trago del chacolí que guarda Catalina para estas ocasiones.

— Corriente, Sr. D. Santiago, dijo Ignacio; le echaremos á la salud de usted, y á la de Catalina, y á la de la aña y á la de todos los nacidos, que usted es nuestro padre.

Todos tomaron asiento en la sala de la antigua casería. Catalina bajó á la cubera y subió dos enormes jarros de chacolí que colocó, con sus correspondientes vasos y *algo de echar á perder*, sobre una gran mesa que habia en medio de la sala, yendo á sentarse en seguida, como tonta, al lado de Santiago.

El chacolí comenzó á correr escanciado por la aña, decana de aquella reunion y autora de una improvisada fritada de magras, y todo el mundo se puso mas alegre que un tamboril; pero nada mas que alegre, pues el chacolí alegra y no emborracha. ¡Bendito sea él!

El Morroño se apareció tambien por allí pidiendo magrrro, magrrro.

— Morroñito, dijo la aña, toma, que tú tambien eres de Dios.

Y le echó una buena magra.

— ¡Canute! murmuró entre dientes Navarro, muerto de envidia, estos comunistas parece que tienen potra..... Pero aguarda, que por la boca muere el pez.

Y se lanzó á arrebatar su presa al Morroño.

— Me la han dado á mí, bufó el Morroño, es propiedad mia.....

— La propiedad es un robo, replicó Navarro, y se zampó la magra.

El indiano tiró de un cajon y sacó de él treinta pliegos de papel y un manojo de llaves.

— ¡Ignacio! dijo en seguida colocando sobre uno de aquellos papeles una de aquellas llaves, ahí tiene usted la llave de su casa y el título de propiedad de su casa y su hacienda.

Y sucesivamente fué diciendo análogas palabras y entregando análogos objetos á los veintinueve inquilinos restantes.

Puedes figurarte, purísimo númen de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA, la sorpresa y la alegría que vendrian á coronar la fiesta.

— ¿Pero es posible que haya sucedido todo lo que me vas contando?

— ¿Que si es posible? — Mira, yo creo cuando leo y cuando escribo que todo lo posible es cierto; pero la certeza de mis cuentos no está solo en la posibilidad. Yo no invento, yo copio del natural mis flores, mis árboles, mis fuentes, mi sol, mi cielo, mis casas, mis hombres, mis mujeres, mis niños, mis pájaros, mis perros y mis gatos. Así mi único mérito consiste en tener buena memoria y..... tal vez buen corazon. Cuando bajemos á las Encartaciones, no querrás subir á Ipenza á comprobar la certeza de este cuento, que para subir allá hay una cuesta muy penosa; pero sigue la hermosa carretera que conduce de Valmaseda á Castro-Urdiales, y cuando llegues al ilso de Otañes, párate en un delicioso campillo sembrado de olorosas manzanillas, que encontrarás en aquella eminencia, y dirige la vista al Noroeste. Allí, en la falda de una montaña, verás una linda aldea, compuesta de una iglesia y una porcion de casas blancas como la iglesia. Aquella aldea se llama Talledo. Pregunta como se fundó Talledo, y sabrás que se fundó ni mas ni ménos como se fundó Ipenza.

Dicen que la alegría mata. No, no mata la alegría, que si matara hubieran muerto los aldeanos á quienes Santiago reunió en su casa el dia de la Asuncion; porque jamas la alegría rayó mas alto que entónces.

Catalina lloraba, como todos, de gozo.

— Tambien tengo para tí una llave, le dijo Santiago en voz muy baja.

— ¿Cuál? le preguntó Catalina en el mismo tono.

Y Santiago murmuró á su oido con infinita ternura:

— La de mi corazon.

Catalina, la Jariega, la pobre niña criada y educada de caridad, podia haber abrigado hermosas esperanzas de amor; pero desde sus esperanzas á la realidad que tocaba habia una distancia inmensa. Cierto que Santiago le debia su salvacion, quizá la salvacion temporal y la eterna; pero quien tiene el alma de Catalina no sabe lo que le deben.

Catalina no halló una palabra para espresar lo que en aquel instante sentia, que lenguas de la tierra no pueden espresar sentimientos del cielo. Estrechó la mano de Santiago, y pensó en Dios, y se deshizo en lágrimas y..... y nada mas.

Entónces dijo Santiago alzando la voz:

— Amigos nuestros, el 8 del mes que viene, fiesta tambien de la Vírgen santísima, os esperamos aquí á todos, que aquel dia bendecirá un señor cura la iglesia de Ipenza, y guardará en el hisopo algunas gotitas de agua bendita para bendecir en seguida la union de Catalina y Santiago.

— ¡Benditos sean! ¡benditos sean! esclamaron los treinta nuevos caseros.

Y lo fueron, que Dios bendice á los que gastan su dinero en obras santas..... y, ¡quién sabe si tambien á los que cuentan cuentos honrados!

LA MADRASTRA.

LA MADRASTRA.

I.

— ¡Toma! ¡toma! ¡toma! que he de acabar contigo.

— ¡Ay, ay, ay, yo mio! pedon, mamá, yo teré bueno.

— ¿Qué tienes, amor mio? Tus dulces ojos se llenan de lágrimas, y tus mejillas de azucena y rosa toman el tinte carmesí de los claveles.

— ¡Cómo no sentir el rostro encendido de indignacion y los ojos arrasados de lágrimas, al ver tratar tan cruelmente á ese inocente niño!

— Tienes razon, purísimo númen de mis cuentos.

— Esa mujer tiene entrañas de fiera y no de madre.

— ¡Madre! no profanes este santo nombre, suponiendo que esa mujer le lleva. La que así maltrata á un ángel de Dios, no puede ser madre: las que lo son, pueden maltratar á sus hijos de palabra; pero de obra no los maltratan jamas. Oye, amor mio, oye:

Mis hermanos y yo nos llegabamos muchas veces á mi padre haciendo pucheritos.

— ¿Qué es eso? nos preguntaba mi padre.

— ¡Gem! ¡gem! ¡que madre nos ha pegado! le contestábamos.

— ¡Pobrecitos! nos decia mi padre sonriendo. A ver, á ver cuántos huesos os ha roto.

Mi madre que lo oia desde allá adentro, esclamaba:

— ¡Los he de matar! ¡los he de matar!

— Sí, sí, decia mi padre por lo bajo: latigazo de madre, que ni hueso quebranta ni saca sangre.

Estos recuerdos me hacen pensar muchas veces en las madres matonas, que lo son todas las que tienen hijos.

Ah, sí, las madres matan..... la mejor gallina del gallinero para hacer buen caldo á sus hijos, en cuanto á estos duele un poco la cabeza.

¡Pobres madres! ¡santas madres, que para el mal no teneis mas que lengua, y para el bien teneis manos, y alma, y corazon y vida, y aun esto os parece poco!

Verás hasta dónde llega la maldad de las madres.

— Pícaro, bribon, que tú me has de quitar la vida!

— Déjele usted, vecina, que ya sabemos lo que son niños.

— ¿Que le deje? Sin hueso sano le he de dejar. ¡Si le digo á usted, señora que le mato, le mato sin remedio!

El chico oye su sentencia de muerte, arrimado á una pared cercana, con la cabeza baja, arrancándose distraidamente un boton, ó enjugándose las lágrimas con el reverso de la mano ó con la manga; pero el verdugo, en vez de ir á ejecutar la sentencia, se va á poner la mesa.

— Vamos, venga usted á comer, señorito.

— Yo no quiero comer.

— Mejor: así no te hará daño.

La madre se sienta á la mesa, toma algunas cucharadas, haciendo gestos, como si la comida le supiera á rejalgar de lo fino, tira al fin la cuchara sobre la mesa, y se levanta esclamando:

— Hijo ¡qué comida me estás dando! Anda á comer y que no te lo vuelva á decir.

— Yo no tengo gana. Me duele la cabeza.

— ¿Ves? ¿ves lo que resulta de tus terquedades, *indino?*

La madre corre afligida á su hijo, como si este se hallase en peligro de muerte; examina prolijamente al angelito de Dios; le enjuga las lágrimas con el cabo del delantal; le besa, le pone un paño de agua y vinagre en la frente, y como el niño está malito y no puede comer de lo que está

en la mesa, su madre le da una golosina de las que guarda en la despensa para casos semejantes.

Ella es la descalabrada, y él se pone la venda.

Aquí tienes la maldad de las madres..... de las madres que matan, que no dejan hueso sano.

No, no, esa mujer que mata de palabra y obra, no es madre: esa mujer debe ser madrastra.

Yo he glorificado en mis cuentos todo lo delicado y santo, y he maldecido todo lo grosero y malo; pero ¡por qué, amor mio, habré dado al olvido los dolores de la infancia, que tus ojos arrasados en lágrimas me están enseñando á llorar!

Escúchame, compañera de mis tristezas y mis alegrías, que voy á reparar mi olvido.

A la puerta de nuestra casa habia un hermoso parral, donde, en las apacibles tardes de primavera, mi abuela, que en paz descanse, nos contaba á mi hermano y á mí cuentos muy lindos, hila que hila su copo, porque decia la buena señora, y decia muy bien:

— Mas vale que estos enemigos malos se estén aquí entretenidos con mi charla, que no trepando por los nogales y cerezos, destrozándose la ropa.

Una tarde estaba nuestra madre malita en cama, aunque no de gravedad, y mi hermano y yo escuchábamos, segun costumbre, los cuentos de nuestra abuela, que de cuando en cuando interrumpia su narracion, y nos abandonaba por un momento para ir á ver á la enferma y preguntarle con cariñoso acento: ¿quieres algo, hija? ¿como te sientes? arreglarle la cama, y volver á sentarse y á hilar su copo bajo el parral.

— Hijos, nos dijo en una de estas vueltas, rogad á Dios que vuestra madre se ponga buena, que si Dios os la llevara, ¡qué seria de vosotros!

— Entónces, abuelita, repuse yo, nos traeria otra señor padre. A Juanito se le murió la suya, y dice que su padre le va á traer otra que se llama madrastra.

Mi abuela se sonrió al oir esta inocente observacion mia, y mi hermano esclamó:

— Madrastra, ¡ay qué nombre tan feo!

Algunas de las que se llaman así, dijo mi abuela, son muy buenas, tan buenas como las que se llaman madres; pero esas son tan contadas cmo los Padres Santos de Roma.

— Abuela, ¿por qué dicen «madrastra, el nombre le basta?»

— ¿Y por qué dicen tambien: »madrastra, el diablo la arrastra?»

— Porque el diablo las arrastra, primero al mal y luego al infierno.

— ¡Ay qué miedo!

— ¡Ay qué pícaras!

— ¿Y sabe usted cuentos de madrastras, abuelita?

— Vaya si los sé, hijos mios.

— ¡Ay, cuéntenos usted uno!

— Os le voy á contar para probaros dos cosas.

— ¿Y qué cosas son esas, abuela?

— Que es una gran desdicha quedarse sin madre, y que Dios concede su ayuda á los débiles y desamparados, cuando se hacen dignos de ella.

Mi abuela hizo otra visita á la enferma, volvió bajo el emparrado, nosotros nos sentámos á sus piés, y le prestámos atento oido, alzando con infinita curiosidad nuestra carita sonrosada, como si pretendiéramos adivinar las palabras de la anciana ántes de haber salido de sus labios.

II.

Vivian en Galdames Martin y Dominica su mujer, unos honrados labradores que tenian tres hijas, como tres luceros del alba, llamadas la mayor Isabel, la mediana Teresa, y la pequeña Mariquita.

Una tarde le dió á Dominica un dolor de costado, y la pobre llamó á su marido, y le dijo:

— Martin, por el amor de Dios te pido que vayas á buscar al señor cura, que yo me voy á morir; pero ántes oye un encargo por si me muero ántes que vuelvas. En faltándote yo, como las niñas aun no pueden arreglar la casa,

necesitarás una mujer que la arregle, y como eres jóven, te volverás á casar. No te lo prohibo, porque me hago cargo de que donde no hay mujer no hay cosa con cosa; pero por la Vírgen santísima te pido, que si das madrastra á las hijas de mi alma, no consientas que las maltrate, ni las maltrates tú tampoco miéntras cumplan con el primer deber de los hijos, que es obedecer á sus padres.

Martin aconsejó á Dominica que no pensara en la muerte, pues su mal no era cosa de eso, y en lugar de ir á buscar al señor cura, se fué á buscar al médico, despues de jurar á su mujer que si por desgracia llegaba el caso de tener que cumplir su encargo, le cumpliria fielmente.

No se habia engañado la pobre Dominica: hay un ángel que cuando las madres van á morir, se lo dice al oido para que tengan tiempo de recomendar sus hijos á los que puedan ampararlos. Cuando Martin volvió con el médico, Dominica se habia ido al cielo, despues de hacer jurar á sus pobres hijas que obedecerian siempre á su padre y á la que les sirviera de madre.

Pasaron dias y pasaron meses, y la casa de Martin estaba en completo desórden, porque la mayor de las niñas no llegaba á los ocho años.

— Martin, decia al honrado labrador su vecina Ramona, no seas tonto, hombre: busca una mujer como Dios manda, que de sobra las hay, y cásate para que esas criaturas y tú tengais una *miaja* de arreglo.

— ¡Yo dar madrastra á mis hijas! contestaba Martin, ¡madrastra á mis pobres hijas, tan queridas y tan mimadas por aquella santa que está en el cielo! No se canse usted, que para mí están demas las mujeres en el mundo.

Y el desconsolado padre, saltándosele las lágrimas, atraia hácia sí á las niñas, y las colmaba de besos, y alisaba sus cabelleras sedosas y rubias, y arreglaba sus vestidos, en cuyo desaliño se echaba de ver la falta de la solícita mano maternal.

Pasaron meses y pasó un año, y el pobre Martin llegó á convencerse de que su casa estaba mal, muy mal, rematadamente mal, sin una mujer propia que mirase por ellos, porque

ni las niñas tenian quien las enseñase á ser mujercitas de su casa, ni la ropa se cosia, ni se gobernaba la comida, ni se cuidaban las gallinas, ni se compraba regateando, como es debido, ni se hacia nada en casa con fundamento.

Martin, eso sí, echaba mano á todo como si fuese una mujer, que por eso no se les cae á los hombres ninguna venera; pero los hombres han nacido para ser hombres y no para ser mujeres, y habia vez que yendo á partir una cazuela de sopas, por partir el pan, partia la cazuela.

Tomó una infinidad de criadas; pero las criadas, en lugar de pensar en la casa, pensaban las picaronazas en sus novios, y el pobre Martin andaba, como aquel que dice, sin calzones. Ramona, su vecina, que era una de aquellas señoras de fundamento que se van acabando, le ayudaba algunas veces; pero la pobre tenia que atender á su casa, que era ántes que la del vecino.

Un dia se sentó Martin á la puerta, desesperanzado ya de hacer entrar la casa en órden, cavila que cavila, á ver si encontraba un medio de salir adelante sin tener que volver á casarse; pero sus cavilaciones eran inútiles: el medio que buscaba, no parecia. Cuando su desesperacion llegaba al colmo, héte que acierta á pasar por allí una muchacha, que tenia muy buena nota en la aldea, le saluda, y va á seguir cantando su camino.

— Joaquina, le dice de repente Martin, mis niñas no tienen madre que las quiera y las enseñe, ni mi casa tiene ama que la gobierne. ¿Te quieres casar conmigo? Y entre — «vaya qué cosas tiene usted.» — «cuántas encontrará usted mas guapas que yo!» — «no digo que sí, porque me da vergüenza,» — Joaquina dió palabra de casamiento á Martin.

Tres semanas despues, en aquel mismo sitio, se daba una cencerrada que metia miedo.

La casa de Martin era á los pocos dias una tacita de plata.

Martin iba los domingos á misa con una camisa mas blanca que la nieve, y mejor planchada que la del rey de España.

Las niñas iban todos los dias á la escuela, alegres como los pájaros, coloradas como las cerezas, y tan aseadas, que verlas era ver el sol de Dios.

El gato Minino, que ántes se pasaba el dia y la noche pidiendo *magro* con voz desfallecida, porque nadie cuidaba de darle magro ni gordo, se iba poniendo redondo como una pelota, y lustroso come el terciopelo, y hasta miraba con desden los platos de sopa de leche con que su ama le obsequiaba.

Las gallinas habian vuelto á poner y á cacarear.

Y el perro Leon, que ántes ganaba el sustento con el sudor de su piel, atrapando alguna que otra liebre en las seves inmediatas, se daba á la *vita bona,* durmiendo bajo los parrales que cercaban la casa de sus amos. Todo sonreia en casa de Martin, como si alguien hubiese bendecido la casa.

¿Habria derramado sobre ella desde el cielo su bendicion Dominica?

¡Quién sabe!

III.

Era una tarde de julio: Martin, su mujer, sus hijas y su hijo, se levantaron de la mesa despues de dar gracias á Dios por el pan que les habia dado, y salieron á pasar la siesta á la sombra de unos hermosísimos cerezos que habia delante de la casa.

— Abuelita, interrumpí yo á la mia, cuando llegó aquí en su narracion, se ha equivocado usted. Ha dicho usted que Martin salió con su mujer y sus hijas y su hijo. ¿Cómo es eso, si Martin no tenia hijo ninguno?

— Martin y Joaquina tenian ya un hijo de un año, que daba gloria de Dios el verle.

— ¿Y cómo se llamaba?

— Se llamaba Antoñito, como tú. Martin alcanzaba cerezas á las niñas, las niñas hacian con ellas pendientitos, y

Joaquina bailaba á Antoñito en sus brazos, levantándole en alto.....

— ¿Y por qué hacen eso las mujeres con sus niños, que á todas se lo he visto hacer? ¿Lo hacen para divertirlos?

— Ese es el pretesto; pero la verdad es, que como no hay una que no tenga á su hijo por un serafin del cielo, aunque sea mas feo que Picio, revientan de orgullo, y quieren que el mundo entero los contemple..... Pero dejadme en paz, y no me interrumpais, que es mala maña interrumpir á los mayores. Joaquina, que era muy madrota, empezó á decir tanta divina tontería á su niño, y á darle tantos besos y apretujones, que el angelito de Dios se atufó y se echó á llorar como un becerro.

— ¡No llores, cordero mio! le decia su madre, chillando como una locona. ¡Por qué lloras tú, gloria de tu madre, que vales mas que las pesetas! ¡Huy! ¡qué hijo tan hermoso me ha dado Dios! ¿Verdad, Martin, que ni el rey de España tiene un hijo como este? Mírale, mírale, como se rie ya..... ¡Huy! ¡bendita sea tu boca, que te comeria á besos!

Martin á su vez tomó en brazos al niño y comenzó á acariciarle. Las niñas, particularmente la chiquitina, se quedaron pensativas sin hacer caso ya de los pendientes de cerezas. Notándolo Martin, devolvió el niño á su madre con cierta viveza, que Joaquina tomó por despego, segun el gesto que hizo; y se disponia á preguntar á las niñas la causa de su seriedad, cuando Mariquita hizo un pucherito con la boca, se enjugó con la manga una lágrima, y corrió á abrazar las piernas de su padre, como si alguien la persiguiera.

— ¿Qué tienes, corazon mio! le preguntó Martin.

— ¡Que ya no me quieres! contestó la niña, cada vez mas compungida.

— ¿Qué no te quiero? replicó Martin, llenándola de caricias. ¿De dónde sacas tu eso, loquilla, cuando tú y tus hermanitas sois la gloria de tu padre?

— ¡Mire usted la zángana esa, con seis años á la cola! esclamó Joaquina, cada vez mas amoscada.

— Déjala, mujer, dijo Martin en tono conciliador. Si son

cosas de niños, que tienen envidia siempre que ven acariciar á otros.

— Puede que le dé yo la envidia con media docena de azotes bien sentados.

— Joaquina, te guardarás muy bien de eso.

— Ó no me guardaré. Pues no le digo á usted nada las otras bigardonas, que tambien parece que se han puesto de hocico. Pero no tienen ellas la culpa, que la tiene el mimo que su padre les da.

— Mujer, por la Vírgen santísima, ahorrémonos desazones, que hartas da Dios en el mundo, sin que nosotros mismos las busquemos.

— Eso mismo te digo yo á tí. ¡Vaya, que te han entrado por el ojo derecho esos tratos! Bien dicen, que mas vale caer en gracia que ser gracioso.

Al decir esto, Joaquina se echó á llorar como una Magdalena, y añadió besando y cubriendo de lágrimas á su hijo:

— Hijo de mi alma, ¡qué desgraciado te ha hecho Dios! ¡A tí nadie te quiere sino tu madre!.....

— ¡Mujer! esclamó Martin, perdiendo ya la paciencia, no digas desatinos, no me saques de mis casillas..... ¡Qué no quiero yo á mi hijo!

— Para lo que yo veo no necesito anteojos.

Viendo Martin que su mujer no atendia á razones, que abusaba de su paciencia y de su bondad mas de lo regular, y que aquella fiesta casi se repetia todos los dias, calló por un momento, hizo un esfuerzo para serenarse, y dijo con tono solemne:

— ¡Joaquina! óyeme, y no olvides nunca lo que voy á decirte. Nadie en el mundo quiere á sus hijos mas que yo quiero al mio; nadie en el mundo quiere y respeta á su mujer mas que yo quiero y respeto á la mia; y nadie está mas convencido que yo, de que Dios ha impuesto al hombre el deber de amparar y servir de apoyo á la mujer desamparada y débil por naturaleza; pero nadie está tampoco mas convencido que yo, de que la maldicion de Dios debe caer sobre el hombre que olvida á los muertos y desampara á los

huérfanos. Una mujer que está gozando de Dios, porque vivió y murió santamente; una mujer á quien yo queria como te quiero á tí, me dijo momentos ántes de volar al seno del Señor: — «Por la Vírgen santísima te pido, que si das madrastra á las hijas de mi alma, no consientas que las maltrate, ni las maltrates tú tampoco miéntras cumplan con el primer deber de los hijos, que es la obediencia.» Yo juré á aquella mujer cumplir su voluntad, y estoy resuelto á cumplirla, no consintiendo que nadie maltrate á esas niñas, que ademas de haberme sido recomendadas por una madre moribunda, y ademas de ser mis hijas, tienen el título mas santo y mas legítimo que los niños pueden tener al amor y al amparo de los hombres y las mujeres, ¡el de no tener madre!

Joaquina bajó la cabeza como resignada y arrepentida al oir estas palabras. Martin le estrechó la mano, saltándosele una lágrima de ternura, y la paz de Dios volvió á reinar en aquel instante en la familia, que cuando los hombres son generosos y delicados y buenos, las mujeres, que tenemos mas de locas y testarudas que de malas, decimos al fin como el Señor: — ¡Hágase tu voluntad!

IV.

Joaquina no era mala.....; pero era madrastra, y ya sabeis lo que dice el refran: «Madrastra, el diablo la arrastra.» Por mas esfuerzos que hacia por querer á sus entenadas, no las podia tragar, y eso que las niñas no tenian pero.

Martin y su mujer se llevaban bien en la apariencia; pero en la apariencia nada mas, porque Martin sabia que Joaquina no queria á las niñas, y Joaquina sabia que Martin no queria tanto como á las niñas al niño.

Bastaba que Martin hiciese la menor caricia á las niñas, para que el enemigo malo avivase el fuego de la envidia en el corazon de Joaquina. Martin lo sabia, y lo lloraba amargamente; pero como su mujer se lo guardaba en su pecho, él se lo guardaba tambien en el suyo. Quien lo pagaba era el pobre niño, á quien Martin, por mas esfuerzos que hacia,

y por mas que consideraba que tan hijo suyo era como las niñas, iba, si no aborreciendo, al ménos mirando con indiferencia.

Joaquina tenia deseos de sentar la mano á las niñas; pero aun no habia tenido ocasion de salirse con este gusto, porque Martin le tenia dicho que únicamente consentia que las pegase cuando la desobedecieran; y las pobres niñas eran tan humildes y tan bien mandadas, que hacian siempre puntualmente cuanto les mandaba su madrastra, á pesar de las tranquillas que esta les armaba para que no pudiesen cumplir sus órdenes, cosa que Joaquina hubiera calificado de desobediencia.

Si Joaquina estudiaba con el diablo para inventar cosas raras y difíciles que mandar á sus entenadas, sus entenadas contaban sin duda con la ayuda de Dios para hacer todas aquellas cosas, porque parecia imposible que sin ser así, las hiciesen tan á las mil maravillas.

Un dia mandó á Isabel que fuese á llevar en un borrico un costal de trigo al molino inmediato, y que volviese en el término de media hora, que era el tiempo justo para hacer el viaje sin detenerse. El camino estaba entónces malísimo: la madrastra calculaba que el borrico se caeria, y que no teniendo Isabel en aquella soledad quien la ayudara á cargarle, tardaria mas de lo regular, y le proporcionaria ocasion de cascarle las liendres.

El borrico se cayó en efecto; pero á falta de los hombres, Dios acudió en ayuda de la pobre chica, inspirándole un medio de salir de su apuro. Isabel colocó el borrico al pié de un terrero cortado perpendicularmente; llevó á vueltas el costal encima del terrero; desde allí le plantó en el lomo del animal, sin mas que darle una vueltecita, y ántes de la media hora estaba de vuelta en casa, mas alegre que unas Pascuas floridas.

Una mañana, ántes de medio dia, salió Joaquina al campo, donde estaban su marido, la niña mayor, la pequeña y el niño. Al partir dijo á Teresa, que quedaba sola en casa:

— Cuida bien el puchero, y ten puesta la mesa para las

doce, que á esa hora vendremos todos á comer. Ahí tienes la llave del payo; saca un plato de uvas de las que hay allí curándose, y tenlas en la mesa para cuando nosotros vengamos.

Teresa cuidó su puchero; á las once y media puso su mesa con mil primores, y en seguida cogió la llave y un plato, y subió al payo por las uvas; pero héte que la llave andaba muy premiosa, y Teresa, que tenia poca fuerza, no consiguió abrir por mas que lo intentó. Bien lo habia previsto la pícara de la madrastra, que se despepitaba por dar un tiento á la pobre chica.

Pues señor, qué haré, que no haré, Teresa se desesperaba viendo que habian dado las doce, que no habia podido sacar las uvas, que su madrastra iba á venir, y que le iba á repicar el pandero. Las uvas estaban tendidas en el payo sobre calzas y muy léjos de la puerta. La chica buscó un picacho, á ver si los podia alcanzar por una gatera que tenia la puerta, pero sus esfuerzos fueron inútiles; quiso llamar á una vecina para que le abriera la puerta; pero la casa mas cercana estaba lo ménos á distancia de un tiro de piedra, y no habia tiempo que perder. Teresa tenia la costumbre que teneis todos los chicos, de invocar á vuestra madre en todas las aflicciones.

— ¡Madre de mi alma, qué haré yo! esclamó la pobre chica. Sin duda su madre la oyó desde el cielo, y le inspiró el medio de salir de aquel aprieto; pues dando un salto de alegría, como aquel que al fin encuentra lo que ya no esperaba encontrar, se apoderó del Minino, que mayaba á su lado, como diciendo: — «¿Cuándo se come en esta casa?» le ató con una cuerda; le metió por la gatera; le echó al otro lado de las uvas una corteza de queso; tiró de la cuerda cuando el Minino se acercaba á la corteza, el Minino hizo incapié en las uvas, Teresa siguió tirando, y al cabo consiguió traerse con el gato las uvas que necesitaba. La pícara de la madrastra no tuvo el gustazo de zurrar á la pobre niña.

La chiquitina se moria por los melocotones. Un dia habia cogido su madrastra un frutero de ellos, muy hermosos, y á

Mariquita, que no se los habian dejado probar, se le iban los ojos tras ellos.

Joaquina dejó sola á la niña al lado del frutero tentador, encargándole que cuidado con que comiera ningun melocoton, y se escondió á seis pasos de distancia, segura de que se le iba á presentar ocasion de dar un meneo á aquella infeliz criatura, sorprendiéndola comiéndose los melocotones en contravencion á su mandato.

Mariquita estuvo largo rato resistiendo su apetito, pero al fin se decidió á coger un melocoton. Iba ya á clavarle el diente, cuando se presentó su madrastra hecha un basilisco; pero la niña se apresuró á pasar el melocoton de los labios á la nariz, y dijo en seguida, enseñándoselo completamente ileso:

— ¡Ay, señora madre, qué bien huele!

Joaquina tuvo que dejar tambien ileso el cuerpo de la niña.

Los casos que os he referido os darán una idea de lo mucho que estudiaba con el enemigo aquella pícara mujer, para tener ocasion de sacudir el polvo á sus entenadas, y de los esfuerzos que sus entenadas hacian para que no se saliera la suya.

V.

Las niñas iban siendo ya grandecitas. Así era que su madrastra las mandaba á Valmaseda todos los miércoles y los sábados, que son allí dias de mercado, á vender cada una su cestita de huevos ó de fruta.

Un sábado entregó su madrastra cincuenta peras de san Juan á Isabel, treinta á Teresa, y diez á Mariquita, y les dijo:

— Id á Valmaseda, vended las tres las peras á un mismo precio, y traed el mismo dinero una que otra.

— ¡Pero si no puede ser, señora madre! replicaron las niñas.

— Si no puede ser, haced un poder. A mí no se me

replica, que se me obedece, ó de lo contrario ya sabeis lo que vuestro padre me tiene encargado.

Las niñas bajaron la cabeza aterradas, y tomando sus cestitas, emprendieron su camino.

La casa, como ya os he dicho, estaba un poco retirada de las otras de la aldea. Así que se alejaron un poco de ella, las tres niñas se detuvieron al pié de un rebollo para ver si encontraban medio de sacar la endiablada cuenta que les habia echado su madrastra.

— Pero ¿cómo nos vamos á componer para hacer lo que señora madre ha mandado? dijo Isabel.

— Hija, yo no sé cómo, respondió Teresa.

— Y que si no lo hacemos, añadió Mariquita, indicando con la mano abierta el acto de sacudir el polvo, nos va á dar lo que no se nos caiga.

— Para sacar todas el mismo dinero, lo mejor es que la que tenga pocas peras las venda caras, y la que tenga muchas las venda baratas.

— Pero, si señora madre dice que las hemos de vender todas á un mismo precio.

— Tienes razon.

— Mirad, dijo la chiquitina, que era la que tenia la conciencia mas ancha, como habréis colegido de lo que pasó con los melocotones, mirad: así que vendamos todas las peras, hacemos con los cuartos tres montones iguales, y cada una coge el suyo.

— Cabalito, amen Jesus. ¡Y que lo supiera señora madre, replicó Teresa.

— Y ademas, añadió Isabel, mejor es llevar una zurra que mentir, ¿no es verdad, Teresa?

— Sí que es verdad.

— Pero si señora madre no lo sabrá.....

— Sí que lo sabrá, Mariquita. ¿No has oido decir á la señora maestra que hay un pajarito que cuando las niñas mienten, lo cuenta todo?

— ¿Pensais que yo no sé que eso del pajarito es engaño! ¡sí que yo soy tonta!

— Hija, no te canses, señora madre nos dará una zurra; pero le diremos la verdad.

Las niñas guardaron silencio por algunos instantes, meditando el partido que definitivamente habian de tomar.

— Me ocurre una idea, dijo Isabel. Cuando pasemos por la escuela, entremos á ver si D. Juan Saca-cuentas, que todo lo sabe, nos dice cómo nos hemos de componer.

— Sí, sí, tienes razon, contestaron Teresa y Mariquita recobrando la esperanza. Y las tres hermanitas volvieron á cargar con sus cestas, y prosiguieron su camino.

Ahora vais á saber, hijos mios, quién era don Juan Saca-cuentas.

Permíteme, amor mio, que interrumpa por un momento la narracion de mi abuela.

Es muy posible que al ver el retrato que va á hacerte de un maestro de escuela, digas que la buena señora pintaba como queria. Si tal dices, seguramente modificarás tu opinion cuando des un paseo por Galdames y el colindante y bello Concejo de Sopuerta, donde los que anduvieron á la escuela á últimos del siglo pasado, conservan escrita en hondas cicatrices la memoria de un maestro llamado Tellitu, que se vanagloriaba de que no salia ningun muchacho de su escuela sin quedar señalado para toda su vida.

Teniéndose en aquellos tiempos por incontrovertible la bárbara máxima, LA LETRA CON SANGRE ENTRA, esta vanagloria era muy lógica y hasta cierto punto disculpable. Decir: «de mi escuela no sale ningun muchacho sin estar señalado para toda su vida,» era lo mismo que decir: «de mi escuela no sale ningun muchacho sin que le haya *entrado la letra.*»

Pero dejemos contar á mi abuela, que cuenta mucho mejor que yo.

— D. Juan Saca-cuentas era el maestro de escuela de la aldea, y debia este apellido postizo á su costumbre de jurárselas á los chicos diciendo: — Yo os ajustaré las cuentas! — y sobre todo á la fama que gozaba de habilísimo contador. Solo una vez estuvo á punto de perder esta fama.

El señor cura y los señores de justicia fueron un dia á visitar la escuela, y se entretenian en examinar los adelantos

de los chicos, haciéndoles varias preguntas. Un muchacho de la piel del diablo, á quien nada se le habia preguntado, y por consiguiente no habia tenido ocasion de lucirse, cosa que no le hacia mucha gracia, se decidió á preguntar, ya que no se le preguntaba.

— Señor maestro, dijo, ¿me hace usted el favor de decirme una cosa?

— Pregunta lo que quieras, contestó el maestro, que ya sabeis lo que os tengo encargado: que me pregunteis siempre lo que no sepais, pues el que pregunta no yerra.

— Mi padre tiene ahora tres veces mas edad que yo. ¿Llegará un dia en que no tenga mas que el doble?

— Esas, respondió el maestro, no son preguntas: esas son salidas de pié de banco. Para que sucediera eso, seria necesario que el reloj se parara para tu padre, y siguiera andando para tí.

— Pues yo creo, replicó el muchacho, que sin pararse el reloj para ninguno de los dos, puede llegar mi padre á tener nada mas que doble edad que yo.

— Calla, calla, salvaje, que eso no tiene sentido comun, esclamó el maestro incomodado, y conservando quedas las disciplinas únicamente por respeto á los señores que estaban delante, quienes notaron con cierto disgusto, que aquel muchacho se las tuviera tiesas con el mejor contador de Vizcaya, y sobre todo se empeñase en sostener una cosa que les parecia tan absurda como al mismo maestro.

— Pues voy á probar á usted, replicó el muchacho, que lo que digo es cierto. Yo tengo doce años, mi padre tiene treinta y seis: dentro de doce, tendré yo veinticuatro y mi padre cuarenta y ocho. Por consiguiente, mi padre, que ahora me triplica la edad, solo me la doblará entónces.

El maestro se quedó mas blanco que la pared, y los señores soltaron la carcajada esclamando:

— ¡Pues tiene razon el pícaro del muchacho! Pero hombre, D. Juan, usted que es el mejor contador de Vizcaya, ¿ignoraba lo que saben hasta los chicos de la escuela?

La fama de D. Juan Saca-cuentas necesitó mucho tiempo

para reponerse de aquel descalabro, que pagaron los pobres chicos, y sobre todo el del problema.

D. Juan habia puesto en la escuela un cartel que decia con letras muy gordas: LA LETRA CON SANGRE ENTRA, y á fe á fe, hijos mios, que no echaba en saco roto esta máxima.

Cuando se hablaba de si salian ó no salian muchachos aprovechados de su escuela, solia decir estallando de orgullo:

— Tengo la vanagloria de que de mi escuela todos los muchachos salen señalados para toda su vida. Dicho esto, no tengo que decir si saldrán aprovechados.

Y no exageraba D. Juan en cuanto á lo del señalamiento: señalado este de un tinterazo, que le habia abierto la cabeza, y el otro de un varazo, que le habia hecho un costuron en la cara, todos llevaban la certificacion de sus estudios escrita en su cuerpo.

D. Juan nunca se habia querido casar, porque decia que las compañeras de los maestros deben ser las disciplinas y no las mujeres, que los echan á perder infundiéndoles sentimientos blandos y amor á los niños.

En efecto, las disciplinas le acompañaban siempre; si iba á dar un paseo, las disciplinas en la mano; si iba á misa, las disciplinas en la mano tambien; si hacia un viaje á Valmaseda ó Bilbao, las disciplinas reemplazaban al baston, y en la escuela como en la calle, en la iglesia como en la romería, siempre estaban las disciplinas de D. Juan Saca-cuentas levantadas sobre las orejas de los pobres muchachos.

D. Juan era la personificacion de la terrible máxima escrita en la pared de su escuela.

VI.

Era sábado. Los sábados, como sabeis, hijos mios, es dia de media escuela; pero los chicos, á quienes por conveniencia propia hacia la vista gorda el maestro, habian

suprimido la media escuela tambien, dejando todos de asistir á ella.

D. Juan Saca-cuentas estaba á la sombra del emparrado que habia á la puerta de la escuela leyendo las *Guerras de Flándes* á unas vecinas, que sentadas en sus celemines, cosian, tambien bajo el emparrado, y entre las cuales se hallaba Ramona, la escelente anciana que en otro tiempo aconsejó á Martin que se casara. D. Juan era muy aficionado á historias de guerras, y si las guerras eran muy sangrientas, tanto mejor. Al parecer nada tienen que ver los soldados con los maestros de escuela; pero D. Juan Saca-cuentas encontraba mucha semejanza entre unos y otros, porque los soldados dan lecciones á las naciones, y los maestros á los ciudadanos, sacando unos y otros sangre y lágrimas.

Las hijas de Martin vieron el cielo abierto cuando vieron al maestro; pues temian que anduviera por aquellos andurriales haciendo provision de varas de avellano para la semana, operacion á que solia dedicar parte del sábado.

— Ya van de vendeja las motilas de Martin, dijo una de las vecinas viendo á las niñas que se acercaban.

— ¡Válgame Dios, añadió Ramona, qué entrañas tiene esa Joaquina! ¡Siempre esas pobres criaturas al remo!....

— No tiene ella la culpa, que la tiene el bragazas de Martin que lo consiente.

— ¡Ay, si la pobre Dominica, que Dios haya, levantara la cabeza y viera cómo andan las hijas de sus entrañas!

— ¡Pícaras de madrastras! ¡Como ellas no las han parido!

— Hija, cuando una se muera, debiera llevarse consigo los hijos chiquititos.

— ¡Qué verdad dice usted, hija! Pero lo que mas me aturde es lo descastada que se ha vuelto esa Joaquina. Vamos, yo no lo creeria si no lo viera. Ella es trabajadora, mujer de su casa, buena para su marido, buena para las vecinas, buena para los pobres, y solo para sus entenadas es mala.

— ¿Qué quiere usted, hija? es madrastra, y el nombre le basta, como dice el adagio.

— Pues ande usted, dijo Ramona, un hijo tiene, y Dios sabe si mañana harán con él lo que ella hace hoy con esas niñas. Dios castiga sin palo, y como dijo el otro, al que escupe al cielo.....

Las niñas llegaron en aquel instante.

— Buenos dias tengan ustedes, dijeron poniendo en el suelo las cestitas.

— Buenos os los dé Dios, hijas. ¿Con que vais á Valmaseda?

— Calle usted por Dios, señora, que estamos frescas con las cosas que nos manda señora madre, dijo Isabel; y añadió dirigiéndose al maestro:

— Sr. D. Juan, ¿nos hace usted el favor de sacar una cuenta?

— Aunque sean dos, contestó el maestro halagado en su vanidad de gran contador. Veamos qué cuenta es esa.

— Señora madre nos ha dado á una cincuenta peras de san Juan, á otra treinta, y á otra diez, y quiere que vendiéndolas todas al mismo precio, traigamos á casa el mismo dinero una que otra.

— Ave María Purísima, ¡qué disparate! esclamaron las vecinas.

— Muchachas, muchachas, dijo el maestro con aspereza, si quereis divertiros comprad una mona, que conmigo no se divierte nadie.

— Si le decimos á usted que no es chanza.....

— ¡Andad enhoramala, trastos!

— Jesus, María y José, qué incrédulo es usted, D. Juan! esclamó Ramona. Cuando las chicas lo dicen, verdad será, que ellas no lo habian de sacar de su cabeza.

— Pero, señora, si lo que dicen esas chicas que quiere su madrastra no tiene piés ni cabeza; si no puede ser.....

— Tambien decia usted que no podia ser el que un padre que tenia tres veces mas edad que su hijo llegara á tener nada mas que el doble.....

Este recuerdo sacó los colores al maestro, quien se decidió al fin á ajustar la cuenta que le indicaban las niñas, porque se hizo esta reflexion:

Tiene razon, que tambien aquello parecia imposible, y sin embargo no lo era. No sea que me suceda otra como la de marras, y vuelva yo á ser el monote de la aldea!.....

— Vamos, vamos á ver esa cuenta, dijo al fin sacando un lápiz y disponiéndose á trazar números en la cubierta del libro, que estaba forrado de papel blanco, para que no se manchara la pasta de la encuadernacion.

El maestro hacia números, los borraba, miraba al cielo, se mordia las uñas, apoyaba la frente en la mano en actitud meditabunda, volvia á escribir y volvia á borrar; pero la cuenta no salia.

Las niñas seguian aquellas operaciones con ansiedad, y con curiosidad las mujeres.

— ¿Sale, D. Juan.... sale? preguntó una de estas.

— Vayan ustedes al cuerno y no me interrumpan, replicó encolerizado el maestro.

Y volvió á trazar números y á borrarlos, y á meditar, y á escribir, y á borrar nuevamente; de modo que la cubierta del libro estaba ya llena de números y tachones.

— ¿Sale, D. Juan, sale? volvió á preguntar una de las vecinas. Y otra añadió con maliciosa sonrisa:

— ¡Calle usted, señora, que ya va saliendo!

— Váyanse ustedes con una recua de demonios, esclamó el maestro, echando lumbre por los ojos y tirando al suelo el libro y el lápiz.

— ¡Si es usted un bocon! dijo una de las vecinas; ¡si sabe usted de cuentas tanto como yo! ¡si le echa á usted la pata mi chico en lo tocante á cuentas! ¡si no tiene usted mas que fantasía!

Y todas las vecinas se pusieron á reir en coro:

— ¡Já, já, el mejor contador de Vizcaya! ¡Já, já!

— ¡Señoras! ¡señoras!.....balbuceó D. Juan temblando y casi mudo de coraje.

— ¡El mejor contador de Vizcaya! ¡Já, já, já! continuaban las vecinas.

D. Juan, loco, desatentado, vomitando improperios contra aquellas mujeres en particular, y contra todas en general,

corrió hácia la escuela como perro con maza, y dando un terrible portazo se encerró en ella.

Poco despues las niñas con sus cestitas en la cabeza seguian camino de Valmaseda, tristes, desconsoladas, sin saber cómo gobernárselas para que á la vuelta no les sentase su madrastra la mano. Sin embargo, Ramona les habia infundido alguna esperanza, diciéndoles:

— Id descuidadas, hijas, que luego me iré yo á ver á la perrona de vuestra madrastra, y le diré cuántas son cinco.

VII.

Al entrar en la plaza de Valmaseda, dijo Isabel á sus hermanitas:

— Si no podemos obedecer en todo á señora madre, obedezcámosla en algo, en vender todas las peras á un mismo precio, y para estar siempre de acuerdo, no nos pongamos muy separadas.

En efecto, las niñas se sentaron, con su mercancía delante, á corta distancia una de otra, arrimadas á la pared de la iglesia de san Severino, despues de acordar el precio á que habian de vender las peras.

A corto rato llegó un caballero, y preguntó á Isabel:

— ¿Chica, cuántas peras das al cuarto?

— Siete.

— Pues dáme siete cuartos de ellas.

Isabel le dió cuarenta y nueve peras, y recogió los siete cuartos.

— ¿Y á mí no me lleva usted ninguna, caballero? preguntó Teresa al parroquiano de su hermana.

— ¿Cuántas das?

— Lo mismo que esa, siete al cuarto.

— Dáme cuatro cuartos de ellas, que al cabo siempre le habeis de hacer á uno pecar.

Teresa le dió veintiocho peras, y se embolsó cuatro cuartos.

— Ande usted, caballero, dijo Margarita al mismo com-

prador, lléveme usted tambien á mí un cuartito de peras, que no he de ser yo ménos que esas.

— Tienes razon, que la mas chica de las tres no ha de ser la mas desgraciada. ¿Cuántas das?

— Siete como esas.

— Pues echa aquí un cuartito.

Mariquita echó en el pañuelo del caballero siete peras, y el caballero echó en su mano un cuarto.

Las chicas, así que quedaron solas, se pusieron á ajustar sus cuentas, y resultaba que Isabel se encontraba con una pera y siete cuartos; Teresa con dos peras y cuatro cuartos, y Mariquita con tres peras y un cuarto.

¡Tracitas llevaba el negocio de salir como la madrastra de las chicas habia mandado!

Pasó una hora y pasó otra, y las peras restantes no se vendian, porque cuantos se acercaban y veian surtido tan miserable, seguian adelante sin detenerse, y eso que apénas quedaba en el mercado fruta para un remedio.

— Madre mia, ¡qué va á ser de nosotras! esclamaban las niñas con los ojos arrasados en lágrimas; cuando de repente, tran, tarrán, tran, tran, suenan tambores, y la gente corre en tropel hácia la puerta de Mena.

Era que entraba un batallon de tropa.

Oficiales y soldados se diseminaron poco despues por la plaza, arramblando con cuanta fruta encontraban, que era bien poca en verdad.

Las hijas de Martin escondieron las peras que les quedaban, y cuando ya la tropa estaba cansada de buscar fruta sin encontrarla, volvieron á decubrirlas.

Un tropel de soldados se lanzó bolsillo en mano á comprarlas.

— ¿A cómo son esas peras, patroncitas?

— A tres cuartos cada una.

— ¡Qué escándalo!

— No son ménos, contestaron las niñas.

Y viendo los soldados que los que venian detras iban á pagar las peras al precio que se pedia por ellas, si ellos no las compraban, se apresuraron á dar:

Á Isabel, tres cuartos por una.

A Teresa, seis por dos.

Y á Mariquita nueve por tres.

Las niñas volvieron á ajustar cuentas, y se encontraron con diez cuartos cada una. La cuenta que no habia podido sacar D. Juan Saca-cuentas, ¡era sacadera y muy sacadera!

¡Ah pícara, repícara madrastra, qué chasco te has llevado! ¿creias haber llegado ya la suspirada ocasion de zurrar á las niñas? Anda, ¡rabia! ¡rabia! ¡rabia!

VIII.

Era la caidita de la tarde. Bajo los cerezos que habia delante de la casa de Martin, estaban este, Joaquina y Antoñito ordeñando una docena de cabras que acababan de acudir de los vericuetos inmediatos á la voz de otros tantos cabritillos que las llamaban sacando la cabecita por las enrejadas ventanas de la rocha.

Quien ordeñaba las cabras era Martin; Joaquina las sujetaba de los cuernos con una mano, y con la otra sujetaba á Antonio.

— ¡Yo quiero mamar la cabra pinta! decia Tonio, que era ya una especie de angelote, con mas fuerza que un toro.

— Verás, verás qué tantarantan vas á llevar, si por no estarte quedo se vierte el jarro de leche! decia Joaquina, trabajando mas para contener los botes del niño que los botes de la cabra.

— ¡Pues yo quiero mamar la cabra pinta! repetia el niño.

— Anda, condenado, anda y atrácate hasta que revientes, Dios me perdone! dijo Joaquina dejándole al fin escapar.

El niño se dirigió saltando hácia una cabra blanca con manchas negras que salió á su encuentro berreando cariñosamente, como si ya sintiera el consuelo que iba á esperimentar cuando descargasen su ubre los suaves y sonrosados labios del niño.

Entre tanto los cabritillos se desgañitaban en la rocha, como diciendo:

— ¡Ah tunantes! ¡cómo nos cercenais la racion!

Leon contemplaba el trabajo de sus amos, majestuosamente sentando á corta distancia, y ojo alerta para hacer volver á su sitio, con muy buenos modales por supuesto, á las cabras que se descarriaban. Y el Minino andaba tambien por allí diciendo para sus adentros:

— Algo de eso me tocará á mí.

— La cabra pinta que no tenia cria, porque las águilas se la habian arrebatado apénas la parió, se dejaba mamar con una paciencia sin límites.

A cualquiera parecerá que maldita la gracia tiene un niño zangolotino mamando de una cabra; pero á Joaquina le parecia todo lo contrario. Y es que las madres todo lo encuentran en sus hijos gracioso á mas no poder.

— ¿Pero no ves, Martin? decia Joaquina reventando de gozo, ¿no ves con qué gracia chupa ese hijo que Dios me ha dado? Si es lo mas gitano que ha nacido de mujer! ¡Vamos, si me le comeria á besos!

Joaquina iba á desahogar su entusiasmo maternal comiéndose á besos á su hijo, aunque el chico preferia á los besos de su madre la leche de la cabra pinta, cuando se apareció por allí Ramona, la vecina que habia prometido á las chicas interceder por ellas.

— Buenas tardes, hijos. Parece que se prepara la cena, ¿no es verdad?

— Hola, Ramona. Sí, estamos sacando un jarrito de leche para cenar esta noche.

— Vamos, déle usted un sorbo, dijo Martin levantándose y alargando el jarro á la vecina.

— Gracias. Lo probaremos.

Y la vecina acompañó el hecho con el dicho.

— ¿Qué tal, está buena? le preguntó Joaquina.

— *Y de casta,* contestó Ramona, limpiándose los labios con el cabo del delantal.

— ¿Y dónde anda la familia menuda? preguntó á su vez.

— Ahí tiene usted á Tonio llenándose el cuerpo de leche. Las motilas han ido á Valmaseda á vender unas peras para ayuda de comprar unos zapatos á ese enemigo malo, que ha destrozado ya los nuevos.

Martin llevó á casa el jarro de leche, recogió las cabras en la cuadra, y en seguida abrió la puerta de la rocha para que los cabritillos se juntaran con sus madres y cenaran la parte de racion que se les habia dejado.

Durante esta operacion, Joaquina, Ramona y Antoñito, habian quedado bajo los cerezos, las primeras charlando como cotorras, y el último saltando y brincando para digerir el atracon de leche que acababa de darse.

— Pero vamos á otra cosa, dijo Ramona; hablemos de tus entenadas ahora que no está Martin delante, que no me gusta infernar los matrimonios. ¿Te parece á tí, Joaquina, que es ley de Dios lo que tú estás haciendo con esas criaturas?

— ¿Pero hago yo algo malo con ellas?

— Calla, calla, hebrea, que ninguna mujer como Dios manda se prevale de que unas pobres niñas no tengan madre para traerlas como azacanas y mandarles cosas imposibles, como haces tú con tus entenadas.

— ¿Pero les falta algo acaso?

— Les falta una madre, que es cuanto les puede faltar.

— ¿No las trato como si fueran mis hijas, á pesar de que debiera aborrecerlas de muerte?

— ¡Pícara! ¿por qué las has de aborrecer?

— Porque por ellas no tiene padre mi hijo.

— ¿Qué no tiene padre?

— Haga usted cuenta que no, porque por causa de ellas no puede ver Martin al niño.

— Si tú fueras una verdadera madre para tus entenadas, no sucederia eso.

— ¿Y no lo soy acaso?

— ¿Te parece á tí que si viviera la que está en el cielo, hubieran ido esta mañana por esos caminos llorando á lágrima viva, y esta tarde volverian temblando porque saben que las vas á recibir á golpes?

— Y buenos que los han de llevar como no hayan hecho lo que yo les encargué.

— No tienes tú la culpa, que mucha tiene el descastado de su padre. ¡Ah! si la pobre Dominica levantara la cabeza.....

Ramona se detuvo viendo llegar á Martin, y la conversacion varió de rumbo; pero Martin volvió á entrar en casa á sus quehaceres.

A corto rato llegó Antoñito, y zarandeando de los vestidos á su madre empezó á cencerrear:

— ¿Madre, cuándo cenamos? ¡gem! ¡gem! yo queria cenar.

— Pero, criatura, le replicó Joaquina, ¿no te acabas de atracar de leche?

— Sí; pero mamar no es cenar.

Esta *gracia* del angelito hizo prorumpir en una ruidosa carcajada á Joaquina, que esclamó abrumando de besos á su hijo:

— Huy, bendita sea tu boca amen, que tienes tú mas gracia que el salero del mundo. Pero no ve usted, Ramona, qué hijo tan alhaja tengo aquí!

— ¡Dios le bendiga, hija, dijo la vecina recalcando sus palabras; Dios le bendiga y le conserve su madre, que si tú le faltaras, qué seria de él!

— ¡Se moriria el hijo de mis entrañas si le faltara su madre! asintió Joaquina saltándosele las lágrimas de ternura.

— No se moriria, repuso la vecina, siempre con segunda intencion, no se moriria, que tampoco tus entenadas se han muerto; pero mas le valdria morirse que tener por madre á la que no le ha parido.

Las sonrosadas mejillas de Joaquina se pusieron de repente pálidas como las de una muerta. Una idea horrible y desconsoladora acababa de asaltar por primera vez la imaginacion de aquella madre idólatra de su hijo: la de que su hijo podria llegar á tener madrastra, y sufrir lo que su madre habia hecho sufrir.

Su vecina, que era mujer de años y de esperiencia, adivinó en el rostro de Joaquina lo que pasaba, y trató de

hacer un esfuerzo supremo para proporcionar una madre á las desventuradas niñas, que tanto habian llorado por no tenerla.

— ¡Joaquina! añadió con acento solemne, Dios castiga sin palo, y á veces pagan justos por pecadores. Las madres se mueren, y los viudos se casan para dar madrastra á sus hijos, ya que no pueden darles madre.

— ¡Madrastra!.... ¡Hijo de mi alma! murmuró Joaquina, estrechando contra su corazon á su hijo, como si alguien fuera á arrebatársele.

En aquel momento aparecieron por una estrada que desembocaba junto á la casa, las tres niñas que volvian de Valmaseda.

Venian las tres muy alegres.

Joaquina se dirigió á su encuentro llamándolas cariñosamente, y quizá por primera vez de su vida tuvo impulsos de estrecharlas en sus brazos y devorarlas á besos.

Las niñas, casi ántes de llegar, se apresuraron á referir la manera poco ménos que prodigiosa con que habian cumplido las órdenes de su madrastra.

— ¡Joaquina! esclamó la anciana, ¿no ves la mano de Dios en esa especie de milagro?

— ¡Sí, sí! contestó Joaquina. Dios abre al fin mis ojos, aunque tal vez será tarde.

— ¡Para el bien nunca es tarde! dijo Ramona con acento semi-profético.

Y Joaquina, no pudiendo ya resistir el noble sentimiento que acababa de venir á purificar su corazon, abrió sus brazos á las niñas, y prodigándoles el nombre de hijas, que hacia tiempo no les daba, las estrechó en ellos con infinita ternura, y las colmó de besos, inundándolas de amorosas lágrimas.

En aquel instante, la pobre Dominica, que desde el cielo velaba por sus hijas, tambien debió llorar de santa alegría.

— ¡Martin! ¡Martin! gritó Ramona llorando á su vez de gozo.

— ¿Qué es eso, Ramona? preguntó el honrado labrador apareciendo en la puerta.

— Es, le contestó la vecina, que tus hijas ya tienen madre.

— ¡Que Dios y la que está en el cielo la bendigan! esclamó Martin lleno de regocijo.

Y corriendo al niño que traveseaba bajo los cerezos, le tomó en sus brazos y le prodigó las ardientes caricias que prodigaba á las niñas su mujer.

Esta se dirigió entónces á la anciana, y como las sombras de la noche que habian ido descendiendo no la permitiesen ver lo que bajo los cerezos pasaba, interrogó con ansiedad á la anciana, que le respondió:

— ¡Es que tu hijo ya tiene padre!

FIN DE LA MADRASTRA.

DESDE LA PATRIA, AL CIELO.

DESDE LA PATRIA, AL CIELO.

I.

Lector despreocupado: si abres por la S el *Diccionario geográfico* de Madoz ó cualquiera otro, encontrarás un articulito que dice, poco mas ó ménos, lo siguiente:

«S....., concejo de las Encartaciones de Vizcaya, partido judicial de Valmaseda, con trescientos vecinos y una iglesia parroquial dedicada á San Fulano. Dista de Bilbao cinco leguas sesenta y cinco de Madrid.»

Aquí tienes todas las noticias geográficas, históricas, estadísticas, etc., que dan los libros acerca del rinconcito del mundo de que vamos á hablar.

Pero como el concejo de S..... me interesa algo mas que á los autores de Diccionarios geográficos, voy á suplir el desdeñoso laconismo de estos señores.

Verdaderamente el concejo de S..... no tiene grandes títulos á la atencion del viajero, y sobre todo, si el viajero es despreocupado como tú.

Su iglesia es buena para glorificar y pedir consuelos á Dios; pero..... pare usted de contar. Los vecinos del Concejo la tienen mucho cariño; pero ¿sabes por qué, lector despreocupado? Porque, segun dicen, sus padres la construyeron amasando con el sudor de su frente la cal de aquellas blancas paredes; — porque allí están enterradas las

personas por quienes rezan y lloran todos los dias; — porque allí recibieron ellos el agua santa del bausismo; — porque allí se unieron para siempre con la compañera de sus alegrías y sus tristezas; — porque allí alcanzan de Dios consuelo en sus tribulaciones; y porque allí la palabra del sacerdote les indujo é induce aun á sus hijos á amar y reverenciar á sus padres, á detestar el vicio y á adorar la virtud.

¿Qué te parece, lector despreocupado? ¿Has visto simpleza igual?

Pues no para en esto la de los tales aldeanos.

Cuando repican á fiesta las sonoras campanas del blanco campanario de la iglesia parroquial de S..... y cuando al entrar á misa se encuentran los altares adornados con ramilletes de rosas y de claveles, y el pavimento alfombrado de tomillo, eneldo y espadaña, aquellos tontos lloran de regocijo, y se juzgan dichosos con su pobreza, y su iglesia y su aldea casi olvidada de los geógrafos.

¿No es verdad, lector despreocupado, que tienen razon los franceses cuando dicen que el África comienza en los Pirineos?

S..... tiene su rio, pero apénas está indicado en los mapas, ni le han llamado padre los poetas, ni estos señores han dicho de él que sacó el pecho fuera y habló de esta manera ó de la otra ó de la de mas allá: es un rio tan tonto, que se contenta con estar siempre claro y fresco, con criar truchas y lobinas para engordar á aquellos bárbaros, con dar movimiento al molino que provee de harinas á aquellos salvajes y á la ferrería que da ocupacion á aquellos hotentotes, cuando el temporal no les permite trabajar en las heredades, y con mantener siempre lozanas y verdes las llosas y las huertas, que suministran granos, y frutas, y hortalizas y flores á aquellos brutos.

Pues aunque parezca increible en un siglo tan civilizado como el nuestro, tambien enamora semejante rio á los aldeanos de S.....

Me ocurre una cosa, lector despreocupado. Lista, que si mal no recuerdo, anduvo por allí *in illo tempore*, solia envidiar la felicidad del que nunca ha visto mas rio que el de

su patria. ¿Qué va á que el tal Lista hizo creer esta y otras tonterías á los encartados?

Pero no, que aquellos ya eran tontos hace muchos siglos: cuando se llamaban cántabros y peleaban con los romanos, si caian prisioneros, ántes que besar la sandalia de los Césares, consentian morir en la cruz entonando cánticos á la libertad y á la patria.

¿Qué te parece, lector despreocupado? Vamos, si te digo que estoy corrido como una mona de haber nacido en un país donde tales cosas pasan desde los tiempos del rey Perico.

Pero aun falta lo mejor.

Las preciosidades históricas y monumentales del concejo de S..... son las siguientes:

Un castaño, que plantó Juan el dia que nació su hijo Pedro;

Un rosal, que plantó Teresa una vez que su hijo estaba enfermo, ofreciendo á la Vírgen regalarle cuantas rosas produjera si el chico se ponia bueno, como en efecto se puso;

Un rótulo que hay en el puente, recordando que el dia tantos de tal mes y de tal año se arrojó al rio Fulano, y salvó, con peligro de su propia vida, á Zutano;

Y una ermita de san Roque mas vieja que Matusalen, á la cual tienen aquellos fanáticos mucho respeto, porque el santo que se venera en ella libró de una peste al Concejo allá en los tiempos de Mari-Castaña.

Tú, lector despreocupado, dirás que Juan plantaria el castaño para que diera castañas y no para conservar memoria del nacimiento de su hijo Pedro;

Que el chico de Teresa se salvaria porque cosa mala nunca muere;

Que Fulano se arrojaria al rio porque haria calor;

Y que el Concejo se libraria de la peste porque refrescaria el tiempo.

Pues es claro: eso seria. Solo que aquellos aldeanos son unos zopencos llenos de supersticion.

Aun hay mas..... ¿Qué no puede haber ya mas tontería? Oye, oye, y verás si la hay.

Las casas de la aldea son detestables; como que se contentan con ser muy sanas, y muy grandes y muy limpias. Sin embargo, sus moradores dicen que no las trocarian por el palacio del indiano, que está en lo mejorcito del valle, y es una maravilla. ¿Y sabes, lector despreocupado, en qué se fundan aquellos estúpidos? . Te vas á reir de su majadería. Se fundan en que en ellas nacieron y murieron sus padres, y en que ellas nacieron y se criaron ellos.

¿Te ries? Pues, espera, espera, que allá va lo bueno.

El cura de la aldea es un viejecito que no cree en los filántropos ingleses, ni en los Catones americanos; que se sabe de memoria todas las vejeces de la Biblia; que arruina al tabernero de la aldea aconsejando á los vecinos que no se diviertan en la taberna; que con sus sermones ha conseguido que el amor sea en S. . . . la cosa mas sosa del mundo, pues los maridos se mueren por sus mujeres, y las mujeres por sus maridos, y los novios ni siquiera se dan un mal pellizco hasta que se casan; que á fuerza de repetir que el trabajo es sano para el cuerpo y para el alma, ha logrado que todo el mundo trabaje el dia de trabajo; que con su eterna cantinela de que el juego es padre de todos los vicios, ha alcanzado que ni el dia de trabajo ni el de fiesta se encuentre en la aldea con quien echar un mús; y por último, que con sus consejos ha conseguido que aquellos simples esclamen cuando les sucede alguna desgracia: «¡cómo ha de ser! Dios lo ha querido..... hágase su divina voluntad!» y se queden tan consolados como si tal desgracia no les hubiese sucedido.

El alcalde del Concejo es un palurdo, que lleva su tontería hasta el estremo de medir con la misma vara á los parientes y á los estraños cuando cometen alguna falta; que incurre en la grosería de rechazar los regalos que intentan hacerle los vecinos que tienen asuntos pendientes de su autoridad; y que cuando el comun no tiene fondos para atender á las calamidades públicas, vende aunque sea su propia camisa para remediarlas.

Pues has de saber, lector despreocupado, que los vecinos

de S..... bajan la cabeza servilmente ante tal cura y tal alcalde, y serian capaces de dar la vida por ellos.

Pero dejémonos de gentes tan estúpidas con el consuelo de que el sol de la civilizacion no tardará en penetrar en aquel salvaje rincon del mundo, y veamos si en S..... hay algun habitante algo mas en armonía con el espíritu del siglo.

II.

¿Qué manojito de rosas y de claveles se ha posado en mi hombro?

¡Ah, es tu cara de pascua florida! ¿Qué hacias tú aquí, amor mio?

— Leer por encima de tu hombro lo que vas escribiendo.

— Y qué tal te parece?

— Mal, rematadamente mal.

— ¡Gracias por la lisonja! ¿Y por qué te parece mal?

— Porque no me gusta la ironía.

— Sin embargo, bien usada es un género que.....

— Es un género que hiere, que hace daño, que tú no puedes cultivar.

¿Y por qué no puedo?

— Porque no tienes hiel en el alma.

— En cuanto á eso, poco á poco. Cosas pasan en el mundo que aun en el alma de una blanca paloma engendran hiel, y vinagre, y ajo, y mostaza y guindilla.

— Sí; pero á pesar de eso, el mundo es hermoso, como lo son las rosas á pesar de las espinas.

— ¡Ah! sí, tienes razon: el mundo es hermoso, para los que no nos creemos desterrados en él!

Pasemos por el mundo derramando una bendicion sobre cada flor y cada espina que encontremos á nuestro paso.

Cuando, terminado nuestro viaje, tornemos al seno de Dios, las puertas del Paraíso nos serán abiertas si podemos decir: «¡Señor! hemos hecho noblemente nuestra jornada:

los moradores de la tierra lloran nuestra ausencia, porque hemos sembrado bendiciones en nuestro camino!»

Es verdad, la ironía es indigna de las almas que carecen de hiel.

¡Lector despreocupado! no quiero dirigirme á tí, porque tú no me comprendes. No quiero escribir para tí, porque soy pobre de espíritu y rico de corazon, y solo para los pobres de espíritu y ricos de corazon escribo.

Aunque mi corazon solo sabe amar, y mis labios solo saben bendecir, quisiera tener mil corazones para aborrecerte y mil labios para maldecirte.

¿Ves esa lágrima que ha borrado un amargo, «¡te detesto!» que mi pluma acababa de estampar en el papel? Pues ha caido de esos dulces ojos que, posados sobre mi hombro, siguen arrasados en lágrimas de ternura y de alegría el vuelo de mi pluma.

Esas lágrimas busco, que no tus aplausos y tus riquezas. Pobre y oscuro quiero seguir mi jornada llevando por compañeros á los pobres de espíritu y ricos de corazon, porque ellos me guiarán al reino de los cielos.

¡Vírgen de ojos azules y rostro de azucena y rosa! á tí me dirigiré porque tú me comprendes. Sí, sí, tienes razon: el mundo es hermoso para los que no nos creemos desterrados en él.

Has de saber que Teresa, aquella que plantó el rosal en S...., ofreciendo á la Vírgen regalarle todas las rosas que produjera, si se salvaba su hijo de una grave enfermedad, perdió á su marido Juan, aquel que plantó un árbol en memoria del nacimiento de su hijo Pedro.

Pedro era aun muy niño cuando murió su padre, y la pobre Teresa se encontró sin amparo en el mundo.

Como aquellos pobres aldeanos tienen la costumbre de acogerse al amparo de los moradores del cielo en todas sus tribulaciones, Teresa se acordó de la Madre de Dios cuando se hallaba mas desconsolada.

Era una hermosa mañana de mayo: todo cantaba y reia: el sol asomando por oriente, los pájaros en la enramada, las campanas en la torre y las flores en el huerto. Todo cantaba

y reia, ménos el corazon de la pobre Teresa, que estaba desconsolado.

Teresa se fué al huerto á ver si el rosal tenia rosas para engalanar el altar de la Vírgen. Cargadito de ellas estaba, y nunca las habia ostentado tan hermosas como aquella mañana. Lo único que les faltaba eran algunas gotas de rocío que abrillantasen sus frescas hojas, reflejando los primeros rayos del sol de Dios que empezaba á bañar el horizonte.

Teresa empezó á coger rosas, llorando miéntras las cogia. Hizo con ellas un lindo ramillete, y se encaminó á la iglesia, que el sacristan habia dejado abierta miéntras subia á la torre á tocar á misa primera.

El primer rayo del sol penetraba por una ventana del templo y bañaba con su dorada luz el altar de la madre de Dios.

Teresa colocó en el altar aquel ramo de rosas, coronadas de lágrimas, y de repente un resplandor divino deslumbró sus ojos é inundó de luz el templo: el sol, reflejando en las lágrimas que coronaban las rosas, habia trocado cada lágrima en un diamante rico de luz y hermosura.

La pobre aldeana alzó sus atónitos ojos á la Vírgen, y creyó ver una sonrisa llena de amor y gratitud en los labios de la reina del cielo.

Poco despues salió del templo con el corazon henchido de santa esperanza, y se dirigió presurosa á su casa para hacer partícipe de su alegría al hijo de sus entrañas.

Al pasar junto al palacio del indiano, oyó una voz que llamaba, y alzó los ojos al balcon del palacio.

— Teresa, la dijo el indiano, sube, que deseo hablar contigo.

Teresa se apresuró á subir, llena, sin saber por qué, de gratísima esperanza.

— Enjuga tus lágrimas, Teresa, añadió el indiano, que yo voy á proporcionaros la subsistencia á tí y á tu hijo.

— ¡Hijo de mi alma! esclamó la aldeana, pensando en la dicha de su hijo ántes que en la propia.

El indiano continuó:

— Yo tengo grandes riquezas en América, y voy á hacer

un largo viaje, para volver aquí trayéndolas conmigo, porque aquí quiero pasar el resto de mis dias. No tengo familia ni parientes á quienes confiar el cuidado de esta casa durante mi ausencia, y quiero que tú y tu hijo tomeis á vuestro cargo este cuidado.

— ¡Señor, esclamó Teresa, nosotros conservaremos religiosamente cuanto usted nos confíe!

— Si así lo haceis, como no dudo, á mi vuelta seréis mi única familia; si muero ántes de volver, no me olvidaré de vosotros, y durante mi viaje tendréis lo necesario para vivir tranquilamente.

Teresa apénas podia espresar su gratitud, porque la alegría embargaba su voz. El indiano, que hablaba con ella en una hermosa biblioteca que encerraba millares de volúmenes, continuó:

— ¿Ves esos libros, Teresa? Cuidádmelos con esmero, que ellos han sido siempre y serán mis mejores amigos: á ellos debo la tranquilidad de mi alma, lo que vosotros, pobres aldeanos que nunca habeis visto sabios, llamais mi sabiduría, y hasta las riquezas que aquí y en América poseo.

— Señor, dijo Teresa, confíe usted en que así lo haremos. Mi hijo sabe escuela, á Dios gracias, y tiene mucha aficion á los libros, aunque en casa no tenemos mas que el *Astete*, y los *Gritos del Purgatorio*, y el *Año cristiano*, y la historia de *D. Quijote* y los *Fueros de Vizcaya*. No tenga usted cuidado, señor, que mi pobre Pedro los tendrá como el sol de limpios, y tan ordenados como usted los deje.

— Bien, Teresa, bien. Hoy mismo podeis veniros á vivir aquí, porque yo pienso partir mañana temprano.

— Señor!.... murmuró Teresa, poniéndose colorada y como si tuviese que hacer alguna objecion á las proposiciones del indiano y no se atreviese á hacerla.

El indiano la comprendió al punto.

— ¡Ah! dijo. ¡No quieres abandonar tu casita? Lo apruebo, Teresa, y eso te hace mas digna aun de mi confianza.

— Señor, repuso la aldeana, no lo debe usted estrañar: es tan blanca, y tan cómoda y tan hermosa.....

— Sí, sí, lo es para los que viven de recuerdos y han derramado en ella todas sus lágrimas de alegría y de tristeza.

— Y luego, señor, continuó Teresa, allí ha nacido mi hijo y ha muerto mi marido, y si no la habitamos, el desamparo reinará en ella, y el agua penetrará por su techo y sus paredes, y la pobre se caerá al cabo, que es como si se muriese de tristeza..... ¡Ah! señor, ¡qué triste es ver un hogar desierto y arruinado! Cuando pasamos mi Pedro ó yo junto á esa aceña vieja que hay en el nocedal del rio, las lágrimas se nos saltan, que mucho quieren decir aquellas paredes aun ennegrecidas por el fuego del hogar, y aquel poyo que aun se conserva allí frio y solitario, y aquellas letras, hechas con la punta de un cuchillo ó del badil, que aun se ven en la pared, y aquellos clavos que aun permanecen junto á la ventana.

— Sí, Teresa, esclamó el indiano con los ojos arrasados en lágrimas, mucho quieren decir todas esas cosas para los que como yo ¡triste de mí! no tienen familia, y mucho mas aun para los que la tienen!.... No abandones tu casita, no, que la pobre, como tú dices, se moriria de tristeza. Venid de dia á cuidar de mi palacio, y de noche que se quede tu hijo en él, pero no apagueis nunca vuestro hogar.

— Así lo haremos, señor, y en el corazon guardaremos siempre escrita la bondad de usted.

El indiano no permitió á Teresa que continuase espresándole su agradecimiento.

Teresa se levantó temprano al dia siguiente para despedirle, despues de haber pasado gran parte de la noche pidiendo á Dios que le diese buen viaje.

Pero ántes de ir á casa del indiano, fué al huerto, tomó la mejor rosa que tenia el rosal, y yendo á la iglesia, la trocó por la mejor que tenia el ramillete de la Vírgen.

— Señor, dijo al indiano, esta rosa ha estado en el altar de la Vírgen santísima. Llévela usted consigo, que el corazon me dice que llevándola no morirá usted en esos caminos ni en esos mares traidores desamparado de Dios y de los hombres.

El indiano era un sabio, y como ahora se dice, un hombre de mundo; pero era de los sabios y hombres de mundo que creen en Dios, y aunque no creyeran, admirarian y respetarian santamente la fé de los demas.

¡Señor! ¡con qué dolor cerrarás las puertas de la gloria á esta clase de ateos!

El indiano aceptó con profundo agradecimiento la santa rosa que le ofrecia la aldeana, y la colocó cuidadosamente en una caja donde conservase su hermosura y su perfume.

Poco despues tomó el camino de Bilbao, donde debia embarcarse para la América Central.

Todas las mañanas, cuando el sacristan entraba en la iglesia para tocar á maitines, entraba tras él Teresa, y colocaba en el altar de la Vírgen un ramo de rosas frescas, coronadas de lágrimas..... pero coronadas de lágrimas de alegría.

III.

Hagamos de dos pinceladas el retrato de Pedro, de Pedro tal cual era cuando el indiano encargó á Teresa el cuidado de su palacio, no tal cual era cuatro años despues.

— ¿Y por qué le has de retratar en la primera de esas dos épocas?

— Porque física y moralmente se habia trasformado en el trascurso de la primera á la segunda, y esta trasformacion se resiste á mi pincel, que solo se complace en trazar cuadros de inocencia.

Deja, deja, purísimo númen de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA, que el lector despreocupado se ria de mis inocentes creaciones; deja que se burle de mi aficion á retratar pobres madres y pobres niños que solo saben creer y amar. Yo sé que hay ojos que lloran y corazones que palpitan ante mis humildes cuadros. Una de esas palpitaciones ó una de esas lágrimas borra todos los sarcasmos que el lector despreocupado pueda lanzar sobre estos cuadros, amados Benjamines de mi corazon.

— Pero qué! ¿se habia hecho malo el hijo de Teresa, tan querido y ensalzado por su madre?

— Malo en el sentido que el mundo da á esta palabra..... no; pero malo en el sentido que yo suelo darle..... sí. Porque has de saber, alma mia, que yo tengo por malo á aquel que, presa su corazon de febriles ambiciones, y atestada su mente de locas quimeras, en vez de bendecir los bienes que Dios le envía, los rechaza como mezquinos, y se cree con derecho á obtener el primer quiñon en el reparto de la herencia humana.

Mira, rosa del rosal de mis amores, yo nací en un valle muy parecido á aquel en que nació Pedro. El horizonte que se descubria desde la casita blanca de mis padres, era tan limitado que mi vista le abarcaba perfectamente.

— ¡Madre! pregunté un dia á la que me llevó en sus entrañas, ¿hay mundo mas allá de aquel pico donde aparece el sol todas las mañanas, y mas allá de aquel otro donde se esconde todas las tardes?

— ¡No, hijo mio, no! me contestó mi madre.

Pasaron años, y abandoné las riberas del Cadagua por las del Manzanares.

Cuando subo á la cumbre de la montaña del Príncipe Pio, dirijo la vista á las colinas de Vicálvaro ó á las de Sumas-aguas, y pregunto á la santa madre que me espera en el cielo:

— ¡Madre! ¿hay mundo mas allá de aquellas colinas?

— ¡No, hijo mio, no! me contesta mi madre desde el cielo; y yo la creo aun, y aun soy dichoso creyéndola.

Pero me olvido de Pedro y de la pobre Teresa.

Llamo pobre á Teresa, porque lo era aun mas que cuando el indiano la llamó para que cuidase su palacio. Entónces su hijo era tan ignorante como ella; pero, como ella, amaba la casa paterna; admiraba la hermosura de las arboledas del valle; creia el mas bello del mundo el templo donde habia sido bautizado, tenia por las ruinas mas venerables de la tierra las de la aceña del nocedal; no creia que hubiese rio mas poético y hermoso que el que un dia habia dado movimiento á aquella

aceña; no concebia que en el orbe hubiese sabios que igualasen al cura y al maestro de escuela de la aldea, y tenia á Rosa, su vecina, por la niña mas linda del universo. Cuatro años despues parecia haber mudado completamente de sentimientos y de opiniones.

Y la pobre Teresa, al echar de ver este cambio en su hijo, lloraba como una Magdalena, acompañándola en su duelo Rosa, que era ya una muchacha tan bella como las flores que llevan su nombre, y tan buena como debia serlo aquella á quien Teresa diese el dulce nombre de hija.

Pedro, segun se decia en el valle, se habia hecho un sabio; pero aunque esto se dijera, Teresa y Rosa no cesaban de llorar.

Bien has hecho, Dios mio, en alejar el árbol de la ciencia del humilde autor de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA; que un título de académico venido de las orillas del Rhin, del Támesis ó del Sena no vale tanto como estas líneas venidas de las orillas del Cadagua, y trazadas por la temblorosa mano de un pobre labriego:

«Hijo mio, á todas horas tenemos tu nombre en los labios para bendecirle. Quien léjos de su valle nativo se acuerda de sus padres y de su valle, ¡bendito sea!»

Pedro, apasionado desde muy niño á los libros, habia podido satisfacer esta pasion desde que se vió dueño de la rica librería del indiano.

Por espacio de cuatro años habia vivido casi constantemente encerrado en ella, devorando millares de volúmenes, entre los cuales los habia de todos géneros, útiles y nocivos, fruto de la ignorancia y de la sabiduría, de la imaginacion estraviada y de la imaginacion dirigida por buen camino.

Propensa la suya, por naturaleza, á abultarlo todo, y á incurrir en perpetuas alucinaciones, habia recorrido el mundo y las edades, poblando estas y aquel de hermosos fantasmas que gritaban sin cesar al desdichado mancebo: «¡Ven, ven á nosotros! ¡La felicidad no existe, ni puede existir, en ese rincon del mundo! Nosotros habitamos las montañas de Suiza, donde vaga la sombra de Guillermo Tell; las márgenes del Rhin pobladas de sílfidas y wilis; los canales de Ve-

necia, donde aun resuena el canto de los gondoleros; las ruinas del circo romano teñidas con la sangre de los mártires; el golfo de Partenope sombreado por el laurel de Virgilio; los harenes y jardines de Bizancio; la santa Palestina, donde viven aun Jesus y Godofredo y Pedro el Ermitaño; la Grecia, patria de los dioses y los semidioses; la India, tierra de los rios sagrados y las piedras preciosas, y la América, último refugio de los gobiernos patriarcales, y único teatro de las grandes escenas de la naturaleza. ¡Ven, ven á nosotros, que donde nosotros estamos está la felicidad!»

Y Pedro creia lo que decian aquellos fantasmas que habia visto destacarse de las páginas que habia devorado por espacio de cuatro años, vagos, indecisos, oscuros al principio, pero distintos, percetibles, luminosos y gigantes despues.

La tristeza y el hastío se habian ido apoderando de su alma: todo cuanto encerraba el valle, ¡hasta su madre y Rosa! le parecia pobre, mezquino, vulgar, indigno de ser amado.

Su madre, Rosa, el señor cura, el maestro de escuela, todos los habitantes del valle procuraban desterrar de su alma las febriles ambiciones que la consumian, pero sus consejos, sus súplicas, sus lágrimas eran inútiles..... Lo único que hacia Pedro era compadecer á aquellas pobres gentes, que como no habian visto el cielo, no se creian desterradas en la tierra.

IV.

Era una mañana de otoño.

Pedro estaba leyendo en la biblioteca encomendada á su cuidado. El sol bañaba ya por completo el horizonte, y sin embargo, delante de Pedro ardia un candil.

¡El jóven no habia notado aun que era de dia. ¡Mira si estaria embebido en su lectura!

Habia pasado la noche leyendo. Plutarco y Homero habian arrastrado su alma á Grecia; el ignorado autor de las *Mil y una noches* la habia llevado por las regiones asiáticas

de delirio en delirio y de asombro en asombro; Chateaubriand la habia paseado por las vírgenes soledades de América: Cook la habia hecho dar la vuelta al mundo, sumergida en el sublime horror de las tinieblas y los hielos polares, y Schiller, Goethe, Hoffmann y Shakespeare habian hecho comparecer ante ella todos los fantasmas, ora risueños, ora terribles y amenazadores, de los países teutónicos y británicos.

Figúrate cómo estaria el alma de Pedro arrastrada de emocion en emocion por tan lejanas y diferentes regiones! ¡Figúrate cuán distinto seria entónces de lo que habia sido cuatro años ántes!

Pedro, un tiempo tan contento con vivir y morir en el valle nativo, como todos los habitantes de aquel valle, solo tenia ya un deseo, pero un deseo supremo, ardiente, inestinguible; un deseo sin cuya satisfaccion la vida le parecia una carga insoportable: el de hollar con su planta, y abarcar con su mirada el teatro de las escenas, reales ó ficticias, que habian espuesto á su contemplacion los libros, escenas que su fantástica y acalorada imaginacion poetizaba, despojándolas de toda la parte vulgar y prosáica, que aun lo mas poético de este mundo tiene. Hubiérasele dicho, por ejemplo, que Viriato, rústico pastor lusitano, estaba cubierto de suciedad y harapos, cuando se rebeló contra la tiranía romana; hubiérasele dicho, que Laura, la amada semidivina del Petrarca, comia y bebia como Rosa, su novia, y no lo hubiera creido.

La casa de Rosa estaba al lado de la de Teresa. Esta, que trataba ya á la jóven con la confianza de una madre, la encargó que se llegase al palacio del indiano y dijese á Pedro que fuese á almorzar.

No se hizo rogar la enamorada niña. Cuando entró en la biblioteca donde leia Pedro, este se volvia loco con la descripcion de un harem. Aquel volcan de amor y de celos que ardia perpetuamente en el corazon y en los ojos de las odaliscas, le parecia mil veces preferible á todo el amor que puede encerrar el corazon de las mujeres de Occidente.

— Pedro, dijo Rosa entrando en la habitacion, ligera como una mariposa, colorada como las cerezas á medio ma-

durar, y risueña como una mañana de mayo; Pedro, dice tu madre que te está esperando el almuerzo.

Pedro dió tal patada en el suelo, y miró á Rosa con tal indignacion y tal desden, que la pobre muchacha retrocedió dos pasos sobrecogida de terror.

— ¡Perdóname, Pedro! murmuró Rosa cariñosamente. Estabas distraido, y te he asustado, ¿no es verdad? Mira, ha sido sin querer..... No volveré á asustarte; yo te lo aseguro. Anda, vente conmigo, que tu madre te está esperando para almorzar.

— No necesito compañía, y la tuya mucho ménos, contestó Pedro con tono desdeñoso y amenazador.

La niña se puso pálida como una azucena, y bajó la cabeza con los ojos arrasados en lágrimas.

La desdeñosa espresion que dominaba en el rostro y en la mirada de Pedro, se dulcificó un poco.

— ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras, Rosita? preguntó el jóven con cierta solicitud.

— ¡Porque ya no me quieres! contestó la niña, cuya purísima voz ahogaban los sollozos.

— Sí, sí, te quiero, Rosa; pero tú tienes la culpa de estos arranques de mal humor que en mí ves.

— Pues díme qué he de hacer para que siempre estés contento.

— Lo que has de hacer es comprender mi alma.

— ¿Y qué quiere decir eso? preguntó la niña con adorable ingenuidad. Comprender tu alma ¿es quererte mucho?

— No es solo eso, contestó Pedro, cuyo rostro volvia á nublarse; comprender mi alma es, en primer lugar, adivinar mis deseos.....

— Yo creia que deseabas ya almorzar.....

Pedro dió otra patada en el suelo esclamando:

— ¡Rosa! veo que tu alma nunca podrá comprender á la niña; que hablarte de ese amor delicado, grande, ideal, sublime, que se cierne entre el cielo y la tierra, es echar margaritas á la mar..... ¡Ah! bien se conoce que nunca has abierto un libro.

— Pero yo creia que no eran menester libros para saber

quererte.....Mira, Pedro, mira lo que me figuraba yo que era querer..... Estar siempre pensando en tí; no encontrarme á gusto sino á tu lado; pedir á Dios que te dé salud y fortuna; desear que me quieras como yo te quiero á tí; ponerme triste y llorar y desesperarme si quieres á otra; aprender todo lo que saben mi madre y la tuya para hacer lo que ellas hacen; gobernar bien la casa cuando nos casemos; querer, y cuidar y enseñar á nuestros hijos, si Dios nos los da; trabajar á tu lado para que el trabajo te pese ménos; alegrarme cuando estés alegre, entristecerme cuando estés triste, y morirme de pena si tú te mueres..... Esto es, Pedro, esto es lo que yo tenia por amor. Si es otra cosa ¿por qué no me lo dices? Verás cómo hago todo lo que tú me mandes. ¡Qué! ¿no soy yo dócil acaso? Cuando yo era pequeñita siempre estaba diciendo mi madre: «Mi niña va á ser muy mujercita de bien, porque mejor mandada no la hay en la aldea.« Díme, Pedro, ¿no es el amor lo que te he dicho?

— Sí, Rosa, ese es el amor; pero es el amor vulgar. El que busca mi alma es ese en el fondo, pero no en la forma: en primer lugar, escluye toda espresion innoble, tal como la que has usado al llegar aquí.....

— Pero ¿es malo decir que vengas á almorzar, cuando es cerca de medio dia, y aun no te has desayunado?

— ¡Sí, sí lo es!..... respondió Pedro volviendo á sentirse dominado por el enojo que tanto habia afligido á la inocente muchacha.

— Pues mira, repuso esta; el señor cura y el maestro, que tanto saben, así dicen las cosas.....

— Porque aquí el que mas sabe es un salvaje. Por eso aborrezco á este miserable valle.....

— ¡Miserable valle! ¡Sí, que habrá, muchos donde se coja tanto grano y tanta fruta como en él!

— Grano..... fruta..... murmuró Pedro con soberano desden.

— ¿Pues qué, es eso tambien malo? Mira, Pedro, esta mañana hemos estado tu madre y yo hablando de lo que hemos de hacer con la hacienda en cuanto tú y yo nos

casemos. Dice tu madre que si cocemos un calero, allegamos toda la hoja del rebollar y hacemos una rozada, de seguro cogeremos grano para todo el año, como en vida de tu padre que esté en gloria.....

— No seré yo quien cultive las tierras que cultivó mi padre.

— ¿Qué dices, Pedro?

— Que no me enterrarán en estos valles.

— ¡Dios mio! esclamó Rosa llena de asombro. ¿Pero á dónde has de ir?

— A donde mi alma me llama.

— Pero ¿dónde es eso?

— ¿Para qué te lo he de decir, si no me has de comprender? Rosa, déjame, déjame; que Dios no ha formado tu alma para que comprenda la mia.

— ¡Pero si yo te quiero, Pedro; si yo te quiero mucho!... esclamó Rosa con infinita ternura, buscando en los ojos de Pedro una mirada que correspondiese á aquella sencilla y á la par elocuente espresion de cariño.

— ¡Déjame en paz! respondió Pedro con inmenso despego, y volvió á Rosa la espalda.

La inocente niña prorumpió en lágrimas, y bajó la escalera murmurando:

— ¡Ay Dios mio!..... ¡Que no me quiere ya! ¡Que sin duda quiere á otra!

V.

Era bien entrada la primavera.

A la puerta de la casa de Teresa habia un hermoso emparrado cubierto ya de hojas, entre las que se veian granar los racimos.

Teresa, Rosa y otras vecinas cosian bajo aquel emparrado á la caida de la tarde de un sábado.

Todas charlaban como cotorras, escepto Rosa, que no despegaba sus labios ni llevantaba la cabeza inclinada sobre su labor; y Teresa, que solo terciaba alguna que otra vez en la conversacion, miraba con frecuencia á Rosa, y exhalaba

un hondo suspiro como diciendo: ¡mucho se parece mi mal al tuyo!

La conversacion tenia por objeto enumerar las maravillas que la primavera iba trayendo al valle. Marta contaba que los cerezos y los landechos de su huerto se iban á desgajar con el peso de la fruta, segun la muestra que presentaban; Dominica referia que en sus piezas la borona comenzaba ya á echar cirria; Luisa decia que el año iba á ser muy abundante de todo, pues el cuco habia venido por donde viene el sol, y Jacinta aseguraba que, si Bilbao llegaba á empinarse un poquito para asomar la cabeza por cima de los montes que rodean á S....., se iba á morir de envidia á pesar de sus jardines y sus tesoros.

Teresa y Rosa tambien decian una cosa, pero se la decian muy bajito á su corazon: ¡que Pedro ya no las queria!

Una de las vecinas echó de ver el silencio de Rosa y Teresa.

— ¿No saben ustedes, dijo, la gran novedad que hay esta primavera en S.....?

— ¿Qué novedad es? se apresuraron á preguntar todas.

— Que los pájaros se han vuelto mudos, y las rosas se han vuelto azucenas, contestó la vecina dirigiendo la vista á Rosa con una significativa sonrisa.

— ¡Pues es verdad! Y no habiamos reparado en ello, esclamaron las aldeanas.

A Rosa y á Teresa se les arrasaron los ojos en lágrimas. Las vecinas, que lo notaron, se apresuraron á abandonar su tono irónico y malicioso, dominadas por la compasion.

— ¡Válgame Dios, dijo una de ellas dirigiéndose á Rosa, ¡cómo has cambiado, hija! ¿Por qué no cantas ya como los pájaros, y das envidia á las rosas de Alejandría?

— Porque para ella y para mí, contestó Teresa, no ha venido aun la primavera.

— Eso es porque sois unas tontas. ¡Que Pedro está siempre encerrado con sus librotes! Anda con Dios, y así aprenda mas que el sábio Salomon. Si los libros que lee fuesen malos, santo y bueno que os afligieseis; pero ya veis vosotras si el indiano, un señor, que mejorando lo presente, no tiene pero, puede haber gastado su dinero en libros malos...

— No serán muy buenos cuando á mi hijo le han hecho aborrecer la aldea donde nació.

— ¿Y cómo al indiano no se la han hecho aborrecer?

— Tienes razon, que los libros no serán malos. ¡Lo será tal vez mi hijo!

Es imposible pintar el dolor con que Teresa pronunció estas últimas palabras y la dolorosa impresion que hicieron en Rosa.

— Yo he oido decir al señor cura, repuso la vecina, que los libros son como las escopetas, que aunque sean útiles para muchos, son para algunos peligrosas.

— Pero, no, no....., el hijo de mi alma no es malo, esclamó Teresa deshecha en lágrimas. Esta mañana me vió llorar, y echándose á mi cuello me dijo, saltándosele las lágrimas: — «¡Madre de mi corazon! perdóneme usted las penas que causo á usted y á la pobre Rosa. Yo las quiero á ustedes, y procuraré á toda costa hacerlas felices; pero no puedo evitar esta tristeza que me consume, esta inquietud continua que me mata, y esta aversion que me causa la aldea!»

— Pues hija, dijo una de las vecinas, á mí me gusta cantar clarito; yo hago la cruz al que tiene aversion al pueblo en que nació, y se la hago aunque por lo demas sea un santo. Todas esas cosazas que dice tu hijo, todo eso de que no todos tienen el alma templada del mismo modo; de que quien sueña con otro mundo no se puede conformar con este; de que unas plantas se secan donde florecen otras: todo eso que dice Pedro será muy bonito y muy señor, pero yo lo tengo por paja y nada mas que paja. El grano es, que cada cual debe contentarse con lo que tiene; que Dios manda hacer llorar de alegría y no de dolor á los que nos quieren; que la tierra en que uno ha nacido, es una segunda madre, y se la debe querer como á la primera, y que el talento y la sabiduría que no se emplean ántes de todo en hacer lo que Dios manda, no son sabiduría ni talento. Esto es lo que le decia á tu hijo la otra tarde el señor cura, y esto es lo que á mí me parece el Evangelio.

— ¡Es verdad! ¡es verdad! murmuraron á la par Teresa y Rosa, hechas un mar de lágrimas.

— Pero eso no quita, continuó la vecina, que me parezca una tontería el afligiros de ese modo. Dejad que vuelva el indiano, y veréis como á Pedro se le va el aire que se le ha metido en la cabeza, así que no pueda leer mas libros que los que leia su pobre padre, que esté en gloria. Pero ya que hablamos del indiano, ¿no habeis vuelto á tener carta de él?

— No, contestó Teresa. Desde que nos escribió de Veracruz, hace una porcion de meses, diciendo que al cabo de cuatro años de entorpecimientos habia logrado arreglar sus asuntos y se disponia á volver, no hemos vuelto á tener carta suya; y eso nos tiene con mucha pena, que tal vez le habrá sucedido algo en la mar.

— A propósito de cartas, dijo una de las vecinas, ahí está Ignacio con la balija.

En efecto, un jóven venia por el camino de Valmaseda, montado en una mula y trayendo una balija sobre el cabecil de la basta.

— Teresa, dijo al pasar por frente á la casa de esta, llevo aquí carta para usted, segun me ha dicho el administrador de Valmaseda. Voy á que abra la balija el señor alcalde, y en seguida le traigo á usted la carta.

El jóven siguió adelante, y Teresa y Rosa quedaron esperando con impaciencia su vuelta.

— De las Indias es la carta, segun reza el sobreescrito, dijo Ignacio volviendo pocos momentos despues con la carta en la mano.

— Abrela, y haz el favor de leérnosla, dijo Teresa llena de alegría, que no quiero esperar á que venga Pedro. ¡Pobre señor! ¿Cómo estará? Dios le dé mucha salud.....

Ignacio comenzó á leer la carta, que estaba fechada en Veracruz, y encabezaba con el nombre de Teresa.

«Nos dirigimos á usted, decia, para cumplir un deber triste y satisfactorio. El Sr. D. Fulano de Tal, natural de ese Concejo, dueño de los bienes que hace cuatro años están al cuidado de usted, ha fallecido en esta ciudad.....»

Ignacio no pudo continuar su lectura al llegar aquí, por-

que Teresa y Rosa, y aun la vecinas, y el mismo Ignacio, prorumpieron en llanto.

Durante un cuarto de hora no se oyeron mas que sollozos y esclamaciones como estas:

— ¡Pobre señor de mi alma!

— ¡Qué padre tan bueno han perdido los pobres!

— ¡Dios le haya dado á la hora de la muerte tantos ángeles como bendiciones ha recibido en vida!

— ¡Vírgen santísima, acógele bajo tu manto, que la misericordia tenia un palacio en su corazon!

— ¡Señor, corónale de gloria, si no le has coronado ya!

— Al fin Ignacio pudo continuar la lectura de la carta.

«Murió tranquilo y sonriendo como los justos, como los verdaderamente sabios, como debia esperarse de su vida consagrada á la caridad y al trabajo. En su postrer instante, se acordó del pueblo de su naturaleza y de usted. Nosotros, sus testamentarios, nos dirigimos á usted en cumplimiento de nuestro deber, para manifestarle que el finado la deja en herencia el palacio que poseia en ese Concejo y ochenta mil pesos fuertes en metálico.»

Tal era la parte sustancial de la carta.

— ¡Que sea enhorabuena! ¡que sea enhorabuena, Teresa, esclamaron todas las vecinas llorando de alegría.

— ¡Yo bendigo, esclamó Teresa, á quien tales riquezas nos deja en herencia; yo le bendeciré siempre, pero mas le quisiera vivo que muerto!

Pedro, que acababa de saber que Ignacio habia llevado á su madre una carta de América, llegó en aquel instante bajo el emparrado.

— ¡Hijo! esclamó Teresa, ha muerto nuestro bienhechor dejándonos en herencia el palacio y ochenta mil pesos en dinero.

— ¡Ha muerto!..... esclamó Pedro prorumpiendo en sollozos.

Y su madre se abalanzó á él estrechándole en sus brazos, y esclamando á su vez:

— ¡Ah! ¡bien decia yo que el hijo de mis entrañas no era malo!

Una alegría infinita iluminó las angélicas y pálidas facciones de Rosa.

La jóven habia notado, como Teresa, que Pedro, ántes de fijar la vista en el legado, la fijaba en el legador para llorar su pérdida.

— Ha muerto, sí, dijo una de las vecinas, pero los duelos con pan son ménos. ¡Ya sois ricos, Pedro, ya sois ricos!

Entónces fué cuando Pedro pensó en la herencia.

— ¡Madre! esclamó radiante de alegría, ya acabaron mis tristezas, ya puedo realizar mi eterno sueño de recorrer el mundo!

Al oir estas palabras, Teresa exhaló un profundo suspiro, y ella y Rosa cayeron, traspasadas de dolor y hechas un mar de lágrimas, sobre un poyo que habia á la puerta de la casa.

¡Ambas eran en aquel instante mas desventuradas y pobres que nunca!

VI.

Ya tenemos á Pedro con un pié en el estribo, dispuesto á emprender el viaje universal con que empezó á soñar así que empezó á *regenerar* su alma en la biblioteca del indiano.

¿Encontrará el paraíso de sus sueños en los países que va á recorrer? Las montañas de Suiza, los castillos feudales de Alemania, la filantropía inglesa, los monumentos de la ciudad eterna, las mujeres de Oriente, las ruinas de Aténas, y las instituciones del nuevo continente, ¿le parecerán desde cerca tan bellos como desde léjos? Sus ojos, que desde léjos todo lo poetizan, ¿lo vulgarizarán todo desde cerca?

Sigámosle en su viaje espiando y analizando las emociones de su corazon, que nuestro trabajo no será del todo inútil hoy que tanto abundan las almas no comprendidas, y hoy que tan torcida interpretacion se da á las palabras de Jesus: «Nadie es profeta en su patria.»

Pedro se dispone á abandonar el valle nativo. Ya nadie se opone á su partida, porque todos se han convencido ya de que sus consejos, sus súplicas y sus lágrimas no bastan á quebrantar su resolucion, y porque el señor cura, el mas conocedor del corazon humano entre los habitantes del valle, opina que en la homeopatía, en el *similia similibus curantur* de los médicos, está la única esperanza de curar á Pedro.

Todos lloran al darle la despedida, pero él permanece sereno. Su madre le entrega un santo escapulario que asegura ha de protegerle de todo peligro; y Rosa, al estrechar su mano, coloca en el dedo pequeño del mancebo una modesta sortija, adornada con pelo de sus dotadas trenzas, que llevaba en su dedo del corazon.

Entónces es únicamente cuando una lágrima asoma á los ojos de Pedro, probando que su corazon no ha muerto aun para su madre y su amada.

Ignacio, escelente muchacho que nunca perdió de vista el valle sin sentir su corazon oprimido de tristeza, le acompaña con una caballería hasta Bilbao, donde Ignacio se volverá atras, y Pedro se proveerá de cuanto necesite para continuar su viaje.

Ya se alejan del Concejo. Al llegar á una colina donde van á perder completamente de vista el blanco campanario de la aldea, escondida entre nogales y cerezos, Ignacio, que va á hacer un viaje de cinco leguas, vuelve la vista, se para y lleva el reverso de la mano á sus ojos arrasados en lágrimas. Pedro, que va á recorrer el universo, lo nota, y suelta una burlona carcajada.

¿Dices, alma mia, que las lágrimas de Ignacio, aunque hijas de una sensibilidad algo exagerada, eran perlas de valor inestimable? Yo no te diré que sí, ni te diré que no; pero has de saber que quiero mas la ternura de la ignorancia, que la sequedad de la sabiduría. Caminito de Bilbao van dos civilizaciones: la de los valles, y la de las ciudades. Escoge la que mas te plazca, que yo busco una que tenga por pedestal un libro, y por corona un manojo de espigas.

Pedro se acercaba al fin á los Pirineos. Iba á evocar en Roncesvalles las sombras de Bernardo del Carpio y de

Carlo-Magno y sus doce Pares! ¡Iba á oir la bocina de Roldan! Iba á contemplar las blancas osamentas de las despedazadas legiones francas! ¡Iba á ver alzarse, iluminada con sonrisa del triunfo, la magnífica figura de aquel bravo *echecojauna* del *Canto de Altavizcar!* Iba, en fin, á encontrar enredados en los espinos los girones del manto rojo del emperador de los francos.

— Díganme ustedes, preguntó á unos labradores en Roncesvalles, ¿dónde se dió la famosa batalla?

— ¿Qué batalla? preguntaron á su vez los labradores.

— Aquella en que el hijo de Jimena hizo huir sin manto y sin corona al arrogante emperador de los francos.

Los labradores se encogieron de hombros, como si les hablasen en griego.

— ¡Ah! esclamó al fin uno de ellos; ¿ve usted aquel pico hendido por la carretera? Pues, segun cuentan los antiguos, allí hubo una gran batalla en tiempo de los moros.

Pedro siguió su camino murmurando:

— ¡En tiempo de los moros!..... ¡Qué gentes tan ignorantes y tan vulgares!..... Bien se conoce todavía estoy entre españoles.

Al llegar al pié de Altavizcar, preguntó á un muchacho que apacentaba unos bueyes en un prado inmediato al camino:

— ¿Dónde está el desfiladero que llaman la bocina de Roldan?

— ¿Ve usted aquellas rocas negras? Pues allí está.

— ¿Quieres guiarme allá, y te daré una buena propina?

— Aunque me diera usted el oro y el moro, contestó el muchacho. ¡Templados están los gabachos para que vayamos á visitarlos los del valle!....

Pedro no quiso detenerse á oir la esplicacion de estas palabras, porque acababa de convencerse de que miéntras se dirigiera á españoles, no oiria mas que sandeces y vulgaridades.

Por fin llegó al sitio donde presumia haberse dado la gran batalla; pero necesitaba un guia para no esponerse á tomar el bramido de alguna vaca por el sonido de la bocina de Roldan.

Unos pastores estaban comiendo el rancho al pié de unos árboles cercanos, y se encaminó hácia ellos.

— ¿Me dan ustedes razon, les dijo ántes de llegar, del sitio en que fueron derrotados los doce Pares de Francia?

Los pastores, por única contestacion, porumpieron en juramentos contra los españoles; tomaron cada uno su cayado, y se lanzaron en ademan amenazador al encuentro de Pedro.

Este, viendo que la cosa iba mal, puso piés en polvorosa, dejando caer la capa y el sombrero, como Carlo-Magno el manto y la corona.

Los pastores continuaban tras él, y ya se iba á rendir, reventado de cansancio y ensangrentadas sus manos y su cara con el roce de los espinos, cuando acudió en su auxilio un hombre que, armado de escopeta, andaba por allí de caza, y que ahuyentó á los pastores amenazándoles con una perdigonada si no volvian piés atras.

— ¡Pero, señor, esclamó Pedro, entre qué gentes estamos! ¡Pregunto á esos bárbaros dónde fueron derrotados los doce Pares de Francia, y enarbolan los cayados como si les hubiese llamado perros judíos! En mi aldea se contesta rústicamente á los forasteros; pero se les daria el alma y la vida si las necesitasen.

— Caballero, dijo el cazador, no debe usted estrañar lo que han hecho esos majaderos. Son franceses, y los españoles les están quemando la sangre continuamente con eso de los doce Pares y Carlo-Magno. Precisamente estos dias han sido mas insultados que nunca, y han creido que usted venia á repetir el insulto.

— Yo lo único que queria era recorrer esos sitios que encierran tan grandes recuerdos históricos. Si usted, que tan bien se ha portado conmigo, quisiera acompañarme á esos sitios, me haria un nuevo favor, que le agradeceria tanto como el primero.

— Déjese usted de tonterías, caballero. Allí no encontraria usted mas que peñas y matorrales; se espondria usted á que esos muchachos pensasen que trataba usted á toda

costa de insultarlos, y tal vez mi escopeta fuera ya impotente para defenderle á usted.

— Pero la historia de los viajes habla á cada instante de peligros que han arrostrado los viajeros en una útil investigacion arqueológica ó botánica, ó simplemente por satisfacer su curiosidad. Ahí tiene usted á su compatriota Chateaubriand, que bajó al cráter del Vesuvio.....

— ¡Qué cráter, ni qué calabazas!..... ¡Si va usted á hacer caso de todo lo que se escribe!..... ¿Usted por lo visto viaja con objeto de divertirse?

— De divertirme y de ilustrarme.

— Pues entónces tuerza usted á la izquierda y bájese á Bayona, que justamente mañana empieza allí la feria, y se divertirá usted de lo lindo.

Pedro se decidió al fin á seguir el consejo del cazador, y llegó sin detenerse á Bayona.

Conforme se acercaba á esta ciudad, habian llamado su atencion infinitas muchachas que se encaminaban tambien á Bayona, ostentando hermosísimas trenzas de pelo, cuidadosamente peinadas y adornadas con vistosos lazos.

Tomó habitacion en una fonda, se puso hecho un Gerinel-dos y salió á visitar la ciudad.

Desde su habitacion habia visto unos hombres que recorrian las calles con unos grandes sacos al hombro, gritando:

— ¡A quién se lo corto! ¡á quién se lo corto!

Aquellos hombres y aquellos gritos habian escitado vivamente su curiosidad. Al atravesar una plaza, viendo unos grupos de aldeanas y de hombres semejantes á los que habian llamado su atencion, se dirigió á ellos.

El hijo de las nobles Encartaciones, donde el que escribe estas páginas ha visto á una jóven enfermar y morir de tristeza por haber perdido su hermosa cabellera, donde dos largas trenzas de pelo inspiran mas vanidad á las muchachas que todas las riquezas del mundo; donde el esposo siente tanto placer acercando sus labios á una hermosa trenza de pelo, como acercándolos á una rosada mejilla, y donde la cabellera femenina se considera como un destello de la inteligencia que reside en la cabeza á que sirve de corona; el

hijo de las Encartaciones vió con horror que una porcion de frescas y hermosas aldeanas consentian sin dolor, y por algunos francos, que unas hediondas tijeras, manejadas por una mano mas hedionda aun, despojaran su cabeza de una cabellera dorada como el cabello del maíz, ó negra como la endrina!..... Y lo que le asombró mas aun, y hasta le indignó, fué la fria indiferencia con que las madres y los novios de aquellas muchachas presenciaban tan bárbaro sacrificio.

Pedro recordó entónces lo que nosotros acabamos de recordar: Pedro recordó el infinito orgullo con que en su aldea trenzaban las madres la cabellera de sus hijas, y contemplaban los mancebos las cabelleras de sus amadas; Pedro recordó las dos hermosas trenzas, unidas en su estremo inferior con un lazo de color de cielo, que partian de la linda cabeza de Rosa, y llevó á sus labios con emocion la sortija que le habia regalado su amada.

Apartando la vista de aquel repugnante espectáculo, volvió á su posada, decidido á abandonar la ciudad inmediatamente. Mas aun: se decidió á no detenerse en el suelo frances, á pesar de que la doncella de Orleans y los héroes de *Nuestra Señora de París* y del *Judío errante* desempeñaban un gran papel en su olimpo.

Quizá nosotros en vez de indignarnos, nos hubiéramos conmovido al presenciar lo que él presenció desde que traspasó la frontera, porque hubiéramos visto en la conducta de los pastores un esceso de patriotismo, pero patriotismo al fin y en la conducta de las doncellas, la santa abnegacion del que sacrifica lo que mas le hermosea para atender á las necesidades de sus padres y sus hermanos; pero mirado de cerca, para Pedro el mundo no tenia mas que prosa.

— ¡Ah! se dijo al salir de Bayona, ya me esplico perfectamente todo lo que me ha pasado desde que pisé el territorio francés. Es que en vez de empezar el Africa en la frontera meridional francesa, empieza en la setentrional, y los franceses lo callan por modestia.

VII.

Pedro cumplió su propósito de no detenerse en territorio frances.

Ya le tenemos en Suiza; ya va á recorrer aquellas poéticas montañas, embellecidas con los recuerdos del libertador Guillermo Tell y de Cárlos el Temerario; ya va á extasiarse contemplando aquellos imponentes ventisqueros, aquellas magníficas cascadas, aquellos lagos azules y aquellas risueñas queserías, que con tan seductores colores han pintado los poetas franceses y alemanes. Piensa permanecer en aquel romántico y encantador país la mayor parte del verano, y hasta teme, y á la vez desea, que le cautiven los ojos de alguna de aquellas bellísimas montañesas, que en su concepto deben atesorar, armónicamente combinados, el ardiente é impetuoso amor de la raza latina, y el purísimo y delicado sentimiento de la raza germana.

Al pisar los montes de la antigua Helvecia, Pedro esperimentaba un sentimiento muy parecido al que debe esperimentar el fervoroso cristiano, familiarizado con las Santas Escrituras, al pisar los montes de Judea.

Un terrible ventisquero se presentó á su vista. De vez en cuando una ráfaga de viento silbaba en las cumbres de los Alpes, y poco despues un enormo *alud* se precipitaba al valle con espantoso ruido. El corazon de Pedro latia con violencia ante aquel magnífico espectáculo.

Arrastrado por la curiosidad, nuestro entusiasta compatriota se fué acercando al valle á donde descendian aquellas masas de nieve congelada.

De repente oye sobre su cabeza un ruido semejante al de un prolongado trueno, y rueda por los profundos abismos que se abrian á sus piés, envuelto en un océano de agua y nieve. Un alud le habia sorprendido y su vida corria inminente peligro.

Pedro, haciendo desesperados esfuerzos para salvarse, invocó á la Virgen representada en el santo escapulario que

pendia de su cuello, invocó el nombre de su madre, y hasta el de Rosa resonó en sus labios.

Al fin pudo asirse á unas ramas que bordeaban el torrente, y ponerse en salvo; pero empapado en agua y lodo, tiritando de frio y molido su cuerpo como si los cayados de los pastores del Pirineo hubiesen llegado á caer sobre él.

Los ventisqueros, que tan bellos le habian parecido desde la biblioteca del indiano, le inspiraban ya profundo horror, y no pudo ménos de comparar los riesgos que en las montañas de Suiza ofrecia la contemplacion de la naturaleza, con la seguridad que la misma contemplacion ofrecia en las montañas de las Encartaciones.

— Contentémonos, se dijo, con espectáculos mas pacíficos, con emociones mas bucólicas. Busquemos las blancas y limpias queserías, habitadas por montañesas inocentes y hermosas como la vírgen de Underwal, cantada por el sublime d'Arlincourt, los tranquilos lagos y las tradiciones populares que deben conservar en estas montañas el recuerdo de Arnoldo, de Werner, de Fürst, de Tell, de todos esos héroes que libraron á la Helvecia del tirano Gesler.

Pedro divisó al fin una quesería, y se encaminó á ella.

En la quesería encontró unas muchachas, descalzas de pié y pierna, sucias y desgreñadas. Al verlas, se acordó de Rosa, que, comparada con las montañesas suizas, le pareció una rosa de Alejandría comparada con un cardo borriquero.

— ¡Qué decepcion! esclamó, empezando á estranjerizarse; pero la sabrosa leche que aquí me servirán, me desquitará de todo.

Sentóse á una mugrienta mesa, y pidió un vaso de leche, que le sirvieron inmediatamente.

Parecióle que la leche estaba agria, y que en los bordes del vaso campeaban unos cuantos pelos de vaca, ó sabe Dios de qué.

Pedro separó el vaso de sus labios con asco é indignacion, y se resignó á dejar con vida el hambre que empezaba á atormentarle.

— ¡Ah! se dijo, ¡quién tuviera aquí aquella mesita cubierta con un mantel, tan blanco como la nieve, y provista

de una fuente de limpia y fresca y azucarada leche, que mi madre solia prepararme bajo el emparrado de la puerta de mi casa! ¡La mujer mas desaseada de S..... no ha servido jamas un vaso de leche, sin colarla ántes por una blanca pañada ó un fresco manojo de helecho!

Pedro tuvo que dar por aquel vaso de leche, en su concepto sucia y corrompida, diez veces mas de lo que le hubiera costado en su aldea un vaso de leche limpia y fresca; y como se quejara de lo mal que se le habia servido, faltó poco para que le midiera las costillas con una estaca un tozudo montañes, que á su salida apareció en la puerta de la quesería.

Recorriendo luego los lagos de Zurich y otros, estuvo á punto de ahogarse, y cogió unas tercianas, por lo cual tomó horror á los lagos y se decidió á contentarse con las tradiciones populares de los cantones de Uri, Schwitz y Underwal, tradiciones que esperaba hallar hasta en boca del mas rústico campesino.

— Dígame usted, buen montañes, preguntó á un hombre que conducia una vacada, ¿qué tradiciones populares hay en este canton?

— Yo no entiendo lo que es eso, contestó el vaquero.

— Quiero decir si conservan los moradores de estas montañas recuerdos de los héroes que los emanciparon de la tiranía austriaca en el siglo XIV.

— ¡Qué catorce ni quince! Yo no entiendo de lectura, y por lo tanto me quedo en ayunas de lo que usted dice.

— ¡Jesus! ¡Jesus, qué gentes tan brutas! murmuró Pedro alejándose del vaquero. Al ménos en las Encartaciones hasta los mas rústicos tienen algunas nociones de la historia local, siquiera confundan las épocas, y allí donde hay una fortaleza fundada por los mantenedores de los bandos *oñacino* y *gamboino*, vean una fortaleza fundada por los moros, aunque estos señores no pisaran el suelo vascongodo.

Mas adelante tropezó con un leñador que le pareció hombre mas despejado.

— Oiga usted, buen amigo, le dijo; ¿qué tradiciones se conservan aquí del heróico Guillermo Tell?

— ¿Guillermo? replicó el leñador con estrañeza. Yo no conozco á ese caballero.

— ¿Es posible que usted ignore?....

— ¡Ah! ya caigo, dijo el montañes, dándose importancia. Pregunta usted por el rey de Prusia Federico Guillermo? Buen ajo van á armar el mejor dia por sus intrigas los realistas y los republicanos de Neufchatel.....

Pedro volvió la espalda al leñador, renegando de Suiza, de los suizos y hasta del dia en que puso los piés en aquellas montañas, que comparadas con las de Vizcaya le parecian el infierno comparado con el cielo.

En seguida se dirigió á Alemania.

Si el que escribe la historia de sus viajes hubiera estado entónces á su lado, le hubiera dicho al oido:

— Perico, no seas tonto, vuélvete á S..... que en ninguna parte vas á encontrar lo que buscas. Así como tu anteojo tiene la propiedad de engrandecer las cosas desde léjos, tiene la de empequeñecerlas desde cerca.

Pero como nadie le dijo esto, y su quijotesca fantasía le decia lo contrario, tomó por el Rhin abajo.

Ni en las orillas del Rhin, ni en las del Mayn, ni en las del Elba, ni én las del Oder, ni en las del Danubio encontró sílfidas ni wilis.

Vió muchos castillos de margraves y palatinos, y al penetrar en ellos se encontró con fábricas de cerveza, donde los sesudos filósofos alemanes cogian cada chispa que llamaban á Cristo de tú.

Bajo los fresnos y las hayas buscó aquellos bailes pastoriles y á aquellas vírgenes de ojos de cielo y de cabellera de oro, que habia visto en las baladas alemanas, y encontró lo que en todas partes se encuentra:

Muchachas rubias y muchachas morenas.

Muchachas lindas y muchachas feas.

Muchachas emperejiladas y muchachas haraposas.

Muchachas inocentes y muchachas con mas picardías que granos un costal de trigo.

Y dijo muy atufado:

— Para este viaje, no necesitaba yo alforjas. ¡Ay aldea

de mi vida, madre de mi alma y Rosa de mi corazon! ¡Mas valeis vosotras que toda la Alemania y todas las alemanas juntas! Pero á fe que Grecia me hará olvidar muy pronto este nuevo desengaño.

Y se encaminó á la patria de Homero.

VIII.

Grecia dió otro solemnísimo chasco al pobre Perico. Por la misma razon que la habia soñado mas grande de lo que es en realidad, la encontró mas pequeña de lo que en realidad es.

En Aténas oyó hablar de ferro-carriles y deuda consolidada, y se le cayó el alma á los piés.

En las riberas del Eurotas le sucedió dos cuartos de lo mismo al oir á unos soldados entonar la Marsellesa.

En Esparta no encontró un ciudadano que se atreviese á acompañarle al paso de las Termópilas, defendido á la sazon por un perro rabioso que enseñaba los dientes á los viajeros.

En Chipre sorprendió á un tabernero bautizando el vino.

En el Olimpo encontró una fábrica de guano, y tuvo que echar á correr tapándose las narices.

En el Helicon creyó morir de sed, porque aunque encontró una fuente, estaba bebiendo en ella un borrico, y no quiso beber con él.

En el Citeron llevó un terrible gaznatazo de una muchacha con quien se propasó tomándola por Vénus.

Y en el Pindo encontró á un poeta haciendo endecasílabos de catorce sílabas.

— Reniego, esclamó, de Grecia y de sus siete sábios, que si en Vizcaya abundan los ignorantes, al ménos no niegan su ignorancia.

Si yo hubiera estado al lado de nuestro paisano cuando pronunció estas palabras, no hubiera dejado de decirle:

— ¡Perico! ¡Perico! No escupas al cielo, que te caera la saliva en la frente. Mira que tú no eres griego, y si no te tienes por sabio, tampoco te tienes por ignorante!

Pedro se encaminó á Constantinopla.

— Allí, decia, allí sí que voy á gozar, observando costumbres diametralmente opuestas á las del resto de esta caduca y prosáica Europa! Las mujeres de ojos negros y tez morena, rodeadas perpetuamente de sublime misterio en el fondo del harem! El pueblo, aunque equivocado en sus creencias religiosas, siempre fervoroso y austero creyente! El idioma no inficionado aun por el galo, que todo lo invade, y todo lo reduce á prosa! El traje reñido con estas ridículas fundas que llamamos pantalon y frac! Y hasta las viandas y las bebidas exentas del grosero y vulgar tocino y del vino embrutecedor y chavacano!.... Constantinopla de mi alma, que para mí no tienes mas defecto que el haber renegado de tu poético nombre de Bizancio, ¡cuánto voy á gozar en tí! ¡Cuánto me voy á desquitar en tu recinto de los atracones de prosa que me he dado en los países cristianos!

Pedro descubrió al fin á Constantinopla.

Sus cúpulas le dieron ya mala espina.

— ¡Ave María! esclamó al verlas, ¡qué torres tan ridículas! Tan peladas y tan redondas, que parecen calabazas colocadas sobre pucheros! Al ménos el campanario de la iglesia de mi aldea tiene su cruz y su veleta, y es de una forma tan esbelta que da gusto el verle.

Apénas puso el pié en las calles de la metrópoli mahometana, tropezó con una porcion de mujeres á quienes se podia cantar aquello de

Ponte un alfilerito
en el pañuelo, etc.

Una de ellas le dijo en frances:

— ¡Adios, hermoso!

Un ministro del Sultan le convidó á comer al dia siguiente.

El Anfitrion, que segun era público y notorio en Constantinopla, se iba á calzar las mejores hurís del Paraíso, hizo boca con unas rajitas de salchichon de Génova y un buen trinquis de Jerez. Luego sirvieron á la par un platito de

lomo y otro de judías, y el musulman se apropió el lomo, y arrimó las judías al cristiano.

En seguida tuvo el turco la galantería de enseñar al estranjero su harem. Allí vió Pedro una coleccion de rubias, que le hicieron santiguar de asombro. El musulman notó su estrañeza, y le preguntó la causa.

— Es, contestó Pedro, temeroso de que el turco se viera acometido de un acceso de celos y echara mano á la charrasca, es que yo esperaba hallar aquí jóvenes morenas que me gustan mas que las rubias.

— Qué, ¿no le gustan á usted las rubias?

— ¿Pche!.... no es cosa.

— ¡Ah! pues no sabe usted lo que es bueno. Un poquillo volubles suelen ser, pero donde están un copito de oro y unos ojitos azules..... ¡Huy! ¡válgame Dios!.....

Esta salida de pié de banco acabó de dejar al pobre Pedro mas frio que un carámbano; pero le dejó aun mas lo que sucesivamente fué viendo.

Vió en Constantinopla á los austeros musulmanes, no solo comer salchichon y lomo y beber Jerez, sino tambien comer tocino gordo, y echarse al cuerpo cada copa de vino tinto y aguardiente que cantaba el misterio.

Vió turcos con pantalon, y frac y sombrero de copa alta, y turcas con vestido de indiana y miriñaque.

Y vió otras mil cosas, tan prosáicas y tan vulgares, que le hicieron salir mas que á paso de Constantinopla, renegando hasta del zancarron de Mahoma.

— Está visto, dijo, que en este viejo, caduco y envilecido continente no hay mas que prosa. Ya voy viendo que si en él hay algun Olimpo sin fábrica de guano, ese está en mi aldea. A la vírgen América me voy, que allí encontraré al fin y al cabo lo que busco. Palestina, Rusia, Italia, idos enhoramala, que no quiero visitaros, porque temo que me deis nuevos desengaños.

Al dia siguiente acabó de afirmarse en esta resolucion, leyendo en un periódico el anuncio de una fábrica de papel continuo que acababa de establecerse en el Cedron.

Pedro cruzó el Mediterráneo en un buque inglés, fletado

para Nueva-York, pero que debia hacer escala de algunos dias en Lóndres.

Esta última circunstancia no disgustó á nuestro viajero, que se hizo esta cuenta:

— Inglaterra me ilusiona muy poco despues de lo que he visto en el resto de Europa; pero la visitaremos, á ver si la circunstancia de estar aislada de este continente ha conservado en ella algun resto de poesía.

Veamos cómo va á Pedro en Inglaterra.

IX.

Nuestro viajero, que llevaba consigo una buena coleccion de libros, recurrió á la lectura para hacer ménos pesada la larga travesía desde los Dardanelos al canal de la Mancha.

Naturalmente se fijó primero en los libros què tenian relacion con el primer país en que iba á desembarcar. Cuando llegó al estrecho de Gibraltar, cuando se acercó á las costas de España, tuvo tantos deseos de poner el pié en su patria, como los habia tenido al abandonarla cuando atravesó el Pirineo. Sin embargo, resistió aquella tentacion, porque ya bendecia la casualidad que le conducia á Inglaterra; ya Walter Scott, Goldsmith, Moore, Shakespeare, Milton y Byron habian rejuvenecido su alma; ya se estendia sobre las islas británicas aquella dorada nube en que sus ojos las contemplaban envueltas desde las Encartaciones; ya habian renacido todas sus esperanzas y todas sus ilusiones.

El buque entró por fin en el Támesis.

Pedro dirigia con avidez la vista á una y otra orilla del rio, buscando la realidad de sus sueños.

En todas partes se alzaban negras columnas de humo, y en todas partes rugia el vapor y resonaba el martillo.

En todas partes las artes y la industria reinaban como absolutas señoras.

Y en todas partes hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, cooperaban á dar á la Gran Bretaña el título de reina de las artes y del comercio.

Este título que tan bello nos parece á nosotros, no debia parecer muy envidiable á Pedro, que frunciendo cada vez mas el ceño, iba por el Támesis arriba comentando cuanto se presentaba á sus ojos con estas breves palabras:

— ¡Prosa! ¡prosa! ¡prosa! ¡vil metal!..... mezquina sed de riquezas!

Apénas desembarcó en Lóndres, se dedicó á recorrer aquella gran ciudad.

Habláronle de un lord escocés muy ilustrado, y se apresuró á hacerle una visita.

— ¿Qué me dice usted, le preguntó, de su paisano Walter Scott, del gran pintor de las costumbres de Escocia?

Por primera contestacion, el lord le redujo á libras esterlinas el fruto que el autor de *Ivanhoe* habia sacado de sus inmortales poemas.

Pedro lo oyó con indignacion, y volvió la espalda al lord.

Contáronle luego que otro escocés, avecindado en la capital, y muy aficionado á perros, conservaba uno descendiente por línea recta del que acompañaba al gran novelista por las montañas de Escocia.

Pedro, lleno de alegría, fué á ver aquel ilustre animal, con ánimo de comprarle aunque fuese á peso de oro.

Al entrar en el parque del escocés, un enorme perro salió á recibirle, é hizo presa en sus pantorrillas.

— ¡Suelta, suelta, Walter Scott! gritó al animal el perrero.

El noble can obedeció, y Pedro, lleno de desencanto, volvió piés atras, maldiciendo de los perros descendientes del de Walter Scott y hasta de Walter Scott mismo.

Tropezó luego con un propietario de Jersey, que le manifestó contaba entre sus propiedades la casa en que se albergó Cárlos II, cuando el hacha de Cromwell amenazaba aun su cabeza.

La alegría de Pedro no tuvo límites.

— Envidio á usted, dijo al isleño, tan precioso tesoro.

— No debe usted envidiármele, contestó el propietario de Jersey: he dedicado mi finca á criadero de cerdos, y los mal-

ditos animales, á fuerza de hozar los cimientos, me han arruinado el edificio.

Este nuevo desengaño puso en boca de Pedro aquella enérgica imprecacion del autor de los *Ecos nacionales.*

«¡Albion, maldita seas!»

Al dia siguiente asistió á una sesion de la Cámara de los lores, y lloró como un chiquillo oyendo á lord Shark-Fellow condenar la *esplotacion del hombre por el hombre.*

La fe, que le iba abandonando, renació en su corazon, y al oir á aquel filántropo se preparó á continuar sus investigaciones.

Dirigióse á uno de los condados, y como se presentase á su vista una gran fábrica de productos químicos, se apresuró á visitarla.

— Aquí veré, se dijo, centenares de honrados trabajadores, en cuyo rostro se reflejarán la salud y la alegría, que son la consecuencia del trabajo.

En efecto, centenares de trabajadores tenian ocupacion en aquel establecimiento; pero al verlos, Pedro se estremeció de horror: la muerte estaba pintada en el rostro de aquellos infelices, cubiertos de harapos y consumidos por el hambre y por las emanaciones deletéreas que aspiraban contínuamente.

— ¿Cómo, preguntó nuestro viajero á su guia, cómo esos desdichados no procuran neutralizar la nociva influencia de la atmósfera que respiran, con vestidos cómodos y aseados?.....

— Tomaran neutralizarla, contestó su guia, con alimentos, si no delicados, bastantes á acallar el grito de su estómago.... .

— ¡Qué! su trabajo no les produce?....

— No les produce mas que para un poco de pan negro y unas patatas.

— ¿Y quién es el inhumano dueño del establecimiento?

— El poderoso lord Shark-Fellow.

— ¡El que ayer me hizo llorar condenando *la esplotacion del hombre por el hombre!* esclamó Pedro indignado.

— Abandonemos, añadió saliendo de la fábrica, abandonemos las poblaciones comerciales y fabriles, donde no hay

mas que sed de riquezas, viles guarismos, secas y desconsoladoras matemáticas. ¡Oh, mi noble país! ¡qué santa juventud respiras comparado con este! En tí sí que existen la igualdad y la filantropía, aunque tus moradores no conocen estos nombres. Aquellos millares de padres de familia que ganan el sustento estrayendo el fierro de tus montes de Triano y carbonizando tus bortales de Revéñiga y la Barrieta, muestran cubierta de sudor la frente; pero no muestran el semblante marchito por el hambre y la desnudez y un ambiente envenenado. Tus honrados propietarios sientan á su propia mesa al jornalero, y tus habitantes pobres y ricos, fuertes y débiles, hacen fructificar con el sudor de su frente los campos del vecino enfermo [1]).

Abrumado Pedro con estas reflexiones, llegó á una pobre aldea, cuyo aspecto fortaleció aun mas el recuerdo de la suya.

Aquella aldea tenia tambien su iglesia, á la que dos sonoras campanadas llamaban á los aldeanos.

El corazon de Pedro se rejuveneció, digámoslo así, con aquellos recuerdos, con aquel espectáculo y con el toque de aquellas campanas.

Dirigióse al templo, porque tenia necesidad de orar, de levantar el corazon á Dios, y hasta de invocar al pié de los altares el nombre de su madre y el de su amada; pero de repente oscureció su rostro la tristeza. No se le habia ocur-

---

1) En el país vascongado existe en efecto esta santa costumbre. El cura párroco se vuelve desde el altar á sus feligreses y les dice:

—Ya sabeis que Fulano está enfermo y sus heredades sin sembrar. El domingo, si Dios quiere, se celebrará la misa al salir el sol, en vez de celebrarse á las diez. Oidla, y despues id todos á ayudar al pobre Fulano, que Dios nos ha hecho á todos hermanos, y el sudor que derrameis en las heredades de vuestro vecino será tambien un riego bendito para las vuestras.

El domingo próximo oyen misa los habitantes del valle al despuntar el sol por los altos montes cercanos, y en seguida se trasladan pobres y ricos, chicos y grandes, mujeres y hombres á los campos del vecino enfermo, que quedan sembrados cuando el sol desaparece tras las montañas. La fiesta que otros domingos alegraba el nocedal de la iglesia, fué aquel domingo á alegrar las heredades del pobre enfermo, que estaban tristes viéndose sin el cultivo que alegraba á sus hermanas.

rido hasta entónces que aquel templo no estaria consagrado al culto católico. Un aldeano á quien interrogó, vino á confirmar sus sospechas: aquella iglesia pertenecia al culto anglicano.

Pedro lloró de dolor. Hubiera dado diez años de vida por poder arrodillarse en aquel instante á los piés de la santa Vírgen, cuyo altar tantas veces habia adornado su madre con rosas coronadas de lágrimas de dolor ó de alegría.

Instintivamente alzó los ojos al cielo, y luego llevando á sus labios el escapulario que le habia dado su madre, le cubrió de besos y de lágrimas.

Quiso alejarse del templo anglicano; pero al fin se decidió á entrar en él, considerando que si allí no podia desahogar el sentimiento religioso, al ménos podria satisfacer el sentimiento estético.

Entre aquellos seductores fantasmas que le habian hecho abandonar el valle nativo, figuraba el sacerdote anglicano, tan bello en los libros de Goldsmith y Scott.

Pedro penetró en el templo, creyendo hallar ante sus altares el delicioso trasunto del vicario de Wakefield.

La forma material del templo llenó de frio y desconsuelo su corazon. La sacrílega mano del iconoclasta habia profanado sin duda aquellos altares, donde faltaba la imágen de los bienaventurados, que decora y santifica los templos católicos. Pedro volvió á su aldea los ojos del pensamiento, y recorrió con ellos los altares, á cuyo pié, quizá en aquel instante oraban por él su madre y su amada. ¡Qué bella, qué consoladora, qué santa le parecia entónces la iglesia de su aldea!

— Dios, se dijo, mostró á Jacob en forma material la escala del cielo, porque la débil inteligencia humana necesita un apoyo material para levantar el edificio de la fe. ¡Sacrílegos innovadores de la primitiva iglesia, santificada con la sangre de los mártires y embellecida con el misterio y las tribulaciones de las catacumbas! vuestra doctrina es una monstruosa contradiccion. Las imágenes que decoran los templos católicos no son mas que la parábola querida de Jesus. Si conservais la parábola en la Biblia ¿por qué no la

conservais tambien en el templo? ¡Oh madre! ¡qué desventurada fueras si esas sencillas parábolas no te revelaran todos los dias en el templo de tu aldea los misterios y la hermosura del cielo! Cuando herida en tu corazon de madre vas al templo á demandar consuelos, allí encuentras una madre dolorosa que te comprende y te ampara, y allí encuentran tambien la desconsolada vírgen y el niño desamparado, una Vírgen y un Niño que calman sus tribulaciones. Vuestra fe anima los ojos de la Vírgen madre y los del Niño que descansa en sus brazos, para que os miren con misericordia!

Así murmuraba Pedro, buscando inútilmente en el templo anglicano esas hermosas imágenes que en los templos católicos tienen voz, y mirada y sonrisa para consolar al creyente.

Quiero, alma mia, evocar, á propósito de esto, un recuerdo de mi niñez. En el altar mayor de la iglesia de mi aldea se venera una imágen de la Vírgen María, que tiene al niño Jesus en sus brazos.

Mi madre, que coronada de gloria esté, me dijo un dia, viéndome tratar con poca caridad á un pobre que llegó pidiendo limosna á nuestra puerta:

— Hijo de mi alma, has de saber que el niño Jesus sonríe á los que dan limosna á los pobres, y no quiere sonreir á los que se la niegan.

Un pobre llegó á nuestra puerta al dia siguiente, y le di un pedazo de pan que mi madre acababa de poner en mis manos. Fuí á la iglesia, y vi que el niño Jesus me sonreia con infinito amor.

Pocos dias despues me pidió limosna otro pobre, y se la negué, olvidando la advertencia de mi madre. Esta lo supo, y me mandó que fuese á la iglesia, y viese si me sonreia el niño Jesus.

Hícelo así, y vi que el niño Jesus no me sonreia.

Desde entónces siempre me quité el pan de los labios para dárselo al pobre, y desde entónces siempre vi la sonrisa en los labios del niño Jesus.

Pedro veia desvanecidas completamente sus ilusiones respecto á los templos anglicanos, de cuya majestad tenia la

mas alta idea; pero conservaba íntegras las esperanzas que los poetas y novelistas ingleses le habian hecho concebir de los ministros de aquella secta.

Dirigió la vista al tabernáculo, buscando ávidamente al sacerdote, y vió que este era un hombre, jóven aun por los años, pero viejo ya por los padecimientos ó las pasiones desordenadas.

Pedro, optimista por naturaleza, atribuyó á la primera de estas causas la prematura vejez del párroco.

Este leia á la sazon uno de los mas bellos pasajes de la Biblia. Pedro, que admiraba y sabia de memoria aquel mismo pasaje, prestó atento oido á la lectura; pero muy pronto anubló la indignacion su rostro, al notar que el cura anglicano cometia una profanacion de que habia oido hablar como muy frecuente en Inglaterra, pero que no se habia atrevido á creer: la profanacion consistia en suprimir unos versículos, y amoldar otros al gusto de la secta reformista.

Pedro abandonó el templo escandalizado, y comparó la conducta de aquel párroco con la del de su aldea, que una vez creyendo hallar un leve yerro de imprenta en una Biblia que acababa de proporcionarse con grandes sacrificios pecuniarios, no quiso hacer uso de aquel ejemplar hasta que se cercioró de que el yerro no existia.

Los oficios habian terminado, y el pueblo abandonaba la iglesia. Pedro se detuvo á la puerta de esta para observar el efecto que aquellos actos religiosos habian hecho en el pueblo.

Figúrate cuál seria su admiracion, cuando vió salir al párroco dando el brazo á una mujer embarazada.

Figúrate cuál seria su asombro, cuando oyó aquella mujer esclamar, acribillando á pellizcos al cura, que por lo visto era su marido.

— ¡Tunante! ¿me querrás negar que durante todos los oficios no has quitado los ojos de esa bribona de tabernera por quien tienes escandalizado el pueblo, y muertos de hambre á tu mujer y tus hijos?

Figúrate cuál seria su escandalo, cuando vió á la tabernera lanzarse como una furia á la mujer del cura, y á este

ponerse de por medio y sacar el rostro ensangrentado, y el traje desgarrado por las uñas de aquellas fieras, que vomitaban obscenidades, desternillando de risa al auditorio!

Entónces, entónces sí que se presentó á los ojos de Pedro santa y hermosa la figura del párroco de su aldea!

— ¡Bendito seas, esclamó, bendito seas, santo ministro que representas al Señor en mi valle nativo! ¡Tus manos sí que pueden alzar sobre el ara santa el cuerpo y la sangre del Cordero inmaculado! ¡Tus manos sí que pueden unir las del mancebo y la vírgen sin mancilla! ¡Tus labios sí que pueden predicar la castidad y el amor!

Pedro se volvió inmediatamente á Lóndres, y no quiso salir de su posada, hasta que lo hizo para volverse á embarcar. Inglaterra acababa de dar al traste con el cielo que su imaginacion se habia forjado en Europa.

— ¡Maldita seas, Europa! esclamó con inmensa desesperacion; pero de repente apareció en sus labios una consoladora sonrisa, y brilló en sus ojos un rayo de esperanza.

— No, no, se apresuró á añadir, no quiero maldecirte, Europa; que allá, al otro lado de los montes Pirineos, veo, cada vez mas distintamente, un rinconcito del mundo que reclama mis bendiciones. Cuanto mas me alejo, mejor veo aquel rinconcito, y mas hermoso me parece. Necio de mí, Europa, que oyendo proclamar todos los dias tu decrepitud y tu degradacion, no creí en ellas! ¡Oh vírgen América, tierra bendita de la libertad, ábreme tus brazos, que allá voy á refrescar mi corazon y á dilatar mi inteligencia!

Pedro se encontró al fin en las soledades del Atlántico.

X.

Nuestro viajero no tuvo el gusto de admirar la majestad de los mares durante la travesía de Inglaterra á los Estados-Unidos, porque una espesísima niebla se lo impidió constantemente.

Al desembarcar en Nueva-York, como que entraba en un país regido por instituciones patriarcales, no tomó aquellas

precauciones de seguridad que habia tomado al entrar en las capitales de Europa; y hé aquí que sin saber cómo, le robaron un hermoso reloj que habia comprado en Lóndres.

Averiguó quién era el ladron, y le citó ánte la autoridad. El ladron se apresuró á regalar el reloj al magistrado, quedándose con la cadena, que era tambien alhaja de mucho valor, y el magistrado condenó á Pedro al pago de las costas, y á indemnizar al ladron con una fuerte suma, de los perjuicios que moral y materialmente le habia causado con su calumniosa acusacion.

Si el alcalde de S..... hubiera oido lo que con este motivo dijo Pedro de él, á pesar de su modestia, hubiera reventado de orgullo.

Para ahuyentar su mal humor, aquella noche se fué Pedro al teatro. Al volver á su posada, le acometieron unos hombres en una de las calles mas públicas, le maltrataron y le robaron cuanto llevaba.

Al contar este percance en la fonda, le dijo el fondista:

— Pero hombre, ¿á quién lo ocurre salir de casa de noche sin un par de revolvers de seis tiros cada uno? Saliendo desarmado, claro es que le habian de robar á usted los agarrotadores.

— ¿Quiénes son los agarrotadores?

— Los que le han robado á usted: unos cuatro ó cinco mil bandidos que pueblan de noche las calles de Nueva-York, y agarrotan al que no les entrega cuanto lleva consigo, ó no los ahuyenta á tiros.

— Pero, ¿y la policía, Dios mio? ¿y las leyes protectoras?.....

— ¡Qué policía, ni qué leyes, ni qué cuerno! Las leyes represivas, ó protectoras, que todo viene á ser uno, significan algo en los países que gimen bajo el yugo del despotismo; pero son una letra muerta aquí donde la libertad es tan amplia y tan hermosa que alcanza hasta al ladron y al asesino.

— Si esa es la libertad, esclamó Pedro, ¡maldita sea!

— Sí, sí, repuso el fondista, quéjese usted, que si pasa á Boston, á Baltimore, á Nueva-Orleans ó á cualquiera otra

capital de la Union, ya verá usted lo que es bueno. Lo que pasa en nuestra ciudad es tortas y pan pintado.

Pedro se acordó de su valle nativo, como siempre que encontraba un desengaño en la tierra estranjera; recordó que en su aldea las puertas de las casas no tienen mas cerradura que una taravilla; que los ganados pastan solos en los apartados valles, y que allí los bosques y los campos y las viñas tienen por único guarda el sétimo mandamiento.

Miéntras le preparaban al dia siguiente el desayuno, pidió *El New-York-Herald*, el periódico mas afamado y respetable de la América del Norte, y leyó con asombro é indignacion las siguientes líneas:

«Nuestra situacion mercantil es muy lisonjera, si se tiene en cuenta la grave crísis que está atravesando el comercio en ambos continentes. Unicamente puede afectar algo esta crísis á nuestro tráfico interior, si nuestros comerciantes, dejándose arrastrar por un pundonor demasiado meticuloso, saldan los grandes descubiertos que tienen en Francia é Inglaterra; pero si consideran que su propio interes y la prosperidad nacional los autorizan á desentenderse de esos compromisos, el comercio de la Union, no solo tendrá cuanto necesita para el tráfico interior, sino que contará para las eventualidades con un sobrante, que no bajará de cien millones de pesos fuertes.» [1])

Al leer estas desvergonzadas líneas, Pedro abandonó precipitadamente á Nueva-York, horrorizado de la perversion moral que reinaba en aquella ciudad, y comenzó á recorrer los diferentes Estados de la Union.

Durante esta correría, nuevos desengaños vinieron á atribular su alma y á avivar su deseo de tornar al valle nativo para vivir y morir en él.

---

1) Estas abominables líneas, estas cínicas escitaciones al robo, aparecieron en 1857 en *El New-York-Herald*, y fueron copiadas por algunos diarios ingleses y franceses, entre ellos *El Morning Post* y *La Patrie*, para vergüenza del siglo en que vivimos, y oprobio de la prensa norte-americana, entre cuyos órganos hubo algunos que tambien las reprodujeron, no para condenarlas, como los periódicos ingleses y franceses, sino para adherirse á las infames doctrinas emitidas en ellas.

Allí se ofreció á sus ojos, en su mas repugnante aspecto, la esclavitud humana, desconocida, á Dios gracias, en Europa.

Allí vió la mas asquerosa idolatría, consentida y protegida por las *sabias* leyes del país.

Allí leyó una lista de cincuenta y tantos asesinatos perpetrados en un solo dia en una sola poblacion [1]).

Allí vió la navegacion fluvial y las vias férreas, tan perfeccionadas, que las catástrofes en que pierden la vida doscientas ó trescientas personas, son tan frecuentes, que apénas llaman la atencion pública.

Allí vió las calles y las plazas regadas todos los dias con sangre por el fanatismo religioso ó político.

Allí vió á los que aspiraban á representar al pueblo en el santuario de las leyes, anunciar en los periódicos que compraban votos á cuatro dollars cada uno, y á los electores que los vendian á cinco.

Allí, en fin, un comerciante, que le consideró una alhaja para los negocios, y sospechó que tenia un capitalito decente, le propuso de buenas á primeras la mano de una hija suya de quince años, que estaba acabándose de educar en un colegio, y que, segun decia su padre, era ya capaz de hacer pecar al casto José.

Y todo esto le hizo mirar con profundo horror á la república anglo-americana, que, léjos de parecerle una vírgen rica de juventud y vida, le pareció una hedionda prostituta, cubierta de canas y arrugas ántes de salir de la adolescencia [2]).

En Boston se embarcó para la América del Sur. Cuando puso el pié en aquellas costas, y oyó que los habitantes de ellas le saludaban en la dulce lengua de su madre, sus rodillas se doblaron, y sus ojos, arrasados en lágrimas, se alzaron al cielo. Allí, por fin, le abria sus santas puertas el

---

1) Los diarios de Nueva-York publicaron en 1857 esta lista.

2) Esto se escribió en 1859, y en 1861 se encendió la guerra que aun dura y tiene trazas de durar mucho entre los Estados del Sur y los del Norte de la Union.

templo católico, tan bello y consolador para los que creemos que la vida no se limita á esta masa de carne y sangre, que un soplo de Dios crea y otro soplo de Dios destruye.

Penetró en una iglesia, y allí encontraron sus ojos la *Mater dolorosa*, que mas de una vez habia sonreido amorosamente á su madre en el templo de las Encartaciones.

Rezó, y lloró y mezcló con el nombre de la Madre de Dios el de su madre y el de su amada.

Y al clavar sus ojos en el rostro de María, le pareció que esta le sonreia amorosamente, y estendia sobre él su manto!

¡Oh dulce encanto de mis ojos y de mi corazon! bien hago en confiar á tu alma pura y creyente esta pueril historia, cuyo fondo se compone de creencias santas y de creencias locas! El lector despreocupado no la comprenderia y se reiria de ella; que para comprenderla y respetarla es menester tener el alma creyente y pura que tú tienes.

Pedro recorrió la América, que aun se envanece con la lengua y la fe de Castilla, su noble madre. La América española le pareció una vírgen abrumada de infortunios, pero llena aun de juventud y de fe.

Y la amó, porque era hermosa y desventurada.

— ¡Ah, le dijo, qué semejanza tan grande hay entre mis dolores y los tuyos, y entre tus yerros y los mios! Como yo, abandonaste á tu noble y amorosa madre para ir á buscar el paraíso de tus sueños, y el desengaño te va sumiendo, como á mí, en honda melancolía. Ambos somos el hijo pródigo que, temblando de incertidumbre y remordimiento, vuelve tímidamente los ojos al desconsolado hogar de sus padres! Ambos herimos á nuestra madre en el corazon al apartarnos de ella; pero en aquel corazon aun hay para nosotros misericordia y amor. Quizá tu orgullo, mayor que el mio, porque eres mas grande y mas infortunada que yo, tarde aun en rendirse; pero mas tarde ó mas temprano, ambos iremos á apoyar la frente en el desconsolado seno de nuestra madre, para que una santa bendicion caiga sobre ella [1]).

1) En 1861 se ha reincorporado la república de Santo Domingo á la madre patria.

Desde aquellas lejanas regiones parecíale á Pedro su aldea tan bella, como bellos le habian parecido desde su aldea los países que habia recorrido de desencanto en desencanto; pero por un resto de orgullo mal entendido, ó de esperanza de realizar alguna parte de sus sueños, no estaba aun decidido á tornar al valle nativo. Las regiones australes, donde la naturaleza conserva aun toda su virginidad, figuraban en su itinerario de viaje.

Antes de emprender este, quiso visitar á Veracruz, para saludar con una oracion y una lágrima el sepulcro del anciano á quien debia sus riquezas.

Acercábase á la ciudad, y viendo un cementerio, penetró en él con el corazon palpitante, y leyó las inscripciones de muchos sepulcros, hasta que encontró una que le hizo prorumpir en llanto y doblar la rodilla: allí descansaban los restos de aquel á quien se daba en su aldea el nombre del Indiano.

Sobre la losa sepulcral se veia una rosa marchita, pero cuidadosamente conservada, y al pié de la rosa se leian estos versos de un poeta español:

¡Que adornen mi sepultura
las flores de mis montañas!

Al reparar en aquella rosa, Pedro dió un grito de sorpresa y de alegría: era la que su madre habia tomado del altar de la Vírgen para regalarla al indiano.

Posible es comprender, pero imposible pintar la profunda emocion con que Pedro contempló aquella rosa, que su madre habia cultivado y tocado con sus manos y regado con sus lágrimas; que habia adornado el altar de la Vírgen, á quien su madre y su amada rogaban por él todos los dias, y que por último, adornaba el sepulcro del anciano á quién él y su madre, y aun todos los habitantes de su valle nativo, tantas bendiciones debian.

Los versos esculpidos en la losa, que segun le dijo el guarda del cementerio, se habian puesto allí, lo mismo que la rosa, en cumplimiento de la voluntad del difunto, aquellos versos le parecian una voz que se alzaba de la tumba de su

bienhechor para mandarle volver á buscar la suya en el valle donde habia recibido el bautismo.

Su resolucion de recorrer las regiones australes empezó á vacilar. Besó reverentemente la rosa, derramando sobre ella copiosas lágrimas, y se dirigió á la ciudad, porque deseaba ver á los testamentarios del indiano, para espresarles su gratitud y la de su madre por la religiosidad con que habian cumplido la postrera voluntad del anciano á quien acababa de dar él último adios.

Los testamentarios le entregaron una carta llegada de España hacia muchos dias. Era de su madre, que no sabiendo á dónde escribirle, habia sospechado que tarde ó temprano tocaria en Veracruz.

Pedro, llorando de alegría, la besó y se apresuró á leerla. Hé aquí la carta, tal como era, con todas sus bellezas y defectos, que estas cosas valen mas auténticas que correctas:

«Hijo de mi alma y de mi corazon: me alegraré que al recibo de esta que me escribe el señor cura, dictándosela yo, no tengas novedad. Nosotros, á Dios gracias, vamos pasando. Sabrás, hijo mio, que este año se ha cogido mucho grano, mucha fruta y mucho de todo; pero todo tiene mal gusto, aunque nos dicen los vecinos á Rosa y á mí, que esas son aprensiones nuestras. La romería no ha estado este año tan divertida como otros. Las campanas de la iglesia se rompieron algo de tanto repicar en la fiesta que hicimos á la Vírgen santísima, cuando tú te fuiste, para que te diera buen viaje, que desde entónces están muy roncas y parece que tocan á muerto. Todos tenemos salud, á Dios gracias, ménos Rosa y yo, que desde que te fuiste no hemos tenido dia bueno: nosotras decimos que será de tantos dias nublados como ha habido desde entónces. Sabrás que á Rosa le ha salido un novio muy trabajador. Ella no le quiere dar la palabra; pero todos la dicen que no sea tonta, pues tú sabe Dios si volverás, y á qué está una muchacha honrada sino á casarse con un hombre como Dios manda. Cuando le dicen eso de que tú tal vez no volverás, ella y yo nos echamos á llorar; pero rezando para que vuelvas, se nos quita la tristeza. Rosa ofreció á la Vírgen de los Dolores, para que tú

no la olvidases, la mitad de sus trenzas; pero ya las tiene tan largas y tan hermosas como ántes.

Con esto, hijo de mi alma, no te canso mas. Recibirás muchas memorias del señor cura y de Rosa, que no sabe que te digo lo del novio, y de todos los vecinos, con el corazon de tu madre — Teresa.

P. D. Hijo, que andes con cuidado no te dé una insolacion, ó te pique una serpiente, ó te cojan los indios bravos, que ahí en las Indias dicen que está una á pique de eso.»

— ¡Vírgen de los Dolores, esclamó Pedro hecho un mar de lágrimas, tened compasion de los de mi madre y de los de Rosa y de los mios! Para ellas, ni pan sabroso, ni romerías alegres, ni campanas sonoras, ni sol de Dios en el cielo!.... Y por mí, todo por mí!.... Malditos sean los libros y la sabiduría que no enseñan á amar consolar á los que nos aman y á bendecir la tierra en que nacimos. ¡Oh Rosa.....Rosa! tal vez te habré perdido para siempre!..... No, no lo permitas, Vírgen santísima, que mis culpas, por grandes que sean, no merecen tan dolorosa expiacion.

Desatentado, loco, dando al olvido el universo entero, Pedro se dirigió al momento al puerto, y se embarcó en un buque que una hora despues debia darse á la vela para España.

XI.

¡Manojito de azucenas y claveles! Si las perfumadas auras de mayo te impelen una mañana hácia las Encartaciones, así que hayas dejado atras á Valmaseda, atraviesa unos sombríos rebollares, trepa por la suave pendiente de una sierra, y párate en una campa sembrada de olorosas manzanillas. Inclina la vista al suelo, y vé á apoyarte en la derruida cárcaba que un dia impidió al ganado entrar en la campa por el lado del norte, y en cuya parte esterior hay una cruz de madera. Alza de repente la vista, cuando te hayas colocado allí, y recorre con ella la hondonada que se estiende entre la montaña que te sustenta, y las que limitan el horizonte frente por frente de tí.

Allí verás un valle cubierto de flores y verdura, sembrado de casas blancas, entre las que descuellan un palacio y una iglesia de airoso campanario; un valle, cruzado de arriba abajo por una cinta de plata, que lleva el nombre de rio; un valle, que miéntras otros se agitan en febriles deseos y trasforman todos los dias su idioma, su traje, sus leyes y hasta su culto, él permanece tranquilo, humilde, fiel á sus tradiciones, contento, hermoso, amando á Dios y al trabajo.

Pues en aquel valle nació Pedro.

Y allí morirá tambien; porque héle, héle, que con la ansiedad en el alma y la respiracion penosa y el corazon palpitante á la vez de temor y de alegría, trepa por la sierra, y ya se acerca á la campa.

Es una mañanita de mayo: los cerezos, y los melocotones, y los landechos, y los endrinos están en flor; los mirlos y las malvices cantan en las arboledas, y las campanas repican en el blanco campanario de la iglesia parroquial del valle.

Pedro dirige la vista á la llanura, y sus ojos se convierten en dos fuentes de lágrimas, y sus rodillas se doblan, y sus labios rezan, confundiendo el nombre de dos mujeres con el nombre de Dios.

No, no, aquellas campanas no están roncas, ni parece que tocan á muerto; que su toque es mas sonoro y mas alegre que nunca.

Pedro busca con la ansiosa vista una casita blanca, que débe estar no léjos de la iglesia, y al fin descubre su rojo tejado entre un ramillete de cerezos en flor. Y entónces llora aun mas que ántes, y reza con mas fervor aun.

La iglesia le parece mas grande y mas hermosa que cuando se ausentó del valle; el rio mas cristalino, las arboledas mas verdes y mas pobladas, las llanas y las huertas mas lozanas, las colinas mas pintorescas, el valle todo mas bendecido y amado de Diós.

Pero sus ojos, que todo lo examinan, que todo lo inquieren, que todo lo ven, no han visto una hermosa procesion, que ántes de llegar él á la campa, salió de la iglesia parroquial del valle y tomó una estrada, que por medio de dos

hileras de endrinos en flor costea la falda de la montaña y conduce á la cumbre de esta, á la campa de la cruz.

Ha llegado la fiesta de las rogativas de mayo, y el santo párroco que derramó el agua del bautismo sobre la frente de Pedro, sube á la cumbre de la montaña, seguido de sus feligreses, para bendecir desde allí los campos de la llanura, donde el sudor de los aldeanos se ha trasformado ya en flores.

Un cántico inmenso, que resuena á corta distancia, saca á Pedro de su estática contemplacion. El jóven presta atento oido, y la letanía de los santos le recuerda la festividad que aquel dia celebra la iglesia.

La procesion, ántes oculta en las umbrías de la estrada, sale al fin al raso, donde se alza la cruz de madera.

Pedro dobla nuevamente la rodilla y esclama:

— ¡Señor, yo te bendigo! Tu religion sale á recibir al hijo pródigo, que vuelve al hogar de sus padres purificado por el remordimiento y la contricion!.... ¡Señor, yo te bendigo! Que me bendiga mi madre, y que me abra sus brazos amorosos la vírgen sin mancilla á quien un dia dije: «¡Tú serás la santa madre de mis hijos!» y otro dia colmé de tribulaciones!

La bendicion de los campos va á empezar, y Pedro no quiere interrumpir con su dolor ni con su alegría aquella santa ceremonia. Oculto tras de la cárcaba, busca entre la multitud á su madre y á su amada. Lo que en su corazon pasa no se puede referir: solo se puede adivinar. El que tenga oidos, oiga, dice el santo cantor del Apocalípsis: el que tenga corazon, adivine y sienta, dice el humilde autor de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA.

Un grito de alegría se exhala, no del labio, sino del alma y del corazon de Pedro.

Porque Pedro acaba de descubrir á su madre y á su amada, arrodilladas ambas junto á la cruz, una al lado de la otra, unidas quizá por un mismo pesar y un mismo pensamiento, las dos con la huella del dolor en el rostro, y la melancolía, honda, profunda, infinita, en los ojos.

El cabello de Teresa ha encanecido; pero su rostro respira

aun mas amor, mas indulgencia, mas resignacion cristiana que en otros tiempos.

Rosa está descolorida, como las azucenas del huerto; pero en su rostro brilla la hermosura del infortunio, no la hermosura de Safo trepando á la roca de Leucades, sino la de la vírgen cristiana saliendo á coger en el circo la palma de los mártires.

La santa ceremonia termina, repitiendo el pueblo las palabras del sacerdote.

Entónces Pedro se dirige hácia la cruz, y arrodillándose á los piés del sacerdote, esclama:

— Señor, purificadme con vuestra bendicion, para que sea digno de volver á los brazos de mi madre!

El anciano párroco sorpréndese un momento; pero en seguida derrama sobre la cabeza del jóven el agua bendita con que acaba de purificar los campos, y dice:

— En el nombre de Dios, yo te bendigo!

— En el nombre de Dios, yo te bendigo! repiten todos los habitantes del valle.

Y entonces Pedro, purificado por aquella bendicion, vuela á los brazos de su madre y á los de Rosa, que se lanzaban desaladas á su encuentro.

No hay allí un corazon que no palpite de alegría; que hasta la siente aquel honrado jóven que ha llamado inútilmente al corazon de Rosa.

XII.

Manojito de azucenas y claveles! Si las auras te impelen á las Encartaciones y pasas por S..... verás lo siguiente, bajo el hermoso emparrado que hay á la puerta de la casa de Teresa.

Una anciana y una jóven, radiantes de salud y de alegría, abandonando de cuando en cuando su labor para *comerse á besos* á una niña de seis años, que aprende á su lado á hacer dobladillo;

Y un hermoso jóven, vestido al uso del país, con el rostro

algo tostado por el sol y las manos algo encallecidas por la azada, que tiene sobre sus rodillas á un niño de tres años, rubio como el maíz y colorado como la rosa.

Si preguntas á aquel jóven quiénes son las mujeres que cosen bajo el emparrado, te contestará sonriendo:

— La santa abuela y la santa madre de mis hijos!

Y en seguida tornará á su ímproba tarea de grabar en la memoria del serafin que se agita en sus rodillas, estos versos del difunto Lista, á quien Dios haya coronado de gloria:

Feliz el que nunca ha visto
mas rio que el de su patria,
y duerme anciano á la sombra
do pequeñuelo jugaba!

FIN DE DESDE LA PATRIA, AL CIELO.

EL JUDAS DE LA CASA.

EL JUDAS DE LA CASA.

I.

Sígueme, amor mio, con los ojos del pensamiento á las riberas del Cadagua, á las riberas mas bellas de aquel espumoso, y fresco y cristalino rio, que son las que ostenta orgulloso desde que pierde de vista á su nativo valle de Mena, hasta que Dios le hunde en el Nervion, apénas ha andado cinco leguas, en castigo de la prisa que se da á alejarse del valle nativo.

Sígueme con el pensamiento hasta el concejo de Güeñes, uno de los mas pintorescos de las Encartaciones; que le he escogido por teatro de uno de mis cuentos mas dolorosos, y por lo mismo menos sonrosados.

Por el fondo del valle, corre, corre, corre como alma que lleva el diablo, el desatentado Cadagua, y al norte y al mediodía se alzan altísimas montañas, en cuyas faldas blanquean algunas caserías á la sombra de los castaños y los rebollos.

En una de las colinas que dominan la iglesia parroquial de Santa María, y que puede decirse forman los primeros escalones de los Somos, que este nombre se da á las montañas del norte, habia á principios de este siglo una casería conocida por el nombre de Echederra.

Verdaderamente correspondia á aquella casería la denominacion de Casa-hermosa, que no es otra la significacion de su nombre vascongado.

La casa se alzaba, blanca como una pella de nieve rodada de la montaña, en un bosque de nogales y cerezos, y á su espalda se estendia una veintena de fanegas de tierra cuidadosamente labradas.

Hermosos parrales orlaban toda la llosa, costeando interiormente toda la cárcaba, y lozanas hileras de perales y manzanos ocupaban los linderos de las diferentes piezas en que la llosa estaba dividida.

La situacion de la casería de Echederra no podia ser mas hermosa: desde las ventanas de la casa se descubrian, á traves del ramaje de los árboles, ambas orillas del Cadagua, en una estension de cerca de dos leguas, y un regato que bajaba de los Somos, serpenteaba entre los nogales y los cerezos, en todo tiempo limpio como la plata y fresco como la nieve.

Corrian los últimos dias del mes de junio. Los moradores de Echederra estaban á la caidita de la tarde cogiendo dos cestas de cerezas en el campo contiguo á la casería.

— Cuidado, Ignacio, no te caigas, que mas vales tú que todas las cerezas del mundo, decia una mujer de edad algo avanzada á un jóven como de diez y seis años, que, encaramado en uno de los cerezos, bajaba de quima en quima á darla un canastillo de cerezas.

— Madre, no tenga usted cuidado, que ya conozco el terreno, contestó el jóven.

— Hijo, para volatinero eras tú pintiparado.

La aldeana desocupó el canastillo en una cesta que estaba al pié del árbol.

— Mira, bájate, añadió dirigiéndose al muchacho, que ya está la cesta colmada, y tu padre y tu hermano han llenado tambien la suya.

El jóven bajó del cerezo de un salto.

Otro jóven, como de cuatro ó cinco años mas, se descolgaba al mismo tiempo de uno de los cerezos inmediatos, á cuyo pié estaba un hombre bastante entrado en años.

Estos dos últimos tomaron, cada uno de su lado, su cesta de cerezas, y fueron á reunirse con los primeros.

Poco despues se sentaron todos á descansar al pié de los cerezos.

El anciano sacó del bolsillo esterior de la chaqueta una bolsa de piel de perro, arrollada y sujeta con una correa, á cuyo estremo habia una especie de punzon de hueso; la desarrolló, y sacó de ella una pipa de yeso, que se colocó en la boca.

El jóven de mas edad hizo la misma operacion.

— Bautista, dáme una pipada, que se me ha acabado el tabaco, le dijo el anciano registrando inútilmente el fondo de su bolsa.

— Padre, se me ha acabado tambien á mí, contestó Bautista, que habia llenado ya su pipa.

— ¡Embustero! esclamó Ignacio con muestras de indignacion. Si te traje yo ayer de Bilbao un cuarteron de tabaco.....

— Tú siempre has de ser hablador.

— Y tú siempre has de ser egoista.

— Me da la gana. El que quiera tabaco que lo compre.

— ¿No te da vergüenza?....

— Déjale, Ignacio, dijo el anciano, guardando su pipa con triste resignacion. Déjale, que ya sabemos todos los de casa lo que debemos esperar de tu hermano.

— ¡Martin! esclamó la anciana, ese es el Júdas de la casa; ese nos ha de quitar la vida á todos; ese.....

— Cállate, Mari, la interrumpió Martin. Si mucho me gusta el tabaco, me gusta la paz mucho mas.

— Pues si no tenemos paz, tendrá usted tabaco, dijo Ignacio echando á correr hácia la casa.

Dos minutos despues volvió, trayendo en la mano una hoja de tabaco, torcida á modo de cuerda de dos hilos.

— Tome usted, padre, dijo; que aunque yo no fumo, sé lo que usted padece cuando no tiene tabaco, y ayer, de paso que compré el que mi hermano me habia encargado, tomé otro cuarteron con objeto de tenerlo de reserva para los apuros de usted.

— Sí, replicó Bautista, sisarias esa hoja de lo mio.

— Mira, Bautista, no me tientes la paciencia. El que las hace, las imagina.

— Anda, dijo Mari dirigiéndose á Bautista, que tan ruines son tus pensamientos como tus obras.

— Vaya, vaya, se acabó, dejarse de historias, dijo el pacífico Martin, saboreando el humo de su pipa con una delicia que comprenderias si supieses hasta dónde llevan los vascongados su pasion al tabaco, tan anatematizado por los médicos.....que no fuman.

Recuerdo un ejemplo con que mi madre, á quien Dios haya coronado de gloria, procuraba apartarme de aquel vicio, si es que el nombre de vicio merece el uso del tabaco, que proporciona hasta al mas pobre uno de los goces mas dulces de la vida, sin perjudicar (con perdon de los médicos..... que no fuman) la salud ni el bolsillo.

— «Tu abuelo, me decia, era el hombre mas pacífico, mas sufrido y mas bondadoso del mundo: todos los trabajos no bastaban á hacerle perder su jovialidad; pero cuando no tenia tabaco, era la casa un infierno, y no habia consuelo para él. Jamas se le vió enfadado ni triste teniendo para llenar la pipa.»

¡Inútiles consejos! El nieto, torciendo la moraleja de este ejemplo, dijo para sí:

— «Cuando mi abuelo era tan aficionado al tabaco, el tabaco debe ser cosa buena.»

Y con los primeros cinco cuartos que tuve, compré una onza de tabaco y una pipa, me fuí al castañar inmediato, y allí rendí culto al ídolo de mi abuelo, hasta quedar narcotizado como un fumador de opio.

Si mi abuelo alzara hoy la frente del sepulcro,

— «¡Bien, nieto mio! me diria. Estoy contento de tí, porque respetas las tradiciones de tu familia!»

La paz se habia restablecido entre la de Martin. El sol se habia ocultado completamente, y aunque el dia habia sido caluroso, era deliciosa aquella hora.

— Cenaremos pronto, dijo Martin, y nos acostaremos en seguida, porque mañana hay que madrugar para que vosotros

llegueis con las cerezas á Bilbao ántes que caliente demasiado el sol. Ea, con que vamos á casa, que Juana tendrá ya aviada la cena.

— Mira, Martin, dijo la aldeana á su esposo, mejor sería que cenáramos aquí.

— Sí, sí, contestaron padre é hijos; que en casa hará mucho calor.

— ¿Juana? gritó Mari volviéndose hácia la casa.

— ¿Qué quiere usted, señora madre? respondió una muchacha desde la ventana.

— En cuanto esté la cena, tráela, que vamos á cenar aquí.

— Pues allá voy, dijo la jóven; y poco despues salió de la casa y se encaminó hácia los cerezos, llevando en un triguero una fuente de sardinas frescas, cubierta con una blanca pañada y una borona tierna y amarilla como el oro.

Juana era una muchacha de diez y ocho á veinte años, risueña como una mañana de san Juan, y colorada como una rosa. Volvió boca abajo el triguero al pié del cerezo, le cubrió con la pañada, puso encima de aquella mesa improvisada la fuente de sardinas, partió unas cuantas rebanadas de borona, que colocó con simetría en torno de la fuente, y previa la bendicion de la mesa, que echó Martin, se puso á cenar toda la familia, conversando alegre y pacíficamente.

— Ya vamos aliviando de su peso á los cerezos, dijo el anciano, y lo siento por el Sr. D. José.

— D. José, repuso Bautista, no lo sentirá mucho; los que lo sentirán, serán los pájaros.

— En acabándose las cerezas, no vendrá el señor D. José todas las mañanas, despues de decir misa, á tirar desde nuestra ventana á los tordos y los picazos..... ¡Malditos de cocer! Acuden á bandadas á los cerezos por mas que uno les ponga espantos.

— Y ya que se habla del Sr. D. José, dijo Mari, ¿cómo no habrá venido esta mañana?

— Porque hoy está á Castro á encontrar á su sobrino el indiano, contestó Martin.

— ¿Con que viene hoy su sobrino? ¡Ay cuánto me alegro! á ver si nos da noticias de tu hermano.

— ¡Dios quiera que nos las dé! Mira que es cosa que aturde no haber vuelto á saber de mi hermano desde que nos escribió de Méjico hace tanto tiempo. Mucho me temo que haya muerto, porque de vivir, lo que es él no estaba sin escribirnos.

— Así lo creo, Martin. Y no se diga que nos quisiera mal, porque la última carta que escribió no podia ser mas cariñosa.

— ¡Qué lástima que no se le haya llevado pateta! dijo Bautista.

— ¡Ave María purísima! esclamó Mari. ¡Qué alma tienes, hijo!

— ¿Qué nos importa á nosotros que viva ó que no viva, si nunca nos manda un cuarto?

— Lo que yo quiero, replicó Martin, es que viva, aunque tenga un Potosí y no nos dé estopas para la uncion.

— Pero, ¿viene de Méjico Mateo, el sobrino del Sr. D. José? preguntó Juana.

— Yo no sé, contestó su madre; pero ello de hácia allá ha de ser, porque viene de las Indias.....y dicen que viene muy rico.

— ¡Cuánto me alegro por el Sr. D. José, que es tan bueno! eclamó Martin.

— ¡Calla! dijo Bautista, ¿no son ellos aquellos que vienen por el castañar? Sí, sí, allí viene don José; en nombrando al ruin de Roma.....

— Cállate, hereje, le interrumpió Mari. ¡Pues no llama ruin al Sr. D. José!

II.

En efecto, por una calzada que atravesaba un castañar, situado á tiro de piedra de la casería asomaban el cura y su sobrino Mateo, cabalgando en sendas mulas, seguidos de una recua que conducia el equipaje del indiano.

El Sr. D. José era el cura párroco de Santa María de Güeñes; era un anciano bastante obeso, cuyo rostro y cuyas palabras respiraban bondad de corazon. El indiano era un bello jóven de veintitantos años.

Los moradores de Echederra corrieron á saludarlos, escepto Bautista, que prefirió, á dar aquella carrera, el seguir engullendo las sardinas que quedaban en la fuente.

— ¿Qué tengo yo que ver, dijo, con el indiano ni con su tio? Para lo que le han de dar á uno.....!

El párroco detuvo su cabalgadura apénas vió á sus feligreses, y su sobrino le imitó.

— Hola, Martin! ¡hola, Mari! esclamaron tio y sobrino.

— Buenas tardes, Sr. D. José y la compañía, contestaron todos.

— ¿Será posible, dijo Mari, que este caballero sea.....

— Mateo, se apresuró á responder el indiano: yo soy aquel muchacho travieso que hace seis años les apedreaba á ustedes los frutales cuando iba á Echederra con el tio.

— ¡Bendito sea Dios, quién lo habia de decir! Porque está usted.....

— ¡Qué usted ni qué ocho cuartos! Pues no faltaba mas, habiéndome conocido ustedes como un renacuajo! Vaya, que Juana está hecha una arrogante moza.

La muchacha bajó los ojos, y sus mejillas, que comunmente parecian dos rosas, se pusieron como dos claveles.

— ¡Cuánto ha crecido Ignacio! continuó el indiano. ¿Y qué me dicen ustedes de Bautisto?

— Allá arriba queda.....

— Ese tan descastado como siempre, ¿no es verdad? ¡Cuánto me ha hecho rabiar en este mundo!

— ¿Y cómo le ha ido á usted?.....

— No admito el tratamiento, Martin.

— Si no puede uno acostumbrarse.....

— Pues es menester que ustedes se acostumbren. Me ha ido regularmente. Tengo mucho cariño á mi país, y sobre todo á mi tio, que me sirvió de padre desde que quedé huerfano; y así que me vi con un capitalito.. ..pequeño sí, pero suficiente para bandearse uno en este país, y para vivir feliz,

teniendo poca ambicion como yo tengo, dije: á Güeñes me vuelvo, que el tio es ya viejo, y quiero vivir á su lado para mimarle y pagar en lo posible el bien que me ha hecho.... Pero ahora que me acuerdo, ustedes deben ser los mas ricos de toda Vizcaya.

— A Dios gracias, no nos falta un pedazo de borona.

— ¿Qué es lo que dice usted, Martin? ¿Y la herencia?

— ¿De qué herencia habla usted, D. Mateo?

— ¡Dále con el don y el usted! De la de su hermano de usted, que esté en gloria.

— ¡Dios mio! ¡Con que ha muerto! esclamaron Martin y su familia prorumpiendo en llanto.

— No puedo asegurarlo, contestó el indiano, algo perplejo. Estaba bastante delicado.....

— ¡Ah! ¡Con que ha muerto! No nos lo niegue usted.....

— Sí, murió hace dos años, contestó el indiano. Pero, ¿es posible que ustedes no lo supieran? ¿Y el enorme caudal de que dejó á ustedes herederos?.....

— ¡Que se lo guarden los que lo tengan! dijeron á una voz Martin, su mujer y sus hijos.

— Amigos mios, replicó el cura con tono cariñoso, los duelos con pan son ménos. Tenemos que hablar mañana de este asunto, ya que ahora no están ustedes para ello.

La noche comenzaba á cerrar. El indiano y el cura hicieron por consolar á aquella afligida familia, y se despidieron, siguiendo unos hácia el valle, y tornando otros á la casería.

— ¡Ha muerto! ¡ha muerto! dijeron á Bautista sus padres y sus hermanos al llegar á los cerezos.

— ¿Y estaba rico? ¿Y nos ha dejado herederos? preguntó aquel con ansiedad y alegría.

— ¡Bautista! esclamó Martin con severidad, ¡tienes mal corazon!

En el pacífico y bondadoso Martin, la severidad equivalia á indignacion.

Muy pronto desaparecieron todos por la puerta de la casería. Nadie se acordó de las cerezas, que por la mañana fueron pasto de los cerdos; nadie se acordó de ir con ellas

á Bilbao, porque en casa de Martin todos se ocupaban de la muerte del pariente americano; Bautista, para indagar si de ella podian resultarles riquezas, los demas para llorarla.

Al salir el sol la mañana siguiente, subia á Echederra el cura. No llevaba la escopeta como otras veces, y le acompañaba su sobrino Mateo. Al llegar á la casería, encontraron á Martin y á su familia algo mas resignados, algo mas tranquilos que los habian dejado la víspera, algo mas dispuestos á oir hablar de intereses.

— Vaya, Martin, dijo el indiano, es preciso que sean ustedes razonables. Ya que el difunto nombró á usted su heredero, es preciso que reclame usted la herencia, aunque no sea mas que para socorrer con ella á los pobres.

— Tiene usted razon, D. Mateo, contestó Martin.

— Pues bien, diré á ustedes lo que hay en el particular. Su hermano de usted poseia un capital de veinticinco mil pesos.....

— ¡Veinticinco mil pesos! esclamó Bautista, ¡y nunca nos mandó un ochavo!!!

— Su hermano de usted era algo avaro..... pero dejemos en paz á los muertos, y declaremos guerra á los vivos. Los vivos á quienes tenemos que declarar guerra, son los que han abusado indignamente de la confianza del difunto. Los testamentarios de su hermano de usted han hecho correr la voz en Méjico de que habian cumplido religiosamente la voluntad del testador, y nadie pone en duda su buena fe. Es menester que les escriban ustedes inmediatamente, reclamándoles la herencia, y si se hacen sordos, ya encontraremos medios de quitarles la sordera.

— Corriente, Sr. D. Mateo; haremos todo lo que usted nos aconseje.

Como en Echederra no hubiese recado de escribir, el señor cura envió á Bautista á su casa, á fin de que Doña Antonia, su ama, le diese papel, tinta y obleas.

Bautista era perezoso como él solo; pero como se trataba de grandes riquezas, en que esperaba obtener parte, se apresuró á obedecer, y de un salto se plantó en casa del señor cura.

Doña Antonia era una mujer de edad algo avanzada, y bondadosa y desprendida; cualidades no muy comunes en las amas de los curas.

— ¿Y por qué no son comunes en ellas esas cualidades?

— Porque sus amos suelen pecar en el estremo opuesto, llevando la bondad y el desprendimiento hasta el esceso; y ellas llegan á odiar el bien á fuerza de verle prodigar sin medida. Es menester que el ama de un cura esté muy por encima del vulgo de las mujeres, para que no llegue á aborrecer á los pobres, viendo que por socorrer á estos, tiene su amo la despensa vacía.

Bautista encontró á Doña Antonia mas alegre y aficionada á charlar que nunca.

— ¿Con que, vamos, me da usted eso, Doña Antonia? la dijo.

— Voy, voy á dártelo, hijo; pero espérate un poco, y no seas tan vivo de genio.

— Pero ¿no ve usted que si tardo, se van á enfadar el señor cura y D. Mateo?

— ¡Qué se han de enfadar, hijo, si los dos son unas malvas benditas! Veinte años hace que sirvo al señor cura, y ni una sola vez le he visto enfadado. Pues Mateo, otro que bien baila. Esa criatura es un ángel de Dios. Pero, ¿has visto que buen mozo se ha hecho?

— Y diga usted Doña Antonia, ¿ha venido muy rico?

— ¡Mucho, hijo, mucho!..... ¡Si supieras los cosas que ha traido!..... Anda, ven á su cuarto y verás lo que es bueno.

Bautista y el ama del cura entraron en un cuarto, donde estaban aun amontonados los baules y las maletas del indiano.

Doña Antonia abrió algunos baules, y enseñó á Bautista su contenido, que consistia principalmente en objetos de oro y plata.

Los ojos de Bautista parecian querer saltar de las órbitas al ver aquellas riquezas. Doña Antonia no cabia en el pellejo de orgullo y alegría.

— Esta, dijo indicando con el dedo una maleta colocada

en un rincon, está cerrada con siete llaves. Alzala del suelo, añadió con una alegre y maliciosa sonrisa.

Bautista echó mano á la maleta, y no pudo hacerla perder tierra completamente. Al dejarla caer, se oyó un ruido metálico, que hizo estremecer al jóven y á la anciana reir con indecible alegría.

— Con que, Bautista, ¿no te parece costal de paja esa maleta?

— ¡Qué dichosos son ustedes, Doña Antonia! esclamó Bautista.

— ¡Ya lo creo, hijo, ya lo creo! Pero tambien vosotros participaréis de nuestra dicha. Cuando Dios da, da para todos. Mateo y el señor cura tienen un corazon de oro, y os quieren como si fuerais de la familia. ¡Mira tú, si el dia que tengais un apuro, os dejarán en la estacada!

Bautista no oia lo que Doña Antonia le decia: una agitacion indefinible se habia apoderado de él. En su corazon habia una lucha horrible.

— Con que vamos, hijo, ¿qué dices de la maleta?

— ¡Estará llena de duros!

— ¡De duros! ¡Hijo, qué tonto eres! De amarillas y muy amarillas sí que está llena.

Bautista se estremeció, miró á todas partes y dió un paso hácia Doña Antonia.

— ¡Bautista! ¡Bautista! gritaron en aquel instante hácia la escalera.

Bautista dió una patada en el suelo, haciendo un terrible gesto de despecho, y Doña Antonia y él se dirigieron al encuentro de la persona que llamaba.

Esta persona era Ignacio.

— Buenos dias, Doña Antonia, dijo, y añadió dirigiéndose á su hermano: Despáchate, hombre, que el señor cura y D. Mateo están esperando hace una hora. ¿No ves que el señor cura tiene que bajar pronto á decir misa?

— Anda, que se esperen, que todavía no es tarde, dijo Doña Antonia. En ménos que canta un gallo os voy á hacer de almorzar.

— No, no, muchas gracias, Doña Antonia, replicaron á la vez ambos jóvenes.

— Os digo que no volveis á Echederra sin comer unas magras y beber un jarro de chacolí. Quiero que celebremos juntos la venida del indiano.

— Otro dia será, Doña Antonia, repuso Ignacio. El domingo, cuando bajemos á misa, disfrutaremos del favor de usted.

— Bien, hijos, bien, no quiero haceros mala obra; pero ya sabeis que os tengo buena voluntad; que sois hijos de buenos padres, y de buenos padres buenos hijos. Pero siquiera le enseñaré á Ignacio lo que ha traido el indiano.....

— No, no podemos detenernos mas, dijo Bautista tomando de la mesa el recado de escribir.

Y los dos muchachos tomaron á buen paso la cuesta de Echederra.

III.

Ahora vas á ver, númen de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA, como es posible ir en busca de agua y no acordarse de pedirla.

Era una hermosa tarde de primavera.

El señor cura de Güeñes y su sobrino estaban en un cerro, cerca de la casería de Echederra, apoyados en el cañon de sus escopetas, observando á dos hermosos perros que rastreaban en la falda de una colina inmediata.

— Tio, dijo Mateo, me parece que Capitan y Leon han perdido ya el rastro de la liebre. Mejor seria que nos fuésemos ya hácia casa, porque va á anochecer, y usted no está para andar á deshora por estos vericuetos.

— Tienes razon, respondió el cura. Estoy ya rendido, á pesar de que esta tarde no hemos andado mucho. Mateo, no valgo ya dos cuartos! Los viejos tenemos que renunciar á la caza.

Tio y sobrino echaron las escopetas al hombro y tomaron cerro abajo llamando á los perros, cuyo uniforme ladrido

seguia oyéndose en el castañar inmediato atravesado por la carretera.

Mateo, que caminaba el primero, en lugar de seguir el camino que conducia directamente al valle, tomó un sendero que conducia á Echederra.

— ¡Qué! ¿vamos á Echederra? dijo D. José.

— Sí, tio. Allí descansaremos un poco y beberemos un vaso de agua, que yo me estoy ahogando de sed.

El cura se sonrió maliciosamente y dijo:

— Vamos, vamos, Mateo, que para haber corrido dos mundos, eres poco diestro en disimular.

— ¿Por qué dice usted eso, tio? repuso Mateo poniéndose un poco colorado.

— Porque no creo que en casa de Martin se pueda descansar mejor que en estos cerros, cubiertos de flores, ni beber agua mejor que la que brota aquí á cada paso.

— Sí, pero aquí.....

— Aquí, dijo el buen anciano, con benévola sonrisa, no hay como en Echederra una Rebeca que alargue el cántaro á Eliezer.

— ¡Tio!.....

— Vamos, confiesa que el deseo de ver á Juana te lleva todos los dias á Echederra. ¿Qué mal hay en eso, siendo ella una buena muchacha y honradas tus intenciones?

— Pues bien, tio, no se ha equivocado usted.

— Los viejos cazamos largo.

— Quiero á la hija de Martin, y creo que ella tambien me quiere. Perdone usted si se lo he ocultado.....

— No me lo has ocultado, Mateo, porque tú no puedes ocultar lo que siente tu corazon. Pero ¿por qué no declaras francamente tus intenciones á Martin y á Mari, y sobre todo á su hija?

— Son tan delicados, que temo me rechacen por la misma razon que moveria á otros á aceptar... Yo soy casi rico, y ellos son pobres.

— Esa dificultad no merece nombre te tal. Acaso es

un delito el ser rico, cuando las riquezas se han adquirido honradamente y se hace de ellas el buen uso que tú haces?

— No, tio; pero..... dentro de poco tiempo quizas serán ellos mas ricos que yo, y entónces.....

— Entónces dirán.....no ellos, pues son incapaces de un mal pensamiento, sino las lenguas maldicientes, que tus miras son interesadas.

— Tiene usted razon, tio. No me habia ocurrido eso.

El señor cura y su sobrino continuaron su camino hácia la casería de Echederra.

Martin, su mujer y sus hijos estaban detras de la casa, sallando borona.

— ¿Qué tenemos de nuevo, Martin? dijo el cura.

— Nada, Sr. D. José, respondió el aldeano. Hoy ha ido Ignacio á Bilbao, y aunque ha venido ya el correo de América, no hay carta para nosotros. Con que ya no hay esperanza.....

— ¿Cómo que no hay esperanza? repuso Mateo. Es menester tomar una determinacion decisiva y dejarse de paños calientes.

— ¿Y qué es lo que hemos de hacer? Anda con Dios, que los testamentarios se guarden los veinticinco mil duros, y buen provecho les hagan. Nosotros pasaremos con nuestra pobreza.....

— Tiene razon señor padre, asintieron Ignacio y Juana.

— Digo lo mismo, añadió Mari.

— ¡Esto ya no se puede aguantar! esclamó Bautista, arrojando la azada, que tronchó tres ó cuatro piés de borona.

— ¡Pícaro, dijo Mari, seremos como tú, que no tienes mas Dios que el dinero! ¡Si la avaricia te come! ¡si la avaricia te ha de llevar á un presidio!.....

— Vamos, Mari, vamos, la interrumpió el cura con tono conciliador, déjele usted, que en esta ocasion merece disculpa. Me parece enteramente inútil volver á escribir á Méjico, porque ya está visto que hay mala fe en los testamentarios del difunto. Es menester que una persona interesada se deter-

mine á pasar el charco. Martin no está en edad de eso, Bautista no sabe escribir.....

— El se tiene la culpa, dijo Mari; que por mas que nos hemos matado para que aprendiese escuela, no ha aprendido el A E I O U. ¡Qué poco se parece á su hermana! La pobrecita no ha tenido mas maestro que Ignacio, y ahora, que se ha empeñado en aprender á escribir, hace ya unos palotes que da gloria de Dios el verlos.

— ¡Ya! dijo Bautista, eso es porque le da vergüenza decir delante de D. Mateo que no sabe escribir.

Juana se puso colorada, y D. José miró á su sobrino con una significativa sonrisa.

— Hace bien, replicó Mari. No, que será como tú, que nunca has querido.....

— Vamos, Mari, se acabó. Lo pasado, pasado, dijo el cura. Con que Ignacio, ¿te encuentras con ánimo de meterte en el pozo grande?

— Sr. D. José, si mis padres quieren, iré aunque sea hasta el fin del mundo.....

— ¡Ay, Sr. D. José! esclamó la tierna madre, ¡embarcarse el hijo de mis entrañas!.....

— Tiene razon Mari, añadió Martin, el hombre donde el buey pace.

— Eh, no sean ustedes cobardes, dijo Mateo. Si hay peligro en la mar, ¿no lo hay tambien en la tierra? Nadie se ahoga mas que cuando Dios quiere. Cuando Dios quiere que uno se ahogne, se ahoga, aunque sea en una escudilla de agua. ¿No han oido ustedes contar el cuento del que sabiendo que su sino era morir ahogado, no salia jamas de casa, y al cabo se ahogó en la palangana?

— Tiene razon D. Mateo, asintió Ignacio. Como dice la copla:

No tengo miedo á la muerte
aunque la encuentre en la calle,
que sin licencia de Dios
la muerte no mata á nadie.

Con que, señor padre, si usted quiere, me planto en dos

brincos en América, y vuelvo con los veinticinco mil del pico; porque es una triste gracia, que habiendo por aquí pobres, se rian con nuestros cuartos aquellos pícaros.

— Tienes razon, dijo Martin. ¿Qué dices tú, Mari?

— ¿Qué he de decir yo, hijo? Me conformaré con lo que tú dispongas, y..... que Dios nuestro Señor y la Vírgen santísima del Cármen protejan al hijo de mi alma.

— Vaya, es cosa decidida, dijo el cura. Hagamos los preparativos, y que parta Ignacio lo mas pronto posible.

En efecto, ocho dias despues, Ignacio se embarcó en Bilbao, provisto de cartas de recomendacion, de instrucciones y de dinero que el señor cura y Mateo le habian facilitado.

IV.

Algunos meses despues de la partida de Ignacio para América, los moradores de Echederra se sentaban á almorzar una fuente de leche con harina.

Aquella honrada familia debia haber padecido mucho, pues Juana habia perdido el sonrosado color de sus mejillas, Mari y Martin habian envejecido muchísimo, y todos estaban tristes y silenciosos.

— Hija, dijo Mari á la jóven, ¿por qué no comes?

— Ya como, señora madre.

— Si apénas has probado la leche.

— No tengo gana.

— Pues anda, hija, cuando una no tiene gana de comer, se hace cuenta de que la comida es una medicina, y adentro con ella. El que no come, tiene pena de la vida. ¿Pero qué es lo que tienes, hija de mi alma?

— Inútil es preguntárselo, dijo Martin. Está malo Mateo, y se empeña en estarlo ella tambien.

— ¡Y lo estará, y acabará por morirse si continúa así! Vamos, hija mia, almuerza, mira qué rica está la leche. ¿Quieres que te haga un par de huevos estrellados?

— Si no tengo gana.

— Pero hija, confianza en Dios, que Mateo se pondrá bueno muy pronto, y os casaréis, y se acabarán las penas.

— ¡Ay madre de mi vida! ¡si Mateo se muere, yo me moriré tambien!

— ¡Morirse! No digas disparates, hija. El cirujano dice que ya está fuera de peligro. ¡Qué! ¿es él el primero á quien yendo de caza se le ha disparado la escopeta, se ha herido, y al cabo de algunos meses se ha encontrado como si tal cosa? Verdad es que al principio se temió por su vida; pero á Dios gracias y á la Vírgen del Cármen, ya nada hay que temer.

— ¡Qué fastidio! esclamó Bautista, arrojando sobre la mesa la cuchara. No saben ustedes hablar mas que del indiano. A ver como no se le llevan doscientos mil demonios... .

— Bautista, dijo Martin, no pronuncies jamas el nombre de Mateo, sino para bendecirle.

— Bendecirle!..... Para lo que nos da.....

— Nos da mas de lo que merecemos, nos da lo que necesitamos.

— Pues yo digo que es un miserable.....

— ¡Bautista! esclamaron todos llenos de indignacion.

— Tener mas dinero que pesa, y consentir que trabajemos como negros..... Lástima que cuando se le disparó la escopeta, en vez de darle el tiro en el costado, no le hubiera levantado la tapa de los sesos!.....

— Calla, calla, pícaro! esclamaron todos en el colmo de la indignacion.

— No quiero callar.

— Vas á acabar con nosotros; nos vas á quitar la vida, dijo Mari. Desde que tu pobre hermano se fué, no nos has dejado pasar siquiera un dia en paz y gracia de Dios. ¡Hijo de mi alma! ¡si él estuviera en casa otra cosa seria!

Y la pobre Mari se echó á llorar. Juana la imitó. Martin bajó la cabeza sin pronunciar una palabra, y las lágrimas asomaron á sus ojos.

¡Maldito sea el hijo que arranca una lágrima de los ojos de sus padres!

El almuerzo habia concluido, aunque la fuente estaba aun casi llena. El disgusto habia quitado á todos el apetito, y hécholes caer la cuchara de la mano.

— ¡Martin! ¡Martin! gritó un hombre que apareció al pié de los cerezos.

Martin se apresuró á contestarle desde la ventana:

— ¿Qué hay de nuevo, Miguel?

— ¡Buenas noticias! Ayer fuí á Bilbao á vender unos cestos, y me dieron en el correo una carta de las Indias para vosotros. Como vine tarde, no pude traérosla anoche.

Martin, su mujer y sus hijos corrieron al encuentro de Miguel, que entregó una carta al primero.

Martin exhaló un grito de alegría al examinar el sobre. La letra era de Ignacio, de su hijo!

Mari le arrancó la carta de las manos, y leyó el sobre repetidas veces, besándole y regándole con sus lágrimas, y á su vez Juana se la arrancó á su madre é hizo lo mismo.

¿Y cómo no besar aquel papel, con tanta ansia esperado, y en el cual se habia posado la mano de un hijo, de un hermano querido, cuya ausencia tantas lágrimas costaba hacia muchos meses?

Bautista era el único que permanecia impasible ante un suceso que llenaba de alegría á su familia.

— ¿Pero á qué vienen, dijo, esos aspavientos, sin saber aun si Ignacio ha tomado posesion de la herencia?

Sí, Bautista tenia mal corazon, como su padre habia dicho. ¡Nada le importaba saber que su hermano vivia aun! Para comprender la alegría que llenaba el corazon de sus padres y su hermana, necesitaba saber que su hermano era rico! Si no lo era, ¿qué le importaba á Bautista que viviese ó dejase de vivir?

Martin recobró al fin la carta de su hijo, y la abrió temblando de émocion.

La carta decia así:

«Méjico, etc.

«Mis queridos padres y hermanos: desde que me separé de ustedes la desventura me ha acompañado por todas partes.

«El buque, á cuyo bordo me embarqué para Nueva-España, esperimentó grandes contratiempos en alta mar. Despues de una penosísima navegacion entrámos en el golfo de Méjico, creyendo llegar al término de nuestros infortunios; pero Dios nos reservaba otros mayores aun. Las olas se encresparon casi de repente, desatáronse los huracanes, el cielo se cubrió de oscuras nubes, resonó el trueno, y el rayo quebrantó los mástiles del buque. Largo tiempo luchámos contra el furor de los elementos, casi sin esperanza de salvacion; al fin el buque se hizo pedazos, y la mayor parte de mis compañeros de viaje hallaron su sepultura en las ondas del mar.

«En aquel momento invoqué el nombre de Dios y el de la Vírgen del Cármen, cuyo santo escapulario me puso mi madre al cuello al partir, y logré apoderarme de una tabla que flotaba entre las olas. Con ayuda de aquella tabla conseguí acercarme á la costa; pero mis fuerzas se agotaban y la borrasca era cada vez mas espantosa; las olas rugian como el trueno, quebrantándose en las rocas de la playa, semejantes á montañas cubiertas de nieve. Daba ya mi último adios al mundo, del que solo sentia separarme porque en él dejaba desconsolados á mis padres y á mis hermanos, cuando vi que se me acercaba una barquilla tripulada por audaces habitantes de la costa.

«Aquellos hombres, casi tan náufragos como yo, me vieron y, con peligro de su vida, acudieron á socorrerme. Al fin pisé el nuevo continente, pero ¡en qué estado, Dios mio. Apénas podia tenerme en pié; mis manos estaban ensangrentadas, y mis brazos descoyuntados con los esfuerzos que habia hecho para que las olas no me arrebatasen la tabla de salvacion.

«Los pobres indígenas hicieron con ramas una especie de camilla, y me condujeron en ella, á través de los bosques, á una aldeita donde encontré la hospitalidad mas generosa. Allí pasé muchos dias, rodeado de los cuidados mas tiernos, hasta que restablecidas algun tanto mis fuerzas, me despedí de mis bienhechores, llorando de agradecimiento.

«Al llegar á esta ciudad, me presenté á los testamentarios de mi difunto tio, y..... no quisiera afligir á ustedes con

el relato de la indigna acogida que me hicieron. Me trataron de falsario, me despreciaron, se burlaron de mí sin misericordia!....

«Sin embargo confío aun en la justicia de los hombres, y mas aun en la de Dios que no nos abandonará. Participen ustedes de mi esperanza, y consuélense por de pronto sabiendo que existo aun para trabajar por la felicidad de todos.

«Me he presentado á las personas para quienes D. Mateo me dió cartas de recomendacion, y me han prometido ayudarme en mi empresa, particularmente un paisano nuestro, que me quiere ya como á un hijo. Necesito tiempo para llevarla á cabo, porque los testamentarios se defenderán con las armas que nos han usurpado, y que son tan poderosas aquí como en España.»

Ignacio suponia que su hermana y Mateo se habrian casado ya, se acordaba del señor cura, de doña Antonia, de Miguel el cestero y de otros vecinos, y en una postdata pedia á su madre que le encomendase á la Vírgen del Cármen, de quien la piadosa y buena Mari era muy devota.

— ¡Hijo de mi alma! esclamó Mari al terminar Martin la lectura de la carta. ¡Qué peligros ha corrido el hijo de mi corazon! pero al fin la Vírgen santísima le ha salvado.....

— Para lo que le ha servido!.... murmuró Bautista con un desden que escitó de nuevo la indignacion de todos los concurrentes.

— ¡Bautista! dijo Martin con una severidad que nunca se habia visto en él, esos no son los sentimientos que tus padres han procurado inspirarte!

— ¡Pobres de nosotros! esclamó Mari llorando, este hijo nos ha de quitar la vida y ha de parar en un presidio!

V.

Bautista bajaba con frecuencia á casa del señor cura para saber del indiano, que continuaba aun en cama de resultas de la grave herida que recibió yendo de caza.

Su carácter era cada vez mas acre para con su familia, de tal modo, que los disgustos que les proporcionaba diariamente habian hecho envejecer de un modo rápido á Martin y á Mari, cuya salud se iba quebrantando de una manera alarmante.

En casa del señor cura, Bautista era el reverso de la medalla: aquellas buenas gentes estaban asombradas del cambio que notaban en su carácter, y Doña Antonia, no sabiendo cómo demostrarle su agradecimiento, le preparaba escelentes almuerzos y le confiaba cuanto habia en la casa.

El sol teñia con sus últimos resplandores la parda y gigantesca torre de la Jara, recuerdo de los funestos bandos *oñacino* y *gamboino*, que desolaron por tanto tiempo el Señorío, y muy particularmente á las nobles Encartaciones.

Una negra y espesa humareda se alzaba en una seve inmediata á la casería de Echederra, lo que indicaba que habia allí carboneros.

En efecto, uno de estos cuidaba la oya, y otros tres ó cuatro escamondaban y picaban leña á corta distancia.

En la parte mas alta de la seve se veia una cabaña, formada de tres palos, una capa de helecho, y sobre esta otra de terrones delgados.

Uno de los carboneros se dirigió á la cabaña. Reanimó el fuego encendido á la puerta de esta, y al lado del cual hervia una olla de hierro colado, llena de habas secas y cecina, echó harina de borona, agua y sal en una desga, y se puso á amasar, en tanto que se calentaba una pala de hierro. Hizo en seguida tortas delgadas como galletas, que cocia en la pala, y cuando acabó esta operacion se levantó, y formando con ambas manos una especie de bocina, gritó con robusto aliento:

— ¡Ahaauuu!.....

Sus compañeros contestaron con un grito semejante al del tortero, y clavando las hachas en el tronco de los rebollos, se dirigieron hácia la cabaña.

Habian ya acabado de comer y desocupado sus pipas, y sin embargo permanecian sentados á la puerta de la cabaña.

Comenzó á cerrar la noche. Los carboneros hablaban en voz baja y daban muestras de impaciencia. Un hombre apareció al fin en la parte baja del rebollar, y se dirigió hácia la cabaña. Al notar que se aproximaba, los carboneros dieron muestras de satisfaccion.

— Vamos, dijo el recien llegado, no perdamos tiempo; porque yo necesito volver temprano á casa para que no se estrañe mi tardanza.

— Pues andando, contestaron los carboneros.

— ¿Qué armas llevais? preguntó el desconocido.

— Ninguna.

— Allá os las compongais: yo llevo dos pistolas y una navaja.

— Nosotros vamos á robar, pero no á matar.

— Haga cada uno de su capa un sayo, dijo el de las pistolas y la navaja; pero no perdamos tiempo. En el camino os daré las instrucciones que necesitais, y arreglaremos nuestro plan de campaña.

Todos se tiznaron la cara con cisco mojado, y echaron por el rebollar abajo.

— ¿Por qué no viene Chomin? preguntó el desconocido designando al que vimos cuidar la oya, y que apénas comió y encendió su pipa, se apresuró á volver á su puesto.

Haldea la oya, respondieron los carboneros, y es necesario que alguno se quede cuidándola. Ademas, el que se quede aquí no será el que ménos contribuya al negocio.

— ¿Cómo?

— Cantando.

— ¿Para qué?

— Para que los de Echederra y las panaderas que vengan de Castro sientan constantemente á los carboneros en el rebollar.

— ¡Teneis mucho talento!

— Hagamos por tener mucho dinero.

Media hora despues cantaba que se las pelaba en el rebollar un carbonero.

Jacinta, una panadera de Güeñes, que venia de Castro con otras vecinas, montada en su mula, decia á sus compañeras:

— ¡Qué buen humor gasta siempre ese condenado de Chomin! Siempre está cantando como un ruiseñor.

— Pues hija, repuso una de las vecinas, usted no suele quedarse atras, que sabe usted mas cantas que un ciego. Milagro que hoy ha cerrado usted el pico.

— Es que no estoy para cantar, con lo que sucede en casa del señor cura y en la de Martin el de Echederra.

— Hija, tiene usted razon, que parte el alma la desgracia del indiano y la de los de Echederra. Mari y Martin se quedan sin hijo, como yo soy cristiana.

— ¡Pobre Ignacio! esclamó Jacinta, echándose á llorar. ¡Qué muerte habrá tenido en esa mar traidora!.... Vamos, si le digo á usted que en la vida se me secarán los ojos si ese muchacho ha muerto. Como que fuí la primera que le dió de mamar, y le queria como si fuera hijo mio. Pues mire usted la pobre Mari..... Vamos, le cuesta la vida ese hijo.

Las panaderas continuaron su camino, tristes y silenciosas, en tanto que Chomin continuaba su canto.

La casa del señor cura de Güeñes estaba rodeada de nogales y un poco separada de las otras. Era uno de esos edificios de piedra caliza, término medio entre el palacio y la fortaleza, y sobre cuya puerta campeaba un gran escudo de piedra. En una de las esquinas estaba incrustado uno de los cuadrantes ó meridianas, tan comunes en el país vascongado, y muy particularmente en las Encartaciones.

En aquel país, donde pobres y ricos acostumbran madrugar, reina en las aldeas el silencio mas completo durante las primeras horas de la noche; porque aquel es el momento en que los habitantes gozan del mas profundo sueño. El primer sueño es un letargo á la vez dulce y profundo.

D. José dormia y Doña Antonia tambien. El único que no dormia en casa del cura era el indiano, á quien la calentura desvelaba.

Los perros comenzaron á ladrar.

— ¡Señor tio! dijo Mateo á D. José, que dormia en un cuarto inmediato al suyo.

D. José no respondió, porque continuaba profundamente dormido.

Los perros continuaban ladrando.

— ¡Señor tio! ¡señor tio! repitió Mateo.

Al fin el señor cura respondió, y Mateo le dijo:

— Leon y Capitan ladran mucho, y me parece que suenan las tejas del horno.

— Moverá las tejas el viento que no cesa de soplar, y los perros ladrarán porque suenan las tejas.

Tio y sobrino guardaron silencio.

Pero Leon y Capitan continuaban ladrando como si los desollasen vivos.

— Tio, dijo Mateo, me parece que forcejean en la ventana del comedor, que se alcanza desde el tejado del horno.

— Hombre, no seas tonto, replicó el cura medio dormido, si es el viento.

— Lo veremos, dijo Mateo, y á pesar de su debilidad, se levantó y abrió, sin hacer ruido, la ventana de su cuarto, que estaba en el mismo plano que la del comedor; pero nada absolutamente pudo ver ni oir á causa de la completa oscuridad y el viento que le hizo retirar de la ventana.

Leon y Capitan ladraban cada vez mas.

Mateo oia aun chascar las tejas del horno y moverse la ventana del comedor.

— Quiero ver qué es eso, dijo, y cogiendo la escopeta se dirigió al comedor, débilmente alumbrado por una lamparilla, que hacia mucho tiempo dejaba allí encendida Doña Antonia.

Al acercarse Mateo á la ventana, esta se abrió con violencia, y un hombre apareció en ella.

El indiano se echó la escopeta á la cara; pero no tuvo

tiempo para disparar: el arma cayó de sus manos rota de un pistoletazo disparado por el ladron.

Este último se lanzó dentro seguido de otros tres. Arrójáronse todos sobre Mateo, le derribaron, le taparon la boca con un pañuelo y le ataron de piés y manos.

Aquellos hombres pasaron en seguida al cuarto del cura y despues al del ama, y repitieron la misma operacion. Luego se apoderaron del dinero y de las alhajas de algun valor. Tan bien conocian la casa, que acertaron sin titubear hasta con lo mas oculto. Inmediatamente huyeron por la puerta principal, porque iban demasiado cargados para huir por la ventana por donde habian entrado.

Pero hé aquí que algunos vecinos de Güeñes habian oido el tiro disparado por el ladron, y acudian, escopeta en mano, por el nocedal en el momento en que salian los ladrones.

— ¡Alto! gritaron; pero los ladrones desaparecieron entre los nogales.

Los vecinos hicieron fuego, y cayó levemente herido uno de los malhechores, precisamente el que llevaba objetos de menos valor.

Los otros atravesaron el Cadagua, y protegidos por la oscuridad se internaron en los sombríos castañares de la Jara.

VI.

Seis meses despues de los sucesos referidos en el capítulo anterior, el señor cura y su sobrino salieron de casa y tomaron la cuesta de Echederra.

En vez de llevar la escopeta al hombro, como en otro tiempo, llevaban gruesos bastones en la mano. Privado de este apoyo, Mateo, sobre todo, no hubiera podido dar un paso sin caer.

El señor cura, en otro tiempo tan grueso, tan colorado como una manzana, y siempre con la sonrisa en los labios, estaba casi desconocido. Su cabello habia encanecido mucho, su cara estaba arrugada y pálida, y la tristeza de su alma

se reflejaba en sus palabras como en sus facciones. Preciso era que el digno sacerdote hubiese padecido mucho para haberse verificado tal trasformacion en él.

Tambien Mateo era apénas la sombra de lo que habia sido: la palidez de su rostro y la demacracion de su cuerpo, eran espantosas. Hubiérasele tomado por uno de esos desventurados jóvenes que en la flor de su edad se ven consumidos por una lenta calentura, y de quienes el vulgo se aparta en la absurda creencia de que la tísis es enfermedad contagiosa.

El pobre cura, que necesitaba apoyo y consuelo, se veia obligado á apoyar y consolar á su sobrino. Los que tienen una alma tan generosa y tan buena como aquel santo ministro del Señor, olvidan sus propias necesidades en presencia de las ajenas.

— ¡Vamos, Mateo, ánimo! decia á su sobrino. La tarde es deliciosa, por todas partes brotan hojas y flores, y un pájaro canta en cada rama. Es menester que te distraigas. ¿Qué va á que dentro de quince dias estás completamente restablecido?

— ¡Ay, tio, respondió Mateo, la naturaleza sonríe, pero mi alma llora!

— Hombre, lo pasado, pasado. Lo que necesitas ahora es distraerte, recobrar la salud y tratar de ganar el terreno perdido. A Dios gracias, eres aun jóven y..... te casarás y viviremos todos en la gloria. ¡Qué! ¿no te sientes con ánimo para tirar hasta Echederra?

— Dudo, tio, que pueda llegar hasta allá, á pesar de tanto como lo deseo.

— Pues tienes que sacar fuerzas de flaqueza, porque la pobre Juana no tiene mas que nosotros á quien volver los ojos, y no debemos dejarla entregada por completo á la crueldad y tiranía de su hermano.

— ¡Su hermano! ¡Ah, tio! ya que en la tierra no hay justicia que castigue á tales monstruos, ¿dónde está la justicia de Dios que no los confunde?

— ¡Mateo! Dios es justo y toma siempre en cuenta así el mal como el bien que los hombres hacen. Bautista ha

llevado á sus padres á la sepultura á fuerza de disgustos, y no dudes que tarde ó temprano encontrará su merecido.

Conversando así tio y sobrino, subieron poco á poco la cuesta que media entre el valle y Echederra.

Al llegar bajo los cerezos, Juana se asomó casualmente á la ventana, y apénas los vió, salió á su encuentro loca de alegría.

La povre jóven llevaba luto..... ¡luto en el cuerpo y luto en el alma!

Instó á los recien llegados á que entrasen en la casa; pero ellos prefirieron sentarse á la puerta en un poyo de piedra, porque estaban harto fatigados para subir la escalera. Ademas aquel sitio ofrecia vistas magníficas, pues desde allí se descubria todo el valle y los montes situados al otro lado del Cadagua, donde se alzaba como un negro espectro la torre de la Jara.

— ¿Y Bautista? preguntó D. José.

— Ha ido á Avellaneda, respondió Juana.

Conviene saber que en la época en que pasaron los sucesos que voy contando, Avellaneda, aldea del concejo de Sopuerta, limítrofe con Güeñes, era la residencia de un Teniente Corregidor de Vizcaya y cabeza de las Encartaciones.

— Estamos, dijo el cura, en tiempo de la siembra de la borona, y no habeis layado aun un celemin de tierra. ¿Es posible que tu hermano abandone así la labranza?

— ¡Ay Sr. D. José! no sé á qué atribuir semejante abandono. Dos ó tres veces hemos sido Bautista y yo citados á Avellaneda para declarar en la causa que se sigue al carbonero preso á consecuencia del robo hecho en casa de ustedes, y despues el Teniente no ha vuelto á acordarse de nosotros! Sin embargo, mi hermano va casi todos los dias á Avellaneda. Hace una porcion de tiempo que todo lo que pasa aquí es un misterio impenetrable, y me temo que este misterio tenga relacion con la muerte de mis padres..... ¡Padres de mi alma!

Juana se echó á llorar sin consuelo.

— Vamos, Juanita, ¿á qué vienen esas lágrimas? dijo el

cura. La resignacion es uno de los primeros deberes del cristiano. La vida de tus padres era de Dios, y Dios ha dispuesto de ella. ¿Debemos quejarnos de lo que Dios hace? Esplícanos, si puedes, qué especie de misterio ves en la muerte de tus padres.

— Hacia algunos meses que mi hermano se encerraba en su cuarto con un hombre de mala traza, que venia á casa de noche. Estas visitas no admiraban ménos á mis padres que á mí. Una noche que mi padre se habia acostado ya, le vi levantarse y acercarse de puntillas á la puerta del cuarto donde mi hermano estaba, como noches atras, encerrado con el desconocido. Volvió á la cama, y un momento despues oí sollozar á mi padre y á mi madre. A la mañana siguiente mis padres se levantaron como si hubiesen pasado una grave enfermedad, y desde aquel dia su salud se alteró de tal modo, que mi madre murió al cabo de tres meses, y mi padre á los cuatro.

— ¡Es cosa muy singular! esclamaron D. José y Mateo.

— Tio, añadió este último, tengo una horrible sospecha.....

— Mateo, no pensemos mal de nadie. Lo que sospechas seria el colmo de la iniquidad y la ingratitud!

Juana no comprendió el sentido de estas palabras.

— ¿Pero cómo se porta ahora tu hermano contigo? le preguntó Mateo.

— Nunca veo la sonrisa en sus labios, nunca me dirige una palabra cariñosa, y algunas veces me pega.

— ¡Infame! esclamaron el cura y su sobrino llenos de indignacion.

— Yo le veré y le diré lo que se merece, anadió el primero.

— No, no, por el amor de Dios, no le digan ustedes nada, esclamó Juana aterrada, porque seria capaz de matarme, pues ya me las ha jurado si me quejo á ustedes ó á cualquiera otra persona del mal trato que me da.

— Bien, dijo el cura, sufre con resignacion algunos dias mas. Dios acabará de dar la salud á Mateo, y entónces mi sobrino arrancará á la víctima de manos del verdugo.

— Por Dios, no hablemos mas de esto, que ya viene mi hermano.

En efecto, Bautista asomaba por un altillo, situado á tiro de piedra de la casería.

Todos callaron hasta que llegó Bautista.

VII.

Al ver á D. José y al indiano, Bautista pareció sorprenderse ó sobresaltarse un poco, porque temia sin duda que le reconviniesen como merecia su conducta; pero procuró dominar su turbacion y saludó con bastante desenfado.

— ¿De dónde vienes, Bautista? le preguntó el cura.

— Vengo, respondió el jóven, turbándose nuevamente, de los Somos, á donde he ido á ver si Miguel el cestero me ha concluido un par de cestas que le encargué hace dias.

— Mucho tiempo has empleado de aquí á casa de Miguel, para haber apenas un cuarto de legua.

— Es que..... Miguel se ha empeñado en que me quedara á comer con él.

El cura y su sobrino, escesivamente crédulos, como suelen serlo las personas honradas, creyeron que Juana se habia equivocado.

Y no dudaron ya que Bautista venia de los Somos y no de Avellaneda.

— ¿Pero es posible, Bautista, continuó el señor cura, que descuides la hacienda hasta el estremo de no haber vuelto un terron, cuando ya todos los vecinos van concluyendo la siembra? ¿Qué es lo que piensas, Bautista?

— Pienso no sembrar.

— ¡Será posible! esclamaron el cura y su sobrino. Abandonar así.....

— Voy á vender la casa y la hacienda para irme con mi hermana á vivir á Bilbao. Con lo que nos valgan esos miserables terrones pondremos una tienda, porque aquí, por mas que uno reviente, no gana para comer borrona y nabos.

— ¡Vender la casa y la hacienda! esclamó el cura tan

indignado como Juana y Mateo, al saber semejante proyecto. Es imposible, Bautista, es imposible que reniegues de tu familia hasta el estremo de vender la casa en que nacieron y vivieron tus antepasados; en que nacieron, vivieron y murieron tus padres; en que naciste tú..... Bautista, ó te chanceas ó te has vuelto loco.

— Ni me he vuelto loco, ni me chanceo, replicó Bautista con tono insolente. Estraño mucho que se metan ustedes en camisa de once varas. Soy el hermano mayor, y puedo hacer de la casa y la hacienda lo que me dé la gana.

— La casa y la hacienda pertenecen tambien á tus hermanos.

— En dándoles los quinientos ducados de dote que le tocan á cada uno, estamos en paz. Mañana mismo, que es domingo, voy á poner en el pórtico de la iglesia el anuncio de venta.

— ¡Qué picardía! ¡qué infamia! esclamaron el cura y Mateo, en tanto que Juana se deshacia en lágrimas sin atreverse á despegar los labios.

— Lo dicho, dicho; haré lo que se me antoje, repitió Bautista cada vez con mas insolencia. Métanse ustedes en sus negocios y no en los del vecino, que cuidados ajenos matan el asno.

El cura se disponia á responder; pero Bautista le volvió la espalda, y se entró en la casa cantando:

En mi casa hay un libro,
dice la letra:
en cuidados ajenos
nadie se meta.

— Juana, dijo el cura, deja á ese monstruo; vente con nosotros, y no le vuelvas á mirar á la cara.

— ¡Ay! no me atrevo, contestó Juana, no me atrevo, porque seria capaz de matarme.

— ¡Juana! ¡Juana! gritó Bautista desde el interior de la casa, nada se te ha perdido ahí.

— No le hagas caso, vente con nosotros, dijeron el cura y Mateo á la pobre muchacha, procurando detenerla.

— No, no, porque nos mataria á los tres ántes que nos alejásemos cien pasos, si viese que yo me iba con ustedes. Adios, adios, tengo que obedecerle, porque si no ¡pobre de mí!

Y se apresuró á subir la escalera.

El señor cura y el indiano tomaron el camino de Güeñes, en silencio y con los ojos arrasados en lágrimas.

A mediados de la cuesta, en un torco, donde el camino de Echederra formaba crucijada con el de los Somos, se detuvieron á descansar.

Las campanas de santa María tocaban á la oracion, y el anciano y el jóven se descubrieron la cabeza y rezaron las tres Ave-Marías.

— No dude usted, señor tio, dijo Mateo cuando acabaron de rezar, que Bautista venderá la casa paterna. Es necesario que la casería de Echederra continúe perteneciendo á la familia que la ha poseido siempre. Yo emplearé en ella el escaso capital que me dejaron los ladrones, y cuando vuelva Ignacio, si Dios quiere que vuelva, podré decirle, venga pobre ó venga rico: «Ahí tienes el hogar de tus padres, que tu hermano quiso arrebatarte por medio de una sacrílega venta. Si el Señor permite que Juana y yo nos unamos, viviremos en Echederra hasta que Ignacio vuelva, y el sudor de nuestra frente fertilizará esas tierras que hoy están abandonadas é incultas.

— Bien, Mateo, bien! esclamó el cura, enternecido y echando los brazos al cuello de su sobrino. Tienes el alma mas noble de este mundo!

— ¿No es Miguel el cestero aquel que viene por allá abajo? dijo Mateo señalando hácia el pié de la colina.

— Justamente! respondió D. José. Y no tiene trazas de venir de los Somos, donde debia estar, á juzgar por lo que nos ha dicho Bautista.

Miguel, que venia á caballo en una mula, llegó poco despues al torco.

— Buenas tardes, ó mejor dicho, buenas noches Sr. D. José y la compañía, dijo Miguel deteniendo la mula.

— ¡Hola, Miguel! ¿De dónde se viene por ahí?

— Vengo de Bilbao de vender unos cuantos cestos.

— ¿Y qué tal ha ido?

— No hemos hecho negocio, Sr. D. José, porque he tenido que estar por allá dos dias, y al cabo he vendido los cestos por un pedazo de pan. ¿Y qué habia do hacer? Los tiempos están muy malos; y con la caballería se gasta uno un sentido en Bilbao. Luego me ha dado Dios un genio tan pícaro, que soy hombre perdido si estoy un par de dias sin ver á la mujer y los chichos. ¿Qué quiere usted, Sr. D. José? como dijo el otro, genio y figura hasta la sepultura. Ello sí, la mujer y los hijos le dan á uno guerra; pero..... qué caramba, tienen un ganchillo que le arrastra á uno hácia casa aunque uno no quiera. Y ustedes vienen de dar un paseito, no es verdad? Muy bien hecho! así irá tomando fuerzas el señor don Mateo.

— Sí, nos hemos llegado como quien no quiere hasta Echederra.

— Hola, hola! que ha sido una caminata mas que regular. Y qué me dicen ustedes de aquella gente? Han sabido algo de Ignacio? Hace ya un siglo que no veo á Bautista ni á Juana.

— No, no han sabido nada.

— Si Ignacio estuviera en Echederra, un poco mejor andaria allí la cosa. El tal Bautista es el mas holgazan que ha nacido de madre. Y si no, que se lo pregunten á su hacienda. Ah! si Martin y Mari, que Dios hayan, levantaran la cabeza y vieran como está su casa, se solvian á morir de pesadumbre.

— ¿No sabes que Bautista piensa vender la casa y la hacienda?

— En el nombre del Padre y del Hijo!..... Qué me dice usted, Sr. D. José! esclamó Miguel santiguándose.

— Lo que oyes.

— Bah! no se puede creer semejante locura! Es posible que haya quien tenga valor para vender como quien dice, el escaño en que se sentaron sus abuelos, sus bisabuelos, todos sus antepasados! Por todo el oro del mundo no venderia yo mi casa ni mi hacienda. ¿Puede haber mas gloria que

poder uno decir todos los dias: este árbol le plantó mi padre, este otro le plantó mi abuelo, aquí jugábamos mis hermanos y yo cuando éramos chicos; aquí se sentaba mi madre; aquí..... en fin mil cosas que uno no puede esplicar? Qué pícaro de Bautista! Si Ignacio, que es tan buen muchacho, supiera lo que pasa, se plantaba en Echederra de un brinco y no permitia semejante barbaridad. Ya le ajustaria él las cuentas á ese bala de Bautista!.....

— Pues para evitar que el pobre Ignacio se encuentre sin la casa donde nació, trata este de comprarla.

— Bien hecho! Ya, ya lo entiendo, Sr. D. José, dijo Miguel con una sonrisa de satisfaccion. ¿Con que segun eso, el Sr. D. Mateo se casa al cabo con Juana? Le doy la enhorabuena como soy Miguel. La chica vale mas oro que pesa. Como que ha salido pintada á la pobre Mari..... Y qué vida le da el herejo de su hermano!..... Válgame Dios, Sr. D. José, qué cosas se ven en este pícaro mundo!

— Pero como Mateo, á pesar del robo pasa por rico, Bautista querrá hacerle pagar el antojo.....

— Tiene usted razon, Sr. D. José..... Y que no es avaro el tal Bautista!

— Pues bien: para evitarlo, nos vas á hacer tú un favor.

— Con el alma y vida, Sr. D. José. Díganme ustedes cómo puedo servirlos.

— Comprando, como que es para tí, la casería de Echederra.

— No diga usted mas. Serán ustedes servidos. Mañana, si Dios quiere, de paso que bajo á misa, arreglaremos nuestro plan.

— Gracias, Miguel.

— Qué gracias, ni qué..... Las gracias son para las amas..... Perdone usted, Sr. D. José, que iba á decir una barbaridad. Con que ea, buenas noches. ¿Quieren ustedes algo para los Somos?

— Memorias á tu mujer.

— Las agradecerá mucho. Dénselas ustedes de mi parte á Doña Antonia.

— Y le añadiremos que mañana te prepare unas magras y un jarro de chacolí.

— Je, je, no vendrán mal, Sr. D. José. Ea, que siga el alivio del Sr. D. Mateo, y hasta mañana, si Dios quiere.

— Hasta mañana, Miguel.

El cestero siguió su camino, y el cura y Mateo volvieron á emprender el suyo, á la luz de la luna, que brillaba como el sol á medio dia.

VIII.

En una de las calles mas oscuras y solitarias de Bilbao habia una tiendecilla, á donde entraban gentes de aspecto miserable.

Estas gentes iban á dar ó á tomar dinero; pero rara vez á comprar.

Detras del mostrador se veia constantemente á Bautista, contando y recontando dinero, atando y desatando lios de ropa usada, doblando y desdoblando recibos, cuya procedencia y valor conocia, aunque no sabia leer. De cuando en cuando llamaba, desde la puerta de la trastienda, á Juana, que aparecia inmediatamente detras del mostrador, y por órden de su hermano hacia apuntaciones en un libro ó ajustaba con la pluma una cuenta, que Bautista ya habia ajustado por los dedos.

Inspiraban profunda compasion la demacracion y la desnudez de la pobre Juana.

Para ella no habia descanso, ni caricias, ni nada que enjugase las lágrimas que derramaba con frecuencia acordándose de sus padres, de su hermano Ignacio, de quien nada absolutamente sabia, y de Mateo, que aun no se habia restablecido por completo: la recompensa de su trabajo eran la desnudez, el hambre, los insultos y los golpes. Pero sus labios jamas proferian una queja. Bautista, prevaliéndose de su fuerza y de la debilidad de la pobre jóven, habia adquirido tal dominio sobre esta, que la infeliz temblaba al oir su voz: una mirada de aquel hombre le imponia silencio, y

la hacia bajar la cabeza con una mansedumbre y una resignacion que hubieran desarmado á un tigre.

Una noche entró en la tienda de Bautista un hombre de manos y cara tiznadas.

Bautista palideció al verle, y se apresuró á cerrar la tienda, á pesar de que aun no era la hora ordinaria de cerrarla. Luego entornó la puerta de la trastienda, despues de cerciorarse de que su hermana estaba en las habitaciones interiores, y fué á sentarse al lado del recien venido, que se habia sentado casi sin saludar.

— ¿Qué hay de nuevo, Chomin? preguntó al forastero.

— Poca cosa, contestó este: que el pájaro se cansa de la jaula, y dice que si vosotros no le sacais de ella como le ofrecisteis, va á cantar para entretenerse y para algo mas. Miéntras yo le he hecho compañía ha tenido paciencia; pero desde que recobré la libertad, gracias á que pude probar con la declaracion de Jacinta la panadera y otros testigos, que pasé la noche de la *fiesta* cantando al lado de mi oya, el pobre se muere de fastidio, y dice que va á cantar, para que atraidos por su canto vayais á hacerle compañía.

Bautista dió una patada en el suelo profiriendo una obscenidad, y dijo:

— ¿Y por qué se me han de echar á mi todas las cargas, cuando la misma obligacion tenemos todos de sufrirlas?

— Poquito á poco, amigo, que yo he pagado ya mi escote. Para veinte miserables onzas que me disteis, he estado veinte semanas en la casa de pocotrigo, en tanto que vosotros, que, sin contar las alhajas, os calzasteis con mas de doscientas onzas cada uno, no habeis dormido siquiera una siesta en los calabozos de Avellaneda. Los otros han puesto piés en polvorosa, y por consiguiente tú eres el único que corres riesgo de..... tú ya me entiendes, si á fuerza de argumentos amarillos no convences á los señores de justicia de que deben abrir la jaula al pájaro.

— Te juro, Chomin, que no tengo un cuarto.....

— A otro can con ese hueso. Si ganas el oro y el moro prestando dinero al ciento por ciento. Andate con cuidado,

Bautista, que en Güeñes ha comenzado á correr cierto run-run, que no debe agradar mucho á tu oido.

— ¿Y qué me importan á mí las habladurías de los de Güeñes?

— Tú no sabes lo de Rumbana?

— No, ni me importa saberlo.

— ¿Es posible, hombre, cuando no hay en las Encartaciones niño de teta que no sepa lo que le pasó á Rumbana? Te le voy á contar, ya que no lo sabes.

— Chomin, déjate de cuentos que nada tienen que ver conmigo.

— ¡Que no tienen que ver contigo! Oye, oye, compañero, y verás si tiene que ver ó no contigo lo que le pasó á Rumbana. Rumbana era un vecino de Zalla, que durante mucho tiempo se dió una vida de príncipe con el producto en venta de la casa y la hacienda de sus padres. Al fin y al cabo, las amarillas se acabaron, y al pobre Rumbana se le llevaban quinientos mil demonios viendo que se le habia acabado la buena vida. Cavila que cavila para recobrarla, una noche se plantó en Güeñes, metió mano al tesoro de un indiano, y se volvió á Zalla mas contento que unas Pascuas con la nueva provision de peluconas. Por mas vueltas que dió la justicia, no pudo descubrir al autor de aquella hazaña; pero héte que cuando ya nadie hablaba de ella, pobres y ricos, jóvenes y viejos, chicos y grandes, y gordos y flacos, empiezan á cantar:

Rumba Rumbana,
los doblones de Güeñes
rumban en Zalla.

El Teniente de Avellaneda oye la canta, echa los cinco mandamientos al pobre Rumbana, y le hace bailar el bienparado en la horca. Con que, compañero, aplica el cuento, y mira si tiene ó no tiene que ver contigo: mira si el run-run que corre en Güeñes puede ó no llegar á oidos del Teniente. ¡Compañero! tú has dicho: «Aunque tengo dinero, no puedo gastarlo en Güeñes, ni aun en Bilbao, sin que alguien diga: «¿de dónde salen esas misas?» y alguien

conteste: «de casa del cura.» Metámonos á comerciantes, despues de vender la casa y la hacienda, para que se sepa de dónde ha venido el capital, y establezcámonos un poco léjos para que los que me conocen á fondo no metan el cuezo en mis operaciones. ¿No es verdad, compañero, que esto ni mas ni ménos es lo que tú has dicho?

— ¿Pero á qué viene todo eso, Chomin?

— Viene á decir que obraste con mucho talento, y que para obrar tambien con talento esta noche, me debes dar una docenita de onzas, á ver si untando la mano con ellas á los pajareros de Avellaneda abren la jaula del pájaro preso.

— Es imposible, Chomin, te digo que es imposible, porque no las tengo. Y aunque las tuviera, ¿te parece á tí que no he dado ya bastante?

— Compañero, haz lo que te dé la gana. Voy á dar tu contestacion al pájaro enjaulado. Verás cómo canta .....

— ¡Ah! esclamó Bautista en el colmo de la desesperacion; ¡mal rayo de Dios me mate si esto es vivir! ¡Esto es sufrir mil muertes, esto es el infierno en la tierra! Ni duermo, ni descanso..... ¡siempre con sobresaltos, siempre con pesadillas, siempre con el infierno en el alma! Soy el hombre mas desgraciado de este mundo.

Chomin se puso á cantar por lo bajo con una sonrisa irónica:

Tú lo quisiste,
fraile mosten,
tú lo quisiste,
tú te lo ten.

— Con que, compañero, añadió, dáme esas doce oncitas, que si no, canta el pájaro.

Bautista rechinó los dientes, meneó la cabeza, profirió una horrible blasfemia, tiró de un cajon, y sacando seis onzas de oro, las arrojó sobre el mostrador.

— Compañero, dijo Chomin, siempre con el mismo tono burlon, vengan las otras seis.

— No tengo mas.

— El pájaro necesita doce.

Bautista echó una onza mas.

— Vamos, suelta las otras cinco, compañero.

Bautista echó otra onza y otra blasfemia.

— Compañero, ya faltan pocas.

— No tengo mas.

— Compañero, que va á cantar el pájaro.....

Bautista arrojó sobre el mostrador otra onza.

— Daca las tres que faltan.

— Tres centellas que te tumben, y á mí el primero.

— Compañerito, que el pájaro está rabiando por cantar!...

Bautista soltó otra onza y otro juramento.

— Animo, compañero, que ya falta poco.

— ¡No doy mas aunque me desuellen vivo!

— Que el pájaro va á cantar, compañero; que te huele el pescuezo á.....

Bautista soltó otra onza.

— Un esfuercito mas, compañero: ¡ánimo!.....

— No doy mas, aunque me hagan tajadas.

— ¡Que canta el pájaro!.....

— Que cante lo que le dé la gana.

— ¡Miserable! ¿Por una onza vas á consentir que te pongan el corbatin?..... ¿Sabes, compañero, que estarás guapo haciendo volatines con un palmo de lengua fuera?.....

Bautista, ciego de furor, arrojó otra onza, diciendo:

— Toma, y gástala en cuerda para ahorcarme.

— Esos son gastos del verdugo, replicó Chomin con mucha calma, recogiendo la onza. ¡Ea, ábreme la puerta, que voy á Avellaneda á ver si puedo introducir estos cañamones por entre los alambres de la jaula. En seguida me vuelvo á los rebollares de la Arbosa, á ver si haldea una oya que tengo allí encendida; porque como fuisteis tan tacaños para conmigo al hacer las particiones, he tenido que volver á agarrarme al hacha.

Bautista, aparentando tomar la llave de la puerta, tomó un cuchillo, que estaba medio escondido en un estremo del mostrador, y empuñándole con disimulo, dió un paso hácia Chomin:

— Compañero, le dijo este sin abandonar su burlona

sonrisa y amartillando una pistola, que sacó del bolsillo interior de la chaqueta; si no encuentras la llave de la puerta, aquí tengo yo una que abre puertas y ventanas..... en la cabeza ó en el pecho, mejor que ese cuchillo.

Bautista dejó caer el cuchillo al suelo, balbuceando una cobarde disculpa, y apresurándose á abrir la puerta, por la que desapareció Chomin.

Entreabrió en seguida el cajon, y al contemplar el vacío que habian dejado las doce onzas de oro, empezó á blasfemar y á tirarse de los pelos y á llorar como un niño.

Algunos dias despues, el mismo Bautista se hallaba en la tienda, cuando el cartero le entregó una carta, franca de porte, y cuya primera direccion, «Güeñes,» habia sido borrada y sustituida con la de «Bilbao.»

Bautista llamó á Juana, á quien mandó que leyese la carta, lo que la jóven se apresuró á hacer llorando de alegría.

La carta era de Ignacio.

Ignacio, que ya sabia la muerte de sus padres, escribia á sus hermanos anunciándoles su próxima vuelta. Decíales al mismo tiempo que poseia, no la herencia que habia ido á buscar, y que habia reclamado inútilmente, sino una gran fortuna, de que podia disponer á su antojo, porque le pertenecia esclusivamente. Dios habia compensado sus penas, concediéndole en pocos años mas riquezas que adquieren en toda su vida la mayor parte de los españoles que pasan al Nuevo-Mundo: un vizcaino establecido en Méjico, le habia ayudado eficazmente en sus gestiones para arrancar la herencia á los testamentarios de su difunto tio, y habiendo muerto aquel mismo protector sin heredero legítimo, le habia legado todo su capital, con objeto de indemnizarle de la pérdida de sus esperanzas, que entónces era completa.

«Soy rico, decia Ignacio, y mis hermanos participarán de mis riquezas si, como espero, continúan siendo dignos de mi cariño.

La desesperacion de Bautista no tuvo límites.

Si su hermano trajese la herencia que habia ido á buscar, Bautista hubiera podido reclamar la tercera parte que

le correspondia; pero teniendo otra procedencia las riquezas de Ignacio, no tenia derecho á reclamar parte alguna.

Ademas, Bautista veia una amenaza en la carta de su hermano.

Reconociendo que se habia portado indignamente con sus padres y su hermana, y no pudiendo ya adular á los primeros para que justificasen su conducta, aduló á Juana por todos los medios.

Desde aquel dia, la situacion de la pobre muchacha varió completamente. Bautista proporcionó á su hermana criados que la sirviesen; puso á su disposicion ricos trajes; la rodeó de comodidades y cariño; nada, en fin, escaseó para tenerla contenta.

Juana, que no sospechaba las miras interesadas de su hermano, creia que el dedo de Dios habia tocado el corazon de su verdugo; se juzgaba dichosa viendo el cambio de Bautista, y el amor fraternal, que se habia trasformado insensiblemente en odio, iba recobrando poco á poco su antiguo carácter en el corazon de Juana.

Juana comenzaba á amar á Bautista tan tiernamente como amaba á Ignacio.

IX.

Castro-Urdiales es un puerto de mar situado á cuatro leguas de Güeñes y á siete de Bilbao. Hay allí mercado los juéves y los domingos, y á él acuden las panaderas de Güeñes, Zalla, Sopuerta y otros concejos de las Encartaciones.

Un domingo, á cosa de las diez de la mañana, se dirigió á la plaza de Castro-Urdiales un jóven que acababa de desembarcar en el muelle denominado el Sable.

Detúvose cerca de los puestos de pan, y acercándose á una panadera, la dijo con tono familiar y alegre:

— ¿Qué tal va la venta, rabuda de Güeñes?

La panadera le miró sorprendida sin que pareciera picarse por el calificativo de rabuda con que en Vizcaya se

tienta la paciencia á los de Güeñes, del mismo modo que con el de brujos á los de Zalla, y el de hechiceros ó *legadores* á los de Galdames.

— O tengo cataratas, dijo, ó usted es..... Pero, ¡ca! aquel no era tan buen mozo!.....

— ¡Calla! ¿con que no me conoce ya la buena de Jacinta?

— ¡Vírgen santísima! esclamó la panadera, abriendo sus brazos al jóven. ¡Ignacio!!

Y la aldeana y el jóven se abrazaron con efusion.

— Jacinta, preguntaron las otras panaderas, ¿es pariente de usted ese caballero?

— No lo es, no, pero le quiero como si fuera hijo mio, contestó Jacinta llorando de alegría y reventando de orgullo. Yo fuí la primera que le dió de mamar. ¡Qué hermoso estás, hijo! ¡Cómo has crecido! ¡Ah, si tu madre levantara la cabeza! ¡Cómo te queria la pobre Mari, que esté en gloria! Muchas veces la decia yo: «Pero mujer, ese hijo te va á volver á tí chocha!» Y el señor cura me decia: «Déjala, Jacinta, que Ignacio es su Benjamin.» Qué dolor, qué dolor, hijo, haber dejado la familia tan unida y tan buena, y encontrar ahora á unos muertos, y á las otros, Dios sabe dónde!

— ¡Qué me dice usted Jacinta! ¿No están mis hermanos en Echederra?

— ¡Qué! ¿no sabes que aquel hereje de Bautista vendió la casa y la hacienda á Miguel el cestero, y se fué á Bilbao con tu hermana?

— ¡Dios mio! esclamó Ignacio aterrado. ¡Con que mi hermano ha vendido la casa!

— Lo que oyes, hijo. ¡Si aquel no tiene entrañas! ¡si no tiene ley á la camisa que lleva puesta! Como que mató á disgustos á su padre y á su madre.

Ignacio, cuyos ojos se arrasaban en lágrimas, quiso mudar de conversacion.

— ¿Y cómo están el señor cura y los de su casa?

— Así, así, hijo. El señor cura ha envejecido mucho; el indiano se hirió con la escopeta yendo de caza, y aun no está del todo bueno..... Por eso no se ha casado

todavía con tu hermana; porque, lo que él dice, para qué me he de casar con esa pobre muchacha, esponiéndola á quedar viuda y pobre en lo mejor de su edad! La que va tirando mejor es Doña Antonia; y eso que la pobre ha pasado la pena negra con tantas desgracias; porque tiene mucha ley á la casa..... Es lo que se llama una buena señora. Teniéndolo ella, no lo pasará mal ninguna vecina. ¡Y si supieras cuánto te quiere, hijo! Siempre está con Ignacio á vueltas. Pero, ¿cómo te ha 'ido en las Indias, hijo?

— En las Indias muy bien; pero muy mal en el mar. El barco que traia todo mi caudal se ha perdido, y con él toda mi fortuna; de modo que vuelvo tan pobre como fuí.

— ¡Ay qué dolor, hijo! Pero qué caramba, has salvado el pellejo, y eso es lo principal. Anda, no te apures por eso, que, como dijo el otro, nunca falta un pedazo de pan habiendo salud. Con que, nos iremos juntos á Güeñes, no es verdad? He traido dos caballerías, y nos iremos tan campantes cada uno en la nuestra.....

— Gracias, Jacinta; pero me voy á embarcar para Bilbao, ya que mis hermanos están allí. Quiero verlos ántes de ir á Güeñes.

— Haces bien, hijo, haces bien; porque, como dijo el otro, aquel á quien no le tiran los suyos no le puede ayudar Dios. Es verdad que Bautista es un descastado; pero al fin es tu hermano, y la sangre siempre tira. Válgame Dios, hijo, ¡qué ha de haber siempre un Judas en las casas!..... Figúrate tú si Juana se alegrará de verte. ¡Qué poco se parece aquella á tu hermano! Es el vivo retrato de tu madre, que esté en gloria. Siempre trabajando en el arreglo de su casita..... ¡Y qué manos tiene para todo!

Jacinta tuvo que interrumpir su sempiterna charla para despachar pan á un marinero que se acercó á su canasta.

— Con que, hijo, ¿mandas algo para Güeñes?

— Memorias á su familia de usted y á todos, que no tardaremos en vernos por allá.

A la mañana siguiente, muy temprano, Ignacio se embarcó de nuevo en un quechemarin que salia para Bilbao, donde desembarcó algunas horas despues.

Juana y Bautista estaban en la tienda, cuando Ignacio apareció á la puerta de la misma.

Los tres exhalaron un grito de alegría, y se confundieron en un solo abrazo.

Es imposible pintar los estremos que Bautista hizo para demostrar á Ignacio su alegría y su cariño, y es mas imposible aun dar una idea de la dicha que inundaba el corazon de Juana y el de Ignacio.

Pasadas las primeras efusiones del cariño fraternal, Ignacio refirió á sus hermanas las vicisitudes de su viaje, y concluyó por decirles lo que habia dicho á Jacinta: que se veia reducido á la miseria, que sus riquezas habian sido tragadas por el mar con el buque que las conducia.

Bautista y Juana apoyaban su brazo en el cuello del indiano miéntras este hablaba; pero al oir el primero que su hermano volvia tan pobre como fué, se alejó de él, como si Ignacio hubiese dicho que venia contagiado de la peste. Juana, por el contrario, le estrechó contra su corazon; por una mirada de Bautista, una de aquellas miradas que hacia mucho tiempo dominaban su voluntad y llenaban su corazon de miedo, puso término á sus tiernas efusiones.

— ¡Ignacio! dijo Bautista, bastantes sacrificios he hecho por nuestra familia desde que te fuiste, y no me creo obligado á hacer mas. Si eres pobre, yo tambien lo soy. Trabaja para ganar el pan, que lo mas que yo puede hacer es trabajar para ganar el mio y el de Juana.

— ¡Es decir que me cierras la puerta de tu casa! esclamó Ignacio con el corazon lleno de amargura. Pues bien, Bautista, si me arrojas de tu hogar, yo buscaré otro; yo rescataré el de nuestros padres, sacrílegamente vendido por tí, y viviré en él con mis recuerdos y mi miseria..... ó mi riqueza.

Y al decir estas palabras se alejó, dejando á Juana anegada en llanto.

— ¡El último desengaño, esclamó al salir. Tambien ella abandona á su hermano!

Al salir de Bilbao tomó el camino de Güeñes.

Al llegar á Alvia se detuvo para tomar aliento y contemplar el hermoso paisaje que se ofrecia á su vista.

Allá, en el valle del Nervion, se destacaban las torres de Bilbao, y la insigne basílica de Santiago alzaba á Dios, con la sonora voz de sus campanas, un canto de regocijo.

A Ignacio le pareció que aquellas campanas doblaban por las esperanzas de felicidad y amor que acababan de morir en su pecho.

Así que descansó un poco, Ignacio continuó su camino, abatido, triste, desconsolado, con la desesperacion en el alma.

Pasó el puente de Castrejana, construido, como otros muchos, por el diablo, segun la creencia popular, y al cabo llegó á Sodupe, es decir, entró en el valle nativo.

¡Ah, Dios mio, qué dulce debe ser, despues de una larga ausencia, contemplar el valle en que uno nació!

Ignacio trepó á la cúspide de una colina que se alzaba cerca del camino, y desde allí descubrió la casería de Echederra, la casa en que habia nacido, semejante á una blanca paloma posada en una mata de rosales.

En aquella casa no le esperaba ya una madre desconsolada con su ausencia! Al llegar al campo de los cerezos, ningun grito de alegría le saludaria en aquellas ventanas, ni una madre, ni un padre, ni una hermana, ni un hermano saldrian por aquella puerta á recibirle con los brazos abiertos; que el hogar de sus mayores estaba ocupado por estraños, y ni aun le seria permitido penetrar en él una vez para refrescar su corazon con los recuerdos de la infancia!

— Dios mio! esclamó el pobre jóven, por qué no me han dado sepultura las ondas del océano!

Apartó del valle natal sus ojos, anegados en lágrimas, y dirigiéndolos al lado opuesto, lanzó un grito de alegría, se precipitó al camino y recibió en sus brazos á una pobre

jóven que se dirigia á él con ansia de ceñirle con los suyos.

Aquella jóven era Juana, era la hermana de su alma!

— ¡Ignacio!..... ¡Ignacio! esclamó la pobre muchacha: quiero participar de tu pobreza, quiero vivir á tu lado, cualquiera que sea tu suerte! Fuí débil; pero apénas te alejaste, me avergoncé de mi debilidad y mi cobardía; pensé en tu soledad y tu afliccion, y tuve valor para huir de nuestro hermano. Ay Ignacio! con cuánta razon decia nuestro padre que Bautista tenia mal corazon!..... Bautista es rico, y te abandona porque eres pobre!.....

— No, hermana mia, esclamó Ignacio, loco de placer, loco de felicidad, loco de amor: no soy pobre conservando tu cariño. Tu cariño era lo único que me faltaba, porque soy rico, tengo una fortuna inmensa, que he querido ocultaros para saber si el amor de mis hermanos era desinteresado. La felicidad nos espera allí!

E Ignacio indicó con la mano la casa natal, y ambos hermanos continuaron su camino asidos amorosamente del brazo, en tanto que las campanas de santa María de Güeñes tocaban á la oracion.

X.

Quince dias despues de la vuelta de Ignacio á Güeñes, se agolpaba un gentío inmenso al valle, y el tamboril sonaba al compas de las campanas en el campo que rodea la iglesia de santa María. Celebrábase la romería de la santa patrona, y acudian á ella los habitantes de las aldeas comarcanas.

Jacinta la panadera salia de la iglesia con su mantilla de franela y su vestido de estameña de Toledo, alegre como una pascua, y aseada como todas las aldeanas del nobilísimo y leal Señorío.

Como encontrase al paso á una de sus vecinas, se paró á charlar con ella; porque ya sabemos que, á Dios gracias, Jacinta no era muda.

— ¿Vas á la iglesia, Agustina?

— Sí, voy á ver á los novios.

— Ay hija, ella está como un serafin, y él como un ángel del cielo!

— ¿Y quiénes son los padrinos?

— Mujer, ¿quiénes quieres que sean? Doña Antonia é Ignacio, ó mas bien D. Ignacio, porque siendo el mas rico de Güeñes, es menester darle el *don*, aunque él ni siquiera el *usted* admite. Qué grandísimo pícaro como me engañó en Castro!

— Hija, que Dios los haga muy felices, porque se lo merecen, mejorando lo presente.

— Mira tú si los hará! Hasta el señor cura se ha remozado, y en quince dias ha recobrado aquellos colores de rosa que le han hecho siempre tan hermosote.

— Tú que eres medio de la casa, podrás contarme algo de la boda.

— Vaya si puedo! Como que estoy convidada á ella. ¡Para que Ignacio olvidara en tan gran dia á la primera que le dió de mamar! Pues hija, lo primero que hizo al llegar á Güeñes, fué ir á casa del señor cura y decir: — Yo soy rico; pero necesito un padre, una madre y un hermano. Que se case mi hermana con Mateo, y usted, Sr. D. José, será mi padre, usted Doña Antonia mi madre y tú, Mateo, mi hermano. Las riquezas de los hijos pertenecen tambien al padre y á la madre, y las de los hermanos á los hermanos..... Con que ya lo saben ustedes: mis riquezas pertenecerán á mis padres y mis hermanos. En primavera y verano viviremos en Echederra, y en invierno aquí.» Hija, apénas dijo esto Ignacio, se abrazaron todos, llorando como chiquillos..... Pero calla, ya salen los novios de la iglesia. Corramos allá, que da gloria de Dios el verlos.

Jacinta y Agustina echaron á correr hácia la puerta de la iglesia.

En efecto, Juana y Mateo acababan de ser unidos para siempre por D. José.

Los novios, los padrinos y el señor cura se dirigieron hácia la morada de este último, seguidos de un gentío in-

menso, que los bendecia con lágrimas en los ojos, y del tamborilero, que los festejaba con la marcha del santo hidalgo de Loyola.

Tambien Jacinta y Agustina los siguieron, sin cesar de charlar.

— Qué dolor, hija, decia la primera, que Dios no dé hoy una horita de vida á Martin y á Mari, que en paz descansen!

— Tienes razon, mujer! Hoy es dia feliz para todo Güeñes!

— Como que son una bendicion de Dios las limosnas que Ignacio ha repartido á los pobres. Y se ha dejado decir que miéntras tenga él una peseta, nadie se quedará sin comer en Güeñes. Con que ya ves tú si es para todos una dicha el que haya venido rico. Y ademas, hija, ¡la gente que ocupa en Echederra!. ...

— Qué! está haciendo allí obras?

— Todo lo que se diga es poco, mujer. Está haciendo jardines, fuentes, palomares, un palacio.....

— Un palacio!.....

— Sí, hija, un palacio mas grande que la iglesia. Figúrate que la casa vieja queda dentro de él enterita, porque Ignacio no quiere que se la toque..... Pero calla! Por qué corre la gente hácia la calzada? Vamos á ver qué es.

Y las dos vecinas echaron á correr.

Lo que llamaba la atencion de los concurrentes á la romería, era un jóven, que fuertemente atado codo con codo conducian cuatro miqueletes, sin duda á la cárcel de Avellaneda.

— Qué es lo que veo, hija! esclamó Jacinta admirada. Es Bautista!

— Justo, él es!

— Ay hija, qué razon tenia la pobre Mari, que esté en gloria, cuando decia que Bautista habia de acabar en un presidio!

Bautista quiso detenerse para hablar á Miguel el cestero,

que estaba asomado al balcon de casa del señor cura; pero los miqueletes le dieron un culatazo en la espalda y siguieron con él Cadagua arriba.

El pájaro habia cantado!

FIN DEL JUDAS DE LA CASA.

JUAN PALOMO.

JUAN PALOMO.

I.

Ha trascurrido un año desde que se escribieron los cuentos que anteceden.

Su autor, que vagaba en Madrid hacia veinte, como pájaro sin nido, suspirando por un hogar que pudiera llamar suyo, tiene ya hogar y familia, gracias á tí, Dios mio, que le has dado una dulce compañera con quien compartir sus alegrías y sus tristezas en esta larga jornada de la vida, que sigue con el cansancio en el cuerpo y la resignacion en el alma!

¡Señor! al entrar en el seno de la familia, mis primeras palabras deben ser para bendecirla, y hé aquí que una bendicion á la familia es el cuento que empiezo á contar á aquella de quien, sentado bajo los nogales que sombrean la casa de mis padres, espero decir un dia al pasajero, como el hijo de Teresa: — «Hé ahí la santa madre de mis hijos.»

II.

Entre los recuerdos que traje, amor mio, de mi valle natal, y que por espacio de veinte años de trabajos y penas he conservado ungidos con el perfume de la inocencia con que salieron de aquellas queridas montañas, habia muchos

cuya custodia he confiado ya al LIBRO DE LOS CANTARES y á los CUENTOS DE COLOR DE ROSA; pero son tantos los que guardo aun en mi corazon, que con decir á este — «¡Corazon mio, devuélveme el tesoro que te confié cuando por última vez volví desconsolado los ojos al hogar de mis padres!» —, tengo todo cuanto necesito para cautivar tu atencion y conmover tu alma enamorada y buena.

¿Ves esos montes que se alzan al septentrion, coronados casi siempre de nieve? Pues remontémonos con el pensamiento mas alto, mas alto, mucho mas alto que esos montes, hasta que descubramos un rinconcito del mundo, que lleva el nombre de las Encartaciones, y en ese rinconcito descubramos otro infinitamente mas pequeño, que lleva el nombre de Cabia.

Cabia, que en el idioma vascongado significa nido, es propiamente un nido formado de ramas y flores, que cobija diez ó doce casas, blancas como la nieve, y una modesta iglesia del mismo color, dedicada al santo de mi nombre.

Un angosto valle corre por espacio de una legua entre dos cordilleras de elevadas montañas, y va á morir en el mar.

En la falda de las montañas de oriente forman una especie de escalon dos colinas paralelas, separadas solo por una angosta cañada.

En el pórtico de la iglesia parroquial de Cabia hay una escalerilla de piedra, cuyo primer escalon, compuesto de un solo sillar, se quebrantó ha muchos años con las lluvias que le reblandecian, quedando en medio de sus dos trozos una honda canal, por donde se precipita el agua cuando Dios levanta las compuertas del cielo.

Así se dividió, trabajado por las aguas, el escalon que en otro tiempo daba acceso á las cumbres del oriente de Cabia, y así se precipitan ahora las aguas por la profunda y ancha canal abierta entre los dos fragmentos del escalon.

El regato baja por entre las dos colinas, quejándose en alta voz de la escabrosidad del camino, y corriendo como la piedra soltada en la cúspide del pico Cinto ó Colisa, persuadido de que el mal camino debe pasarse pronto; pero al llegar al tobillo de las colinas, empiezan á disminuir sus mur-

muraciones y sus rabiosos espumarajos, que cuando llega al pié han cesado casi por completo.

Al pié de las colinas, el regato no murmura, que sonríe placenteramente, porque allí encuentra nogales y cerezos á cuya sombra descansa de sus fatigas, labios frescos y sonrosados que le besan, y hermosos huertos perfumados con la flor de los frutales, á donde va á dar un paseo para distraerse y recibir las ovaciones de melocotoneros y manzanos que le arrojan á puñados sus flores.

La colina del sur levanta el pié derecho, y la del norte el izquierdo para proteger constantemente por ambos costados á la aldeita de Cabia; y Cabia, así protegida, vive contenta, y tranquila y feliz, olvidada de los hombres, pero recordada de Dios, que es lo que á ella le importa.

Las diez ó doce casas de Cabia están agrupadas sin órden en un espacio de cuatrocientos pasos, dominándolas la iglesia, donde los moradores de la aldea encuentran el dia festivo sus mayores delicias.

La aldea tiene al norte un regato, que corre bajo una enramada de avellanos y parras monchinas, y al mediodía una fuente, que brota caudalosa, y cristalina y fresca al pié de un corpulento castaño, cuya edad pasa de un siglo, pues Juancho, que tiene mas de ochenta años, dice que ya en su tiempo se escondian los mozos de la aldea en el hueco tronco de aquel mismo castaño para sorprender á sus novias miéntras estas llenaban la herrada en la fuente, y plantarles un par de abrazos como un par de soles.

La casa de D. Juan de Urrutia, por mal nombre Juan Palomo, el casero mas acomodado de Cabia, está situada en el campo de la iglesia. Es un edificio antiquísimo: sobre su puerta campea un escudo de piedra areniza, y en una de sus esquinas se halla incrustado un cuadrante de la misma materia, que presta grandes servicios al vecindario, pues este, á no ser por él, nunca sabria en qué hora vive. Sobre la puerta, y por consiguiente sobre el escudo, hay un espacioso balcon de madera, y sobre el balcon se estiende el pomposo ramaje de dos parras tetonas, que suben de lo que allí se

llama zaguan, haciendo repetidas eses, vicio que tiene un no sé qué de familia.

Al estremo opuesto del mismo campo de la iglesia, poblado todo él de nogales, cerezos y otros frutales, ménos un corto espacio que sirve de era comun á la aldea, está la casa de Antonio de Molinar, formando singular contraste, por su modestia, con la del otro lado del campo. A la izquierda de la puerta tiene un horno, con su teja vana, que cobija un monton de leña, un carro y varias herramientas de labranza, entre ellas un arado, un rastro y un tragaz; y á la derecha hay un hermoso cerezo, cuyas ramas ocultan casi toda la fachada del edificio. El piso principal de este sirve de habitacion á Antonio y su familia; el bajo, de cuadra, rocha y cubera, y el alto de payo. Detras de la casa hay un huerto cercado de pared seca, orlado, por la parte interior de esta, de una hermosa andana, y lleno de lozanos frutales que los dueños cuidan con singular cariño, por mas que su sombra perjudique á las hortalizas.

Todo es reducido y pobre en casa de Antonio, así como todo es desahogado y rico en casa de Don Juan. D. Juan vende cebera la mayor parte del año, y Antonio tiene que comprarla dos meses ántes de la cosecha.

III.

He dicho que Cabia se halla en la falda de las montañas que se alzan al oriente del valle, y me falta añadir que en la falda de las montañas opuestas, frente por frente de Cabia, blanquea aun la casa donde pasé la niñez.

La mayor parte de los vecinos de Cabia eran parientes nuestros. Todos los años, el dia de san Antonio, mi madre que esté en gloria, se levantaba apénas oia el canto de los pajaritos en los frutales, cuyo ramaje daba en nuestras ventanas, y nos despertaba á mis hermanos y á mí.

Comunmente necesitaba llamarnos media docena de veces para que nos levantáramos; pero el dia de san Antonio, apénas nos llamaba una, ya estábamos de pié.

Desde la ventana veíamos alzarse una blanca columna de humo de cada casa de Cabia; y si escuchábamos con un poco de atencion, oíamos el alegre son del tamboril y el no ménos alegre de las campanas.

Aquel humo y aquel son nos sacaban de nuestras casillas, y á duras penas podia mi madre conseguir que nos estuviéramos quietos miéntras nos lavaba, y nos peinaba y nos engalanaba con mil primores, porque la alegría que el tamboril y las campanas de Cabia infundian en nuestro corazon, nos hacia saltar y brincar, por mas que mi madre nos dijese:

— Verás, verás qué cachete vas á llevar, si no te estás quedo!

Cuando, rodeando á nuestra cariñosa madre, llegábamos á Cabia, encontrábamos la aldea vestida de gala.....de gala el humilde, pero hermoso templo, de gala las casas y de gala los moradores.

Nuestros parientes se disputaban el placer de contarnos entre sus convidados, y aquel dia era para nosotros uno de los mas dichosos del año, por mas que echásemos de ménos á mi padre, que rara vez iba á las romerías, segun él decia, porque no le gustaban, y segun yo he comprendido mas tarde, porque necesitando quedar alguien al cuidado de la casa, suponia que no le gustaban para no privar á mi madre de acompañarnos á ellas.

Los sábados eran dias tambien muy felices para nosotros, porque al sábado no habia escuela, y aquel dia despertábamos con la esperanza de que nuestros padres nos dejasen ir á pasar el domingo en Cabia.

Apénas nos levantábamos, mi madre nos veia cuchichear, y aunque no oyera de que tratábamos, lo adivinaba, se sonreia y se hacia la disimulada. Nuestro cuchicheo era el siguiente:

— Chicos, vamos á decirle á madre si nos *deja*..... (no habia necesidad de añadir qué nos habia de dejar.)

— Sí, sí, vamos á decírselo.

— Díselo tú.

— Yo no me atrevo.

— Pues yo tampoco.

— Si se lo dices, te doy mi pelota.

— No quiero, que me va á reñir.

— Anda, collon.

— Mas collon eres tú.

El proyecto de decir á mi madre que nos dejase ir á Cabia, quedaba abandonado; pero no abandonábamos la esperanza de pasar en Cabia el domingo.

Durante todo el dia, á cada triquitraque hacíamos sonar el nombre de Cabia en el oido de mi madre.

— ¡Ay qué quemada tan grande hay en los argomales de Cabia! ¿Si habrá llegado el fuego á la llosa del tio Ignacio?

Mi madre se hacia la tonta.

— ¡Qué bonita estará la danza de espadas que mañana van á hacer en Cabia al salir la procesion!

Mi madre se hacia la sorda.

— Mañana hay bateo en Cabia, y van á echar cuartos á la péscola.

Mi madre decia: — ¡Al otro oido!

— Cuánta gente habrá mañana en Cabia, que los provincianos juegan á la pelota una onza!

— Condenados á muerte, esclamaba al fin mi madre, ya me teneis vuelta tarumba con Cabia! Id allá y á ver cómo no volveis.

Tirábamos las gorras al alto, dando saltos de alegría, y echábamos á correr.

— Pero, enemigos malos, nos gritaba mi madre, ¡á dónde vais con esas camisas y esas caras, que pareceis carboneros! ¡Mire usted qué avíos! Por mas que una se mata, cualquiera dirá que no teneis madre. El Señor le dé á una paciencia con estas criaturas!

Y así diciendo, mi madre nos ponia como unos Gerineldos, y añadia despidiéndonos con un beso:

— ¡Andad con Dios, pícaros, que me habeis de quitar la vida! Ya os podeis despedir de Cabia, que ha de llover ántes que vosotros volvais allá.

Si llovia ántes del inmediato domingo, se cumplia la pre-

diccion de mi madre; pero sino..... mi madre se acreditaba de mala profetisa.

Un sábado del mes de agosto llegámos á Cabia á las cuatro de la tarde, á pesar de que el calor habia sido tan grande aquel dia, que vimos literalmente asadas las peras en los perales que dan sobre la estrada que conduce del fondo del valle á la aldea.

Recuerdo muy bien todo esto, á pesar de que yo apénas contaba entónces diez años.

Habia trilla en la era de Cabia.

Las yeguas, que habian terminado su tarea, despachaban una buena racion de alcacer, atadas á los troncos de los árboles inmediatos á la era, y los trilladores, que habian dormido la siesta, despues de comer, á la oscura sombra de los mismos árboles, empezaban á levantarse desperezándose, á la voz de D. Juan de Urrutia, que gritaba desde el balcon de su casa:

— Arriba, que ya es hora de sacar la trilla!

Siguiendo la hermosa costumbre que hay en aquel país de ayudarse mutuamente los vecinos en las faenas que requieren muchos brazos, todos los vecinos de Cabia, así mujeres como hombres, así ancianos como jóvenes, fueron apareciendo en la era provistos de horquillas, de rastrillos, de sábanos y de brezas para ayudar á recoger la trilla.

Todo el mundo puso manos á la obra, los hombres separando la paja con las horquillas y allegando el trigo al centro de la era con los rastrillos, las muchachas conduciendo la paja en los sábanos al payo de D. Juan, y las mujeres mayores barriendo con las brezas el trigo que dejaban rezagado los rastrillos.

Tambien los chicos trabajábamos..... dando la vuelta del gato sobre la paja, por mas que D. Juan, que presenciaba la tarea, nos gritase de cuando en cuando, echando mano al látigo de arrear las yeguas:

— ¡Quitáos de ahí, hijos de una cabra!

La conversacion era animada en la era; pero la animacion subió de punto cuando empezó á notarse un delicioso aroma de magras fritas, que venia de hácia casa de D. Juan,

y este, respondiendo á las interpelaciones indirectas que se le hacian, anunció que á la venida de aquel aroma iba á suceder la venida de un pernil de tocino, destrozado y frito en toda regla, y cuatro cántaras del mejor chacolí de su cubera.

Feliciana, una de las muchachas mas hermosas de la aldea, se colocó en la cabeza un sábano de paja, ayudada por Antonio de Molinar y Benito, el criado de D. Juan; pero el sábano pesaba tanto, que la pobre muchacha tuvo que arrojarle á los pocos pasos.

— ¡Así te hubieras reventado! le dijo Antonio morado de cólera.

— ¡Ave María, qué lengua! esclamaron las mujeres.

— Le estaria bien empleado, ya que se empeña en cargar como una mula, replicó Antonio, echando fuego por los ojos.

— Mas vas á cargar tú dentro de poco, dijo don Juan.

— ¿Yo?

— Sí. ¡Qué! ¿no pesa el matrimonio mas que un sábano de paja?

— Si el matrimonio es como Dios manda, no señor, respondió Antonio, ya casi apaciguado.

Feliciana se sonrió y miró á Antonio con una especie de gratitud.

— ¿Con que se van á casar pronto Antonio y Feliciana? preguntó una de las vecinas, llamada Juana.

— Mañana se lee la primera amonestacion, respondió el Sr. cura desde el pórtico de la iglesia, donde acababa de aparecer.

Feliciana bajó los ojos sonrosada.

— Mal gusto tienen, Sr. cura, dijo D. Juan.

— ¡Mire usted qué consejos!..... esclamaron ó pensaron todas las mujeres. Calle usted, por los clavos de Cristo, y ya que no se casa usted, no les quite la voluntad á los demas.

— Quiero quitársela, porque así les hago un gran bien.

— No soy de la opinion de usted, Sr. D. Juan, replicó el cura. Usted puede permanecer célibe todo el tiempo que

guste; pero ofende usted á Díos y á la sociedad abogando por el celibato.

— Ahí está Juancho que puede sentenciar este pleito, dijo D. Juan, señalando á un anciano, que fatigado ya con lo poco que habia trabajado, encendia la pipa sentado á la orilla de la era. Tres mujeres ha tenido, y con las tres ha vivido como el perro con el gato.

— Verdad es, respondió Juancho. Las tres me salieron de malas pulgas, y como yo nunca las he tenido tampoco buenas..... siempre ha habido en mi casa cada tremolina!.....

— Pues ahí verá usted, dijo el cura, cómo se achaca al matrimonio lo que solo es efecto del mal carácter, de la mala índole ó del poco talento de los que le contraen.

— Del talento de Antonio no formo muy buena idea.

— ¿Y por qué?

— Porque Antonio se amonesta mañana.

— Calle usted por Dios, que da coraje el oir á usted! esclamaron las mujeres, y D. Juan continuó:

— En cuanto al genio de Antonio..... por la muestra se conoce el paño.

— Sí, dijo una de las vecinas, Antonio tiene un genio como la pólvora; pero Feliciana es una malva bendita, y apuesto á que ántes de un año pone á su marido mas suave que el cordoban.

— Tiene razon Juana, dijo el cura. La mujer apacible y prudente y buena, consigue fácilmente imprimir su carácter al marido irascible, pendenciero y malo.

— Pues señores, dijo Antonio, que se habia abstenido de tomar parte en aquella especie de discusion: ustedes dirán lo que quieran del matrimonio; pero yo, aunque soy un pobre Juan Lanas, tambien he echado mis cuentas, y he sacado en limpio que el matrimonio, siendo como Dios manda, es una gran cosa. Uno camina por esta pícara vida con el alma y el cuerpo cargados, y necesita una persona que por cariño y obligacion le ayude á llevar la carga, so pena de caer en el camino, ó hacer la jornada á trompicones. Dios ha dispuesto que el hombre busque por compañera á la mujer, y

la mujer por compañero al hombre, y Dios ha sido mas sabio que Salomon, ¡canario! porque él ha dicho para sí: con ese ganchillo que la mujer tiene para el hombre, y ese otro que el hombre tiene para la mujer, se unirán que ni una pareja de bueyes pueda separarlos, y así tirarán adelante, llevando la carga á medias.

— Calla; hombre, calla, y no digas disparates, dijo D. Juan.

— Usted sí que los dice, y no él, replicó Juana, haciéndose eco de lo que pensaban todos los circunstantes, y particularmente las mujeres.

— Juana tiene razon, asintió el cura. El matrimonio y la familia, que es su consecuencia, son necesarios así al individuo como á la sociedad.

— Pues yo, Sr. cura, sigo en mis trece.....

— ¡Señor, qué terquedad de hombre! esclamaron las mujeres por el órgano de Juana. Pero, santo varon, querrá usted saber mas que el Sr. cura?.....

— El Sr. cura me dispensará; pero lo que yo sé es que á pesar de que soy tan individuo como el primero, no esperimento esa necesidad que el Sr. cura y todos ustedes con él proclaman. Teniendo, como tengo, dinero, tengo criados que me ayuden á llevar esa carga que ustedes dicen, y me importan un pito la compañera, y la familia, y todas esas cosazas que tan necesarias juzgan ustedes.

— Ya se arrepentirá usted.....

— ¡Já, já! ¿Arrepentirme?.....

— Tan cierto como usted se llama D. Juan de Urrutia.

— Yo no me llamo así, que me llamo Juan Palomo.

— Solo me lo guiso y solo me lo como.

— Justo y cabal.

Una mujer, seca como un espárrago, se asomó al balcon de casa de D. Juan.

— ¡Benito! dijo, ven por la merienda, que ya está dispuesta.

Benito echó á correr por la merienda, y todos, ménos el Sr. cura, que no quiso esperar á participar de ella, forma-

ron corro en el campo, llenos de alborozo, disponiéndose á desalojar el tamo que les mortificaba la garganta.

Momentos despues llegaron, Benito conduciendo una herrada de chacolí, y la mujer seca, que era ni mas ni ménos que Ambrosia el ama de gobierno de don Juan, trayendo una gran cesta con el resto de la merienda.

Esta fué alegre como una pascua florida.

El chacolí dió lugar á varios escesos: á que se llamase repetidas veces Juan Palomo á D. Juan de Urrutia, y á que Juancho recordase que Ambrosia, á pesar de ser una santa, no habia encontrado un desdichado que cargase con sus pedazos: lo que le valió de Ambrosia un

— Usted es tambien de los del dia!

IV.

Hacia cuatro meses que Antonio de Molinar y Feliciana se habian casado.

Era una mañana de diciembre. Las montañas, y aun el valle, se habian cubierto durante la noche de una vara de nieve. Los habitantes de Cabia sentian una alegría vivísima cuando al asomarse á la ventana se encontraban con aquella novedad.

¿En qué consiste, me he preguntado muchas veces, esa alegría, ese bienestar interior que sentimos cuando comienza á trapear, verbo con que en las Encartaciones sustituyen el verbo nevar del Diccionario de la Academia, ó cuando ya la nieve ha vestido de blanco los campos, y los tejados y los árboles? Debe consistir en que la nieve es blanca, y amamos lo blanco, porque prefiere perder la existencia á perder la pureza; y cuando amamos sentimos la alegría y el bienestar en el alma, porque Dios nos ha dado el alma para el amor, que no para el aborrecimiento ni la indiferencia.

Terrible era la nevada, tanto que cuando Andresillo, un muchacho de la piel del diablo, que entre otras gracias tenia la de hacer hablar las campanas, segun era en Cabia público y notorio, subió á la torre á tocar á maitines, encontró tal

cantidad de nieve en torno de las campanas, que tuvo pelotas de nieve para atacar durante toda la mañana, desde la misma torre, á cuantos se acercaban al campo de la iglesia.

Antonio, así que oyó tocar á maitines, se levantó de la cama y fué á asomarse á la ventana del cuarto en que dormian él y su mujer; pero apénas asomó, una enorme pelota de nieve, partida del campanario, fué á deshacerse en su cara, haciéndole ver las estrellas.

Una estrepitosa carcajada, que resonó en el campanario, reveló á Antonio quién era el autor de aquella gracia.

Feliciana se estremeció pensando que iba á estallar espantosamente la cólera de su marido, y quiso lanzarse del lecho para apoderarse de una escopeta que habia en el cuarto ántes que hiciese uso de ella Antonio; pero este se contentó con responder á la carcajada de Andresillo con otra mas estrepitosa y alegre aun.

Feliciana recordó entónces con alegría que la víspera de sus amonestaciones habia pronosticado Juana que ántes de un año estaria Antonio mas suave que el cordoban.

— ¿Has visto, Feliciana, qué grandísimo pillo? dijo Antonio, sacudiéndose la nieve y riendo á mas y mejor.

— Hijo, haces bien en no acalorarte.....

— ¿Cómo me he de acalorar, cuando me han puesto mas fresco que una lechuga?

— Ese Andresillo es el enemigo.

— El pícaro me ha tenido guardado el tantarantan que le di el verano pasado por haberme disparado un hueso de cereza.

— ¡Ave María! ¿y le pegaste por eso?

— Toma, y por mucho ménos hubiera pegado yo entónces al lucero del alba.

— ¡Anda, rabietas!.....

— Hija, si no lo podia remediar: se me subia la sangre á la cabeza.....

— ¿Y cómo no se te sube ahora?

— ¡Qué sé yo, mujer! Eso tú lo sabrás. Desde que me casé contigo, no sé cómo demontre te has compuesto

que no tengo alma para hacer daño á una mosca. Bien dice la canta:

Cuando yo era mozo, madre,
no me sujetaba un hierro,
y ha venido á sujetarme
una mujer como un huevo.

— Calla, calla, embusterazo, que cualquiera diria que yo te he echado alguna cadena.....

— Si que me la has echado; pero no es de fierro, que es de flores.....

— Anda, anda, zalamero, acábate de vestir y no estés ahí tomando el frio.

— Qué frio, ni qué..... Ni el frio, ni el calor, ni el trabajo, ni el sueño, ni la sed, ni el hambre, ni nada de lo nacido me incomoda á mí ya miéntras tú me quieras!..... ¡Cuando á uno le hace feliz el cariño, cómo ha de aborrecer á nadie!

Al hablar así, Antonio que estaba inclinado hácia el lecho en que reposaba su mujer, fresca, sonrosada, hermosa, iluminada por la felicidad que dan el amor santo y la conciencia tranquila, dejó caer una lágrima de regocijo sobre el rostro de Feliciana.

Y la noble y enamorada esposa alzó los brazos y enlazó el cuello de su marido, mezclando sus lágrimas de felicidad con las de Antonio.

Feliciana y Antonio eran rústicos, eran ignorantes, apénas sabian que el mundo se estendia mas allá de las últimas montañas que divisaban sus ojos; pero sabian, sin haberlas aprendido, todas esas cosas delicadas, y puras, y nobles y santas que nosotros, los que leemos ó componemos libros, creemos haber aprendido en unos cuantos pliegos de papel. ¡Cómo era posible que Dios hubiera concedido á una combinacion de signos el privilegio esclusivo de revelar los sentimientos mas bellos y santos!

Un mugido sonó en la cuadra, y Antonio dijo sonriendo:

— El Rojo y el Galan me piden el almuerzo, y tienen razon, que ya es hora de que se le baje.

— Yo tambien me voy á levantar para hacer el nuestro.

— Anda, mujer, que no corre prisa. Estate otro ratito en la cama, que hace mucho frio, replicó Antonio cariñosamente.

— No, que cocina sin lumbre entristece la casa.

— Yo encenderé la lumbre.

— ¡Eh, quítate de ahí, tonto! ¡qué entendeis los hombres de eso!

El Rojo y el Galan, un par de bueyes como un par de soles, volvieron á mugir, como diciendo:

— ¿Pero santo varon, baja usted eso ó no lo baja? ¿Usted cree que con hacer carocas á su mujer nos saca la tripa de mal año?

Antonio subió al payo con un cesto, y una bandada de pajarillos que estaban dándose una buena pechada de borona junto al ventanal, huyeron mas quemados que un pisto manchego al ver que se les interrumpia en lo mejor del almuerzo. Llenó de calzas el cesto, se echó este al hombro, bajó á la bodega cantando, distribuyó las calzas á los bueyes y volvió á subir mas alegre que unas castañuelas.

Feliciana habia ya encendido un fuego como la fragua de una ferrería, le habia rodeado de manzanas caniegas y oquendanas, y freia en una sarten tres ó cuatro tajadas de tocino.

— María santísima, cómo trapea! esclamó Antonio con cara de pascua, asomándose á la ventana.

— Anda, dijo Feliciana, que en su tiempo lo hace. Borona y patatas, y arbejas y tocino tenemos, á Dios gracias.

— Y á propósito de borona, voy á deshacer un cesto de ella, que la ociosidad es madre de todos los vicios.

— Bien hecho, que así tendremos garuchos para la lumbre, y si viene el molinero, estará pronto el zurron.

Antonio bajó un cesto de borona de la que estaba secándose en el payo, dando un nuevo berrinche á los pobres pájaros, que volvieron á huir esclamando:

— ¡Canario! este hombre se ha empeñado en que á fuerza de sustos nos haga daño el almuerzo!

En el respaldo del escaño habia una tabla, sujeta con dos

taravillas, y que, colocándola en sentido horizontal, servia de mesa.

Feliciana la bajó; la cubrió con una blanca pañada; colocó sobre ella un plato con las tajadas de tocino, y rodeó el plato con rebanadas de borona.

En seguida, marido y mujer, dando cada carcajada que se oia desde el nocedal, se manducaron el tocino y la borona, con tanto apetito como si manducaran perdices y pan tierno.

Antonio dió gracias á Dios por el sustento que les concedia, contestándole su mujer; esta desocupó la tabla, volviéndola á colocar en su sitio, y se pusieron inmediatamente, Feliciana á arreglar la casa y poner el puchero, y Antonio á deshacer borona, operacion que consiste sencillamente en separar del garucho el grano, haciendo resvalar sobre él un garucho colocado entre el pulgar y el índice de la mano derecha.

Andresillo continuaba en el campanario, lanzando pelotas de nieve á cuantos veia á tiro.

— Andresillo, que toques á misa, le gritó el ama del cura desde la ventana de otra de las casas próximas á la iglesia.

Andresillo tocó con mil primores, pues ya he dicho que su habilidad de campanero era tal, que en Cabia, para encarecerla, decia todo el mundo que Andresillo, el hijo del sacristan y maestro de escuela, hacia hablar las campanas.

Cuando hacia buen tiempo, solo iban á misa el dia de trabajo Ambrosia y algunas ancianas, porque los demas habitantes de la aldea se contentaban con encomendarse á Dios desde las piezas donde trabajaban, al oir la campana que anunciaba el santo sacrificio; pero el dia á que me refiero ya fué otra cosa.

— Voy á misa, ya que no corre prisa esto, dijo Antonio al oir la campana.

— De buena gana iria yo tambien, dijo Feliciana; pero si no voy, el Señor me lo perdonará; que como cuando hace bueno no pára una en casa, toda está patas arriba, y hay que arreglarlo cuando hace malo.

— Tienes razon, hija. Como dice el señor cura, santo es rezar; pero por la devocion no se debe dejar la obligacion.

Antonio se dirigió á la iglesia, y se encontró en el nocedal con Ambrosia.

— Buenos dias, Ambrosia.

— Buenos te los dé Dios, hombre.

— ¡Jé, jé, jé! ¡Qué tiempecito tenemos!

— Es para desesperarse una.

— ¿Para desespararse? Al contrario: la nieve alegra el corazon y abona los campos.

— ¡Hombre, no digas animaladas!

— ¡Válgame Dios, Ambrosia, que siempre ha de tener usted ese genio! ¡Con nada ha de estar usted contenta!....

— No, que seré como vosotros, que pareceis á los tontos.

— ¿Por qué? ¿Porque tenemos siempre cara de risa? Pues que Dios nos la conserve.

— Vaya, vaya, dejémonos de conversacion.

— Sí, que ya están dando el último toque.

— ¡Mira qué prisa se da tu mujer!

— ¡No ve usted que hoy no puede venir á misa!...

— ¡Ya! ¡esa es tambien de las del dia!..... Esa.....

Ambrosia no pudo acabar la frase, porque un pelotazo de nieve, lanzado por Andresillo desde el campanario, le tapó la boca.

— ¡Baja acá, grandísimo pillo! gritó Ambrosia, echando fuego por los ojos, y poniéndose en jarras al pié de la torre. ¡Baja acá, que he de perder el nombre que tengo si tú no me la pagas!..... ¡Si eres hijo de malos padres!..... Si tu madre fué una...

— ¡Ambrosia! esclamó Antonio indignado, tapando la boca con la mano á la que iba á infamar públicamente la memoria de una mujer que ya no existia. Ambrosia, por la Vírgen santísima, respete usted á los muertos!.....

La cólera de Ambrosia se volvió contra Antonio.

— ¡Infame! gritó aquel espárrago en forma no sé si de mujer ó furia, ¿Quién eres tú para ponerme á mí la mano? ¡Si vienes de mala casta! ¡Si tu padre!....

— ¡Ambrosia, silencio! ¡Antonio, caridad con las flaquezas

del prójimo! esclamó el señor cura desde la ventana de la sacristía, donde estaba revistiéndose para celebrar el santo sacrificio.

Habia tal imponente severidad en el acento del sacerdote al pronunciar aquel mandato, y tal persuasiva mansedumbre al pronunciar aquella súplica, que Ambrosia calló como aterrada, y Antonio recobró de repente la calma que habia perdido al ver mancillar la inmaculada memoria de sus padres.

V.

¡Bendita sea la primavera que cubre de flores la tierra, que inunda de perfumes la atmósfera, que viste de azul el cielo, que llena de alegría los corazones!

Cuando brilla el sol y cantan los pájaros, la alegría brilla y canta tambien en mi corazon, por mas que mi corazon no espere salir de este perpetuo invierno en que vivimos los moradores de las ciudades.

Entónces me dirijo al occidente de la villa, arrastrado por una fuerza incontrastable, y me parece, al atravesar la hermosa plaza que precede al alcázar, oír decir á las hojas y á las flores que salen tímidamente á tomar el sol de Dios:

«¡Poeta! carecemos de voz para alzar un himno de bendicion al que nos da la libertad. Alzale en nuestro nombre, que en tanto, nosotras agradecidas, derramaremos sobre tí sombra y perfume!»

Siéntome al pié del muro secular en que nuestra populosa villa venera á su santa Patrona, y dirijo con avidez la vista al estenso horizonte que delante de mí se estiende.

La nieve no corona ya las cumbres del Guadarrama.

Reflejan el sol, serenas y azules como el cielo, las aguas del lago, á la opuesta orilla del Manzanares.

Las hermosas arboledas de la Vírgen del Puerto, de la Florida y de la Casa de Campo, se engalanan con su manto verde para asistir á la romería de san Antonio.

Y las flores del tomillo matizan las cumbres de Sumasaguas, diciendo á su amiga la brisa:

— «Toma, toma este pomo de esencias, y llévale á aquel triste cautivo que nos contempla desde léjos, sin poder venir á descansar en el perfumado lecho que le ofrecemos.»

La alegría va dejando de brillar y de cantar en mi corazon, al ver que me faltan las alas de las alondras, que vuelan y cantan atravesando el espacio azul.

¡Ay, la resignacion y la fortaleza de mi alma son grandes, pero el suplicio del Tántalo las quebranta!

Díjome Dios al enviarme á este mundo:

— «¡Vuela, y rie, y canta libre y feliz en esos horizontes infinitos que destino á los pájaros y á tí!»

Pero me dijeron los hombres apénas empecé á volar:

— «¡Suspira, y llora, y muere!»

Y suspiro, y lloro, y muero asfixiado en una cárcel estrecha, desde donde, con el pensamiento mas que con los ojos, diviso los campos benditos que Dios ofreció á mi alma ansiosa de luz y de libertad!

Pero no, amor mio, no moriré en esta cárcel, por mas que siga en ella mucho tiempo, que en tu corazon y el mio hay una eterna primavera, que me dará aliento y vida con sus cantos, y su luz, y sus perfumes.

Y luego, al remontar mi pensamiento mas alto, mucho mas alto que esos montes del septentrion, coronados casi siempre de nieve, aun veo en Cabia seres queridos que me abren sus amorosos brazos, y pugnan por arrastrarme con su magnética mirada á aquellos campos benditos que adquirieron derecho á la esperiencia de mi ancianidad, enseñándome en mi niñez á amar á Dios y á la patria.

Volvamos, amor mio, á Cabia, que nunca mas hermoso que ahora se ostentó aquel nido de flores, porque han pasado los nebulosos dias de invierno, y el sol de la primavera hace brotar las alegrías en todos los corazones, y las flores en todos los árboles, y los cantos en todos los labios y en todos los picos.

El sol muestra sus primeros resplandores sobre las cumbres de Urállaga, y poco á poco va subiendo, va subiendo, va subiendo hasta aparecer en toda su plenitud, inundando de luz y de alegría hasta los valles mas profundos.

Las campanas de Cabia repican mas sonoras, mas alegres, mas elocuentes que nunca; que nunca Andresillo las hizo decir á los corazones cosas mas tiernas y consoladoras que hoy.

¿Consistirá solo en que hoy celebran á la par la resurreccion de Jesus y la de las flores, ó tambien en que en el corazon de Andresillo ha brotado alguna flor?.....

Hace pocos momentos Andresillo atravesaba el nocedal encaminándose á la iglesia, en ocasion que Isabel volvia de la fuente con la herrada en la cabeza y un clavel en la boca.

Andresillo iba cantando mas alegre que los pájaros que cantaban en los nogales y los cerezos que dan sombra á la iglesia; pero apénas vió asomar á Isabel, el canto desapareció de sus labios y la alegría de sus ojos.

— Buenos dias, Isabel.

— Buenos te los dé Dios, Andresillo.

— No me los da muy buenos.

— Pues tú cantando venias.

— Cantaba para espantar penas.

— ¿Y quién te las da?

— Quien dice quién.

— Anda, engañoso!

— Aquí me caiga muerto si no es verdad.

— Judío, no te castigue Dios.

— Y por qué?

— Porque es engaño eso que dices.

— Quiéreme y lo verás.

— Si ya te he dicho que no.

— Y por qué no, Isabel?

— Porque no tienes formalidad.

— Verás qué formal me hago si me quieres.

— ¿De veras?

— Así me salve Dios. ¿Me das ese clavel?

— No, que dice la canta:

Isabel me dió un clavel,
le coloqué en la ventana,
el viento se le llevó.....
¡adios, Isabel del alma!

— No, no le colocaré en la ventana.

— ¿Pues dónde?

— En el corazon.

— Pues toma.

— ¡Ay, que viene el señor cura!

— ¡Y tambien mi madre!

— Adios.

— Adios.

Andresillo subió al campanario, dando al clavel un beso en cada escalon.

Isabel se paró ántes de entrar en casa, esperando á que Andresillo empezara á repicar las campanas y preguntándose á sí misma:

— ¿Qué les hará decir ese bala?

Andresillo empezó á repicar, é Isabel añadió soltando una alegre carcajada:

— Pues no les hace decir Isabel, Isabel, Isabel!...

Desde el amanecer, casi todos los moradores de Cabia vagaban por la aldea, por los huertos, por las piezas, por las arboledas, cantando y riendo alegremente, quien apacentando los bueyes en las campas ó las honderas, quien haciendo provision de hortaliza, quien yendo á coger el agua serena en la fuente del castañar, quien, en fin, únicamente admirando la hermosura del cielo y la de la tierra.

La alegría reinaba en casi todos los corazones.

Y si no digo que en todos, mis razones tengo para ello. Veámoslas.

La casa de D. Juan de Urrutia contrastaba notablemente por su riqueza, no solo con la de Antonio de Molinar, sino tambien con las restantes de Cabia.

Nada faltaba en ella para comodidad de sus moradores. En el mueblaje y el decorado de las habitaciones, casi régias, se echaban de ménos esos detalles, esas pequeñeces que un gusto delicado inspira; pero en cambio la riqueza y la comodidad tenian allí su asiento.

La habitacion de D. Juan, digna en todos conceptos de un rey, recibia á traves de un cortinaje de flores que trepa-

ban al balcon, inundándola de perfumes, los primeros rayos del sol que la inundaban tambien de luz.

Cuando las campanas, magistralmente repicadas por Andresillo, tantas dulcísimas cosas decian á los moradores de Cabia, y tanto alegraban los corazones, D. Juan se incorporó dos ó tres veces en su lecho, esclamando con cara de vinagre:

— ¡Voto á brios Baco balillo con las campanas, que me tienen ya hasta los pelos!.....

Las campanas callaron al fin, y D. Juan procuró recobrar el sueño, pero en vano, porque las vueltas que daba en la cama, y las palabras incoherentes que pronunciaba cuando se quedaba adormilado, demostraban que su sueño, mas que el nombre de tal, merecia el de pesadilla.

No sé qué demontre le desvelaba así, porque el único ruido que se oia á su alrededor, era el de los pájaros que cantaban en las flores que trepaban al balcon. ¿Habria en su corazon algun ruido, que solamente él oia?.....

— ¡Quién sabe, Dios mio, hasta qué punto son capaces de turbar el sueño los ruidos del corazon!

Eran cerca de las diez, cuando D. Juan abandonó la cama, y tiró de la campanilla con tal fuerza, que el cordon se hizo pedazos.

— ¿Qué manda usted, señor? le preguntó Benito entreabriendo la puerta del cuarto.

— Mando que os pongais todos de patitas en la calle, porque me servís muy mal.

Benito se retiró sin replicar.

Chula, la perra, que al ver abierta la puerta del cuarto, vió el cielo abierto, porque se moria por su amo, fué á hacer á este una caricia; pero D. Juan le arreó un puntapié acompañado de un taco, murmurando:

— ¡Para caricias está el tiempo!

La Chula se retiró diciendo pestes de la ingratitud de los hombres.

D. Juan se dejó caer en un sillon.

Los pájaros continuaban cantando entre las flores que trepaban al balcon, y en los frutales de la huerta.

D. Juan toleró su canto durante algunos instantes; pero al fin se levantó hecho una furia, esclamando:

— ¡Voto va briosle con la música, que es capaz de hacer perder la paciencia á un santo!

Y abrió el balcon con estrépito.

Los pájaros que cantaban allí, al ver aquella cara de vinagre, se fueron con la música á otra parte, quejándose de la poca proteccion que se dispensa en España á los artistas; pero los que cantaban en los frutales, ó creyeron la fuga solo digna de músicos vulgares, ó en medio del entusiasmo con que ejecutaban una gran pieza concertante, no vieron ni oyeron á D. Juan, por mas que este, estendiendo los brazos como aspas de molino de viento, repitiese con todas sus fuerzas:

— ¡Uuusssaaa!.....

D. Juan, ciego de cólera, cogió la escopeta, y descerrajó un tiro á los cantantes, que si buen tuvieron la suerte de quedar ilesos, se vieron precisados á huir al cerezo de la portalada de Antonio, donde concluyeron la pieza muy á satisfaccion del público.

Al oir el tiro, Juana salió al patin de su casa, que estaba frontero al balcon del cuarto de D. Juan, y viendo á este aun con la escopeta en la mano, le dijo:

— ¿Se caza, D. Juan, se caza? Gracias á Dios que le vemos á usted de humor para divertirse! Bien es, que ¡quién no lo está hoy que ha resucitado el Señor, y hasta el cielo, y el sol, y las flores, y los pájaros lo celebran! Todavía le hemos de ver á usted esta tarde echar un corro al son de la pandereta en el nocedal..... Caramba, ¿quiere usted bailar conmigo?

— ¡Váyase usted al cuerno!

— ¡Váyase usted mas allá!

— No tengo gana de conversacion.

— Con las viejas como yo, ¿no es verdad?

— Ni con las jóvenes.

— Vamos, Sr. D. Juan, que todo se sabe.

— ¿Y qué es lo que sabe usted, grandísima bruja?

— ¡Já, já, já! Como dice el adagio, el que habla mal de la pera.....

— ¿Pero qué péra ni qué camuesa.....?

— ¿Piensa usted. que cuando ayer tarde encontró usted á Isabel en la estrada, la hija de mi madre, que estaba plantando arbejas al otro lado del seto, era sorda?

D. Juan se puso colorado de vergüenza y morado de cólera, y balbuceando algunas palabras inspiradas por estos dos encontrados sentimientos, se volvió para retirarse del balcon.

— Señor, dijo Juana, no le he llamado á usted perro judío para que se alborote usted de ese modo. Decir que quiere usted casarse, es ponerle una corona, y con Isabel mucho mas. Ella es muy pobre, eso sí; pero merece casarse con el rey de España, cuanto mas con usted.

— ¿Pero quién le ha dicho á usted, grandísima habladora, que yo trato de casarme?

— A la vista está, porque no ha de ir una á creer que va usted con mal fin.....

— Ni con malo ni con bueno voy; que en mi vida he pensado casarme.

— Por eso le llaman á usted Juan Palomo, yo me le guiso y yo me lo como.

— ¡Señora! ¡señora! ¡por todos los demonios del infierno, no me provoque usted, que me dan tentaciones de hacer un disparate!.....

— Y al decir esto, D. Juan agitaba convulsivamente la escopeta.

Juana se asustó, y dando un chillido se metió en casa.

Ni Benito ni la cocinera habian pensado en ponerse de patitas en la calle, por la sencilla razon, de que se creian con tanto derecho á no obedecer á su amo, como este á mandarlos.

— ¡Benito! ¡Ciriaca! ¡Ambrosia! gritó D. Juan. ¿Dónde demonios estais, que me teneis aquí solo rabiando como un perro?

Benito y Ciriaca la cocinera acudieron á este llamamiento de su amo.

— ¿Qué se le ofrece á usted, señor?

— ¡El almuerzo mas pronto que la vista!

— No está todavía, contestó la cocinera.

— ¡Rayo de Dios!

— Se ha llevado Ambrosia la llave de la despensa.

— ¿Y dónde demonios está Ambrosia?

— En la iglesia desde las seis.

— ¡Que venga volando, volando, ó si no!.....

Benito echó á correr á la iglesia á llamar á Ambrosia, que pocos instantes despues subió la escalera refunfuñando.

— ¿Qué tripa se le ha roto á usted? preguntó insolentemente á su amo.

— Yo sí que les voy á romper á ustedes las costillas á garrotazos, que esto ya pasa de castaño oscuro.

— ¡No me venga usted á mí con fueros! Apuradamente está la madera para hacer cucharas!

— ¡Ambrosia! ¡que se me acaba la paciencia!.....

— Compre usted unas cuantas libras de ella, que rico es.....

— ¡Rico! ¡rico!..... ¿De qué me sirve serlo si me encuentro siempre solo! ¡si no tengo, aunque me gaste un sentido, quien me sirva de buena voluntad! ¡si ni siquiera tengo á quien contar mis penas!.....

— Cásese usted, y verá cómo se ahorca y acaba de penar.

— Ambrosia, no hablemos mas de esto, que voy á hacer un desatino. Que me hagan volando el almuerzo, y entre tanto traígame usted una camisa, que me voy á mudar.

— No hay ninguna.....

— ¿Cómo que no hay ninguna, si las tengo por docenas?

— Pero no están planchadas.

— Pues ¿qué ha hecho usted toda la semana?

— Hereje, lo que usted no hace.

— Bien se puede conciliar la devocion con la obligacion.

— ¡Sí, usted tambien es de los del dia.

D. Juan se arrojó en el sillon, desesperanzado ya de hacer entrar á sus criados en vereda, y buscando un medio de poner término á aquella hipocondría, á aquel humor mas negro que la pez, que era su estado normal.

Sonó el primer toque de misa, y poco despues D. Juan oyó unas estrepitosas carcajadas de hombre y mujer en el nocedal. Asomóse al balcon, y vió que las daban Antonio y Feliciana, yendo á misa, cada cual con un pedazo de borona en la mano, que comian con mas apetito que si fuera rosquillas.

VI.

Era un domingo víspera de san Juan, y los vecinos de Cabia acordaron hacer aquella noche una Sanjuanada, que fuese sonada en todas las Encartaciones.

En aquel país rara vez se sacrifica la obligacion á la diversion. La obligacion para los encartados es pasar el dia de trabajo en sus heredades, y la diversion, pasar el dia de fiesta, parte en la iglesia y parte en el carrejo jugando á los bolos, á la pelota, ó la barra, ó en el nocedal, ó en las casas entregándose á placeres tan inocentes como estos.

Como el año á que me refiero la víspera de san Juan caia en domingo, los vecinos de Cabia tenian toda una tarde á su disposicion para preparar la Sanjuanada.

Reunidos, despues del rosario, en el campo de la iglesia, propusiéronse ántes de todo acordar el punto á donde habian de ir por roza.

— En Matacabras, dijo Antonio, tengo yo una rozada seca que basta para chamuscar todas las brujas de España.

Ambrosia, que oyó estas palabras desde la iglesia, se creyó aludida y salió hecha una furia, á formular la correspondiente protesta.

— ¡Señores! dijo una vocecilla burlona que parecia bajar del cielo: propongo que no se chamusque á Ambrosia con árgomas encendidas, que bastante tiene para quemarse con no haber encontrado en su vida un Vivanco como el que casó en Segovia siendo ciego, cojo y manco.

Todos alzaron la vista, y vieron con horror á Andresillo, paseando con la mayor frescura por la cornisa, de una cuarta de ancho, que rodeaba la altísima torre casi por bajo las campanas.

Ambrosia empezó á echar sapos y culebras, y cogiendo una piedra se la arrojó á Andresillo, alzando la pata al arrojarla, como es uso y costumbre entre las señoras mujeres; pero la piedra dió mucho mas abajo de la cornisa, y al caer rompió las narices á la que la habia disparado.

Curada Ambrosia con agua y sal y vinagre que la hicieron ver las estrellas, y conducida á casa, todo el mundo, hasta Juancho el ochenton, se armó de horquillas y bilortos, y tomó el camino de Matacabras, donde estaba la rozada que Antonio habia hecho para abonar sus tierras despues de pudrir la roza en la portalada.

Tambien Feliciana quiso ser de la partida; pero su marido le dijo no sé qué al oido, se puso colorada y se quedó en el nocedal.

Llevaba el nombre de Matacabras la plataforma que coronaba una de las dos colinas que dominaban la aldea.

Los hombres amontonaban sobre bilortos de rebollo, árgomas secas, que tomaban con las horquillas para esquivar sus agudas espinas; las mujeres las ataban y muy pronto empezaron á rodar por la cuesta enormes haces, que no paraban hasta el campo de la iglesia, donde al anochecer habia ya roza para cocer dos caleros.

Esperábase con ansia que empezasen á brillar Sanjuanadas en el valle y las aldeas dispersas en la falda de las montañas de poniente, para dar fuego á aquella gigante hacina. Las muchachas preparaban las panderetas, los hombres las escopetas, y la gente menuda las corambres viejas, que colocaban en pértigas altísimas; y todo era alegría en Cabia.

Sin embargo, D. Juan Palomo no participaba de la alegría general; pues sentado en el balcon que daba sobre el zaguan de su casa, tiraba de cuando en cuando una chupada á la pipa, y seguia distraido y caviloso las ondulaciones del humo que despedia de sus labios.

Juana alzó la vista al balcon de D. Juan, y echando de ver á este,

— Caramba, le dijo, baje usted acá, cascarrabias, y no

se esté usted ahí pensando en las musarañas. Luego se atufará usted porque le llamen Juan Palomo!....

D. Juan hizo un gesto de despecho al oir este apodo, que, despues de habérsele apropiado él mismo, habia llegado á ser su pesadilla.

— ¡Que no te vayas á estar repicando toda la noche! decia Isabel á Andresillo, un poco retirados ambos á la sombra de un nogal.

— No tengas cuidado, que entre repique y repique he de bajar á echar un corro que se hunda la tierra.

— Pero conmigo nada mas.

— Con el lucero del alba que se ofrezca.

— Que no muelas, Andresillo!

— Esta noche te planto un abrazo.

— Anda judío, ya verás cuando te confieses.

La madre de Isabel se asomó á la ventana.

— ¿Isabel?

— ¿Qué quiere usted, señora madre?

— ¿Piensas dejarnos sin agua esta noche? No, tú como haya bureo..... A ver si vas por una herrada de agua ántes que sea mas tarde.

— Voy al instante, respondió Isabel alejándose de Andresillo, que murmuró bajito:

— Que te le planto!

En aquel instante D. Juan abandonó de repente sus cavilaciones y bajó al nocedal.

— Gracias á Dios, dijo Juana, que se da usted á mandamiento!

— Tiene usted razon, contestó D. Juan alegremente. Esta noche es noche de alegría y todo el mundo debe echar con dos mil demonios el mal humor! Aquí faltan un par de cántaras de chacolí que alegren la pajarilla.

— Sí, sí, eso es lo que falta! asintieron todos los circunstantes, ménos Isabel que ya salia de su casa con la herrada en la cabeza, y Andresillo que se habia escabullido del nocedal.

— Benito! dijo D. Juan á su criado, anda á casa y trae aquí chacolí de firme.

— ¿De cuál traigo?

— Del mejor que hay en la cubera.

— Mire usted que Ambrosia se va á poner como un toro si lo huele.....

— Ambrosia no huele ya, que tiene la nariz rota.....

Dos minutos despues el jarro corria que era una bendicion, y las pajarillas comenzaban á alegrarse.

D. Juan, como quien no hacia nada, se deslizó entre la sombra de la arboleda y tomó el camino de la fuente, siguiendo á Isabel que, cantando como una malviz, le llevaba cincuenta pasos de delantera.

El secular castaño que se alzaba al lado de la fuente, estendia sobre esta sus pomposas ramas, con cuyo motivo y el de estar espirando el dia, la oscuridad era casi completa en torno de la fuente.

Isabel colocó la herrada bajo la teja que servia á la fuente de caño, y miéntras la herrada se llenaba, fué á alcanzar una rama para echarla en el agua, con objeto de que esta no se jalducase; pero como oyese pisadas que se acercaban cada vez mas,

— ¿Quién viene? preguntó con voz temblorosa.

— No te asustes, Isabel, que soy yo, lo contestó D. Juan.

Isabel, cuya inocencia formaba singular contraste con las picardías de Andresillo, no pudo contener la espresion de su alegría, pues la escuridad que reinaba allí empezaba á darle miedo.

— Pues ¿cómo viene usted por aquí? preguntó ingénuamente al camastron de D. Juan.

— Vengo, porque te quiero mucho.

— Sí, cabalito!

— ¿Lo dudas? Verás que abrazo tan rico te voy á dar.

— ¡Ay no, no, que es pecado! esclamó Isabel retrocediendo, pero tropezó con el tronco del castaño, y alcanzándola D. Juan iba á estrecharla en sus brazos, cuando del tronco del árbol salió una voz pavorosa que dijo:

— ¡Tú me las pagarás!

Isabel y D. Juan lanzaron un grito de espanto, quedando

la primera muda é inmóvil de terror al pié del castaño, y tomando el segundo á escape el camino de la aldea.

— ¡No te asustes, Isabel! dijo cariñosamente Andresillo saltando del castaño.

¡Ay Andresillo de mi alma! esclamó la niña, acercándose temblorosa á su novio, que la estrechó en sus brazos, y dijo soltando una alegre carcajada:

— No dije que te le plantaba!

En aquel momento un vivísimo resplandor inundó á Cabia.

— ¡La Sanjuanada! ¡la Sanjuanada! gritó Andresillo alborozado, y colocando á toda prisa la herrada en la cabeza de Isabel,

— Adios, chica, añadió; las campanas me están echando ya de ménos. No digas á nadie que hemos estado aquí Juan Palomo, ni yo.

Y echó á correr mas lijero que una liebre.

D. Juan, ántes de llegar al nocedal, dió un rodeo por detras de las casas y se metió en la suya.

Asomóse al balcon y oyó á los vecinos que decian:

— Pero ¿dónde estará ese condenado de Andresillo, que no rompe ya las campanas á fuerza de repicar?

Al oir esto, D. Juan se dió una palmada en la frente murmurando con desesperacion:

— ¡Era él!..... ¡era él! ¡Va á contarlo á todo el mundo, y voy á ser el monote de la aldea!..... ¡Qué vergüenza, un hombre de mis años y de mi posicion!.....

Andresillo llegó en aquel momento al campo de la iglesia dando tambien su rodeo.

— ¡Ea! ¡viva! ¡ya está aquí Andresillo! gritaron los chicos tirando las gorras al aire.

— ¿Dónde andas, hombre? le preguntó el señor cura.

— Estaba echando un sueñecito para estar despabilado toda la noche, contestó Andresillo, y subió de cuatro en cuatro los escalones del campanario.

Jamás se habia oido en Cabia campaneo mas alegre y sonoro que el que en seguida empezó á responder al que se oia en todas las iglesias parroquiales del valle.

— ¡Qué condenado á muerte! esclamaba Juana reven-

tando de alegría. ¡Ahora, ahora sí que hace hablar las campanas!

Cien hogueras iluminaban con la claridad del sol el verde y hermoso valle, y el rio, que por el fondo de este se deslizaba, parecia una serpiente de fuego al reflejarse en sus claras aguas aquel vivísimo resplandor.

Al himno de alegría que alzaban las campanas, en los cinco campanarios que surgian blancos y esbeltos del verde follaje, en toda la estension del valle, se unian las salvas de trescientas escopetas, y los repetidos gritos de

¡San Juan! san Pedro!
¡San Pelayo en medio!

Pero entre todas las Sanjuanadas, la de Cabia llevaba la gala, en concepto de los de Cabia, que tenian la debilidad — ¡santa debilidad! — de no envidiar á nadie, de creer que la aldea donde habian nacido era la mejor del mundo, de no comprender que fuera de aquel nido de ramas y flores existiera felicidad!

A todos les decia Andresillo su cosa, con aquella gracia que Dios le habia dado para hacer hablar las campanas:

A Isabel: — «¡Te quiero mucho, te quiero mucho!»

A Antonio y Feliciana: — «Vuestro hijo, ¡qué hermoso será, qué hermoso será!»

A Juancho: — «¡Pasarás de los cien años, y fumarás buen tabaco!

A Ambrosia: — «¡Rabia, rabia, rabia!»

Y á Juan Palomo: — «¡Tú me las pagarás, tú me las pagarás!»

Sí, sí, esto decia Andresillo á Juan de Urrutia, que miéntras sus vecinos se volvian locos de alegría, se arrancaba de rabia el cabello, derrengaba de una patada á la perra, jugaba á la pelota con el gato, abria á puntapiés las puertas, y decia tapándose los oidos para no oir las campanas:

— ¡Tú me las pagarás! ¡tú me las pagarás! ¡Me las está jurando!..... ¡Me las está jurando!.....

VII.

El ardiente sol de julio se iba ocultando tras de los lejanos montes de Soba.

Antonio y Feliciana resallaban borona en una pieza situada á dos tiros de piedra de su casa, y muchos vecinos se ocupaban en lo mismo en otras piezas cercanas.

La alegría, que rara vez abandonaba el corazon de los vecinos de Cabia, se manifestaba entónces en toda su plenitud: era que dos dias ántes habia llovido abundantemente, y se veia crecer la borona, que con tanta prodigalidad recompensa las fatigas del labrador cuando recibe á tiempo el agua, bendicion que Dios niega rara vez al creyente y laborioso labrador vascongado.

— Voy á bajar las ovejas y arreglar en seguida la cena, dijo Feliciana.

— No, replicó Antonio; no quiero que subas la cuesta, que no estás ya para eso. Véte á preparar la cena, que las ovejas están en Matacabras poniéndose como pelotas con la yerba que ha nacido ya en la rozada que limpiámos la víspera de san Juan. Así que dé la oracion, subiré yo en un brinco por ellas.

Feliciana se dirigió á casa, recogiendo al paso un brazado de leña seca para la lumbre.

La puerta estaba solo cerrada con picaporte, que en Cabia para maldita la cosa se necesitan llaves ni candados.

— Feliciana, dijo Juana, que atravesaba á la sazon el nocedal, ya te está esperando hace rato la familia.

La familia á que Juana aludia, eran dos cerdos que hocicaban la puerta gruñendo como desesperados, y una bandada de gallinas que, al mando del gallo mas gallardo de Cabia, esperaban á sus amos con santa paciencia, pensando solo en que podia descolgarse por allí algun gato montés, y refrescar con sus hijos.

Para matar el tiempo, gallinas y cerdos habian emprendido la siguiente disputa:

— Pues ¡no gruñen ustedes poco en gracia de Dios!

— ¡No, que seremos tan gallinas como ustedes!

— ¡Ya, como son ustedes gente gorda!.....

— Pues ustedes bien suelen alborotar el gallinero.

— Pero no alzamos el gallo tanto como ustedes.

— ¡No, y *ponen* ustedes el grito en el cielo!

— Y ustedes por nada ya están de hocico.....

— ¡Eh, basta de cacarear!

— ¡No nos da la gana, cochinos!

La cosa se iba poniendo séria, cuando apareció Feliciana en la portalada, y gallinas y cerdos corrieron á su encuentro haciéndola mil carocas, y como tontos se metieron en casa con ella, seguros de que habria por allí algunas somas y aechaduras que merendar.

A poco rato, una blanca columna de humo empezó á elevarse de la chimenea de casa de Antonio.

Al verlo este desde su llosa, se sonrió como un tonto, de puro regocijo, diciendo á Juancho, que en aquel instante se habia acercado á pedirle una pipada de tabaco:

— Mire usted, mire usted que humos gasta mi mujer. ¡Válgame Dios, qué de cosas le dice á uno el humo que desde léjos ve salir por la chimenea de su casa!

— Vamos á ver, y ¿qué es lo que á tí te dice?

— Hombre de Dios, si uno pudiera esplicarse como los que componen los libros..... le aseguro á usted que mas de cuatro cosas buenas se habian de oir en Cabia..... Mire usted, Juancho, cuando desde las llosas ó el monte veo yo el humo de mi casa, pienso para mí que mi mujer está diciendo: si hace frio, «hagamos una buena lumbrerada para que aquel pobre se caliente cuando venga;» si hace calor, «no echemos mucha lumbre, que aquel cuando venga, va á encontrar la casa como un horno;» si hace una tortilla, «pongámosla bien doradita, que así le gusta á aquel;» si echa sal al puchero, «no pongamos la comida muy salada, que aquel se atraca luego de agua;» si hace..... en fin, yo no sé esplicarlo, pero ese humo me dice siempre que allí están pensando en mí.

— Quien te lo dice no es el humo.

— Pues ¿quién sino me lo ha de decir?

— El corazon.

— Ese será, caramba; pero.....

— Y si no, pregúntale á Juan Palomo qué le dice el humo de su chimenea.

— Toma, porque ese no tiene mujer.

— Pues entónces, si no es el corazon, será la mujer y no el humo quien dice todas esas cosas.....

— De juro, alguno será... . Pero dejémonos de cavilaciones, que son para gente mas leida que nosotros, y vámonos á echar para casa las ovejas, y á ver si aquella tiene ya preparado algo que se pegue al riñon.

Antonio hizo un haz de piés de borona cortados por inútiles, se le echó á un hombro y al otro la azada, y tomó el camino de su casa.

Así que sirvió aquella sabrosa merienda á los bueyes, y dijo yo no sé qué dulcísimas cosas á su mujer, pues esta le puso de gitano que no habia por donde cogerle, tomó cantando la cuesta de Matacabras, por la que se le vió bajar poco despues, trayendo de batidores una docena de ovejas tan retozonas y alegres como él.

El dia habia sido calurosísimo, pero la noche era deliciosa: la luna alumbraba como el sol á medio dia, y el ambiente venia cargado con el aroma robado al paso á las manzanillas que, á manera de una nevada, cubrian los collados que resguardan á Cabia por el sur y el norte.

Cuando Antonio llegó á casa con las ovejas, ya Feliciana habia colocado una mesita y dos sillas de madera al pié del cerezo de la portalada.

Las ovejas, acostumbradas por su ama á malas mañas, rodearon á Feliciana como diciéndola: — «Vé, vé si tienes por ahí algo que echar á perder.» — Y Feliciana obsequió á cada una con un currusco de borona.

Antonio subió al payo con un plato en la mano; desde el ventanal alcanzó una rama del cerezo, trasladó al plato el fruto que la abrumaba, por lo que la rama dió un respingo que equivalia á un: «estimando, generoso,» y bajó á depositar el plato de cerezas al lado de otro plato de pimientos,

huevos y tomate, que ya Feliciana habia colocado en la mesita.

Marido y mujer se sentaron á la mesa, y prévia la bendicion que echó Antonio, ambos metieron mano á la cena, con un apetito y una cara de Pascua, que hubieran hecho morir de envidia al inapetente é hipocondriaco Juan Palomo.

— Pero, hija, dijo Antonio, veo que comes por uno, cuando debieras comer por dos.

— ¿Cómo por dos? replicó Feliciana sin comprenderle.

— Por tí y por un hombrecito que nos está oyendo.

— Sí, hombrecito! Mujercita sí que será, dijo Feliciana comprendiendo al fin y poniéndose como la grana.

— Nada, nada, aquí no queremos gente que se viste por la cabeza y se desnuda por los piés.

— ¡Qué gracioso! Pues yo quiero que sea niña.

— Entónces la meto en la Misericordia de Bilbao.

— ¡Gem, gem! ¡que no me hagas rabiar!

— A no ser que se parezca á la pícara de su madre....

— Sí que se parecerá.

— Pues entónces será pícara y se quedará en casa, porque tienen fortuna todos los pícaros, como tú..... sabes.

— ¡Verás!

— Pero ahora que me acuerdo..... Si me ha dicho el cirujano que es niño.

— Anda, mentiroso.

— Lo que oyes, hija. El domingo, ántes de misa, estábamos en el pórtico esperando el toque de entrada, cuando asomaste tú por el nocedal, y me dice el cirujano: — «Tonio, ¿quieres saber si tendrás hijo ó hija? — Digo .... Ya se vé que quiero. — Pues espera, que ahora lo sabrás.» Con que cuando ibas á subir el escalon de la puerta, se baja á mirarte los piés, y dice.....

— ¡Qué gracia!

— Chica, no te pongas colorada, que no dijo nada malo.

— ¡Pues no son poco mirones los hombres!

— Dice: «Hijo vas á tener. — ¿Y usted que sabe? — ¡Vaya si lo sé! Miro, cuando la mujer embarazada echa primero el pié derecho al subir un escalon, pare niño; y

cuando echa el izquierdo, pare niña. Tu mujer ha echado primero el derecho; con que niño va á parir.....»

— No quiero.....

— Pues entónces le llevaré á la Misericordia.

— ¡Sí, que te voy yo á dejar!

— Como no le quieres.....

— Sí que le quiero.

— ¿Y cómo le pondremos?

— Un nombre muy bonito.

— Dice Juan Palomo que los nombres bonitos son..... así, como los que hay en unos libros de novela que él tiene.

— ¿Y cómo, cómo son?

— Alfredo, Arturo, y no sé cómo demontres mas.

— ¡Ay qué feos! ¿verdad?

— Sí que lo son. Esos son santos de Francia ó por allá.....

— Justo. ¡Cuánto mas bonito es Antonio, Juan, Francisco, José, Ignacio, Manuel..... en fin, santos buenos como los de España.....

— Esos, esos son los que á mí me gustan. ¡Caramba, dónde están los santos de por acá!.....

— Pues mira, Antonio, yo á mi chiquitin le voy á poner tu nombre.

— Pero no ves que cuando te pregunten por cualquiera de nosotros no vas á saber..... A no ser que tengas la precaucion de hacer la pregunta de Lopez.....

— ¿Qué pregunta es esa?

— Yo te diré. Lopez se habia casado hacia mucho tiempo, y rabiaba porque no tenia familia; pero al cabo parió su mujer un niño. Lopez, con este motivo, reventaba de orgullo, y se desesperaba porque el cuidado de la parida no le dejaba ir por el pueblo contando que ya tenia un hijo. Pero ¿qué hizo el maldito de cocer? El mismo dia que parió su mujer, se colocó á la puerta de su casa, y cuando llegaba algun desconocido y le decia: ¿Está Lopez?» le preguntaba, poniéndose mas hinchado que una bota: «¿Cuál, padre ó hijo?»

— Pues mira, dejémoslo, que ya pensaremos cómo le hemos de poner á mi pobrecito.....

— Anda, que el nombre no le hace..... Lo que importa es que el chico sea guapo.

— ¡Y sí que lo será!.....

— Porque se parecerá á tí.....

— No, á tí.....

— Le voy á hacer un carreton para que aprenda á andar ántes de un año.....

— Eso de enseñarle, por mi cuenta corre.

— ¡Y qué gusto el verle corretear por ahí con aquel pelito rubio como el oro, y aquellos ojillos pícaros como los de su madre!..... ¡Jé, jé, jé, qué tunante de chico!

— ¡Que no le llames eso!

— Esquilando, como un gato, por el tronco del cerezo...

— ¡Pues! ¡para romperse la ropa!.....

— Le das un par de azotitos.

— Anda, Neron, no me da la gana de pegar á mi niño.

— Pues verás cómo yo me levanto y se los planto. ...

— No quiero, no quiero que le pegues!.....

Y Feliciana se vuelve asustada estendiendo los brazos hácia el tronco del cerezo que está á su espalda, para impedir que Antonio dé al chiquitin lo que no se le caiga.

— Si vosotras los echais á perder con ser tan madrotas.....

— Mejor.....

— Pero felizmente nuestro chico saldrá hombre de bien.

— Y siendo tan guapo, se casará en alguna casa rica, aunque eso no me gusta mucho.

— No, mejor es que vaya á las Indias.

— Y verás tú qué rico viene; porque dicen que allí hacen fortuna los que son tan despejados.

— Vaya si la hará. ¡Jé, jé, jé! ¡Qué diablejo de chico!.....

— ¡Buenas noches! dijo Juancho, presentándose en la portalada ántes que Antonio y Feliciana repararan en él, entretenidos como estaban con su chico.

— Buenas noches, Juancho! ¿Usted gusta, aunque llega usted á los postres.....

— Que aproveche. Hablabais de Andresillo, ¿no es verdad? Cierto que ese chico es un diablejo. Juan Palomo está trinando con él porque dice que le insulta siempre que repica las campanas.

— ¿Y qué es lo que le dice?

— ¡Qué sé yo! Sus cosas, como á todos nos dice las nuestras. Solo que al que no hace nada malo no le importa que le digan lo que hace.

— A ver si el tal Andresillo se casa pronto y sienta la cabeza, como la sentó este.

— ¡Qué sé yo que os diga! La pobre Isabel no las tiene todas consigo..... Pero á tódo esto, ¿cuándo de haces dos, Feliciana?

— ¡Qué cosas tiene usted!

— Desmejoradilla te vas quedando.

— No ve usted que me da cada patada el chico.....

— ¡Qué chico ni qué calabaza! La chica querrás decir.

— No señor, que el cirujano vió á esta el domingo echar primero el pié derecho al subir el escalon del pórtico, y conoció en eso que va á parir chico.

— Pues hace una hora he estado á pedir al cirujano una pipada, y me ha dicho que esta tarde ha visto á tu mujer echar primero el pié izquierdo al subir la escalerilla de la llosa, y ha conocido que va á parir chica.....

Feliciana soltó una alegre carcajada, á la que respondió Antonio con otra no ménos alegre, añadiendo:

— Que venga lo que su Divina Majestad quiera; que si no sabemos si es niña ó niño, sabemos que es la última bendicion con que el Señor completa nuestra felicidad.

A Feliciana se le llenaron los ojos de agua, y no sé cómo demontres la mano de Antonio y la de Feliciana se encontraron bajo la mesa y se dieron un apreton de padre y muy señor mio.

VIII.

Era domingo y llovia á jarros.

D. Juan de Urrutia estaba alegre y placentero, cosa que tenia admirado á todo el mundo, porque D. Juan se habia ido avinagrando de tal modo, que los vecinos de la aldea apénas le llamaban ya Juan Palomo, que le llamaban Cascarrabias.

¿En qué consistia tan repentino cambio?

El pobre Andresillo, por el contrario, estaba reservado y triste; novedad tambien, y no pequeña, pero que no escitaba la curiosidad de nadie, porque nadie ignoraba ya en Cabia que á Andresillo le habia plantado su novia Isabel unas calabazas como unos soles en vista de que no sentaba la cabeza, como lo probaba el haber pintado con carbon en el pórtico de la iglesia unas narices torcidas, en las que todo el mundo habia reconocido las de Ambrosia.

A media tarde cesó la lluvia; pero no era posible jugar á los bolos ni á la pelota en el carrejo, porque este estaba convertido en una charca.

Los muchachos de la aldea, entre los cuales se hallaba Andresillo, aunque casi tenian que llevarle, como quien dice, á remolque, recogieron del carrejo bolas y bolos, y se echaron á buscar una casa donde pudieran armar el juego.

— ¡Ambrosia! decia D. Juan á su ama de gobierno con tono zumbon y despues de haber regalado á Juancho una hoja de rico tabaco; hoy me ha tenido usted en ayunas hasta las doce por estarse usted comiendo..... los santos; pero se lo perdono á usted, porque no quiero amargarle sus triunfos.

— Vaya usted mucho con Dios, que no tengo gana de conversacion. ¿Qué triunfos, ni qué.....

— ¿No los ha olido usted?

— No señor.

— Ya se conoce que no tiene usted buena nariz.

— Mire usted, señor, no me insulte usted, que tengo malas pulgas, y le tiro aunque sea un demonio á la cabeza.

— ¡Já, já, já! Tíremele usted, á ver si rota alcanza el triunfo que la nariz de usted ha alcanzado.

— Pero de qué triunfo habla usted, hereje, que es usted capaz de hacer burla de un entierro, como todos los del dia.

— ¿Con que no lo sabe usted? ¿Con que no sabe usted que su nariz ha merecido la alta honra de ser retratada y espuesta al público nada ménos que en el pórtico de la Iglesia!.....

— Calle usted, calle usted, por los clavos de Cristo, y no tenga usted ganas de divertirse conmigo!.....

— Toda Cabia se divierte con su nariz de usted.

— Le digo á usted que si quiere divertirse, compre una mona.

Unas grandes carcajadas resonaron en aquel instante en el pórtico de la iglesia.

D. Juan se asomó al balcon que daba sobre el zaguan.

— ¿Qué es eso, Antonio? preguntó á este, que venia de hácia el pórtico desternillándose de risa.

— ¡Já, já, já! ¡Qué ha de ser! contestó Antonio. Cosas de Andresillo, que es el mismo diablo. ¡Pues no ha pintado con carbon, que parece que está hablando, la nariz de Ambrosia!

Al oir esto, Ambrosia pegó un salto de hiena, y tomando un puchero de agua y una esponja, se lanzó á la calle gritando:

— ¿Dónde está ese pillo, hijo de mala madre y de peor padre?..... Veneno se me vuelva el pan que coma y el agua que beba, si no me la paga bien pagada!..... ¡Por esta! ¡por esta! ¡por esta!

Y Ambrosia besaba el dedo pulgar, cruzado sobre el índice, corriendo con su puchero y su esponja hácia el pórtico.

En efecto, allí estaba la vera efigie de su nariz, insolente, gráfica, incapaz de confundirse con ninguna otra, hablando, como habia dicho Antonio; pero Andresillo la habia dibujado sirviéndole de andamio Benito, que tenia tirria y mala voluntad á Ambrosia, y esta dió un nuevo grito de desesperacion, al ver que la esponja empuñada por su mano no alcanzaba allí.

— Aunque estuviera en el quinto cielo esa infame pintura la alcanzaria yo! esclamó, tirando la esponja al dibujo; pero la esponja cayó al suelo sin dar en el blanco, ó mejor dicho, en el negro: y volvió á subir y caer, cubierta ya del barro formado con el polvo que habia recogido en las multiplicadas caidas, hasta que en uno de aquellos rebotes ¡paf! vino á parar á la cara de Ambrosia.

Los chicos y los grandes, que se iban ya reuniendo en el pórtico, soltaron una tremenda carcajada, dando un paso atras, espantados al ver la horrible caricatura de Ambrosia, descompuesta por la cólera y cubierta de negro lodo.

Aquella carcajada, y la inutilidad de sus esfuerzos, acabaron de cegar y desesperar á Ambrosia, que arrimándose de bruces á la pared, empezó á dar grandes saltos como el perro á quien ponen á tres varas de altura una tajada de carne.

— ¡Señora, señora, que se le ven á usted las piernas! ¡no sea usted escandalosa! la gritaron Juana y otras vecinas, ahuyentando á los chicos.

Entónces Ambrosia tiró el puchero, echando á correr á casa en un estado de exaltacion imposible de describir.

— ¡Voto á brios con la bruja esa! esclamó Juancho, casi tan desesperado como Ambrosia.

Era que el puchero arrojado por el ama de Juan Palomo le habia roto la pipa en que empezaba á saborear una pipada del riquísimo tabaco que habia pedido á D. Juan al verle tan para gracias.

D. Juan continuaba en el balcon, desde donde habia contemplado y celebrado aquella grotesca escena.

— D. Juan, por María santísima, le dijo Juana desde el nocedal, que le va á dar algo á esa pobre mujer. Llamen ustedes al cirujano, y entre tanto, dígale usted á Ciriaca que.....

— Ande usted, que cosa mala nunca muere, contestó D. Juan. ¡Mal portazo la oigo dar al encerrarse en su cuarto! Verá usted como allí se le pasa el berrinche.

A todo esto el sol habia salido radiante y hermoso, y la mayor parte de los vecinos de Cabia imitaban á los cara-

coles cuando sale el sol. El nocedal se iba llenando de gente.

D. Juan, que hacia un rato guardaba silencio y aplicaba el oido hácia el noroeste, esclamó de repente:

— ¡Demonio! ya está armada en Santoña. ¿No oyen ustedes qué cañonazos?.....

Todo el mundo se puso á escuchar, y todo el mundo soltó una carcajada.

— ¡No tiene usted malos cañonazos! dijo Juana. Si es Andresillo que con otros muchachos está jugando á los bolos en el payo de su novia.

— Querrá usted decir de la que fué su novia, replicó D. Juan anublándosele un poco el semblante.

— De la que lo será aun; porque haga usted caso de riñas de enamorados. Por mas que diga Isabel, bien agarrada la tiene ya ese gitano, que es capaz de engatusar al lucero del alba.

Un nubarron espantoso acabó de oscurecer el semblante de D. Juan, que entónces no pudo tolerar que se le contradijera poniendo en duda la perspicacia de su oido.

— Les digo á ustedes que son cañonazos!

— Calle usted, hombre, y no diga disparates.

— Centella de Dios!..... ¿Me quieren ustedes hacer tonto? Digo y repito que en Santoña hay un cañoneo que se hunde la tierra. Oigan ustedes..... Booom! No hay mas, esos son los ingleses que quieren otro Gibraltar.....

— Vaya, vaya, usted está ido.....

— ¿Pero no oyen ustedes, grandísimos.....

— Hombre, no sea usted terco, por la Vírgen santa! Si sabremos aquí lo que son bolas y lo que son cañones!

— Se van ustedes á convencer de que son cañonazos, ó me llevan á mí doscientos mil demonios.

Y D. Juan se lanzó á la calle, dirigiéndose á casa de Isabel.

Al llegar al portal de la casa, un terrible bolazo que sonó arriba, le convenció de que se habia equivocado de medio á medio, y de que ya tenian los vecinos de Cabia lo que necesitaban para quemarle la sangre.

Soltó un terrible juramento, y cogiendo una estaca de un monton de leña que habia en el portal, se lanzó á la escalera del payo, jurando y perjurando que iba á matar á Andresillo.

Isabel, que estaba en el piso principal peinando á su madre, dió un grito de terror, y se precipitó á su encuentro para detenerle.

Aquel grito y aquella solicitud por Andresillo convencieron á Juan Palomo de que Isabel no habia dado calabazas de labios adentro al campanero, y colmaron la medida de su desesperacion.

Isabel gritaba á Andresillo que huyera; pero Andresillo con el ruido de las bolas no lo oia: D. Juan, á pesar de todos los esfuerzos de la muchacha, llegaba ya, blandiendo la estaca, á los últimos escalones.

De repente iluminó la alegría el hermoso rostro de Isabel, que dijo á D. Juan en voz baja:

— Si toca usted á Andresillo, cuento las cosas malas que me dijo usted en la estrada y en la fuente.

D. Juan, que daba vista al payo en aquel instante, hizo un horrible gesto de desesperacion, y arrojó al suelo la estaca, á cuyo ruido volvió la cara Andresillo, y saltando desde una ventana del payo á un higar que daba contra ella, se encontró ántes de un minuto en el nocedal.

D. Juan se volvió inmediatamente á su casa, siendo saludado al salir de la de Isabel por una porcion de voces, que decian:

— Booom! No hay mas, esos son los ingleses que quieren otro Gibraltar!.....

Y Andresillo, enterado ya de todo lo que habia pasado, tomaba parte en aquel coro, capaz de hacer perder la paciencia al pacientísimo Job.

Una hora despues iba anocheciendo, y Andresillo repicaba las campanas.

— Já! já! já! decian los vecinos de Cabia despues de rezar las tres Ave-Marías. Qué condenado de muchacho, cómo imita los cañonazos! Chúpate esa, Juan Palomo!

Juan Palomo opinaba, no solo que Andresillo imitaba los

cañonazos con las campanas, sino que por medio de estas repetia cuanto él había dicho en el balcon para probar que los ingleses cañoneaban á Santoña.

— Señor, ¡quiere usted luz? le preguntó Benito entreabriendo la puerta del cuarto.

— Un rayo de Dios que hunda la casa con los que estamos dentro! contestó D. Juan, tirándole un tintero, que por milagro no le dejó en el sitio.

Ménos afortunada que Benito fué la pobre Chula que como aprovechase la ocasion para entrar á hacer un par de fiestecitas á su amo, este le atizó tan fuerte puntapié que le rompió una pata.

Chula se retiró esclamando:

— Ay, ay, ay! sea todo por Dios, que en este pícaro mundo este es el premio de quien bien ama!

A la mañana siguiente subió Andresillo al campanario á tocar á maitines. A mitad de torre, segun su invariable costumbre, se asomó á una ventana que allí habia para ver si pasaba alguien por debajo y echarle una escupitina.

El que pasaba por debajo era el señor cura que, acompañado de Benito, se dirigia á toda prisa á casa de Juan Palomo.

Andresillo estuvo por echar la escupitina á Benito; pero renunció á aquel placer por temor de acertar al señor cura, y subió al saloncillo de las campanas.

Acababan de dar la última campanada cuando oyó al señor cura que le llamaba desde el pié de la torre.

— Mande usted? contestó sacando la cabeza por debajo de una campana:

— Toca á muerto, le dijo el señor cura.

— ¿Pues quién ha muerto, señor?

— La pobre Ambrosia, contestó tristemente el señor cura.

— Y Andresillo hizo doblar por dos veces las campanas tristemente.

IX.

Hace un mes que Ambrosia, el ama de gobierno de Juan Palomo, murió de un ataque cerebral; y desde entónces An-

dresillo está completamente desconocido, que muchas veces por tocar á gloria toca á muerto, que ya no echa escupitinas desde la ventana del campanario, ni pasea por la cornisa de la torre, ni canta, ni rie, ni travesea, ni piropea á las muchachas.

Algo parecido sucede á Isabel, que tampoco canta ni rie, y lo que es peor aun, ha perdido aquellos colores de rosa de Alejandría que enamoraban á los mozos de la aldea.

Es una mañanita de san Juan. Isabel toma la reluciente herrada en la cabeza, y castañar adelante se encamina á la fuente. A mitad del camino se encuentra á Andresillo que vuelve á la aldea, y sintiendo oprimírsele el pecho y humedecérsele los ojos, hace un esfuerzo supremo para distraer aquella emocion, y sobre todo para ocultarla á Andresillo.

Isabel se pone á cantar:

Déjame pasar, que voy
á coger la agua serena
para lavarme la cara,
que han dicho que soy morena.

— ¿Para qué cantas si lloras? ¿para qué dices que eres morena si estás descolorida? le pregunta Andresillo tratando de sonreir, á pesar de que los ojos se le arrasan en lágrimas.

— Que llore ni que esté descolorida, poco te importa, Andresillo.

— ¿Que no me importa?

— No.

— ¿Por qué?

— Porque ya me has olvidado.

— ¡Isabel! ¿ves las peñas de allá arriba?

— Sí que las veo.

— Pues mas firme que ellas es mi cariño.

— ¡Anda, engañoso!

— ¿No me crees?

— No.

— ¿Por qué?

— Porque nunca tuviste formalidad.

— Pero ahora la tengo.

— ¡Sí, que durará mucho!

— Lo que dure mi vida.

— Mentiroso.

— ¡Isabel, por Dios, vuelve á quererme, que no puedo vivir sin tí! esclamó Andresillo, con tal acento de verdad y tal emocion, que su alma parece irse tras de sus palabras.

— ¿Pero lo dices de veras?

— Por esta cruz de Dios te lo juro!

Y Andresillo formó el signo de la cruz con el dedo índice de la mano derecha y el de la izquierda.

En la profunda fe, en la santa religiosidad de los moradores de Cabia, no habia mas que cerrar los ojos y creer ante juramento semejante.

Isabel creyó á Andresillo; pero la fe de amante no escluia la curiosidad de mujer.

— ¿Y cómo has variado así? dijo Isabel con ingenuidad.

— ¿Te acuerdas que hace un mes se murió Ambrosia?

— Sí que me acuerdo.

— Pues desde entónces he sentido dos cosas: remordimiento porque Ambrosia habia muerto por mi causa, y desconsuelo porque tú no me querias! Mira, Isabel, desde entónces ni una sola vez he subido al campanario sin arrodillarme llorando al pasar por la iglesia para pedir á Dios que salvase á Ambrosia, y que me quitase penas quitándome la vida. Ni despierto ni dormido he podido echar de mí la idea de que Juan Palomo te quiere.

— ¿Que me quiere Juan Palomo? ¡Sí, cabal! y me asusta cuando me encuentra sola. Si no, mira tú aquella noche en la fuente.....

— Aquella noche me convencí de que te queria, y desde entónces empecé a idear un medio de vengarme de él; pero desde que Ambrosia se murió de resultas de una travesura mia, y de resultas de otra, tú me aborreciste.....

— Engañoso, yo no te he aborrecido.

— ¡Ah! ¡bendita sea tu boca!..... Pues desde que me sucedió eso, me puse muy triste, muy triste..... y ya me pesaba no haberte engañado para ir á la cuesta de Celaya y oir la voz y morirme.....

— ¡Ay qué miedo, Andresillo! esclamó Isabel acercándose al jóven como en demanda de proteccion.

Para comprender las palabras de Andresillo, y sobre todo el temor de Isabel, necesito, amor mio, advertirte que en Cabia hay la creencia de que el que engaña á una muchacha y pasa por la cuesta de Celaya, que está al pié de un pico elevadísimo, oye allá una voz que baja del pico, y es tan triste y tan espantosa que el que la oye amanece muerto al dia siguiente.

— Madre, pregunté yo una vez á la mia, oyéndola contar esto, ¿y de quién es esa voz tan triste?

— ¿De quién ha de ser bajando de lo alto? Del cielo, hijo mio. Si los hombres, que son fuertes, maltratan á las mujeres, que son débiles, ¡quién sino Dios ha de proteger á las mujeres!

Si un dia un hermoso niño, apoyando los brazos en tus rodillas, y alzando á tí su carita sonrosada, te ruega que le cuentes un cuento, cuéntale este que á mí me contó mi madre; que si una mujer sembró en el corazon de un niño para que tú recogieras, justo es que tú siembres en el de otro para que otra mujer recoja.

Pero volvamos á Andresillo.

— Un domingo por la tarde habia baile en el nocedal, y todas las muchachas me preguntaban por qué no bailaba.

— Mira tú: para que bailaras con ellas.....

— Eso seria, Isabel; pero yo, aunque así lo comprendí, no quise estar en el nocedal, porque me dije: — «Si no está aquí Isabel, ¿qué he de hacer aquí? Y si viene, ¿de qué me servirá si no me hace caso ó baila con otro?» Con que entónces me subí al campanario, porque cuanto mas se acerca uno al cielo, ménos le molesta el ruido de la tierra.

— Pobre Andresillo, cuánto llorarias!

— No lloraba entónces, no; que subia á la torre pensando si me convendria tirarme desde las campanas para acabar de penar.

— Anda, judío! ¿Y tu padre y todos los que te quieren?

— Tienes razon: eso pensé, Isabel. Dije: mi padre es ya viejo y ya no acierta á cortar la pluma para los chicos

mi á hacer derecho un palote de muestra si yo no acudo en su ayuda. ¿Qué culpa tiene el pobre de todo esto que á mí me pasa, para que se encuentre sin mi ayuda, cuando mas la necesita, despues de haber estado tantos años esperando en mí? — Esto me dije, y desistí de hacer el disparate que se me habia metido en la cabeza; pero entónces dirigí la vista hácia el castañar de la fuente, y me acordé de Juan Palomo, y otra vez tuve deseos de vengarme..... Pensando cómo me habia de vengar, alcé la vista desde el castañar de la fuente al pico de Celaya. El sol de los muertos, amarillo y triste como yo nunca le habia visto, iluminaba la cima del pico..... Seguí mirándole, mirándole, y una tristeza mucho mas grande que la que ántes tenia, me fué oprimiendo el corazon..... y pensé en tí, y en mi padre, y en mi madre y en Dios, y los ojos se me arrasaron en lágrimas. En aquel instante me gritó el señor cura desde la ventana de su casa: «Andresillo, toca á la oracion.» Cogí la cuerda de la campana, y al dar la primera campanada empecé á llorar como un niño y á sentirme consolado; y al soltar la cuerda de la campana caí de rodillas y recé pidiendo á Dios que me perdonara el mal que habia hecho en este mundo y el que habia pensado hacer..... Desde entónces ya soy otro, Isabel, ya soy otro.

Y al decir esto, Andresillo fijaba sus ojos en Isabel, esperando cos ansia las primeras palabras que esta pronunciara.

— Pues entónces, sí que te quiero, dijo la niña con aquella inocente ingenuidad que constituia el mayor de sus encantos; y añadió, haciendo un gesto de niña que quiere llorar; — pero mira no me vuelvas á engañar, que eso no vale.

Andresillo le estrechó la mano en silencio, y la niña se sonrió con infinita alegría, dando mas valor á aquel apreton, que á todos los juramentos y todas las promesas que hasta entónces habia oido de los labios de Andresillo.

Ambos, asidos de la mano, siguieron caminito de la fuente.

A la fuente debieron hacérsele los dientes agua contem-

plando la felicidad de Isabel y de Andresillo; pues, murmuradora como todas las de su clara estirpe, dijo al vejestorio que le daba sombra:

— Acostumbrada estoy á presenciar con la mayor frescura felicidades de amantes; paro la de estos.....

— Sí, la interrumpió el castaño con la fria indiferencia de la ancianidad; la de estos pasa de castaño oscuro.

X.

Desde que Isabel y Andresillo se encontraron camino de la fuente, y el segundo contó á la primera sus penas, debe haber llovido, á juzgar por las cosas nuevas que vamos á hallar en Cabia.

Es un alegre domingo de primavera.

Los pájaros cantan en el ramaje que entolda el balcon de Juan Palomo, y nadie se mete con ellos: muy al contrario, el cerezo de la portalada de Antonio de Molinar les dice en florido lenguaje que se acerca el tiempo de que en España no se mueran de hambre los artistas.

El primer toque de misa ha sonado, y la mayor parte de los vecinos de la aldea van llegando al pórtico de la iglesia y al nocedal contiguo.

Hasta una docena de chicos forman corro, y hablan de si se van ó no á echar cuartos á la péscola. Hácia la escuela suena un silbido, y aquellos chicos y otros echan á correr hácia á donde el silbido ha sonado.

El señor cura sale de casa de Juan Palomo, y se encamina á la iglesia. Los hombres fuman, sentados en el pórtico, se levantan y se quitan la pipa de la boca y el sombrero ó la boina de la cabeza.

— ¿Qué tal le deja usted, señor cura? le pregunta Juancho.

— No está del todo mal; pero ya se ve, con esas incomodidades que toma por nada, se pone á morir.....

— ¡Válgame Dios, qué poco vale el dinero si faltan otras cosas!.....

— Cierto, dice el señor cura entrando en la iglesia; el dinero es pobre caballero.

Como hasta docena y media de chicos, formados en dos filas, salen de la escuela, dirigiéndose hácia la iglesia. Detrás de ellos viene el maestro, muy grave y muy decentemente vestido. Algo revoltosos están los chicos con motivo de yo no sé qué esperanza de cuartos, que al parecer les sonríe.

— ¡Eh! les dice el maestro, á ver si van ustedes con formalidad; que van ustedes á la casa del Señor, y no á ninguna romería.

Los chicos vuelven á entrar en caja, é imitan en la gravedad al señor maestro.

Los hombres del pórtico, se levantan como cuando pasó el señor cura.

— ¡Buenos dias, señor maestro! dicen todos.

— Buenos los tengan ustedes, contesta el maestro con amabilidad, pero sin abandonar del todo la gravedad propia de su ministerio.

Juancho, que apénas puede ya con los calzones, aligera cuanto puede sus piernas para alcanzar al maestro, ántes que este penetre en la iglesia.

— Oye, Andresillo, le dice, dáme una pipada de ese tabaco bueno que fumas tú.

— Pero hombre, si ya no fumo, contesta el maestro sin incomodarse por la peticion.

— ¿Qué no fumas? ¿Desde cuándo acá?

— Desde que el Concejo me autorizó para sustituir á mi padre en la escuela.

— No serias fumador legítimo.

— Sí que lo era; pero cómo quiere usted que fuera á dar mal ejemplo á mis discípulos?

— Tienes razon, hombre.

— Pero despues de misa vaya usted á casa, dígale á Isabel de mi parte que le dé todo el tabaco que le di á guardar cuando tiré la pipa.

— Dios os dé mucha salud á tí, á Isabel, á tu padre, al hijo quo te va á nacer y hasta á los ratones de tu casa.

— Gracias, Juancho: ya sabe usted que le queremos.

Juancho no pudo contestar al maestro ántes que este desapareciera por la puerta de la iglesia, porque le ahogaba la alegría.

¡Ahí era nada, lo ménos un cuarteron de tabaco á su disposicion!

— Vamos, balbuceó al fin, si parece mentira que haya salido tan hombre de bien ese Andresillo.....

— Hombre, dijo uno de los circunstantes, llámele usted siquiera D. Andrés.

— Qué D. Andrés, ni qué cuerno, cuando le llevo á su padre quince años!..... Pues apuradamente no es llano él, no estando delante los chicos.

El tercero y último toque de misa sonó, y todo el mundo entró en la iglesia.

Antonio de Molinar sale tambien de su casa con la cara mas de risa que los nacidos han visto en Cabia, y entra en el templo.

Al salir de misa el maestro, manda á los chicos romper filas y retirarse á sus cuarteles; pero si los chicos le obedecen en lo primero, no así en lo segundo: algo se les ha perdido hácia la iglesia, pues no hay quien los arranque de allí.

El señor cura se dirige hácia su casa á tomar chocolate, cuando Antonio, quieras que no quieras, se le lleva á la suya, diciendo:

— Pues no faltaba mas!.....

Momentos despues, Isabel y su marido, los dos en traje de gala, atraviesan el nocedal y entran tambien en casa de Antonio.

¿Qué demonche pasa en casa de este que todo el mundo va para allá, y hasta los pájaros que ántes cantaban en el balcon de Juan Palomo han pasado al consabido cerezo, y allí ejecutan una pieza de las mas difíciles de su repertorio?

Pero calla, que ya pareció aquello! Los chicos corren hácia la portalada de Antonio, gritando:

— ¡Bateo! ¡bateo!

Y en efecto, bateo hay, que Isabel trae en brazos una criatura recien nacida, engalanada con todos los primores

que ha ideado la poesía de las madres pobres. A su lado caminan el señor cura, el señor maestro y Antonio, que contempla con la alegría de un bobo la cara del niño ó lo que sea, por mas que Isabel le dice:

— Quítate de ahí, tonto, que eres lo mas padrote!.....

La vocería de los chicos dice á los pájaros:

— Váyanse ustedes con la música á otra parte.

Pero los pájaros cantan á mas y mejor, como diciendo:

— ¡Las narices nos iremos en un dia como este!

Ya terminó el bautizo, y bautizado y asistentes salen de la iglesia.

— Señor cura, dice Antonio, deseo que el maestro, en celebridad de este cachorrito que Dios me ha dado, eche un repique de aquellos que él sabe.

— Si él quiere, por mi parte con mucho gusto, contesta el señor cura.

— Y por la mia tambien, aunque no sé si habré olvidado el oficio, añade el maestro tomando la escalera del campanario.

— ¡El maestro va á repicar! ¡el maestro va á repicar! es la voz que con la rapidez del viento corre por la aldea, llenándola de alborozo.

Y todo el mundo se pregunta qué es lo que el maestro hará decir á las campanas.

El maestro rompe el repique mas alegre, mas sonoro, mas elocuente que nunca, y hasta los lejanos valles se estremecen de gozo, y repiten por lo bajo aquellas notas, cada cual con arreglo á sus facultades, como en un teatro repiten los espectadores, con arreglo á las suyas, las notas privilegiadas que resuenan en la escena.

A D. Juan dice el maestro con la voz de las campanas.

— «¡Se muere usted, D. Juan! ¡se muere usted, D. Juan!»

A Juancho: — »Es rico ese tabaco! ¡es rico ese tabaco!»

A Isabel: — «¡Lindo será nuestro chico! ¡lindo será nuestro chico!»

A Feliciana y Antonio: «¡Vuestro hijo es como un sol! ¡vuestro hijo es como un sol!»

Y á los chicos de Cabia: — «Cuartos va á haber! ¡cuartos va á haber!»

Y en efecto, cuartos hay, que Antonio se asoma á la ventana gritando:

— ¡A la péscola!

Y arroja á la portalada no sé cuántas embuezas de cuartos, echando en seguida á correr hácia dentro, á ver á su mujer y á su hijo, que el pobre no los ha visto lo ménos hace..... seis minutos.

Pero en medio del general alborozo, Juana, que hace un momento pasó de su casa á la inmediata de D. Juan Palomo, sale desalada preguntando por el señor cura y por el cirujano, que acuden inmediatamente á la casa grande.

— ¿Qué pasa, Juana, qué pasa? la preguntan.

— ¡Que el pobre D. Jnan se muere! Le oí gritar desde mi casa: — ¡Que me roban! ¡que me dejan morir como un perro! ¡Vecinos, no hay quien se duela de mi soledad y desamparo!» — ¡Y vine corriendo, y encontré al pobre señor agonizando, y á esos pícaros de criados sin hacerle caso, diciendo con mucha calma que cosa mala nunca muere!

El cura y el cirujano penetran en el cuarto del enfermo, á quien encuentran en efecto luchando con la agonía.

— ¿Cómo estamos, Sr. D. Juan? preguntan á este.

D. Juan fija en ellos los ojos turbios y estraviados, y hace un supremo esfuerzo para contestarles.

— ¡Me muero! balbucea al fin... ¡Abandonado! solo!... ¡robado á mis propios ojos!.... ¡He visto á mis criados sacar de bajo de mi almohada las llaves de mis gravetas... y apoderarse de mi dinero y mis alhajas!.....

— Cálmese usted, dice el cirujano, y veamos si podemos remediar el mal.

— El mal de mi cuerpo no tiene remedio! Señor cura, ¿le tendrá el de mi alma?

— Sí, D. Juan, que Dios ha dado á la religion bálsamo para curar todas las heridas del alma.

— ¡Oh señor! no abandone usted la mia, que se apresura ya á abandonar el cuerpo.

El cura queda solo con el enfermo en la habitacion, convertida en tribunal de penitencia.

Poco despues abre la puerta de la alcoba, y anuncia que

el moribundo desea dirigir el último adios á los moradores de Cabia.

Muchos de estos, que se hallaban ya en la casa, se acercan con religiosa emocion.

D. Juan está mas tranquilo; su rostro, ántes desencajado y siniestro, respira la dulzura, la paz inefable, la santa benevolencia de los justos.

— ¡Amigos mios! esclama el moribundo, perdonadme en esta hora suprema; que muchas veces he sido injusto con todos vosotros.....

Un grito general de misericordia resuena en la habitacion, entre sollozos.

— Mi mayor falta en este mundo, continúa Don Juan, cada vez con ménos aliento, ha sido el haber renunciado á la familia en que vosotros hallais la felicidad. De esta falta han procedido todas las que me han perdido para el mundo, y á no ser Dios tan misericordioso, tambien para el cielo; pero ahora, en presencia de Dios lo reconozco y me arrepiento de ello..... ¡Bendita sea la familia!

— ¡Bendita sea! ¡bendita sea! contestan todos los circunstantes anegados en lágrimas.

Y el alma de D. Juan se exhala al compas de aquel coro de bendiciones.

XI.

Al dia siguiente, la mayor parte de los moradores de Cabia acompañaron el cadáver de D. Juan al campo-santo, situado en la colina del norte.

Llegó la noche, húmeda, ventosu y oscura, y la aldea quedó en silencio.

Juana recogió la lumbre del hogar para irse á la cama, como lo habia hecho ya toda su familia, y creyendo oir carcajadas hácia casa del difunto Don Juan, se asomó á la ventana de la cocina.

Juana no se habia equivocado; Ciriaca y Benito habian metido mano por lo visto al chacolí de la cubera y al jamon.

de la despensa para dulcificar la pena que les causaba la muerte de su amo, y andaba en grande el retozo.

Pero las fuertes ráfagas de viento no trajeron al oido de Juana solo las carcajadas de Ciriaca y Benito, que trajeron tambien un quejido lastimero que venia de la colina del norte.

Aquel quejido era de la pobre Chula que aullaba á la puerta del campo-santo donde habian enterrado á su amo hacia algunas horas.

Juana cerró la ventana murmurando, con los ojos arrasados en lágrimas:

— ¡Ay del que vive solo en el mundo, que solo sus perros le llorarán cuando muera!

CREO EN DIOS.

CREO EN DIOS.

I.

Todavía con los ojos húmedos y el corazon agitado por las emociones que habia esperimentado al penetrar en el hogar paterno, tras una ausencia de veinte años, dejé la aldea nativa una tarde del mes de setiembre de 1859, y me dirigí á un valle cercano, lleno, para mí, de dulces memorias, como todos los de las nobilísimas Encartaciones.

En el valle á donde me dirigia hay una ermita consagrada á la vírgen de la Consolacion, y aquella ermita encerraba para mí recuerdos muy santos, porque mi madre encontraba allí consuelo en sus grandes aflicciones y mas de una vez me llevó asido de la mano al pié del altar de la Vírgen, que yo, viéndola con un niño en las brazos, y no comprendiendo aun los misterios de la religion, amaba mas por lo que tenia de madre, que por lo que tenia de santa.

Queria yo rejuvenecer aquellos santos recuerdos y dar gracias en aquel humilde templo á la madre de Dios, á cuya intercesion creia deber el haber vuelto á sentarme en el hogar de mis padres, el haber rezado y llorado sobre la sepultura de mi madre, y el haber vuelto á postrarme en el templo donde recibí el bautismo.

No trataré de pintar aquí lo que sintió mi corazon cuando penetré en la ermita, y cuando doblé la rodilla sobre aquella misma grada donde mi madre la dobló tantas veces, llorando

de fe y de consuelo, porque todas estas impresiones, todas estas dulces y santas agitaciones de mi alma están escritas en un libro que acaso nunca se publicará.

La ermita estaba mas blanca, mas limpia, mas engalanada, mas jóven que yo la habia dejado.

Así que recé y pasé una hora ante el altar, confundiéndo en mi pensamiento la idea de Dios con los recuerdos de mi infancia, salí al pórtico de la ermita, donde sentado en un poyo de piedra, se hallaba un anciano que me habia facilitado la entrada en el templo.

Eran muy oscuros los recuerdos que yo conservaba de la generalidad de las cosas y las personas del valle, y tenia verdadera ansia de esclarecerlos porque nunca sabré pintar, Dios mio, el dolor que me causaba, al volver á los valles natales, el verme entre gentes desconocidas, que desconocidas eran ya para mí las que poblaban aquellos sitios cuyo aspecto, fijo siempre en mi memoria durante tantos años, en nada habia variado á mis ojos.

Una tarde, al llegar á mi aldea, cuando me vi rodeado de gentes casi todas desconocidas, mis ojos se arrasaron en lágrimas.

— ¿Qué tienes, hijo mio? me preguntó mi padre conociendo que mis lágrimas eran las del dolor mas bien que las del enternecimiento.

— Dónde estan, Dios mio, todos aquellos que yo dejé aquí!

Y mi padre, indicándome con la vista el camposanto que estaba á cien pasos de nosotros, bajo los fresnos que dan sombra á la iglesia, me dijo derramando una lágrima sobre mi cabeza, que oprimió contra su pecho.

— Allí están, hijo mio!.....

Las lágrimas afluyeron á mis ojos, y el pobre anciano, procurando velar su dolor con una sonrisa, se apresuró á añadir:

— ¿Qué, hijo, eres tú tambien de los que en papel son una cosa y en carne y hueso otra? Los Cuentos de color de rosa que te han precedido [1]), nos han dicho que acepta-

1) La primera edicion en que no se incluyó el presente.

bas la vida tal como la ha hecho Dios, y no es justo que vengas á dejarlos por embusteros.

— Padre, tiene usted razon! contesté; pero desde que á esos cuentos confié lo que sentia mi corazon, muchos dolores y muchos desengaños han traido el desaliento á mi pecho y la tristeza á mi alma.

— ¡Hijo, bienaventurados los que creen, y bienaventurados los que lloran!

Desde el fondo de mi corazon di gracias á Dios, porque me habia colocado en el número de los que lloran y creen, y la resignacion no volvió á desamparar mi alma.

Deseando esclarecer mis oscuros recuerdos de los valles que recorrí en mi infancia, me senté al lado del anciano, á quien empecé á interrogar.

— ¿Quién vive ahora en esa casa? le pregunté indicando una grande y hermosa, aunque antigua, que está frente de la ermita.

— Vive Diego de Salcedo.

— Salcedo? En mi niñez los de ese apellido vivian en esta otra casa.

La otra casa á que yo aludia, existia aun al lado de la grande, de la que solo la separaba un cercado.

— Tiene usted razon, me contestó el anciano, y á fe que la mudanza de Diego á la casa grande, es una historia que contada con pelos y señales vale tanto como las que sacan ustedes los que componen libros.

— Y la sabe usted?

— Como el Padre nuestro.

— Cuánto le estimaria á usted que me la contase!

— Pues se la contaré á usted como Dios me dé á entender, pero ántes permítame usted entrar á echar aceite á la lámpara de la Vírgen, porque se está apagando, y si la señora mayordoma la viera apagada creeria que se iba á apagar tambien la lámpara de la dicha que alumbra su casa.

— ¿Con qué tanto se interesa la mayordoma por la ermita?

— Todo lo que se diga es poco, y á fe que motivos tiene para ello.

— ¿Qué, tenemos otra historia?

— No señor: la historia de Diego y la de la mayordoma es una misma, como ahora verá usted.

El anciano entró á arreglar la lámpara, cerró la ermita y volvió á sentarse á mi lado.

Di un hermoso cigarro habano al que me iba á dar una historia (generosidad que no tienen todos los editores de Madrid), encendí yo otro, y chupa que chupa narrador y oyente, narró el primero y oyó el segundo lo que á continuacion hallará el que leyere.

II.

Juan de Salcedo y su mujer Agustina eran muy amigos mios.

Yo vivia en aquella casería que ve usted allá arriba, en los rebollares, y cuando bajaba á misa los dias de fiesta, Juan y su mujer me embargaban hasta la caida de la tarde, porque el mayor gusto que podia darles era quedarme á comer con ellos y su hijo Diego.

Cuando se murió el pobre Juan, su mujer y su hijo Diego tenian aun mas afan que ántes por tenerme á su lado, porque ya sabe usted que cuando uno está mas triste, tiene mas deseo de verse rodeado de verdaderosa migos.

Diego, cuando murió su padre, era un bigardo que nunca habia pensado mas que en diabluras, aunque tenia ya diez y seis años, pero viendo que su madre, á quien queria mucho, no tenia ya mas amparo ni ayuda que él, arrimó el hombro al trabajo y se hizo tan hombre de bien, que ni las cosechas disminuyeron ni en la familia hubo un quítame allá esas pajas.

La pobre Agustina estaba chocha con su hijo, y siempre que me veia decia llorando de gozo:

— Ay, Antonio, qué hijo tan bueno me ha dado Dios! Si mi difunto que esté en gloria levantara la cabeza y viera cómo se porta mi Diego, lloraria de alegría como yo. No en vano

pedí á la Vírgen santísima de la Consolacion cuando Dios se llevó á Juan, que hiciera á mi hijo tan hombre de bien y tan trabajador como su padre.

Ve usted aquella hermosa solana que tiene la casa de los Salcedos sobre la huerta? Ahora ya se le va cayendo la hoja á las parras que esquilan á ella; pero en el verano, cuando las parras están en la fuerza de su verdor ni un rayo del sol penetra en la solana.

Allí, á aquella deliciosa sombra donde el viento de la mar que empieza á levantarse ántes de medio dia, soplaba mansamente impregnándose del aroma de las flores y las frutas de la huerta, ponia Agustina la mesa en los dias calurosos de verano cuando me tenia de convidado.

Despues que comíamos, y reíamos y charlábamos, Agustina se dedicaba á los quehaceres de su casa para terminarlos ántes de bajar á las tres al rosario, que todas las tardes de los dias festivos se reza en la ermita, y Diego y yo bajábamos á la huerta por la escalerilla de la solana á pasear hasta la hora del rosario, cogiendo aquí una flor, allá un ramo de guindas, mas allá una ciruela, en el otro lado un melocoton.

A mí me gustaba mucho pasear por la huerta, pero á Diego le gustaba aun mucho mas, y mas de una vez noté que Agustina se sonreia maliciosamente al ver su hijo impaciente por bajar.

En la casa grande vivia un caballero llamado D. Rafael con su hija Ascension, que tenia por entónces de quince á diez y seis años.

D. Rafael salió niño de las Encartaciones, y despues de haber pasado mas de veinte años en Francia, ó no sé dónde, volvió aquí bastante rico, diciendo que estaba decidido á pasar el resto de su vida en la casa grande, que era la de sus padres, y en donde él habia nacido.

Sus padres habian muerto hacia tiempo.

Algunos meses despues de su venida, D. Rafael se casó con una muchacha, aunque pobre, guapa y honrada; pero su mujer se murió de sobreparto, y D. Rafael se volvió á encontrar sin mas familia que una niña recien nacida.

Ascension, que así se llamaba la niña, se crió muy hermosa, gracias á que Agustina, que acababa de destetar á su hijo Diego, le sirvió de aña, criándola con tanto cariño y tanto cuidado como habia criado á su hijo.

D. Rafael no era mal sujeto; pero en lo tocante á religion tenia unas ideas muy pícaras, Dios se lo haya perdonado. Yo creo que si trataba con dureza á los pobres, si no le gustaban los niños, si no se resignaba con los trabajos que le daba Dios, si no se regocijaba al ver á los bosques cubrirse de hojas y á los campos cubrirse de flores, si en fin, no sentia en el corazon esto que yo no sé esplicar, que todos los que somos como Dios manda sentimos, y que consiste en arrasársenos los ojos en lágrimas de alegría ó de dolor ante de la dicha ó la desdicha ajena, era sin duda porque no creia en Dios.

— ¡Oh qué desventurado era ese hombre! esclamé al llegar aquí el anciano.

— Sí, muy desventurado era, continuó este.

Aquí le llamaban por mal nombre el Judío; pero los judíos son mas dichosos que él era, porque al fin, aunque crean un error, creen algo, y el pobre Don Rafael nada creia.

— ¿Pero era completamente ateo? no creia en Dios? era materialista?

— Déjeme usted contarle la conversacion que un dia tuve con él, y por sus palabras colegirá usted lo que era.

Celebrábase la fiesta de la Vírgen de la Consolacion, y todo este campo estaba ya lleno de gente que venia á la romería.

La ermita parecia una ascua de oro con las luces que la alumbraban, y un jardin con las flores que adoraban su pavimento y su altar.

Yo, como de costumbre, me quedé á comer en casa de Agustina, y como de costumbre, bajámos despues de comer, Diego y yo á dar un paseo por la huerta.

El terreno que media entre la casa grande y la de los Salcedos estaba dividido por una empalizada, de modo que la pieza que daba al lado de la casa grande era la huerta

de D. Rafael, y la que daba al lado de la casa de los Salcedos, era la huerta de Agustina.

D. Rafael y Ascensita, que así llamaban á su hija, bajaban como nosotros á dar un paseo por la huerta despues de comer, y no habia tarde que Diego no regalase alguna fruta y alguna flor á su hermana de leche, y la niña no le correspondiese con fineza parecida.

Por esto sin duda se sonreia maliciosamente Agustina cuando Diego se mostraba impaciente por bajar á la huerta.

D. Rafael traia riquísimo tabaco cuando iba á Bilbao á cobrar la mesada en la casa de comercio donde tenia colocado su capital, y como sabia que yo soy fumador de ley, así que me veia en la huerta me decia:

— Antonio, ¿no quieres una pipada? Mira que en la abacería no hay de este tabaco.

— ¿No he de querer, Sr. D. Rafael? contestaba yo. El español que fuma y rehusa un cigarro ó una pipada, no es español legítimo.

Y miéntras nosotros tratábamos de si el tabaco era así ó asao, Diego y Ascensita seguian por la empalizada adelante hablando de la fruta y de las flores y riendo como locos.

El dia de la Consolacion D. Rafael no quiso limitar su obsequio á una pipada de tabaco.

— Vais á subir á casa, nos dijo, á tomar una copita de un vino generoso que sin duda fué aquel con que Jesus resucitó á Lázaro.

A la verdad no me gustó la comparacion, y ménos en boca de Don Rafael; pero Diego y yo contestámos alegremente:

— Pues vamos allá, que no vendrá mal para quitar el agriecillo del chacolí que hemos bebido en casa.

Todos subímos á la casa grande por una escalerilla que, como la de los Salcedos, tenia por el lado de la huerta.

Ascensita, muy contenta al vernos en su casa, se encargó de escanciarnos á cada uno su copa de vino generoso, que en efecto era lo que habia que beber, y en seguida nos fuimos los cuatro al balcon para ver desde allí la romería.

Como el balcon de la casa grande está frente por frente de aquí, veíamos desde allí el altar lo mismo que si estuviéramos dentro de la ermita.

Mujeres y hombres rezaban al pié del altar de la Vírgen y salian luego con la alegría y el consuelo en el corazon y las lágrimas en los ojos.

Diego y yo contemplábamos con emocion la fe de aquellas gentes, y D. Rafael, aunque guardaba silencio, se mofaba de ellos y quizá tambien de nosotros con una sonrisa que yo comprendí al momento, porque sabia muy bien de qué pié cojeaba don Rafael.

Una mujer llegó hecha un mar de lágrimas al pórtico de la ermita, y no pudiendo entrar dentro cayó de rodillas á la puerta y esclamó tendiendo los brazos hácia la Vírgen:

— Madre de misericordia, salva á la hija de mis entrañas!

Era tan inmenso el dolor de aquella madre que á Diego y á mí se nos saltaron las lágrimas al oirla.

Ascensita se echó á reir reparando en la emocion de Diego.

— Anda, judía, le dijo este en tono de cariñosa reconvencion, ¿no te conmueves al ver eso?

— No, porque no me conmueve el fanatismo, contestó Ascensita.

La palabra fanatismo en boca de una niña que acaso no comprendia bien su significado, me dió lástima, y á pesar de que nunca me parece mas vituperable la ira que cuando la escita la falta de piedad del prójimo, la contestacion de la niña me enojó y me hizo reconvenir á Ascensita.

— Mi hija, me replicó D. Rafael muy serio, hace bien en no creer en todas esas tonterías en que vosotros creeis.

— Sr. D. Rafael; ¿llama usted tonterías al creer en Dios?

— ¡Qué Dios ni que calabazas! No hay mas Dios ni mas santa María que no hacer daño á nadie y hacer todo el bien que se pueda. Esto no será religion, pero es justicia, y basta y sobra.

— Es que la justicia está en la religion.

— Pero basta la justicia á secas.

— Tiene razon mi padre, asintió la niña.

— Que usted no crea en Dios me admira, pero que no crea Ascensita, me asombra y me llena de pena! esclamé.

— Pues qué ¿pensabais vosotros que yo iba á educar á mi hija como aquí las educan todos, llena de supersticiones y majaderías? Lo que siento es que no sepa el frances para que se aprendiera de memoria todos esos libros que tengo ahí, y sobre todo los de Voltaire, que es mi autor favorito.

— Pero D. Rafael, ¿usted cree que proporciona alguna felicidad en este mundo á su hija, quitándole toda esperanza de recompensa en el otro?

— ¡No tienes tú mal otro!

— Jesus! esclamó Diego dirigiéndose á la niña, tu padre cree se acaba todo cuando morimos!

— Y yo tambien lo creo, contestó Ascensita.

En esto sonó la campana de la ermita anunciando que iba á empezar la Salve, y Diego y yo terminamos el altercado despidiéndonos para bajar á cantarla, pues aquella tarde la Salve iba á ser cantada con acompañamiento de tamboril y silbo.

— Pues yo, nos dijo D. Rafael, voy á leer un rato á Voltaire, que es mi evangelio.

Nosotros no sabíamos quién era el tal Voltaire, pero ya suponíamos las verdades que aquel evangelio enseñaria.

Cuando nos dirigíamos á la ermita, la mujer á quien habíamos oido pedir por la salvacion de su hija se alejaba consolada con la esperanza que le infundia la Vírgen, y se paró bajo el balcon de la casa grande á saludar á Ascensita.

— Qué, tiene usted mala á su hija? le preguntó la niña.

— Ay, sí, tan mala que me ha dicho el cirujano que solo de Dios debo esperar su salvacion.

— Pues entónces se queda usted sin hija como yo me quedé sin madre.

Esta impía y desconsoladora advertencia no bastó á hacer vacilar la fe de la pobre madre, que se encaminó á su casa llena de esperanza.

III.

— ¿Qué le parece á usted de las ideas religiosas que D. Rafael tenia y habia imbuido á su hija?

— ¡Qué me ha de parecer! que en la culpa llevaban el castigo aquellos desventurados. Aunque Dios no reservara á los ateos castigo alguno en la otra vida, los ateos pagarian muy cara en esta su incredulidad.

— Tiene usted muchísima razon, que ántes de dejar este mundo ya obtenemos la recompensa de la fe en los consuelos que la fe nos proporciona. Cuando la tempestad estalla, yo no temo que el rayo me aniquile, porque invoco el nombre de la santa Vírgen, en cuya proteccion creo.

Cuando mis deudos y amigos vuelan al seno del Señor, mi alma se consuela, creyendo que me ven y me oyen y un dia he de volar á su lado para no separarnos jamas.

El Señor me acompaña en todas partes, preside mis dolores y mis alegrías, y como es sabio, justo y omnipotente, me guia y me ampara y me consuela.

Esto podemos decir los que creemos. ¡Ay de los que no pueden decir esto!

Pero sigamos nuestra historia, cuyos pormenores conozco, ya por lo que yo mismo presencié, ya por lo que me han contado las personas que figuran en ella.

Ascensita era una de las muchachas mas guapas de la aldea, y todo el mundo se condolia de su desgracia, que desgracia y grande eran para ella los esfuerzos que su padre habia hecho para cerrar su corazon á la fe.

Agustina y Diego la querian tanto mas, cuanto mas desgraciada la creian.

Un dia de la Ascension llegué á casa de Agustina, á quien pregunté por su hijo.

— Mi hijo? me contestó sonriendo, en la huerta le tiene usted con Ascensita.

Salí á la solana, y en efecto, vi á los muchachos charlando á traves de la empalizada.

Oculto con el ramaje de las parras, que formaba ya un verdadero cortinaje delante de la solana, pude ver y oir á Diego y Ascensita sin ser visto ni oido.

Oiga usted lo que vi y oí.

La niña tenia en la mano un manojo de hermosos claveles que acababa de coger, y en el centro del manojo habia colocado un clavel de onza.

— Para quién son esos claveles?

— Para un noviecito que tengo yo.

— Es de veras? preguntó Diego poniéndose muy sério.

— Sí que lo es.

— Pues adios! dijo Diego con sequedad volviendo la espalda.

— Ja, ja, ja! Qué tonto, se lo ha creido! esclamó Ascensita riendo como una loca.

— Pues para quién llevas los claveles?

— Para mi padre, que le voy á hacer este regalo, porque hoy es mi santo.

— Tienes razon, que hoy es la Ascension del Señor, dijo Diego recobrando su habitual alegría. Y á mí que me vas á regalar?

— A tí una florecita de estas.

Y así diciendo, Ascensita cogió una flor de un calabazal que trepaba á la estacada, y añadió alargándosela á Diego:

La flor de la calabaza
es una bonita flor,
para dársela á los hombres
á la primera ocasion.

Diego tomó la flor de la calabaza, la arrojó al suelo y la pisoteó, casi llorando de rabia.

La niña no tomó ya á risa el enfado de Diego, que se puso muy afligida y pesarosa de haberle causado.

— Mira, Diego, no te enfades, que ha sido chanza, le dijo casi llorando.

— ¿Enfadarme yo por eso? Estás muy equivocada. Tengo de sobra quien me dé claveles. Verás qué hermosos los llevo esta tarde á baile del nocedal.

— ¡Ya! de los de tu huerta.

— No, de los de la huerta de Catalina.

— Ay, Diego, no, no quiero que de Catalina ni de ninguna otra tomes claveles ni rosas! esclamó Ascensita saltándosele las lágrimas.

Diego se mantuvo serio.

La niña arrancó del ramillete el clavel de onza, y se le alargó diciendo con infinita ternura:

— Toma este y perdóname.

— No le quiero, contestó Diego con un desden que ya me pareció crueldad.

Entónces la niña, tornándose encendida como los claveles que tenia en la mano, dió un beso al mismo clavel, le puso rápidamente en la mano de Diego, y echó á correr hácia su casa.

Al subir la escalerilla volvió la cara y vió á Diego ponerse el clavel en el ojal de la chaqueta, despues de llevársele á su vez á los labios.

Aquella tarde, como todas las de los dias festivos, los viejos fuimos al nocedal á ver bailar á los jóvenes, y vimos que Diego, que otros dias sacaba alternativamente á bailar á Ascensita y Catalina, que tambien era chica muy guapa, solo bailó con Ascensita.

Diego tocaba muy bien la vihuela y cantaba, por lo cual la vihuela tocada por él, alternaba con la pandereta tocada por las muchachas.

Aquella tarde tocó varios còrros, y entonó varias veces esta canta:

El clavel que tú me diste,
el dia de la Ascension,
no fué clavel que fué clavo
que me clavó el corazon.

Diego acompañó al anochecer á Ascensita hasta la puerta de la casa grande, y al pasar por la de la ermita se descubrió la cabeza y se santiguó.

La niña no se burló de aquella piadosa demostracion.

¿Seria que entre la religion y el sentimiento que entónces dominaba su alma hubiese alguna relacion?

Yo creo que sí, y en prueba de que no voy descaminado, voy á contarle á usted misterios del alma de aquella niña, que la misma Ascensita me ha revelado mas tarde.

No sé quién ha dicho en un libro que si no hubiera Dios habria que inventarle.

Diego queria á Ascensita; pero se divertia en hacerla rabiar, como nos divertimos en hacer rabiar á los niños que mas queremos.

La madre que se entretiene en hacer rabiar á su hijo, quitando el pecho de sus labios cuando con mas ansia le coge, quizá se espantaria si viera todo el dolor qué á la inocente criatura causa aquel juego al parecer inofensivo.

El amante que se divierte en hacer rabiar á su amada dando un clavel ó dirigiendo una lisonja á otra doncella, quizá se espantaria tambien si viese el dolor que este otro juego causa en el corazon de su amada.

El dolor que causa un golpe es proporcionado á la sensibilidad de la parte en que el golpe se recibe.

Usted que es muy aficionado á las coplas populares, recordará que hay una muy conocida, que empieza:

«Catalina me prendió.»

Pues una noche de verano, Diego se puso á tocar la vihuela en la solana de su casa, y para hacer rabiar á Ascensita, que le escuchaba desde enfrente, en toda la noche no salió del principio de aquella canta.

D. Rafael habia ido á Bilbao, y al llegar á casa, cerca de media noche, encontró á la niña llorando.

— ¿Qué tienes, hija? la preguntó.

— Padre, contestó Ascensita, no me lo pregunte usted, porque ni usted ni nadie del mundo puede remediarlo.

— ¡Cómo que no! El dinero puede mucho.

— Pero no puede remediar mi mal.

— Si no puede el dinero, podrá el amor de padre.

— Tampoco puede.

— ¿Pero qué mal es el tuyo, hija mia?

— ¡Que Diego no me quiere!

— ¿Estás segura de ello?

— Segurísima.

D. Rafael guardó silencio.

— ¿No ve usted cómo en el mundo no hay remedio ni consuelo para mi mal?

— Verdad es, hija, pero.....

— ¡Padre! qué lástima que no haya Dios para pedirle consuelo cuando es inútil pedirle á los hombres!

— Cierto que es lástima! contestó D. Rafael, sintiendo ya en el fondo de su alma el haber arrancado á Dios del corazon de su hija.

IV.

Catalina era realmente digna del amor de Diego, á quien queria por mas que lo guardase oculto en lo mas hondo de su corazon; pero Diego queria á Ascensita, y mas de una vez le oyó Catalina cantar:

¿Cómo quieres que una luz
alumbre dos aposentos,
cómo quieres que yo adore
dos corazones á un tiempo?

La pobre Catalina, que era tan modesta como hermosa, comprendia la razon que Diego alegaba en esta copla para no quererla, y se resignaba con su suerte, guardándose de hacer uso de ninguno de los medios que encuentran siempre las muchachas, por inocentes que sean, para robar á sus rivales afortunadas el corazon de los hombres; pero así y todo, Catalina daba sin querer muy malos ratos á Ascensita.

Ascensita tenia celos de Catalina, y Diego se divertia en inspiraselos.

Hay en la iglesia parroquial de la aldea un altar de san Antonio, que las muchachas odornan de rosas y claveles asi que llega la primavera.

Un sábado por la tarde vió Ascensita á Catalina dirigirse á la iglesia con un hermoso ramo de flores, y se encaminó tras ella.

Poco despues, Ascensita volvia á casa muy triste, y Diego la encontró en el nocedal.

— ¿De dónde vienes? le preguntó Diego.

— De la iglesia.

— ¿De cuándo acá tan cristiana?

Ascensita guardó silencio un momento.

— No lo sé, contestó al fin, y se echó á llorar.

— ¿Porqué lloras?

— Porque Catalina ha llevado un ramo de flores á san Antonio.

— ¿Y á tí que te importa eso?

— Es que se le habrá llevado para que la dé novio.

— ¿Y qué te importa que así sea?

— Es que el novio que habrá pedido al Santo serás tú.

— Y aunque sea así, ¿qué te importa á tí si no crees en Dios ni en los Santos?

— Es que..... por si acaso.

Este «por si acaso» debió revelar á Diego que el ateismo tiene su duda que puede conducir á la creencia, como la duda de la creencia puede conducir al ateismo; pero Diego era aun muy jóven y no alcanzaba á esplicarse ciertos misterios del alma que los viejos nos esplicamos con mucha claridad.

Felizmente Dios está siempre hasta en el fondo de los corazones que mas pugnan por apartarse de él, y jamas está allí en vano.

Aquella misma tarde, cuando el sol se iba ocultando tras los picos, pasó por la puerta de la casa grande, con su herrada en la cabeza, Isabel, que era otra muchacha de la edad de Catalina, y gritó:

— Ascensita, ¿vienes á la fuente?

Ascensita bajó inmediatamente, tambien con su herrada, y juntas se encaminaron á la fuente del castañar.

Ascensita por lo visto nos las tenia todas consigo con

san Antonio, pues por mas que Diego le habia dicho que el Santo bendito no se metia, como suponen las muchachas, á casamentero, estaba triste é inquieta.

Isabel, como Ascensita, tenia novio.

El novio de Isabel era un muchacho llamado Pepe, que si bien no la queria mas que Diego á Ascensita, porque eso no podia ser, era ménos aficionado que Diego á poner en práctica el adagio «quien bien te quiere, te hará rabiar.»

— ¿Vamos á cantar? dijo Isabel.

— No tengo gana, contestó Ascensita.

— ¿Tienes penas?

— Sí que las tengo.

— Quien canta, penas espanta.

— Pero no penas como las mias.

— ¿Cuáles son las tuyas?

— Que Diego no me quiere.

— ¡Anda, engañosa!

— No, que es de veras.

— Pues mira, yo sé un remedio para que los novios la quieran á una.

— ¿Cuál?

— Rezo un Salve á la Madre del Amor Hermoso todos los dias cuando tocan á maitines, y otra cuando tocan á la oracion, y Pepe me quiere mucho.

— Esas son tonterías.

— Sí, tonterías!..... Reza tú las Salves, y verás cómo Diego te quiere.

— Yo no creo en esas cosas de Dios y los Santos.

— Anda, judía!

— Mejor, que lo sea.

Isabel y Ascensita guardaron silencio por algunos instantes.

— ¿Y no reñás nunca Pepe y tú?

— Nunca. En el baile del domingo y en las romerías, con ninguna mas que conmigo baila. Por la mañana cuando me levanto, encuentro siempre en la ventana una rosa ó un clavel, que él me ha tirado al ir á las piezas. Por la noche, cuando viene de trabajar, nunca se va á casa sin pasar por la mia á verme. Cuando canta, siempre habla de mí en sus

cantares. Cuando va á Bilbao, siempre me trae una cinta para el pelo. Cuando va al monte, nunca vuelve sin un ramito de tomillo ó un manojo de clavellinas ó siempre-vivas para mí. Lo que yo digo ó lo que yo pienso, le parece siempre lo mejor dicho ó lo mejor pensado. Si yo estoy triste, él lo está tambien. Y si yo estoy alegre, tambien él lo está.

— Ay qué dichosa eres, Isabel! esclamó Ascensita llorando de envidia.

— Sí que lo soy.

En esto sonó el toque de oracion, é Isabel, sonriendo de gozo, se santiguó y se puso á rezar.

— ¿Qué rezas? la preguntó Ascensita.

— La Salve á la Madre del Amor Hermoso. Rézala tú tambien y verás.

— La rezaré por si acaso.....

Ascensita empezó á rezar; pero se interrumpió en seguida esclamando:

— ¡Eh, yo no quiero creer esas tonterías!

— Pues hija, para tí será lo peor, que no te querrá Diego.

Isabel continuó rezando, y miéntras rezaba, un gozo inefable se reflejaba en su dulce rostro, como si su corazon se comunicase en aquel instante con un poder sobrenatural que le prometia las dichas supremas de la tierra y del cielo.

Ascensita entre tanto guardaba silencio, inclinando tristemente la cabeza y revelando en su rostro el desconsuelo de la desesperacion, hasta que prorumpiendo en llanto, esclamó con un dolor que en vano tratarian de describir plumas ni pintar pinceles:

— ¡Por qué no tendré yo para consolarme esas supersticiones y esas tonterías que tan felices hacen á otras!

V.

Isabel, apénas se separó de Ascensita á la puerta de la casa grande, encontró á Diego que volvia de trabajar de las llosas.

— Oye, Diego, le dijo Isabel: Ascensita ha ido conmigo á la fuente, y hemos hablado mucho de tí.

— ¿Y qué habeis dicho?

— Que eres un descastado.

— ¿Por qué?

— Porque haces desesperar á la pobre Ascensita.

— Quien bien te quiere, te hará llorar.

— Diego, por Dios, déjate de chanzas, que la pobre chica se va á morir de pena si sigues así. Tú no sabes lo que ha llorado en el castañar.

— ¿De veras?

— De veras.

— ¿Pues por qué?

— Porque cree que no la quieres.

— Hace mal en creerlo.

— Pues si la quieres, ¿por qué aparentas lo contrario?

— Por divertirme.

— Por Dios, Diego, deja esa diversion, porque si vosotros los hombres vierais la herida que hace en nuestro corazon lo que apénas hace impresion en el vuestro, tendriais profunda lástima de nosotras. ¿No veis que para nosotras todas las dichas del mundo se encuentran en el amor, al paso que para vosotros los hombres, el amor solo es una de las mil dichas á que podeis aspirar en el mundo?

— Tienes razon, Isabel, y me alegro de que me lo recuerdes, contestó Diego abandonando el tono chanchero que le era habitual. Te aseguro que quiero á Ascensita tanto como Pepe me ha dicho que te quiere á tí.

Isabel se sonrió de gozo al oir estas últimas palabras, y despidiéndose de Diego, continuó su camino, pensando con deleite y enternecimiento en Pepe.

Era ya completamente de noche cuando Diego llegó á su casa.

— ¡Pobre hijo mio, qué cansado vendrás! le dijo su madre.

— Verá usted qué pronto echo penas y cansancio al aire con un par de cantas que voy á entonar en la solana.

— Harás bien, hijo.

Canta y no llores,
que cantando se alegran
los corazones.

Miéntras tú cantas, voy á acabar de arreglar una cenita que te vas á comer los dedos tras ella.

La noche estaba hermosísima.

La luna llena brillaba en un cielo tan azul como los ojos de Ascensita.

Las rosas y los claveles brotaban por todas partes, así en la huerta de Agustina como en la de Don Rafael, y los frutales estaban unos cargados de flor y otros cargados de fruta.

El suave ambiente de la noche parecia complacerse en embalsamar la solana con todos los perfumes de la huerta.

Diego se sentó en un estremo de la solana, alumbrado por la luna, cuyos rayos no interceptaba por aquel lado el follaje de las parras.

En la solana de la casa grande, oscura porque allí no daba la luna, descubrió Diego un bulto, que no dudó fuese Ascensita.

Diego tomó su vihuela, y empezó á cantar la copla:

El clavel que tú me diste
el dia de la Ascension.

El bulto de la solana de enfrente empezó á moverse.

Diego entonó en seguida con dulce y sentido acento esta otra canta:

Emperatrices y reinas
por tí despreciara yo,
que tú solita, solita
reinas en mi corazon.

Y el bulto de la solana salió á luz, es decir, bajó á la huerta donde daba la luna, y á donde bajó tambien Diego, porque el bulto atraido por sus cantares era aquel montoncito de rosas y de azucenas que llevaba el nombre de Ascensita.

Diego y Ascensita habian llegado á ser novios como se

llega á ser amigos, sin preguntas ni respuestas, sin convenio previo, porque sale de dentro, por instinto, *porque sí*. Nunca se habian preguntado «¿me quieres?» y la razon es muy sencilla: á Diego no le habia ocurrido nunca esa pregunta, porque nunca le habia ocurrido que Ascensita pudiera no quererle, y Ascensita no se habia atrevido á hacerla, porque Diego no se la habia hecho á ella.

Ascensita se despepitaba por dirigir á Diego un ¿me quieres?

Sin un me quieres, ¿qué es el amor?

Sábenlo todos los que han querido, que son todos los que han nacido.

— Ascensita, ¿estás llorosa?

— Sí que lo estoy, Diego.

— ¿Por qué has llorado?

— Porque sí.

— No sabes que yo te quiero?

— Me quieres? me quieres?

La niña, como vemos, echaba á pares los ¿me quieres? para desquitarse de tantos y tantos como habia tenido en la puntita de la lengua sin atreverse á dejarlos pasear por sus labios de clavel.

Te quiero mas que á mi vida,
mas que á mi padre y mi madre,
y si no fuera pecado
mas que á la Vírgen del Cármen,

contestó Diego estrechando contra su pecho la linda cabecita de la niña.

— Hijo mio, vamos á cenar, dijo Agustina apareciendo en la solana.

— Allá voy, madre, contestó Diego.

— De veras, Diego, me quieres? volvió á preguntar Ascensita.

— Mas aun que Pepe á Isabel, contestó Diego, y echó á correr hácia donde le esperaba su madre.

D. Rafael, entre tanto, leia á Voltaire y no se cuidaba de su hija, porque por lo visto entraba tambien en sus ideas el dejar á las niñas que se las campaneen á su gusto.

Ascensita, llorando no ya de dolor sino de alegría, trepó por la escalerilla de la solana, y se apoyó en la baranda dirigiendo la vista primero al horizonte y luego al cielo, como si la tierra fuese elemento impuro y mezquino para el sentimiento que agitaba su corazon.

Hombres y mujeres que enferman y mueren; flores que se deshojan; tierra que sustenta reptiles venenosos; rios y fuentes que se enturbian y se agotan; árboles que se secan, todo esto que constituye el elemento en que vivimos parecia mezquino y deleznable á la niña enamorada, que sin esplicarse por qué, aspiraba á otra esfera mas dilatada, mas alta, mas bella, mas indefinible, mas etérea, mas en consonancia con el sentimiento que dominaba su alma.

Si, como Isabel, hubiera creido en Dios y hubiera visto á la Madre del Amor Hermoso interponiendo su santa influencia en sus virginales amores ¡qué inmenso, qué celeste placer, Dios mio, hubiera esperimentado doblando la rodilla y exhalando su alma enamorada hácia aquel cielo azul tachonado de luceros!

La niña no creia en Dios, y entónces comprendia cuán triste es, así en el esceso del dolor como en el esceso del placer, no poder exhalar el alma en un: — ¡Dios mio!

VI.

Una tarde al ponerse el sol estaban D. Rafael y Ascensita en el balcon.

D. Rafael leia sentado un libro que le llaman *Las ruinas de Palmira*, y Ascensita, de pechos á la baranda del balcon, miraba atentamente hácia el camino de Bilbao, como si esperase impaciente que alguien asomase por allí.

Agustina pasó por debajo del balcon con su herrada en la cabeza.

— Buenas tardes, hija, dijo á Ascensita, porque la queria mucho.

— Buenas tardes, aña. Va usted á la fuente?

— Sí, voy á ver si traigo agua fresca porque con el

calorazo que hoy ha hecho, aquel pobre vendrá muerto de sed.

— Mucho tarda en venir.

— Ya no debe tardar. Le esperas con impaciencia?

— Sí que le espero.

— Pues hija, júntate conmigo.

Agustina continuó su camino sintiendo una especie de gratitud hácia la niña, porque esta participaba de su impaciencia por la vuelta de Diego.

— Ya no veo bien sin las antiparras, dijo D. Rafael cerrando el libro, levantándose y yendo á apoyarse en la baranda del balcon al lado de su hija.

— Estaba usted leyendo las *Ruinas?* le preguntó Ascensita.

— Sí, y nunca me canso de leer este libro.

— A mí tambien me gustaba mucho, pero ahora ya no me gusta tanto.

— Por qué?

— Qué se yo!

— Dentro de poco lo que te va á gustar á tí es el *Año virgíneo* que lee el bobo de Diego á la santurrona de su madre.

— El *Año virgíneo* no, pero el *Genio del cristianismo* y *Los mártires* que tambien lee Diego me gustan ya mas que las *Ruinas.*

— Y de cuando acá no te gustan las *Ruinas?*

— Desde que me da rabia el que todo muera cuando una se muere.

— Y que importa que así suceda?

— Cuando usted se muera quedaré sola en el mundo....

— Sola no, porque te dejaré medio millon, que es la mejor compañía. No la tienen tan buena Isabel y Catalina y otras que son huérfanas y pobres.

— Sí, pero esas creen que aunque su madre haya muerto las ve y las oye y vela por ellas, y cuando tienen una gran afliccion invocan á su madre y así se consuelan.

— Vaya, vaya, hija, no seas tonta como ese atajo de fanáticos que nos rodea.

Estas palabras no bastaron á consolar á Ascensita que continuaba muy cavilosa mirando hácia el camino de Bilbao, por donde asomó un jóven que caminaba á paso redoblado, en mangas de camisa, con la chaqueta cruzada á modo de bandolera, la boina encarnada echada atrás, un palo de acebo adornado de caprichosos dibujos hechos por medio de la combustion, colocado horizontalmente bajo la nuca, y los brazos tendidos sobre el palo formando cruz.

Aquel jóven era Diego.

Todas las melancolías y las cavilaciones de Ascensita desaparecieron cuando esta le vió.

Diego en vez de entrar en su casa pasó de largo y se dirigió á la de D. Rafael.

Ascensita corrió á su encuentro á la escalera con la dulce esperanza de que la trajera y le diese á escondidas alguna de aquellas dulces y sencillas finezas que Isabel le habia dicho que solia traerle su novio.

La esperanza de Ascensita no era vana; Diego la traia un librito preciosamente encuadernado, cuya portada se apresuró á examinar la niña, leyendo en ella: «*El alma desterrada*, por Ana María.»

El alma desterrada es la leyenda mas delicada y bella que la musa cristiana ha producido.

Allá en las comarcas bíblicas hay una casta doncella que muere dejando sumidas en profundo dolor á su madre y á sus compañeras.

Su santa madre pide al Señor que renueve el milagro que arrancó del sepulcro á Lázaro, y la doncella vuelve á la vida, pero su alma está eternamente triste, porque habiendo morado en el cielo, se considera desterrada en la tierra.

Tal era, sumarísimamente contada, la leyenda que Diego ponia en manos de Ascensita, persuadido de que el santo perfume de religion y poesía que exhala aquel admirable libro, habia de penetrar tarde ó temprano en el alma de la niña.

La alegría que á Ascensita produjo aquel regalo, se turbó repentinamente cuando la niña observó que Diego venia triste.

— Qué tienes, Diego? preguntó la niña con ansiedad.

— Traigo para tu padre una carta, que segun me ha dicho el que me la ha dado, contiene la noticia de una desgracia que ignoro.

Diego entregó la carta á D. Rafael, y este apénas pasó la vista por ella se dejó caer en un sillon blasfemando de Dios y de los santos.

D. Rafael creia en Dios y en los santos cuando blasfemaba de ellos.

Algo es algo.

En la carta que habia traido Diego se le decia que la casa de comercio eu que tenia todo su capital, habia quebrado, y cuando mas, los acreedores á la quiebra solo cobrarian un cinco por ciento de sus valores.

Al dia siguiente fué D. Rafael á Bilbao, y volvió quebrantado de dolor con la certidumbre de que estaba arruinado.

Apénas llegó se acostó, y dos dias despues le llevaron á enterrar.

Antes de morir pidió que fuese el señor cura á confesarle, y como Ascensita se admirase de esta peticion, D. Rafael la dijo haciendo un esfuerzo para sonreir:

— Hija, lo que se usa no se escusa.

Así se mostró á su hija por fuera. ¡Quién sabe cómo se mostraria á Dios por dentro!

A mas de un confesor he oido yo asegurar que entre las mentiras de que se han acusado sus penitentes, figura la de haber dicho que no creian en Dios cuando creian á piés juntillas.

Si es horrible la hipocresía de la virtud, ¡qué horrible, Señor, debe ser la hipocresía del vicio!

VII.

Ascensita vestia aun luto por su padre.

Tambien le llevaba en el corazon, porque sus ojos se llenaban con frecuencia de lágrimas y sus mejillas habian trocado el color de las rosas por el de las azucenas.

Ascensita se encontraba sola en ese caseron donde algunos meses antes, si tenia penas, tenia un padre que la queria y

la mimaba, y criados que, por amor ó por interes, la halagaban y la servian.

Ya por única compañía y único servidor tenia á una pobre mujer á quien con dificultad podia dar un miserable salario.

Ascensita, á quien su padre esperaba dejar feliz dejándola rica, era muy pobre y muy infeliz.

Ni aun los santos consuelos que la fe proporcionaba á aquellas huérfanas cuyas supersticiones habia envidiado mas de una vez, tenia la pobre Ascensita, porque la incredulidad que su padre habia sembrado, habia echado profundas raíces, y si la luz de la fe brillaba un momento en aquella alma estraviada, pronto se amontonaban en torno de ella las sombras de la duda.

Cuanto mas desgraciada era Ascensita, mas necesidad tenia de creer.

En un cuarto de su casa habia un armario lleno de libros, que miraba con profundo hastío, porque no encerraban nada de lo que buscaba su corazon.

Mas de una vez tuvo intenciones de arrojarlos al fuego; pero desistió de ello porque si no encerraban la fe, que necesitaba su alma, eucerraban el recuerdo de su padre.

En cambio, leia, sin cansarse nunca de él, otro libro en cuyas páginas hallaba un consuelo inesplicable: era *El alma desterrada.*

¿Creia Ascensita la maravillosa historia narrada por Ana María?

A Agustina y á Diego decia que no, y se lo decia con sinceridad; pero sin saberlo creia en aquella historia, en aquel cielo lleno de santas delicias, y en aquella resurreccion.

Libro en que no se cree, no se lee nunca con gusto.

Diego y Ascensita se querian mas que nunca.

Diego queria á Ascensita porque la veia desvalida y triste, y Ascensita queria á Diego porque en su corazon encontraba el único refugio.

Diego deseaba unirse pronto con la compañera de su infancia; pero no se atrevia á decírselo á su madre.

Yo no sé lo que serán los mozos en otras provincias de

España, porque lo mas que me he alejado de estos valles es á Valladolid, donde muy jóven aun estuve dos años estudiando, y no estuve mas porque murió mi padre y tuve que abandonar los estudios para volver á consolar y ayudar á mi madre; no sé lo que serán los mozos campesinos en otras provincias, pero en esta, á Dios gracias, las costumbres se conservan tan puras, que el pudor no es patrimonio esclusivo de las doncellas.

Era la víspera de la Ascension, y Diego y Agustina estaban comiendo.

— Hijo, ¿qué tienes que estás triste y apénas comes? preguntó Agustina á Diego. ¿Estás malo?

— No, madre.

— Has reñido con Ascensita?

— No, señora.

— Pues tú por algo estás triste.

Diego calló.

— ¿Por qué estás triste, hijo mio?

El muchacho se puso muy colorado, y contestó:

— Madre, mañana por primera vez en su vida pasará Ascensita sola y triste el dia de su santo.

— Triste le pasará, porque es huerfana y desgraciada; pero sola no, porque yo la haré venir á pasar el dia con nosotros.

El muchacho miró á su madre con tal ternura y tal alegría, que Agustina comprendió que le habia hecho con aquellas palabras un gran bien.

— Yo te haré mañana otro bien mayor, dijo para sí Agustina.

Acabaron de comer y Diego volvió á la pieza donde habia pasado la mañana trabajando. Habia venido caviloso y triste y volvia tan alegre que Ascensita le oyó cantar conforme atravesaba la llosa, la canta de

El clavel que tú me diste
el dia de la Ascension.

A la caida de la tarde, cuando todo se alegraba en la aldea con el repique de las campanas que anunciaba la gran

fiesta del dia siguiente, Ascensita bajó muy triste á la huerta.

Agustina la vió, y bajando á la suya se puso á conversar con la niña á traves de la empalizada.

— Hija, esta noche tenemos que colgarte.

La niña se sonrió melancólicamente y al mismo tiempo se le saltaron las lágrimas.

Agustina notó esto último, y se apresuró á añadir:

— Vamos, vamos, déjate de lágrimas, que pareces á Jeremías. Mañana te vas á quitar el luto, que ya le has llevado el tiempo suficiente, te vas á ir á almorzar y á comer con nosotros, y por la tarde vas á bailar con mi Diego en el nocedal.

— Ay, aña, bailar yo!

— Sí, yo os voy á hacer bailar á tí y á Diego como dos perinolas.

— Difícil es.

— Yo os tocaré una música que os alegre. Con que lo dicho dicho, que mañana queremos tenerte todo el dia de convidada.

— Gracias, aña.

— Guarda las gracias para quien tú sabes y no faltes mañana, que te esperamos.

— No faltaré, contestó Ascensita sin poder ocultar su gozo.

Al dia siguiente, Agustina, Ascensita y Diego estaban acabando de comer en la solana de Agustina.

Hasta la misma Ascensita estaba alegre.

Diego tomó un vaso de chacolí, y dijo disponiéndose á desocuparle:

— Porque Dios nos reuna muchos dias como este!

— Para que así sea, repuso Agustina, es menester que nosotros hagamos por reunirnos, que Dios dice, ayúdate y te ayudaré.

Ascensita y Diego no comprendieron lo que Agustina queria decir.

— ¿No me comprendeis? les preguntó Agustina.

— No señora.

— Pues digo que quisiera oir el domingo vuestra primera amonestacion.

Ascensita y Diego no pudieron reprimir una especie de grito de alegría, y halbucientes de rubor y de gozo, quisieron pronunciar algunas palabras de agradecimiento; pero Agustina los interrumpió con el: «Demos gracias á Dios por el sustento que nos ha dado,» con que tenia por costumbre principiar la oracion de sobremesa.

Ascensita rezó llorando.

Rezar llorando y no creer en Dios es una cosa imposible.

Cuando concluyeron de rezar se oyó en el nocedal inmediato la suave voz de Isabel, que cantaba al son de la pandereta.

— Ea, hijos mios, á bailar un corro! dijo Agustina á los muchachos á quienes el gozo tenia aun como embobados.

Diego, sonriendo amorosamente, dió un paso hácia Ascensita é hizo ademan de quitarse la boina, y la muchacha le contestó con una sonrisa y una inclinacion de cabeza.

Sabido es que esta es la pantomima de las damas y galanes para convenir en bailar juntos.

— No dije yo que bailariais como perinolas? esclamó Agustina.

Treinta minutos despues, Diego y Ascensita bailaban que se las pelaban en el nocedal.

Y treinta dias despues se casaban en la iglesia.

VIII.

Si las riquezas dieran por sí solas la felicidad, Ascensita hubiera sido muy feliz dos años despues de casarse, porque la casa de comercio donde su padre tenia todo su capital, se habia rehabilitado completamente, pagando todos los créditos que pesaban sobre ella, merced á una gran herencia que vino en auxilio de su jefe apénas Ascensita se casó con Diego de Salcedo; pero Ascensita era muy desgraciada á pesar de que era rica y Diego y ella se querian cada vez mas.

Ascensita tenia una hermosa niña de poco mas de un año,

que era la alegría de su casa; pero la niña estaba gravemente enferma, y la pobre madre no se apartaba de su lado hacia muchos dias y muchas noches, cuidando de ella con inmensa solicitud é inmenso dolor.

Todavía la ponzoñosa planta de la duda conservaba algunas raíces en el corazon de Ascensita, á pesar de que parece imposible que en el corazon donde cabe el santo amor de madre quepa el negro ateismo.

Diego, y Ascensita y Agustina esperaban con agustia la llegada de uno de los mas afamados médicos de Bilbao, que habian mandado á llamar para que viese á la niña.

El médico tardaba, y Ascensita se consumia de impaciencia é incertidumbre.

El médico llegó al fin y examinó atentamente á la criatura, guardando un triste silencio, que causaba la mas dolorosa inquietud á la pobre madre.

— ¿Se salvará la hija de mi corazon? le preguntó llorando Ascensita. Por Dios, hábleme usted con franqueza, que la incertidumbre es para mí mas cruel que la muerte de mi hija!

— Señora, contestó el médico, solo Dios puede salvar á esta niña.

Ascensita cayó casi sin sentido junto á la cuna donde agonizaba su hija.

Cuando volvió en sí, solo Diego estaba á su lado.

La desconsolada madre aplicó el oido á los labios de la niña, y notando que la niña respiraba aun.

— Diego, esclamó, cuida de la hija de mi alma!

Y bajando precipitadamente la escalera, llegó á este pórtico, y cayendo de rodillas ante la Vírgen de la Consolacion, esclamó desolada:

— Vírgen santísima! ten misericordia de mi! Salva á la hija de mis entrañas! Y si ha volado al cielo desde que me separé de su lado para postrarme á tus piés, pídele á tu santo hijo que la devuelva á la vida como á la doncella de Galilea!

Una mujer que oraba en un rincon del templo, se levantó, llorando á la par de gozo y de dolor, y corrió á estrechar

en sus brazos á la desconsolada madre, prodigándole el nombre de hija.

Aquella mujer era Agustina, que habia bajado al templo tambien para implorar de la Vírgen la salvacion de la niña.

— Madre! esclamó Ascensita, creo en Dios! creo en Dios y espero en su misericordia!.....

— Hija, ni tú ni nadie espera inútilmente en ella, contestó Agustina deshaciéndose en lágrimas.

Y ambas volvieron á arrodillarse y á orar.

— ¿Y se salvó la niña? pregunté al anciano que me contaba esta historia.

— Ahí la tiene usted, me contestó señalando hácia la puerta de la casa grande, donde apareció una señora jóven aun y hermosa, trayendo de la mano una niña de ocho años, rubia como el maíz y hermosa como los serafines.

— ¿Y es su madre esa señora?

— Sí, esa es Ascensita, esa es la señora mayordoma perpetua de la Virgen, esa es la mujer mas creyente de la aldea, esa es la madre de los pobres del valle, esa es la mujer mas feliz de la tierra.

La señora y la niña nos saludaron, y penetrando en la ermita, se arrodillaron ambas ante el altar de la Vírgen.

IX.

El sol iba ocultándose tras de los picos lejanos, y yo tomé el camino de mi aldea.

La imágen de todos aquellos amigos de mi infancia, que dormian ya el sueño eterno á la sombra de los árboles que rodean el templo donde por primera vez levanté la voz y el corazon á Dios, volvió á parecer ante mis ojos; que mas de una vez, como entónces, al tocar el sol en el ocaso, tomé con ellos aquel mismo camino volviendo de la fiesta de la Consolacion todos alegres, todos llenos de doradas esperanzas, todos libres de los graves pensamientos, de las dolorosas inquietudes y de las hondas meditaciones que agitaban mi alma al volver á los valles nativos.

Procuré echar de mi imaginacion estas á la par dulces y amargas memorias, y pensé en la consoladora y suave, y fresca y tierna narracion del anciano.

No sé qué dulce, qué religiosa, qué santa melancolía dominaba mi espíritu al perderme en los rebollares, oscuros ya por la espesura del follaje y la proximidad del crepúsculo, donde á su vez se perdia el camino de mi aldea.

Tan abtsraido caminaba ya en mis indefinibles pensamientos, que no sentí á un niño como de doce años, que camicaba tras de mí, hasta que me alcanzó y me saludó respetuosamente.

El niño llevaba el mismo camino que yo hasta un alto de donde se descubria mi aldea y de donde partia el camino que conducia á la suya, mucho mas distante que la mia.

— Te va á anochecer, le dijo, mucho ántes de llegar á casa.

— Sí señor, lo ménos una hora ántes, me contestó.

— Y no te da miedo caminar de noche por esas arboledas tan sombrías y solitarias?

— No señor, porque en diciendo uno de cuando en cuando:

«Jesus, María y José
las cosas que un hombre ve!»,

no salen espantos ni nadie se mete con uno.

— ¿Es decir que tú con decir eso, te crees tan seguro y vas tan tranquilo como si te acompañara una pareja de miqueletes?

— Y mas aun, que con Dios nadie puede y con los hombres sí.

— ¡Señor, esclamé desde el fondo de mi corazon, conserva siempre la fe en el alma de este niño, porque la fe es la felicidad en la tierra y en el cielo!

El niño y yo continuámos nuestro camino, conversando animadamente.

Nos acercábamos ya á la cumbre, y al dirigir la vista al ocaso, le vi velado por una nube negra, que iluminó débilmente un relámpago, al que siguió un sordo, lejano y prolongado ruido, que me pareció del trueno.

— Creo que esta noche vamos á tener tempestad, dije al niño con la viva inquietud que siempre he sentido al aproxsimarse y al estallar las tempestades, que ejercen en mi organismo una terrible influencia.

— De seguro me coge ántes de llegar á casa.

— ¿Y no te asustan las tempestades?

— No señor, todo es ponerse uno como una sopa.

— O que le parta á uno un rayo.

— Lo que es de eso no tengo yo miedo.

— ¿Por qué?

— Porque en diciendo:

Santa Bárbara bendita
en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita.»,

no hay miedo de que le alcance á uno ningun rayo ni centella.

Nuevamente envidié la fe del niño y pedí mentalmente á Dios que conservase la que ha sobrevivido á tantos años y tantos infortunios en mi alma.

El niño tomó cantando alegremente el camino de su aldea y yo descubrí el campanario de la mia.

En aquel instante tocaron á la oracion las campanas de la iglesia donde duermen el sueño eterno todos aquellos que en vano buscaban mis errantes ojos al tornar al valle nativo.

Y entónces me arrodillé y recé, y pensé en Dios y en los muertos, y al dirigir la vista al valle que se estendia á mis piés tranquilo y hermoso, y al mar que se estendia á lo léjos infinito y terrible, ambos iluminados por los últimos fulgores del crepúsculo, vi vagando en el valle á mis amigos muertos y en el mar á Dios, unos para consuelo del hombre, y otro para consuelo del cristiano.

¡Señor! desventurado es el autor de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA; pero sufrirá resignado su desventura miéntras el título de este cuento sea el eco de su corazon!

GLOSARIO.

A.

Aceña. Molino por el sistema antiguo. Tenia solo una gran rueda ó volante de madera que giraba esteriormente, y cuyo eje estaba colocado en sentido horizontal. Hace veinte años solo existian ya en las Encartaciones dos aceñas, que estaban en un riachuelo que tiene su orígen en los montes de Triano y desemboca en la ria do Poveña. Hasta á la orilla de los riachuelos de ménos caudal se ven vestigios de aceñas, porque estas solo necesitaban para moler un salto de agua pequeño. Tenian solo una piedra, en que se molia indistintamente el trigo y el maíz, que en los molinos modernos se muelen separadamente. En lo antiguo era grandísimo el número de aceñas en las Encartaciones, á juzgar por las muchas ruinas que se ven aun, por los muchos molinos que hoy existen y que se sabe fueron antiguamente aceñas, y por las que cita Lope García de Salazar en su *Libro de las bienandanzas é fortunas*, escrito en 1471. El nombre de aceña, por mas que se le atribuya origen árabe, procede de la voz vascongada *acenia*, que significa rueda de molino.

Alen (la). Sierra muy alta, que tiene á su pié por oriente el concejo de Sopuerta, por poniente el valle de Trucios, y por el sur el valle de Arcentales, todos tres pertenecientes á las Encartaciones.

Allegar. Amontonar, particularmente la hoja que cae de los árboles, para abonar con ella las tierras.

Andana. Voz con que se designan los parrales que suelen orlar las huertas ó las piezas.

Aprender (un nido ó un setal). Equivale á encontrar ó acertar dónde hay.

Apurrir. Alargar ó dar una cosa.

Árgomas. Aulagas.

Avellaneda. Aldea del concejo de Sopuerta, que hasta principios del presente siglo fué cabeza de las Encartaciones y residencia de un teniente Corregidor de Vizcaya. Delante del Consistorio existe aun un roble que, segun tradicion, se llamaba el árbol *Talato*, bajo el cual celebraban sus *biltzarrac* ó juntas de ancianos, los encartados, á semejanza de las que celebran los vizcainos bajo el árbol de Guernica, y celebraban los alaveses en Arriaga y los guipuzcoanos en Guerrequiz. En una colinita, distante poco mas de un tiro de piedra del Consistorio, existen aun las ruinas de una torre, que en mi niñez conservaba aun sus muros esteriores. Aquella torre, que tambien servia de atalaya y á cuyo pié se derramó no poca sangre durante las sangrientas luchas de los bandos oñacino y gamboiso, sirvió en lo antiguo de cárcei, y cuenta la tradicion que sobre ella se ejecutaban las sentencias de los jueces cuando regia en las Encartaciones la ley del Talion, reducida á la sencilla fórmula de ojo por ojo, diente por diente.

B.

Bala. Tronera, loco, calavera.

Batir terrones. Pulverizar con unos mazos de madera los terrones secos en las heredades, operacion muy necesaria en las Encartaciones para facilitar el nacimiento de la borona.

Bilorto (vilorta). Vara generalmente de roble ó mimbre, que se retuerce en verde para hacerla flexible, y sirve para atar haces de leña. Es voz puramente vascongada.

Borona (maiz). La cosecha de maiz es muy abundante en las Encartaciones, particularmente cuando llueve á tiempo, ó sea del 20 de julio al 20 de agosto. Allí es casi desconocido el riego artificial, á pesar de que el agua brota por todas partes, y por consiguiente sin mucho trabajo pudiera beneficiarse en gran número de tierras. Si el autor de este libro fuera, como desea, á pasar el resto de su vida donde pasó la infancia, demostraria prácticamente á los encartados que es posible hacer que *llueva siempre á tiempo.*

Brezas. Escobas de brezo.

C.

Calero (horno de cal). En las Encartaciones se emplea la cal como un escelente abono para las tierras generalmente frtias y fueres. Este abono se obtiene con facilidad allí, donde abunda la piedra caliza y el combustible para calcinarla, y es tan eficaz, que, sin dar descanso á las tierras, pues en las Encartaciones alternan sin intermision de año la cosecha de trigo y la de maiz, duran sus efectos ocho ó diez años.

Calzas. Las capas de hojas que cubren las espigas ó mazorcas del maiz.

Caniegas. Manzanas estimadísimas.

Canta. Copla popular.

Cárcaba. Vallado de tierra con que se cercan las heredades. De la estraccion de la tierra con que se forma la cárcaba, resulta un foso que contribuye á la seguridad de los sembrados. Es voz de origen vascongado.

Cargas. La carga de vena tiene, si no estoy trascordado, once arrobas y catorce libras.

Carreio. Sitio donde se juega á los bolos.

Caseria. Lo mismo que caserío. La poblacion de las provincias vascongadas, y particularmente la de Vizcaya, está diseminada en caseríos aislados uno de otro, ó en grupos, poco considerables, de casas. Sin embargo, hay cierto número de poblaciones, que son las villas, cuyo caserío forma calles como el de los pueblos de Castilla.

Cinto (pico). Se alza entre Sopuerta y Zalla y se cuenta que era uno de los cinco picos encartados donde se tañia la bocina de guerra. Pasé la niñez al pié de él y nunca me atreví á subir á su cima. Al volver por primera vez al valle nativo despues de escribir este libro, trepé una hermosa tarde de otoño á la cima del pico Cinto, y permanecí una hora contemplando el magnífico espectáculo que se ofrecia á mis ojos: al sur, solo descubria una serie de montañas que terminaba en la peña de Orduña; al oriente, altísimos picos que empezando por el singularísimo y casi inaccesible de Santa Lucía de Yermo, que parece desplomarse sobre Sodupe, terminan con los de Amboto y Urquiola, cerca de Elorrio; al poniente, montañas, tambien limitadas por las altísimas de Soba; y al norte, en primer término, la hermosa llanura sembrada de blancas caserías que constituye los concejos de Sopuerta y Galdames, y en segundo término, el agitado golfo cantábrico. Lo que desde allí ví y lo que allí sentí nunca se apartará de mi memoria.

Cofa. Cesta pequeña que presta en las Encartaciones el servicio que las espuertas en otras partes.

Colisa. Altísimo pico que domina las Encartaciones, el valle de Mena y una gran parte de las montañas de Santander. Sobre su cima hay una ermita, cuyo tejado vierte las aguas á tres distintas jurisdicciones que creo son las de Arcentales, Valmaseda y Mena. Recuerdo haber oido en mi niñez á un anciano que en los primeros siglos del cristianismo, el pico de Colisa era una especie de Tebaida donde hacian vida penitente muchos siervos de Dios.

Concordia. Sociedad de seguros sobre la vida de los bueyes que suele formarse anualmente en los pueblos de las Encartaciones.

Cubera. Bodega, es decir, el sitio donde se encierran las cubas de vino.

Cuco. En las Encartaciones se oye con mucha alegría el primer canto del cuco y particularmente cuando viene por oriente, en cuyo caso anuncia abundancia de grano y fruta. *Hacer el cuco*, en las Encartaciones es lo mismo que en Castilla *hacer novillos* y en otras partes *hacer rabona*.

Corro. Echar un corro es lo mismo que echar un baile. Generalmente, en las Encartaciones, el baile que pudiéramos llamar tradicional, consta de dos partes, entre las cuales media un corto descanso: la primera es propiamente el fandango, y la segunda el *alto* ó en vascuence *arin, arin*, que quiere decir *ligero, ligero*.

Campa. Lo mismo que campo, si bien por lo comun se designa así á los terrenos que han sido cultivados y se dejan valdíos para pastos.

Cebera. Desígnase colectivamente con esta voz el trigo, el maíz, y aun otros granos.

Celemin. En todas las casas de las Encartaciones hay esta medida. Es un cajon de madera dividido por una tabla colocada horizontalmente. Una de estas divisiones tiene la cabida de un celemin, ó sea duodécima parte de una fanega, y la otra la de medio. Generalmente sirve de asiento cerca del hogar á la madre de familia.

Cirria. La flor que corona la planta del maíz. Esta flor se suele cortar, tanto para beneficiar la planta como para alimentar el ganado vacuno, que es muy aficionado á ella. Esta voz es vascongada.

Chacoli. Vino del país.

Chomin. Domingo.

D.

Desga. Artesa de madera, generalmente de una pieza.

E.

Echeco-jaunà. Amo de casa.

Encartaciones. Con este nombre se conoce desde tiempo inmemorial aquella parte del señorío de Vizcaya que se estiende desde cerca de Bilbao hasta los límites orientales de la provincia de Santander, y se compone de las villas de Valmaseda, Lanestosa y Portugalete, de los valles de Carranza, Trucíos, Arcentales, Gordejuela, Santurce, Sestao, San Salvador del Valle y Somorrostro, y de los concejos de Sopuerta, Galdames y Zalla.

Ignórase el orígen del nombre que lleva aquella nobilísima comarca, porque si bien se cree que se le dieron algunos nobles leoneses que se establecieron allí en tiempo de Alfonso el Casto y fueron encartados por haber huido del reino de Leon á consecuencia de las revueltas políticas, esta opinion no merece mucho mas crédito que la que encuentra el orígen del nombre de Valmaseda en la esclamacion *mal-se-dá!* en que se supone prorumpian los que sitiaban inutilmente aquella antiquísima poblacion defendida por dos fuertes castillos demolidos durante la ultima guerra civil.

Las Encartaciones, cuya poblacion pasa de 15.000 almas, fueron, digámoslo así, el corazon de la antigua Cantabria, cuyos heróicos habitantes preferian morir á rendir vasallaje á la soberbia Roma, y cuyo territorio se estendia, segun Julio César, Floro, Dion, Orosio y otros historiadores romanos, desde el límite septentrional del Pírineo hasta las Asturias.

Juliano dice que Arracilo, cuyo nombre suena en las famosas guerras cantábricas, es la moderna Arciniega, colindante hoy con las Encartaciones y llamada en otro tiempo Arracilo-negra. Rusceli es de opinion que el monte Vindio, nombrado por los historiadores romanos como comprendido en la re-

gion cantábrica, no era otro que la cordillera que hoy designamos con el nombre de Peña de Orduña. Es opinion muy admitida que el puerto de Ámano estaba en la ria de Bilbao ó mas bien en Castro Urdiales, en cuyas cercanías existe hoy un valle que lleva el nombre de Sámano. Por último, el «monte todo vena» citado por Plinio es el monte Triano. No admite, pues, la menor duda el puro cantabrismo de las Encartaciones.

Las Encartaciones están pobladas de nobilísimas casas solariegas que han producido en todos tiempos varones muy ilustres.

El idioma vascongado, que en otros tiempos se habló allí como lo atestiguan la tradicion, apellidos antiquísimos, y nombres de caserías, montes, rios, etc., desapareció á causa del continuo trato de los encartados con los castellanos, reemplazándole el idioma de estos últimos, mezclado de voces y giros vascongados y aun montañeses. Por lo demas, los encartados conservan el tipo, las costumbres, el amor á la patria, todas las nobles cualidades que enaltecen á los restantes moradores del Señorío.

El terreno de las Encartaciones, de unas 20 leguas de circunferencia, es feraz, en su mayor parte, y fragosísimo en otras, si bien mejorado de dia en dia, merced al cultivo, mucho abono, y laboriosidad de sus habitantes. La parte montuosa está poblada de encinas, hayas, robles, castaños, enebros, acebos, bortos y otros árboles, cuyas maderas se destinan para construccion y carbones; en sus valles se encuentra sabrosísima fruta, y abundan los perales, ciruelos, cerezos y manzanos, huertas y viñedo, cuyo chacolí es de un gusto muy agradable, yerbas medicinales y escelentes pastos. Las cosechas son principalmente de trigo, maíz, alubia, guisantes, habas y otras semillas y hay gran número de molinos harineros y ferrerías.

Los caminos son hermosísimos como en el resto del país vascongado.

Existen en los montes de aquel territorio canteras de piedra caliza y algunas de jaspes.

Abundan las minas de hierro, cobre y alcohol y aun las de plata que se supone dieron nombre al valle de Arcentales, llamado *Argentales* en lo antiguo. Las minas que son un verdadero tesoro para el país son las de fierro en el valle de Somorrostro, célebres y esplotadas ya en tiempo de los romanos y de las que se sacan al año mas de 800.000 quintales de vena de fierro de superior calidad con destino á las ferrerías de las tres provincias, puntos del interior de la costa y aun al estranjero.

Las aguas medicinales abundan en las Encartaciones, y en el valle de Carranza existe uno de los establecimientos termales mejores y mas útiles de España, merced al celo y al patriotismo del Sr. Guardamino, uno de los hijos que mas honoran á las Encartaciones.

De la parte montañosa brotan aguas potables en numerosos y abundantes manantiales que afluyen á los valles formando cinco rios, entre los que ocupan el primer lugar por su caudal, el Cadagua, que tiene su orígen en la parte meridional del valle de Mena, y atravesando las Encartaciones, desemboca en la ría de Bilbao, y el Somorrostro que procede de los montes de Arcentales, Sopuerta y Galdames, y desagua en el mar por la ria de Poveña en Somorrostro.

Los valles encartados son muy dignos de ser visitados por el viajero;

no hay en ellos grandes bellezas artísticas, pero las hay de otro género. En ellos se encuentran, jurisdiccion de Arcentales, unas fuentes intermitentes que hay motivos para creer sean las Tamaricas de Plinio, como asimismo el monte de Triano citado por el mismo autor. En las Encartaciones está la montaña cónica de Serantes, que en concepto del sabio naturalista Bowles, es un volcan apagado. Allí se hiergue aun como un espectro ensangerntado, la torre de la Jara sobre la cual, en tiempo de los funestos bandos de Vizcaya, se alzaba constantemente una horca, en la que perecieron millares de criaturas humanas. Allí está el castillo de San Martin donde el célebre Lope García de Salazar, escribió, en el siglo XIV, cercado por sus propios hijos, su *Libro de bienandanzas é fortunas.* Allí singulares y antiquísimas casas solariegas por cuyas saeteras parecen asomar aun los ballestones de la edad media y los mosquetes de los siglos XVI y XVII. Allí, en una eminencia llamada el Cerco que domina el angosto valle que separa del mar á los concejos de Sopuerta y Galdames, se ve el circuito de una fortaleza semejante á los *castros* que aun se destacan en las montañas de Galicia. Allí, en fin, feraces valles como los riega el Cadagua, hermosas llanuras como la que se estiende desde la ria de Somorrostro á la de Bilbao, picos que parecen tocar el cielo como el Colisa, el Cinto y el Yermo, cavernas como la de la Magdalena de Urállaga, dentro de la cual hay una ermita y se celebra una romería; aguas termales tan benéficas y buscadas como las de Molinar, y ruinas tan venerables como las de la iglesia de San Martin de Sopuerta demolida á principios del siglo XVIII y edificada, segun tradicion, en el siglo X.

Por humilde que sea este libro, ha conseguido dar á conocer en toda Europa y América el ignorado nombre de los valles encartados. Su autor tiene esta satisfaccion por una de las mayores de su vida.

Enguisar. Echar ó azuzar el perro. Este verbo es una corrupcion del castellano enguizgar, que indudablemente procede del vascuence.

Embueza. Embozada ó almorzada.

Escachar. Guarnecer de espinas por la parte superior el tronco de los frutales, para que no se pueda subir á coger la fruta.

Escacho. Espina. Esta voz es vascongada.

Escamondar. Despojar las ramas gordas de las pequeñas.

Escaño. En las Encartaciones hay uno de madera en todas las casas, á la orilla del sogar.

Espantos. Espantajos que se ponen en los frutales, y aun en las piezas, para ahuyendar las aves.

Esquilar. Trepar.

Estiques. Chuletas.

Estrada. Camino costeado por dos setos, vallados ó cercas.

G.

Garucho. La parte leñosa de la espiga de maiz en que está incrustado el grano. Esta voz es vascongada.

GENTILES. En el país vascongado se conserva tradicionalmente la memoria de los gentiles, á quienes atribuye el pueblo todos los restos arquitectónicos de la antigüedad, así como en otras provincias se atribuyen á los moros. Dícese allí que los gentiles lo hacian todo á fuerza de brazos, y se supone que eran una raza de gigantes. En las Encartaciones, donde abunda el mineral ferruginoso, es muy comun hallar en los montes grandes escoriales que se supone existen desde el tiempo de los gentiles.

GRACIANA. (uva). Una especie de uva negra muy sabrosa.

GATERA. Casi es inútil decir que es un agujero abierto en la puerta que da á la calle, para facilitar la salida y la entrada á las gallinas, á los gatos y aun á los perros. Tiene entre otros inconvenientes el de que por allí suelen penetrar tambien á las altas horas de la noche los gatos monteses, á cenarse las gallinas que duermen muy descuidadas en su *albergue*.

H.

HALDEAR (la oya). Estar ya carbonizada la parte baja de la oya, y por consiguiente en disposicion de empezarse á sacar el carbon.

HIGAR. Higuera.

HONDERAS. La parte baja de las piezas.

I.

ILSO. Mojon.

INDIANOS. Este nombre se da en nuestras provincias del Norte, á los que han estado en América.

IRURAC-BAT. Lema de las tres provincias vascongadas que significa *las tres son una sola*, y no *tres hermanas*, como dijo en el Congreso el Sr. Sanchez Silva. Este diputado, célebre por los conflictos que atrajo sobre España promoviendo á tontas y á locas, á pesar de sus ínfulas de gran hacendista, la abolicion del impuesto de consumos, en las Córtes constituyentes de 1855; este diputado, en quien es una especie de monomanía el combatir las venerables y sábias instituciones vascongadas, ha hecho estudios tan profundos en la legislacion y el modo de ser de los vascongados, que por ignorar, hasta ignora lo que significan esas dos palabras que figuran en cuanto se refiere á ellos, y son la síntesis de su organizacion física, moral, política y económica.

J.

JALDUCARSE. Menearse el líquido.

L.

LANDECHOS. Especie de manzana temprana y tambien el árbol que la produce.

Laya. La laya tiene la figura de una *h* minúscula, siendo el estremo superior de la barra larga un mango de madera y los inferiores de las dos, puntas aceradas. Se toma una laya en cada mano, y despues de clavarlas en tierra á golpe, el layador se pone sobre ellas, colocando el pié en aquella especie de escalon, y las acaba de introducir perpendicularmente. Al bajarse, tira hácia atras, y levanta el terron, por debajo del cual, y en sentido horizontal, acaba de introducir, tambien con el pié, las layas hasta el mango. Entónces da vuelta al terron, limpia el surco con la punta de la laya, que empuja con el pié, apoyando la corva derecha en la rodilla izquierda, y repite la operacion hasta dar vuelta á toda la heredad. El autor de este libro aprendió á mangar la laya ántes de aprender á manejar la pluma.

Layada. El terreno labrado por medio de las layas.

Layar. Trabajar con layas.

LL.

Llosa. El conjunto de heredades comprendidas en un cercado.

M.

Maco. El fardo sujeto á la espalda por medio de dos correas, dos cuerdas, ó dos bilortos.

Malviz. Especie de mirlo.

Monchinas. Silvestres.

Motil. Motila. Muchacho, muchacha. Voz vascongada.

N.

Nocedal. Llámase generalmente en las Encartaciones nocedos á los nogales.

O.

Oquendanas. Especie de manzanas originarias de Oquendo, valle alavés, confinante con las Encartaciones.

Oya. Este nombre se da al monton de leña que se carboniza en los torcos. Cuando es pequeño se llama *chozo* y tambien *chasquero*.

P.

Pañada. Servilleta.

Parce. Vale ó premio.

Parral. Emparrado.

Patin. Una escalera de mampostería con descansillo y pretil en lo alto, que suele facilitar la entrada esterior al piso principal de las cssas.

Payo. Sobrado.

Picacho. Una rama en forma de gancho.

Picazos. Especie de pájaros, del tamaño de una paloma torcaz.

Pieza. Heredad.

Pipada. El tabaco necesario para llenar una vez la pipa.

Péscola (á la). A la rabatiña.

Portalada. El espacio que precede á la puerta de las casas. Suele cubrirse de roza, paja, etc., con que despues de podrido se abonan las tierras.

Provincianos. En las Encartaciones dan este nombre á los guipuzcoanos, sin duda porque Guipúzcoa lleva el de provincia, y Vizcaya el de señorío.

Q.

Quemada. Monte incendiado.

Quica. Francisca.

Quima. Rama de árbol.

R.

Rebollar. Robledal.

Rebollo. Roble.

Regato. Arroyo.

Resallar. Repetir la operacion de sallar cuando el maíz ha crecido.

Rocha. Un departamento que suele haber en las cuadras para separar de las madres el ganado lechal.

Roza. Maleza.

Rozada. Tala de maleza.

S.

Sábanos. Sábanas de arpillera.

Sallar. Cabar someramente ó rozar la tierra sembrada de maíz así que este ha acabado de nacer, arrancando las plantas mas ruines y amontonando tierra al pié de las que se conservan.

Setal. Hay en las Encartaciones unas delicadísimas setas que solo nacen en el mes de abril, por lo que allí dicen. *En abril, setas mil, en mayo, les entra el gusano.* Estas setas nacen siempre en un mismo sitio, y á este sitio se da el nombre de setal. El que *aprende* un setal se guarda muy bien de *enseñársele* á nadie.

Seto. Generalmente los setos que resguardan las heredades en las Encartaciones, donde el ganado campa por su respeto, sin pastores, que allí son desconocidos, son de un tejido de ramas muertas.

Seve. Bosque comunmente de borta, castañiza y carrasca, que se corta cada seis ó siete años para hacer carbon.

Silbo. Silbato.

Soba (montes de). Altísimos picos, casi siempre coronados de nieve que dominan el valle del mismo nombre en las montañas de Santander. Se descubren de todas las alturas de las Encartaciones.

Sol de los muertos. Los últimos rayos del sol poniente.

Solana. Galería esterior que tienen muchas casas y sirve para tomar el sol en invierno y el fresco en verano.

Somas. Salvado.

T.

Tamo. La paja menuda que se separa del trigo cuando este se aventea.

Terrero. Ribazo.

Tetonas. Especie de uvas gordales.

Torco. La plataforma ó escavacion hecha para carbonizar la leña. Los torcos se encuentran en todas partes donde hay árboles.

Tragaz. Especie de arado que tiene, si no recuerdo mal, siete paletas ó rejas, casi horizontales.

Triguero. Criba para el trigo.

V.

Vendeja (ir de). Ir de venta.

Ventanal. Una ventana muy grande que hay en el sobrado para que leste se ventile, y para entrar por ella, con ayuda de una escalera de mano, os haces de trigo, la paja etc., que no caben por otra parte.

Vuelta del gato. Voltereta.

Z.

Zaguan. Especie de cercado ó corral que precede á la entrada de las casas principales.

Zurron. La cantidad de grano que cada familia manda semanalmente al molino.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

NOV 22 1884
MAY 29 1890
JUL 28 1908
AUG 30 1923
OCT 28 H
OCT 7 '68 H
2125-999
CANCELLED
NOV 5 '68 H
2149-401